This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

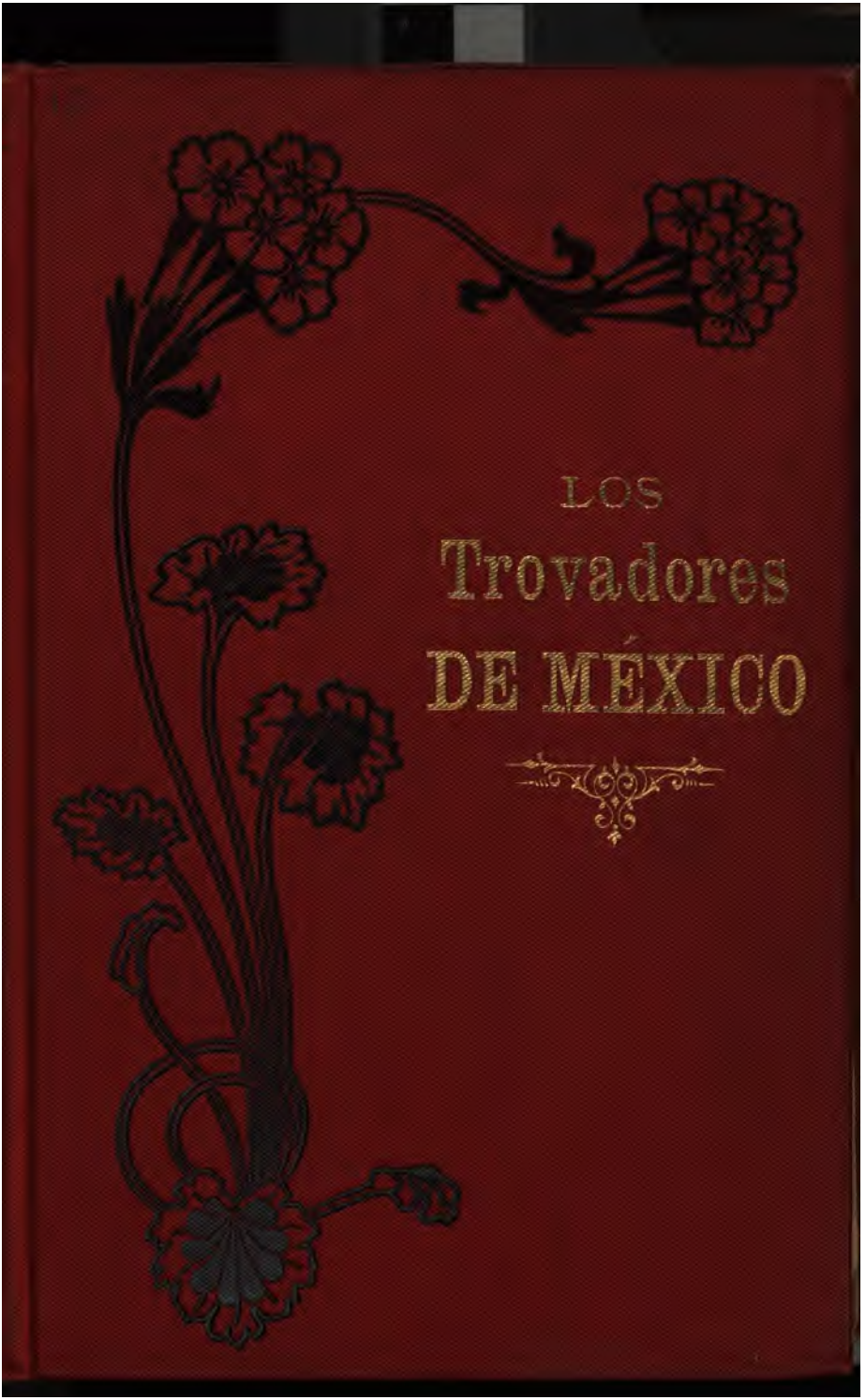
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`


LOS
Trovadores
DE MÉXICO

LOS TROVADORES DE MÉXICO

Los Trovadores de México

Poesías Líricas de Autores Contemporáneos

Segunda edición

. . . . . .

Al gigante clamor que en torno suena.
Que despierte la lira americana.
(Magrañes Cervantes. *Brisas del Plata*)

BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI.—CONSEJO DE CIENTO, 296

BUENOS AYRES
Maucci Hermanos
1070, Cuyo, 1070

MÉXICO
Maucci Hermanos
1.ª Del Relox, 1

1900

A los trovadores Americanos: á esa pléyade de soñadores virgenes, que así afilan la espada en la lira, para defender su independencia, como lloran, rien ó cantan con el alma, reproduciendo en sus versos cuanto de sublime encierra el Nuevo Mundo, dedican la edición de este libro.

LOS EDITORES

México, 1898.

LOS TROVADORES DE MÉXICO

Altamiro (Ignacio Manuel)

FLOR DEL ALBA

Las montañas del Oriente
La luna traspuso ya,
El gran lucero del alba
Mírase apenas brillar
Al través de los nacientes
Rayos de luz matinal;
Bajo su manto de niebla
Gime soñoliento el mar.
Y el céfiro en las praderas
Tibio despertando va.
De la sonrosada aurora
Con la dulce claridad,
Todo se anima y se mueve,
Todo se siente agitar:

El águila allá en las rocas
Con fiereza y majestad
Erguida ve el horizonte
Por donde el sol nacerá;
Mientras que el tigre gallardo
Y el receloso jaguar
Se alejan buscando asilo
Del bosque en la obscuridad.
Los alciones en bandadas
Rasgando los aires van,
Y el *madrugador* comienza
Las aves á despertar:
Aquí salta en las caobas
El pomposo *cardenal*,
Y alegres los guacamayos
Aparecen más allá.
El *ani* canta en los mangles,
En el ébano el *turpial*,
El *centzontli* entre las ceibas,
La alondra en el arrayán,
En los maizales el tordo
Y el mirlo en el arrozal.
Desde su trono la orquídea
Vierte de aroma un raudal,
Con su guirnalda de nieve
Se corona el guayacán,
Abre el algodón sus rosas,
El ilamo su azahar,
Mientras que lluvia de aljófar
Se ostenta en el cafetal,
Y el nelumbio en los remansos
Se inclina el agua á besar.
Allá en la cabaña humilde
Turban del sueño la paz
En que el labriego reposa,

Los gallos con su cantar;
El anciano á la familia
Despierta con tierno afán,
Y la campana del *Barrio*
Invita al cristiano á orar.
Entonces, niña hechicera,
De la choza en el umbral
Asoma, que *Flor del albá*
La gente ha dado en llamar.
El candor del cielo tiñe
Su semblante virginal,
Y la luz de la modestia
Resplandece en su mirar.
Alta, gallarda y apenas
Quince abriles contará,
De azabache es su cabello,
Sus labios bermejos, más
Que las flores del granado
La púrpura y el coral;
Si sonríen, blancas perlas
Menudas hacen brillar.
Ya sale airosa, llevando
El cántaro en el *yagual*,
Sobre la erguida cabeza
Que apenas mueve al andar;
Cruza el sendero de mirtos
Y cabe un cañaveral,
Donde hay una cruz antigua,
Bajo el techo de un palmar,
Plantada sobre las peñas
Musgosas de un manantial,
Arrodillada la niña
Humilde se pone á orar,
Al arroyuelo mezclando
Sus lágrimas de piedad.

Luego sube á la colina
Desde donde se ve el mar,
Y allí con mirada inquieta,
Buscando afanosa está
Una barca entre las brumas
Que ahuyenta ledo el terral;
Los campesinos alegres
Que á los maizales se van,
Al verla así, la bendicen,
Y la arrojan al pasar
Maravillas olorosas
De las cercas del *bajial*,
Que es la bella *Flor del alba*,
La dulce y buena deidad
Que adoran los corazones
De aquel humilde lugar.

LA SALIDA DEL SOL

Ya brotan del sol naciente
Los primeros resplandores,
Dorando las altas cimas
De los encumbrados montes.
Las neblinas de los valles
Hacia las alturas corren,
Y de las rocas se cuelgan
O en las cañadas se esconden.
En áscuas de oro convierten
Del astro-rey los fulgores,
Del mar que duerme tranquilo
Las mansas ondas salobres.
Sus hilos tiende el rocío
De diamantes tembladores,

En la alfombra de los prados
Y en el manto de los bosques.
Sobre la verde ladera
Que esmaltan gallardas flores,
Elevan su frente altiva
Los enhiestos girasoles,
Y las caléndulas rojas
Vierten al pie sus olores.
Las amarillas retamas
Visten las colinas, donde
Se ocultan pardas y alegres
Las chozas de los pastores.
Purpúrea el agua del río
Lame de esmeralda el borde,
Que con sus hojas encubren
Los plátanos cimbradores;
Mientras que allá en la montaña,
Flotando en la peña enorme,
La cascada se reviste
Del iris con los colores.
El ganado en las llanuras
Trisca alegre, salta y corre;
Cantan las aves, y zumban
Mil insectos bullidores
Que el rayo del sol anima,
Que pronto mata la noche.
En tanto el sol se levanta
Sobre el lejano horizonte,
Bajo la bóveda limpia
De un cielo sereno... Entonces
Sus fatigosas tareas
Suspenden los labradores,
Y un santo respeto embarga
Sus sencillos corazones.
En el valle, en la floresta,

En el mar, en todo el orbe
Se escuchan himnos sagrados,
Misteriosas oraciones;
Porque el mundo en esta hora
Es altar inmenso, en donde
La gratitud de los séres
Su tierno holocausto pone;
Y Dios, que todos los días
Ofrenda tan santa acoge,
La enciende del Sol que nace
Con los puros resplandores.

LOS NARANJOS

—

Perdiéronse las neblinas
En los picos de la sierra,
Y el sol derrama en la tierra
Su torrente abrasador.
Y se derriten las perlas
Del argentado rocío,
En las adelfas del río
Y en los naranjos en flor.
Del *mamey* el duro tronco
Picotea el *carpintero*,
Y en el frondoso *manguero*
Canta su amor el *turpial*;
Y buscan miel las abejas
En las piñas olorosas,
Y pueblan las mariposas
El florido cafetal.
Deja el baño, amada mía,
Sal de la honda bullidora;
Desde que alumbró la aurora

Jugueteas loca allí.
¿Acaso el genio que habita
De ese río en los cristales,
Te brinda delicias tales
Que lo prefieres á mí?
¡Ingrata! ¿por qué riendo
Te apartas de la ribera?
Ven pronto, que ya te espera
Palpitando el corazón.
¿No ves que todo se agita,
Todo despierta y florece?
¿No ves que todo enardece
Mi deseo y mi pasión?
En los verdes tamarindos
Se requiebran las palomas,
Y en el nardo los aromas
A beber las brisas van.
¿Tu corazón, por ventura,
Esa sed de amor no siente,
Que así se muestra inclemente
A mi dulce y tierno afán?
¡Ah no! perdona, bien mío;
Cedes al fin á mi ruego,
Y de la pasión el fuego
Miro en tus ojos lucir.
Ven, que tu amor, virgen bella,
Néctar es para mi alma;
Sin él, que mi pena calma
¿Cómo pudiera vivir?
Ven y estréchame, no apartes
Ya tus brazos de mi cuello,
No ocultes el rostro bello,
Tímida huyendo de mí.
Oprímanse nuestros labios
En un beso eterno, ardiente,

Y transcurran dulcemente
Lentas las horas así.

. . . . . .

En los verdes tamarindos
Enmudecen las palomas;
En los nardos no hay aromas
Para los ambientes ya.
Tú languideces; tus ojos
Ha cerrado la fatiga,
Y tu seno, dulce amiga,
Estremeciéndose está.
En la ribera del río
Todo se agosta y desmaya;
Las adelfas de la playa
Se adormecen de calor.
Voy el reposo á brindarte
De trébol en esta alfombra,
A la perfumada sobra
De los naranjos en flor.

LAS ABEJAS

Ya que del cármen en la sombra amiga
Fuego vertiendo el caluroso estío,
A buscar un refugio nos obliga
Cabe el remanso del sereno río;
Ven, pobre amigo, ven, y descansando
De la ribera sobre el musgo blando,
Oirás del labio mío
Palabras de amistad, consoladoras,
Que calmarán la bárbara tristeza
Con que insensato en tu despecho lloras.

¡Lamentas de los duelos la crudeza,
Tú, cuyos quietos y dorados días
Aún alumbra risueña la esperanza;
Tú, cuya confianza,
Inocentes placeres y alegrías,
Jamás han enturbiado
Las desgracias impías
Con su terrible aliento emponzoñado.

Tú joven, tú feliz, tú á quien halaga
Con sus preciosos dones la fortuna,
Tú á quien el mundo seductor embriaga
Sus flores ofreciendo una por una;
Tú á quien la juventud, hermosa maga,
Dulcemente convida
A disfrutar la dicha tentadora,
Que en sus ardientes frutos atesora
El árbol misterioso de la vida!

Tú no debes llorar; deja que el llanto
Del débil viejo la mejilla abrase
Y que la espina del tenaz quebranto
Su congojado corazón traspase.

Tú, joven, ¡á gozar! la sangre hirviente
Sientes bullir aún; la vida es bella,
Y en sus campos el sol resplandeciente
A tus ojos destella.

¿Por qué te afliges? dí, ¿por qué inclinabas
Callando tristemente,
La dolorida frente?
¿A la pérfida acaso recordabas?
Inexperto doncel, ¿de qué te quejas?
¿Por qué llorando de la vil te alejas?

¿Qué ventura has perdido?
¿Qué tesoro escondido
En ese corazón perjuro dejas?
¿Por qué cuando en un día,
Primera vez miraste
De esa traidora la belleza impía,
El terrible fulgor no vislumbraste
De la maldad que en su mirada ardía?

Ni amor, ni virtud santa
Abriga esa mujer; vicio temprano,
Como á las gentes que en la corte habitan,
Ya corrompió su corazón liviano;
Si amor á buscar fuiste
Entre el pérfido mundo cortesano,
Por eso ahora ¡ay triste!
Lloras el tiempo que perdiste en vano.
¡Amor allí no existe!
Allí cual frescas, perfumadas rosas,
Al corazón se ofrecen las hermosas.
¡Ay de quien su perfume
Aspira incauto, y de confianza lleno
Pronto en la duda y tedio se consume
Al negro influjo del mortal veneno!

¡Amor no existe allí!... La dulce niña
Cuando asoma el pudor por vez primera
En su frente de ángel, y su pecho
Sincero amando, palpitar debiera,
De infame corrupción con el ejemplo
No al sentimiento puro le consagra,
Porque del oro le convierte en templo.
¿Qué dicha, qué placeres
Esperas tú encontrar de esas mujeres
En el vendido seno

A los ardores del cariño ajeno,
Cuando su impura llama,
Si nace, solamente
Al soplo vil del interés se inflama?
Huye la corte, amigo, y la ventura
Ven á buscar aquí, do la inocencia
Se ofrecerá en la flor de la hermosura
Un tierno cáliz de sabrosa esencia.
Libando su dulzura
Cambiará tu existencia;
Del tédio sanarás que te aniquila,
Y la virtud amando, suavemente
Tu vida pasará cual la corriente
De ese arroyo tranquila.

¿Ves discurrir zumbando entre las flores
De este cármen umbroso y escondido,
Afanosas buscando las abejas
El néctar delicioso, apetecido?
Mira cuál van dejando desdeñosas
De su brillo á pesar y su hermosura
Las flores venenosas.
Ellas buscan quizá las más humildes,
Las que ocultas tal vez en la espesura
De las agrestes breñas
Apenas se distinguen, ó en la obscura
Grieta se esconden de las rudas peñas;
Ellas no creen que al ostentarse ufanas
Aquellas que parecen
Con mayor altivez y más colores,
Sean también las que ofrecen
Los nectarios mejores.

Tú imita ese modelo,
Pobre insecto, es verdad, pero dotado

Por el próvido cielo
De un instinto sagaz y delicado;
Y en el jardín del mundo,
Si el néctar de la dicha libar quieres
Para endulzar las penas de la vida,
Deja la flor pomposa, envanecida
Que á la virtud en su soberbia insulta;
Busca á la que se oculta
Viviendo entre las sombras recogida.

Una infame y perjura cortesana
Tu corazón sedujo, tú la amaste,
Y alimentando tu pasión insana
Tu puro corazón envenenaste.
Olvídala, y que presto,
Ya despertando de tu error funesto,
Puedas hallar la miel de los amores
De esta montaña en las sencillas flores.

Mirta, la dulce Mirta, la que alegra
Nuestras montañas y risueños prados,
La que garbosa con diadema negra
De cabellos rizados
Su tersa frente candorosa ciñe,
Que el alba pura con sus lampos tiñe.
La de los grandes y rasgados ojos,
La de los frescos labios purpurinos
Que ríen, mostrando deslumbrantes perlas,
La de turgentes hombros y divinos
Que la Venus de Gnido envidiaría,
Mírala, ¿no enloquece tu alma, joven,
Como hace tiempo enloqueció la mía?

¿La faz de tu perjura es comparable,
Y su pálida tez marchita y fría

Do la salud y la color simula
Comprado afeite, con la faz rosada
De esta virgen del bosque,
Do la sangre purísima circula
Con el calor y el aire de los campos,
Y con la gran esencia
Que en su redor esparce la inocencia?
Dime, ¿á apagar su fuego esa mirada
Con el ansioso labio no provoca?
¿Quién al verla sonriendo no querría
Libar la miel de su encendida boca?
¿Quién no deseara con delirio ciego
Estrecharla en sus brazos un instante?
¿Dónde buscar de amor el sacro fuego
Sino en su seno blanco y palpitante?
¿Y dónde hallar la dicha que asegura
Su fe constante y pura?

Estas flores, amigo, ansioso busca,
Abeja del amor, y no te cuida
De los torpes placeres
Que te ofrece la corte corrompida,
Si el néctar de la dicha libar quieres
Para endulzar las penas de la vida.

LAS AMAPOLAS

—

Uror.—TÍBULO

El sol en medio del cielo
Derramando fuego está;
Las praderas de la costa
Se comienzan á abrasar,

Y se respira en las ramblas
El aliento de un volcán.

Los arrayanes se inclinan,
Y en el sombrío manglar
Las tórtolas fatigadas
Han enmudecido ya,
Ni la más ligera brisa
Viene en el bosque á jugar.

Todo reposa en la tierra,
Todo callándose va,
Y sólo de cuando en cuando,
Ronco, imponente y fugaz,
se oye el lejano bramido
De los tumbos de la mar.

A las orillas del río,
Entre el verde carrizal,
Asoma una bella jóven
De linda y morena faz;
Siguiéndola va un mancebo
Que con delirante afán
Ciñe su ligero talle,
Y así le comienza á hablar:

—«Ten piedad, hermosa mía,
Del ardor que me devora,
Y que está avivando impía
Con su llama abrasadora
Esta luz de Mediodía.

Todo suspira sediento,
Todo lánguido desmaya,
Todo gime soñoliento:

El río, el ave y el viento
Sobre la desierta playa.

Duermen las tiernas mimosas
En los bordes del torrente;
Mustias se tuercen las rosas,
Inclinando perezosas
Su rojo cáliz turgente.

Piden sombra á los mangueros
Los floripondios tostados;
Tibios están los senderos
En los bosques perfumados
De mirtos y limoneros.

Y las rojas amapolas
De calor desvanecidas,
Humedecen sus corolas
En las cristalinas olas
De las aguas adormidas.

Todo invitarnos parece,
Yo me abraso de deseos;
Mi corazón se estremece,
Y ese sol de Junio acrece
Mis febriles devaneos.

Arde la tierra, bien mío;
En busca de sombra vamos
Al fondo del bosque umbrío,
Y un paraíso finjamos
En los bordes de ese río.

Aquí en retiro encantado,
Al pie de los platanares

Por el remanso bañado,
Un lecho te he preparado
De eneldos y de azahares.

Suelta ya la trenza obscura
Sobre la espalda, morena;
Muestra la esbelta cintura,
Y que forme la onda pura
Nuestra amorosa cadena.

Late el corazón sediento;
Confundamos nuestras almas
En un beso, en un aliento...
Mientras se juntan las palmas
A las caricias del viento.

Mientras que las amapolas,
De calor desvanecidas,
Humedecen sus corolas
En las cristalinas olas
De las aguas adormidas.»—

Así dice amante el joven,
Y con lánguido mirar
Responde la bella niña
Sonriendo... y nada más.

Entre las palmas se pierden;
Y del día al declinar
Salen del espeso bosque
A tiempo que empiezan ya
Las aves á despertarse
Y en los mangles á cantar.

Todo en la tranquila tarde

Tornando á la vida va;
Y entre los alegres ruidos,
Del Sud al soplo fugaz,
Se oye la voz harmoniosa
De los tumbos de la mar.

ACUÑA (Manuel)

NOCTURNO (1)

Á ROSARIO

I

Pues bien, yo necesito
Decirte que te adoro,
Decirte que te quiero
Con todo el corazón,
Que es mucho lo que sufro
Y mucho lo que lloro,
Que ya no puedo tanto,
Y al grito en que te imploro.
Te imploro y te hablo en nombre
De mi última ilusión.

II

Yo quiero que tú sepas
Que ya hace muchos días
Estoy enfermo y pálido
De tanto no dormir;
Que ya se han muerto todas
Las esperanzas mías;

(1) Esta composición, hermosísima aunque incorrecta, fué, si no la última, una de las últimas que escribió este poeta antes de su desgraciada muerte, acaecida á los veintisiete años de su edad, y cuando las más lisonjeras esperanzas le reservaban un porvenir de gloria.

Que están mis noches negras,
Tan negras y sombrías,
Que ya no sé ni en dónde
Se alzaba el porvenir.

III

De noche, cuando pongo
Mis sienes en la almohada
Y hacia otros mundos quiero
Mi espíritu volver,
Camino mucho, mucho,
Y al fin de la jornada
Las formas de mi madre
Se pierden en la nada,
Y tú de nuevo vuelves
En mi alma á aparecer.

IV

Comprendo que tus besos
Jamás han de ser míos.
Comprendo que en tus ojos
No me he de ver jamás,
Y te amo, y en mis locos
Y ardientes desvaríos
Bendigo tus desdenes,
Adoro tus desvíos,
Y en vez de amarte menos
Te quiero mucho más.

V

A veces pienso en darte
Mi eterna despedida,
Borrarte en mis recuerdos
Y hundirte en mi pasión;
Mas si es en vano todo
Y el alma no te olvida
¿Qué quieres tú que yo haga
Con este corazón?

VI

Y luego que ya estaba
Concluído tu santuario,
Tu lámpara encendida
Tu velo en el altar,
Chispeando las antorchas,
Humeando el incensario,
El sol de la mañana
Detrás del campanario,
Y abierta allá á lo lejos
La puerta del hogar.

VII

¡Qué hermoso hubiera sido
Vivir bajo aquel techo,
Los dos unidos siempre
Y amándonos los dos;
Tú siempre enamorada,
Yo siempre satisfecho;
Los dos una sola alma,
Los dos un solo pecho,
Y en medio de nosotros
Mi madre como un dios.

VIII

¡Figúrate qué hermosas
Las horas de esa vida!
¡Qué dulce y bello el viaje
Por una tierra así!
Y yo soñaba en eso,
Mi santa prometida,
Y al delirar en eso
Con la alma estremecida,
Pensaba yo en ser bueno
Por tí, no más por tí.

IX

¡Bien sabe Dios que ese era

Mi más hermoso sueño,
Mi afán y mi esperanza,
Mi dicha y mi placer;
Bien sabe Dios que en nada
Cifraba yo mi empeño,
Sino en amarte mucho
Bajo el hogar risueño
Que me envolvió en sus besos
Cuando me vió nacer.

X

Esa era mi esperanza...
Mas ya que á sus fulgores
Se opone el hondo abismo
Que existe entre los dos.
¡Adiós, por la vez última,
Amor de mis amores,
La luz de mis tinieblas,
La esencia de mis flores,
Mi lira de poeta,
Mi juventud, adiós.

ANTE UN CADAVER

¡Y bien! Aquí estás ya... sobre la plancha
Donde el gran horizonte de la ciencia
La extensión de sus límites ensancha.
Aquí donde la rígida experiencia
Viene á dictar las leyes superiores
A que está sometida la existencia.
Aquí donde derrama sus fulgores
Ese astro á cuya luz desaparece
La distinción de esclavos y señores.
Aquí donde la fábula enmudece

Y la voz de los hechos se levanta
Y la superstición se desvanece.
Aquí donde la ciencia se adelanta
A leer la solución de ese problema
Que sólo al anunciarle nos espanta.
Ella que tiene la razón por lema
Y que en tus labios escuchar ansía
La augusta voz de la verdad suprema.
Aquí estás ya... tras de la lucha impía
En que romper al cabo conseguiste
La cárcel que al dolor te retenía.
La luz de tus pupilas ya no existe;
Tu máquina vital descansa inerte
Y á cumplir con su objeto se resiste.
¡Miseria y nada más! dirán al verte
Los que creen que el imperio de la vida
Acaba en donde empieza el de la muerte.
Y suponiendo tu misión cumplida
Se acercarán á tí, y en su mirada
Te mandarán la eterna despedida.
¡Pero no...! tu misión no está acabada,
Que ni es la nada el punto en que nacemos
Ni el punto en que morimos es la nada.
Cuando es la existencia, y mal hacemos
Cuando al querer medirla la asignamos
La cuna y el sepulcro por extremos.
La madre es sólo el molde en que tomamos
Nuestra forma, la forma pasajera
Con que la ingrata vida atravesamos.
Pero ni es esa forma la primera
Que nuestro sér reviste, ni tampoco
Será su última forma cuando muera.
Tú, sin aliento ya, dentro de poco
Volverás á la tierra y á su seno
Que es de la vida universal el foco.

Y allí, á la vida, en apariencia ajeno,
El poder de la lluvia y del verano
Fecundará de gérmenes tu cieno.
Y al ascender de la raíz al grano,
Irás del vegetal á ser testigo
En el laboratorio soberano.
Tal vez para volver cambiado en trigo
Al triste hogar, donde la triste esposa,
Sin encontrar un pan, sueña contigo.
En tanto que las grietas de tu fosa
Verán alzarse de su fondo abierto
La larva convertida en mariposa,
Que en los ensayos de su vuelo incierto,
Irá al lecho infeliz de tus amores
A llevarle tus ósculos de muerto.
Y en medio de esos cambios interiores,
Tu cráneo, lleno de una nueva vida,
En vez de pensamientos dará flores,
En cuyo cáliz brillará escondida
La lágrima, tal vez, con que tu amada
Acompañó el adiós de tu partida.
La tumba es el final de la jornada,
Porque en la tumba es donde queda muerta
La llama en nuestro espíritu encerrada.
Pero en esa mansión á cuya puerta
Se extingue nuestro aliento, hay otro aliento
Que de nuevo á la vida nos despierta.
Allí acaban la fuerza y el talento,
Allí acaban los goces y los males,
Y allí acaban la fe y el sentimiento,
Allí acaban los lazos terrenales,
Y mezclados el sabio y el idiota,
Se hunden en la región de los iguales.
Pero allí donde el ánimo se agota
Y perece la máquina, allí mismo

El sér que muere es otro sér que brota.
El poderoso y fecundante abismo
Del antiguo organismo se apodera,
Y forma y hace de él otro organismo.
Le abandona á la historia justiciera
Un nombre, sin cuidarse, indiferente,
De que ese nombre se eternice ó muera.
El recoje la masa únicamente,
Y cambiando las formas y el objeto,
Se encarga de que viva eternamente.
La tumba sólo guarda un esqueleto,
Mas la vida en su bóveda mortuoria
Prosigue alimentándose en secreto.
Que al fin de esta existencia transitoria
A la que tanto nuestro afán se adhiere,
La materia, inmortal como la gloria,
Cambia de formas, pero nunca muere.

DE ENTONCES A HOY

—

Este era el cuadro que al romper la noche
Sus velos de crespón,
Alumbró atravesando las ventanas
La tibia luz del sol:
Un techo que acababa de entreabrirse
Para que entrara Dios;
Una lámpara pálida y humeante
Brillando en un rincón;
Y entre las almas de los dos esposos,
Como un lazo de amor,
Una cuna de mimbres con un niño
Recién nacido... *yo!*
Posadas sobre la áspera cornisa,

Todas de dos en dos,
Las golondrinas junto al pardo nido
Lanzaban su canción
En tanto que á la puerta de sus jaulas
Temblando de dolor,
Mezclaban la torcaza y los *sinsontes*
Sus trinos y su voz.
La madreselva alzando entre las rejas
Su tallo trepador,
Enlazaba sus ramas y sus hojas
En grata confusión,
Formando un cortinaje en el que había
Por cada hoja una flor,
En cada flor una gotita de agua
Y en cada gota un sol:
¡Reflejo del dulcísimo de entonces
Y del doliente de hoy!
Mi madre, la que vive todavía
Puesto que vivo yo,
Me arrullaba en sus brazos suspirando
De dicha y de emoción;
Mientras mi padre en el sencillo exceso
De su infinito amor,
Me daba las caricias que más tarde
La ausencia me robó,
Y que á la tumba en donde duerme ahora
A pagarle aún no voy!...
Forma querida del amante ensueño
Que embriaga á los dos,
Yo era en aquel hogar y en aquel día
De encanto y bendición,
Para mi cuna blanca, un inocente;
Para el mundo, un dolor.
Y para aquellos corazones buenos
Un tercer corasón!...

De aquellas horas bendecidas, hace
Veintitres años hoy...
Y de aquella mañana á esta mañana,
De aquel sol á este sol,
Mi hogar se ha retirado de mis ojos,
Se ha hundido mi ilusión,
Y la que tiene al cielo entre sus brazos,
La madre de mi amor,
Ni viene á despertarme en las mañanas
Ni está donde yo estoy!
Y en vano trato de que mi harpa rota
Module una canción,
Y en vano de que el llanto y sus sollozos
Dejen de ahogar mi voz...
Que solo y frente á todos los recuerdos
De aquel tiempo que huyó,
Mi alma es como un santuario en cuyas ruínas
Sin lámpara y sin dios,
Evoco á la esperanza, y la esperanza
Penetra en su interior
Como en el fondo de un sepulcro antiguo
Las miradas del sol...
Bajo el cielo que extiende la existencia,
De la cuna al panteón,
En cada corazón palpita un mundo,
Y en cada amor un sol...
Bajo el cielo nublado de mi vida
Donde esta luz murió,
¿Qué hará este mundo de los sueños míos?
¿Qué hará mi corazón?

Biancho (Alberto G.)

TUS OJOS

De la noche se acercan sutiles,
Impalpables las pálidas sombras,
Pero al verlas emanan tus ojos
La luz de la aurora.

Y la noche callada y obscura
Que los tristes recuerdos evoca,
En un día de gratos fulgores
Tus ojos le tornan!

EL BOTON DE ROSA

Ya marchito, sus colores,
No han de volver á lucir,
Por ley triste han de morir
Marchitas todas las flores.

Flor que conmigo vivió
Justo es que muerta la guarde...
Por ella besé una tarde
La mano que me la dió.

Yo la ví sobre su pecho
Ricas galas ostentar,
Y hoy muerta ¿podré dejar
Sus despojos, satisfecho?

Emblema de una ilusión
Que guardaba el alma inquieta
Ya no podrás del poeta
Despertar la inspiracion.

Por tí ayer soñé despierto
Lo que hoy mi mente no alcanza;
Naciste cual mi esperanza,
Como mi esperanza has muerto.

A veces te quiero ver
Gozoso é indiferente
Juzgando que nada siente
El alma en su padecer.

Y siempre brota un suspiro
Eco de secreto daño
Y en medio del desengaño
Más la quiero y más te miro.

Emblema de una ilusión,
Que con la ventura pierdo;
Representas el recuerdo
Más puro del corazón.

Baz (Gustavo Adolfo)

EL FARO

¿Qué importa que en el cielo
Crucen densos girones?
¿Qué importa que la niebla se levante,
Presagio de funestos aquilones,

Y la estrella polar al navegante
Le oculte con su sombra,
Si entre el ropaje de la noche umbría,
En un peñasco, sobre enhiesta torre,
Se descubre una luz que alumbra y guía
Al que el obscuro Ponto audaz recorre?

Si tras fúnebre velo
Se ocultan las estrellas
Al que vaga perdiendo
En la extensión de las salobres ondas,
La luz que el hombre de piedad movido
Sobre desiertas rocas ha encendido,
Los escollos señala,
Y en los extensos mares
La ruta indica de los patrios lares.

La caridad sublime
Que en el mar y en la tierra
Las lágrimas enjuga del que vaga
Sobre el inmenso abismo abandonado,
Ese limpio fanal ha colocado
Del Océano en las vastas soledades,
Para que al verlo el ánimo se aliente
Del que al eco de roncas tempestades,
Falto ya de valor el pecho siente;
Y tanto anima su fulgor divino,
Que el náufrago doliente que lo mira
En el negro horizonte rutilando,
Fija la vista en él, sigue luchando
Contra el revuelto mar, hasta que espira.

¡Oh faro salvador! que te levantas
Sobre gigantes rocas de granito,
Y á quien saluda el triste moribundo

Con su postrero grito;
¿Qué voces más grandiosas
Y de tu gloria dignas,
Que el himno que te eleva
La gratitud de madres y de esposas?...
¡Bendito tu fulgor que se confunde
En las hermosas noches en que el viento
Sobre el tranquilo mar susurra tenue,
Con los astros sin cuento
Que brillan en el limpio firmamento,
Y que mira y saluda el peregrino,
Lo mismo en la tormenta
Que en la feliz bonanza,
Cual símbolo inmortal de la esperanza!

Ni el huracán terrible,
Ni el rayo atronador que retumbando
Cruza fugaz, el horizonte obscuro
Con repentina luz iluminando;
Ni del mar irritado la fiereza,
Nada abatirte puede,
Nada sobrepujar á tu firmeza.
Por eso, faro, al verte resistiendo
A los golpes del Noto y de las olas;
Mientras tu luz brillante
Entre las sombras de la noche ardiendo
Ilumina radiante
Los ámbitos del piélago espantoso,
¡El mortal que te encuentra en su camino,
A resistir aprende valeroso,
Con voluntad de bronce á su destino!

ELEGÍA

—

Humilde huerto mío,
Testigo de mis desdichas y mis penas;
Al llegar el invierno adusto y frío,
Cayeron, ¡ay! marchitas
Tus hojas y tus blancas azucenas;
Y no cual antes, con mi plectro humilde,
Contemplando la nieve que te cubre,
Podré cantar mi gloria y mis amores
Mientras viene de nuevo
La estación de las aves y las flores.

¿Cómo esperar cantando
Tu follaje, tus rosas, tus matices,
Y el sonoro murmurio de tus fuentes,
Si del otoño en el postrero día
Con las últimas luces de la tarde
Huyó también la luz de mi alegría?...

Sin aliento, sin fe, sin esperanza,
Mientras de hojas y flores te reviste
Al llegar otra vez la primavera,
Indiferente y triste
Veré romperse el hielo
Que aprisiona las linfas del riachuelo.
Y cuando de tus aves,
De la brisa fugaz entre los giros
Vuelva á escuchar el melodioso canto,
Prorrumpirá mi llanto...
Tus auras poblaré con mis suspiros.

Cuenca (Agustín F.)

Á PILAR BELABAL

A una reina del arte hoy celebramos;
En nota lastimera,
Su blanco seno de mujer dió al viento
La última nota de postrer aliento...
Murió, y en esa hora
Una serena claridad de luna
El rostro de la artista parecía;
Rostro que por la muerte lastimado
Tres coronas tenía;
Las miro todavía,
Su divino fulgor no se ha apagado...
Cual bosquejo romántico de un sueño
Se extiende ante mis ojos
De sombras melancólicas bañado,
Mortuorio paño en que la artista yace...
¡Qué triste en sus pupilas sin mirada
De los cirios la flámula agitada
Sus resplandores fúnebres deshace!
¡Qué triste sobre el rostro soberano
La difunta color que á llorar mueve!
Color que fuera en pétalos de nieve
Matiz bermejo de clavel lozano...
Y el cadáver inmóvil... siempre inmóvil!
Mudo... implacable... Majestad caída
Del trono de la vida,
Sombra impasible que el dolor provoca
Y un torrente de lágrimas arranca;
Sombra que tiene un esplendor delante,
La gloria, y cuya atmósfera radiante
Trasciende aromas de una rosa blanca.

Tres coronas tenía
Su frente victoriosa; ¿acaso nunca
Una corona la hermosura ha sido?
¿No es otra el arte que el talento abona
Si en perpetuo combate se ha vencido?
¿No es la muerte en presencia del olvido
La irradiación de la mejor corona?
Las tres sobre el cadáver palpitaron;
¿A qué llorar sobre el despojo inerte,
Si en la escarlata de su boca ondea
Risa en que fugitiva centellea
La vanidad de su gloriosa suerte?

Cobarde amor á pasajera forma
Es el amor que en el sepulcro gime
De un inmortal, y sin cesar suspira...
¿Cuándo el cobarde llanto fué sublime?
¡Rasgue su manto de crespón la lira!
Su círculo de fuego
Temblante y funerario
Esconda el cirio en la tiniebla densa,
Y de la gloria el esplendor palpite
Y alce el incienso su espiral inmensa...

La túnica flotante al sol tendida,
Y sobre lino de la blanca vesta
La negra cabellera descogida;
Del arte el cetro de oro
Resplandeciendo en la robusta mano;
Y en polvo de diamante que chispea,
Marcado el sello del triunfal coturno;
En épico ademán, trágica musa
Fué la divina artista, hija del genio,
A luchar y vencer predestinada,
La frente irguió de lauros coronada

Sobre el dosel del español proscenio.
Si amaba, sonreía
Por un sueño invisible acariciada;
Y un sol de amor en su pupila ardía,
Si su pecho á otro pecho respondía
Con su palpitación acelerada.
Amando, entre sus labios
Fingió su acento con volubles giros
Querella de románticos agravios,
Música de tristísimos suspiros.
Brillaba como un cielo
Su frente enamorada... en negra nube
La tempestad de repentino celo
El iris del amor tornaba fiera,
Y el rostro antes alegre, entonces era
Triste calvario de espantoso duelo.
Triste calvario cuando altivo enojo,
Ennegreciendo el porvenir obscuro,
No la inspiraba el vengador antojo
De herir de muerte al corazón perjuro.
Mas si del celo el frenesí insaciable
Daba calor al pensamiento impío,
Su ademán vengador era implacable,
Y era un infierno su mirar sombrío...

Adúltera, sintiendo
Crecer de su pasión la llama viva,
Ya presa del terror, era en la escena
Tronchada sensitiva;
Ya sorprendida en su pasión impura,
Y ya ante la expiación arrodillada,
Era un dardo su grito de amargura,
Era una estrella errante su mirada;
Los pliegues de la blanca vestidura
El aire descogía,

Bañado en llanto su semblante bello,
Y de los negros bucles del cabello
La rosa nacarada desprendía...

Ya adúltera llorosa,
Ya mártir del pasado
Y en nombre del amor al bien despierto
Su corazón por el dolor llagado,
Madre amorosa junto al hijo muerto,
Ingrata madre frente al hijo amante;
Riendo ó suspirando;
Ebria de vida, ó triste agonizante
Fué intérprete inspirada
Del drama excelso que soñó el poeta,
Y al fuego esplendoroso de sus dones
El genésico sol de las pasiones
Brilló sobre su artística paleta.

¡Oh! triste soñadora;
En tu sepulcro pálida y sombría,
En el altar del genio
Transfigurada ahora!
La edad presente de tu gloria somos,
Este incienso, estas palmas, estas flores
Son primicias triunfales;
Aguarda á que la gloria soberana
Que es la posteridad, te dé mañana
Coronas inmortales.

Queda en paz en tu lecho funerario,
Y mientras canta el porvenir tu nombre
Y es clámide de triunfo tu sudario,
Junto al ciprés de tu sepulcro amigo,
Como una melancólica violeta
Este humilde cantar quede contigo.

CARMEN

Era blanca, y su blancura
En negro traje envolvía,
Y á mis ojos parecía
Alborada en noche obscura.

Rubia cabellera undosa
Coronaba su donaire
Y suelta al flotar, el aire
Era un aliento de rosa.

Sobre el azul de sus ojos
Brillaba húmedo reflejo,
Y ese azul era el espejo
De mis amantes antojos.

De su boca eran agravios
Sus labios angelicales
A los más rojos corales
De los más hermosos labios;

Color que á besar convida
Era su color, y presos
Túvolos en red de besos
La pasión en mí nacida.

Era blanca, como que era
El alba de mis amores,
Primera flor de las flores
De mi hermosa primavera.

Oí el canoro aleteo
De sus fugitivas alas,

Iba entre virgíneas galas
Dando vida á mi deseo.

Suspiré, de amor rendido,
Ella suspiró también,
Sonó un beso, fueron cien,
Fueron más, que no lo olvido.

¡Cómo trascendiendo aromas
Soplaba el ambiente manso,
Y en la agua azul del remanso
Se bañaban las palomas!

¡Cómo estaban de rocío
Las caléndulas cuajadas
En las fértiles quebradas
Del musgoso lomerío!

¡Qué sol aquel sol naciente
Envuelto en undosos tules,
Y que entre montes azules
Orlaba de oro su frente!

¡Y qué espléndido aquel sol
De la luna perseguido,
Que al morirse está tendido
En un lecho de arrebol!

Sobre las rotas almenas
¡Qué pardas las golondrinas!
¡Qué abejas tan peregrinas
En las blancas azucenas!

Al mecerse ¡qué elegante
La palmera en el espacio!

Era palma de topacio
Bajo un cielo de diamante.

Cada pájaro en la enhiesta
Arboleda era una lira,
Era un chal de Cachemira
Sobre el valle la floresta.

La onda al mar rodaba ufana
Y al rodar copiaba la onda
Cielo claro, obscura fronda,
Mirlo alegre y flor galana.

Todo entonces bajo el velo
De fantásticos antojos,
Que amor tiende entre los ojos
Del alma y la luz del cielo.

¿Y después? Ya puesto el sol
¿Su arrebol no dora el monte?
Ella es en el horizonte
De mi vida ese arrebol...

LA MAÑANA

—

Tiende el sol cuando amanece,
Gasas de oro en la esmeralda
De los campos, la humedece
Con sus perlas, y parece
Cada campo una guirnalda.

Caen sus nacientes fulgores
Sobre el templo solitario,
Y es florón de resplandores

La vidriera de colores
Del esbelto campanario.

Del monte incendia el selvoso
Laberinto de retamas,
Y se alza el monte boscoso
Como se alzara un coloso
Con un turbante de llamas.

Matiza el cristal del río,
Y lleva el río en sus ondas
Copiando un pinar sombrío,
Ramajes en que el rocío
Se envuelve en doradas blondas

De carmín tiñe al rosal,
De oro tiñe al girasol,
Y es la escarcha natural
Una hamaca de cristal
Bajo un velo de arrebol.

Sobre la cumbre riscosa,
En los témpanos de hielo
Pinta ráfagas de rosa,
Y hace de la mariposa
Un iris que cruza el cielo.

Abrense cuando desata
A la fuente, cuyo rastro
Es una estela de plata,
Junto á adelfas de escarlata,
Floripondios de alabastro.

Presta el rizado plumaje
De los pájaros colores,

Da colores al encaje
De las nubes y al paisaje
Perlas, pájaros y flores.

Todo es luz, aves, aromas,
Fuego el sol, llanto el rocío,
Flores el júncar, las pomas
Roja grana, las palomas
Blanca nieve, espuma el río.

La obscura selva rumores,
El torrente centelleos
De divinos esplendores,
La alameda ruiseñores,
Loz ruiseñores gorjeos.

Toda la naturaleza
Cuando el sol la da calor,
Palpitaciones, grandeza,
Es mujer cuya belleza
Entra á un tálamo de amor

Lasciva al placer arroja
Del pudor los blancos velos...
Cesa su febril congoja,
Y cuando ella se sonroja
Ya tienen bajo los cielos.

Los arroyos más cristales
Y los cardos más espinas,
Más flores los florestales,
Más espigas los trigales,
El torreón más golondrinas...!

NIEVE DE ESTIO

—

Contestación á una carta de mujer.

Á JUAN DE DIOS PEZA

Copia fiel de tu belleza
Pediste ayer al espejo,
Que es el más puro reflejo
De la más noble franqueza;
Y siento de mi tristeza
Crecer los fieros enojos
Porque para ver tus rojos
Labios y tu blanca frente,
No hay cristal más transparente
Que las niñas de mis ojos.

La luz, de copiarte ufana,
Dió al espejo sus destellos,
Y entre tus negros cabellos
Colgando viste una cuna;
Fué entonces marfil la grana,
Que el rostro á besarte mueve,
Y trémula, fiera, aleve,
Trozaste el cabello cano,
Que era un cisne de verano
Envuelto en plumas de nieve.

Presa de terribles luchas,
Como agravio á tus hechizos,
Viste después en tus rizos
Otra cana y otras muchas,
Y triste en silencio escuchas
Cómo la razón proclama

Que cuando más se enrojece
Más el cabello emblanquece
Con el fuego que derrama.

Fijos en el claro espejo
Tus más claros todavía
Ojos que causan al día
Rubores con su reflejo,
Las blancas hebras del viejo
Cabello en su edad lozana
Arrancaste, y la galana
Luz de tu mirada al verlas
Fué luz que disuelta en perlas
Bajó á besar cada cana.

Un rizo blanco me envías,
De tus letras adoradas
Envuelto en las desmayadas
Misteriosas melodías,
Y en tus congojas sombrías
Pienso al ver tus canas bellas;
De unas y otras te querellas,
Unas son la noche obscura
Que nubla tu frente pura,
Las otras son sus estrellas.

Con odio á torpes amaños
Y venciendo tu altivez,
Me has mostrado la vejez
Que agobia á tus veintiún años;
Y sin temer desengaños,
Sin temer fieros desdenes
Déjasme besar tus sienes;
Vano fuera tu temor
Cuando sé que son de amor

Todas las canas que tienes.

Cuando en tí regocijado
Forma mis dulces antojos
Llevar el alma en los ojos
Para verte enamorado:
Cuando en mi pecho ha formado
Tu alma su caliente nido
Y tiene allí por sentido
Ruiseñor que la corteja
El amor que en mí se queja
Receloso del olvido.

Cuando al verte sólo veo
Que eres claridad del día,
Romántica fantasía
Del espiritual devaneo;
Llama de febril deseo;
Ave en el árbol, que el río
Copia en el cristal bravío
Querellándose de amor,
Madre selva cuya flor
Por galán tiene al rocío.

Noche de las estrelladas
Noches en que los rosales
Forman los lechos nupciales
De los silfos y las hadas;
Raudal que en despedazadas
Hebras de cristal undoso
Errante baja, impetuoso,
De los empinados riscos
Y entre los verdes lentiscos
Va rodando rumoroso.

Queden tus negros cabellos
Ciñendo tu faz morena,
Y el negro ángel de la pena
Quede aprisionodo entre ellos;
El rizo de los más bellos
Que fueron nieve de estío,
Guardo yo en el pecho mío
Viendo tus congojas grandes;
Hay siempre nieve en los Andes
Y espuma en el mar bravío.

COSMES (Francisco)

EL POETA

¡Oh! ¡Dejadlo pasar! No necesita
De vuestra vida el mentiroso halago:
La multitud su corazón agita
Como los vientos el cristal del lago.

Allá entre la turba solitario,
Sin encontrar á su dolor abrigo,
¡El, que en su mente como en un santuario,
Un cielo lleva sin cesar consigo!

Hijo de Dios, la potestad que crea
En vez le dió de vanidosos nombres;
Que Dios formó al poeta de la idea,
Mientras de barro modeló á los hombres.

El mundo, contemplándole altanero,
Le domina con desprecio, *loco*...
¡Cuando al soñar, el universo entero
Para ocupar su pensamiento es poco!

Y él necesitaba compasión: su alma
Al soplo sólo de su dolor se abate,
Como se inclina la gallarda palma
Cuando el *simun* ardiente la combate.

Su corazón, cual tierna sensitiva,
Marchito está por el menor tormento;
Cada impresión su padecer aviva,
Y es una espina cada pensamiento.

Mas también ¡admirad! cuando se elevan
Del suelo vuestras moles colosales,
Cuando el esfuerzo y la prudencia llevan
Hasta el cielo á los míseros mortales.

Cuando, presa de penas y de amargura,
De la impotencia os debatís debajo
Y gastáis por llegar hasta la altura
Mares de llanto y siglos de trabajo.

El, por el mundo sin piedad proscrito,
No cual vosotros el afán emplea;
Para lanzarse audaz al infinito
¡Le basta sólo concebir la idea!

EN EL CUARTO CENTENARIO DE MIGUEL ANGEL

Vástago de esa raza de inmortales
Que el cielo osaron escalar un día,
Hacinando en sus odios colosales
Ossa y Pelion para la lucha impía;
En la existencia humana apareciste

Cuando el mundo cristiano agonizaba:
La antorcha de la fe se iba apagando;
El peso abrumador del fanatismo,
Cual campana neumática la ahogaba;
La conciencia dormía:
En las siniestras llamas del abismo
La Iglesia sus hogueras encendía,
Y el hombre presintiendo un cataclismo
No pensaba, no más se estremecía.

Llegaste, mas ¿de dónde? ¿Pudo acaso
Algún mortal, decir en qué otro mundo
Imprimiste la huella de tu paso?
No era el país donde su altiva frente,
Alza en un cielo de turquí el Parnaso;
El tibio rayo de la luz de Oriente
Que el verde acanto de Corinto dora,
Jamás en su fulgor resplandeciente
Alumbró tu cabeza pensadora:
Ni el mar de Jonia que gentil murmura
Y con nombres poéticos resuena,
Te vió pasar sobre su linfa pura
A extasiarte sediento de hermosura
En la belleza plástica de Elena.

Si de un mundo viniste,
Fué de un mundo poblado por titanes,
Allí, donde frenéticos excitan
Siniestros odios vengativos manes,
Donde el suplicio y el terror habitan,
Y entre ruinas, maldición y estrago,
De Dios las iras sin piedad se agitan.

Tú eres de esa pléyade sublime

Que de improviso apareció en un cielo
Cubierto de tinieblas y de muerte,
A arrebatar en su gigante vuelo
La humanidad inerte:
Inmigración de genios soberanos,
Que, á fin de merecer desde su altura
Subir á darte el título de hermanos,
Tuvieron que anunciarse á la existencia:
Colón, de un mundo descorriendo el velo,
Lutero, abriendo un cielo á la conciencia.

Al mundo ya venías
Doblegado del genio bajo el peso;
El recuerdo de inmensas agonías
Aún quedaba en tu semblante impreso;
Tú mismo en tu poder te estremecías,
Cuando al cumplir las órdenes fatales,
Consultando tu fuerza te sentías
Nuncio de las venganzas celestiales.

Nunca á tu vuelo conoció barrera,
Tu inspiración gigante:
Tus alas de condor iban unidas,
A la fuerza de Atlante.
Nuestro pequeño y mísero suelo
Parecer ha debido muy mezquino
A tu aliento fecundo;
¡Necesitabas para lienzo un cielo,
Y por materia que esculpir un mundo!

¿Dónde sacaste fuerzas, dónde aliento?
¿Cómo parar ímpetu violento
Conseguiste del tiempo, que en un día
Sin ayuda, acabaste creaciones
Que el trabajo de tres generaciones

Para iniciar, apenas bastaría?
De los siglos la cuna y el sepulcro
Abarcó tu pincel. ¿Quién no se siente
Henchido el pecho de terror, mirando
La suerte, en la Sixtina, de esta raza
Que el campo de la vida va cruzando.
¡Ay! gigantesca al paso que impotente?
La vil materia con tus manos tocas,
Y, en el fuego encendidas de tu idea.
Sublime Anfion, haces hablar las rocas;
Todo el mundo, abarcaste con tus brazos;
En obras en que el genio centellea
Al mármol tu calor comunicaste...
¡Y al mismo tiempo, con pujante brío,
De *San Pedro* la cúpula lanzaste,
Cual globo de granito en el vacío!

Llevabas en tu pecho el anatema
Del nostálgico mal del infinito;
Tus obras eran la expresión suprema
Del angustioso grito
Del genio en la prisión. Necesitabas
Otro idioma, otras formas, otros hombres,
Otro Dios que tu mente interpretara;
Como Moisés, en medio del desierto.
¡Hablarle y contemplarle cara á cara!
Tu alma estaba sedienta de lo inmenso:
Te importaba muy poco
Que el mundo adorador ó indiferente
Palmas te diera ó te llamara loco;
Para el mundo tenías
El arma del desprecio omnipotente.
Y admirado, temido, incomprensible,
Sin inclinarte nunca bajo el yugo.
Ibas, como el poeta del *Infierno*

¡Grande como lo eterno!
¡Sólo como el verdugo!

Y así cumpliste tu misión sombría,
Pobre, sin amistad y sin amores...
¿Sin amores? ¡Oh, no! Dos deshojaron
Sobre tu mústia frente algunas flores;
Puros y grandes como tú brotaron...
Más ¡ah! la dulce Libertad moría
Por más que entre la niebla del combate
Tu mano á protejerla se extendía:
Y cuando, de tu lecho se alejaba,
Llanto vertiendo el ángel de la gloria,
Huérfano de tu altivo pensamiento
¡Ay! te faltaba en tu postrer aliento
El beso del amor de tu *victoria!*

Cuatro siglos pasaron
Desde el día glorioso
En que marcaste el mundo con tu huella,
Y del arte en el cielo, todavía
Tu nombre augusto sin rival destella.
El hombre todavía se estremece
Delante de tus obras inmortales,
A medida que el tiempo raudo vuela,
Tu titánica forma, ¡crece, crece!...

Nosotros tus sectarios, los que vimos
El infinito abrirse ante lo excelso
De tus apocalípticas creaciones;
Los que á tu nombre al escuchar, sentimos
De entusiasmo latir los corazones;
Reunidos hoy á tributar venimos
En el templo del arte, el santo culto
De admiración y de respeto al genio.

Benigno acoge nuestra ofrenda humilde
Desde el cielo inmortal de tu grandeza.
¡Sosténnos en la lucha! Errantes vamos
En un mundo de odio y de impureza.
En esta vida, como tú, miramos
Sumergirse nuestra alma en la amargura,
Y desmayar nuestro tenaz empeño...
¡A nosotros también *es grato el sueño*
Mientras el mal y la vergüenza dura!

Carpio (Manuel)

—

CENA DE BALTASAR

—

Era la noche, y la redonda luna
Desde la inmensa bóveda del cielo,
Alumbraba los sauces del Eufrates
Y á la gran Babilonia en sus festines,
Fortalezas, alcázares, jardines
Y los templos magníficos de Belo.
El intrépido ejército de Ciro
Está sobre las armas impaciente
Por tomar la ciudad; la infantería
Se conmueve y agita sordamente,
Cual negra tempestad que allá á lo lejos
Brama y rebrama en la montaña umbría.
Ya se aprestan de Persia los jinetes,
Sus fuertes armaduras centellean,
Y encima de los cóncavos almetes
Altos plumajes con el aire ondean.
Ya se escucha el crugir de los broqueles,
De la trompeta el bélico sonido,
Y el bufar de los férvidos corceles,

Y la grita de jóvenes bizarros,
Y del sonante látigo el chasquido,
Y el rodar de las ruedas de los carros.
Ya los caballos con su blanca espuma
Humedecen sus pechos espaciosos;
Al ruído de las armas se recrean,
Y el duro suelo escarban y golpean,
Y están inquietos por salvar los fosos.
Sus cascos hollarán en Babilonia
Las estatuas de dioses incensados,
Hollarán á los nobles y soldados,
Y yelmos y viseras y corazas,
Y en gran tropel levantarán el polvo
De las soberbias y desiertas plazas.
Del palacio en los patios á cuchillo
Con su rey morirán tantos vasallos,
Que en esta noche la caliente sangre
A los frenos dará de los caballos.

Mientras que Ciro con ardor se apresta
A dar por fin el formidable asalto,
La Ciudad, cual ramera deshonesta,
Entrégase al placer sin sobresalto,
Y á regocijos que el honor detesta.
Se embriaga el padre y á la par la esposa,
El libertino y el anciano triste,
El agorero y la doncella hermosa.
Entre bailes y cantos de alegría.
Resuena la algazara de las gentes,
Que por las calles van como dementes
Entre la confusión y gritería.
También de Baltasar el gran palacio
Se agita alegre con festín ruidoso;
El rey y sus mujeres y magnates
Todos ocupan un salón fastoso

Que tiene vista al cristalino Eufrates.

El soberbio salón es un portento;
Las paredes de estuco, están doradas,
Y forman el grandioso pavimento
Variadas losas de lucientes jaspes
Cubiertos con asiáticas alfombras
De los remotos climas del Hydaspes.
Cien columnas blanquísimas de mármol
Sostienen la magnífica techumbre;
Lámparas de oro de labores bellas
Todo lo animan con su viva lumbre:
Ocupan las estatuas de los dioses
Hermosos y brillantes pedestales,
Y arden enfrente en pebeteros ricos
Exquisitos aromas orientales.
Entre las nubes del flotante incienso
Que perfuma la suma reluciente,
Se ostenta el rey entre el cortejo inmenso
Con regia pompa y con augusta calma,
Como entre humildes y modestas flores
Descuella al viento la soberbia palma.
Cenaban recostados en tapices
Tejidos por doncellas babilonias,
Tapices de las grandes ceremonias
En tiempos más tranquilos y felices.

La turba de los grandes insensata
Hace alarde de pérsicos brocados,
Túnicas blancas de sonante seda
Y magníficos mantos de escarlata:
En los cándidos pies llevan calzados
Con blancas perlas y luciente plata,
Y ciñen sus cabellos perfumados
Infulas que les bajan por los lados.

A la derecha están las concubinas
Y mujeres del rey, blancas y bellas,
Con túnicas de seda, recamadas
De flores y de espléndidas estrellas.
Mantos de un bello azul como los cielos
Más brillantez les dán y más decoro;
Airosas llevan transparentes velos,
Ricos joyeles y sandalias de oro:
Para más cautivar á los donceles,
Sin atender al femenil recato,
En las cáligas llevan por ornato
Diamantes y ruidosos cascabeles.
Adornan, en fin, esas bellezas,
Sus blancas manos y sus blancos cuellos
Con esmeraldas y zafiros bellos,
Y con mitrias asirias las cabezas.
El ropaje del rey vale un tesoro,
Lleva en los hombros un soberbio manto
De púrpura sidonia, y de amaranto
Bordadas flores y granadas de oro.
Ajusta su cintura roja zona
Esmaltada de hermosa pedrería.
Y en la alba frente espléndida corona
Que por la última vez allí lucía.
Rica brillaba la purpúrea tinta
En sus coturnos altos y elegantes,
Bordados con asiáticos diamantes,
Y ancho puñal obsérvase en la cinta.
¡Ay! que en medio de lágrimas y duelos,
Esta noche los bárbaros soldados
Hollarán con sus pies ensangrentados
Corona y mantos, ínfulas y velos.
Reina la calma en el salón hermoso,
Sírvense en el festín ricos manjares
Hechos venir de tierras muy lejanas,

Y de las islas y remotos mares.
Mas por instantes crece la alegría,
El vino hierve en copas anchurosas;
Beben los cortesanos á porfía,
Bebe el monarca y beben sus esposas,
Y empieza la confusa vocería.
Los grandes vasos de licor ardiente
De concubina en concubina pasan:
A veces ruedan sin pudor los ojos,
Ojos que en fuego criminal se abrasan;
Juegan las risas en los labios rojos,
Se tornan las mejillas más hermosas,
Hierve la sangre en las ardientes venas.
¡Ay de esas gentes frívolas y obscenas!

Entonces los escénicos cantores,
Al compás de la cítara sonora,
Entonaron con voz encantadora
Tonos dignos de aquellos impostores.

CORO

¿Quién volvió de la tumba temida
A decir lo que está más allá?
Disfrutemos por hoy de la vida,
¿Quién el sol de mañana verá?

CORO DE HOMBRES

Gloria ¡oh rey! á los dioses sublimes
Que te dieron el trono caldeo!
Tus cadenas arrastra el hebreo,
El asirio y el árabe audaz.
Cuando escuchan tu nombre glorioso,
Se estremecen las grandes naciones,

Y al moverse tus fuertes legiones,
Se conturba del mundo la faz.

CORO DE MUJERES

Te prodiga el Oriente sus perlas,
Y la seda, y marfil y diamantes;
Embajadas de pueblos distantes
Te presentan el oro de Ofir.
Las doncellas hermosas del Asia
Te perfuman con suaves olores,
Y á tus plantas esparcen las flores
Que en tu obsequio derrama el Abril.

CORO DE HOMBRES

Sobre miles de muertos y heridos
Pase ¡oh rey! tu volante carroza,
Y con ella quebranta y destroza
Al que osare irritar tu furor.
Y seguido de bravos guerreros
Domarás con tus grandes falanges
Desde el mar del Occidente hasta el Ganges,
Desde el Persa al Escita feroz.

CORO DE MUJERES

¡Qué veloces transcurren los años!
Pasan ¡ay! como nube en el viento,
Como el pájaro pasa violento
Como pasan las olas del mar.
Goza, pués, de abundantes delicias,
Grato vino tus penas ahuyente:
Ciñe presto de rosas tu frente,
Que así deben en pompa ostentar,

CORO

¿Quién volvió de la tumba temida
A decir lo que está más allá?
Disfrutemos por hoy de la vida,
¿Quién el sol de mañana verá?

—«Qué traigan, djo el rey, los bellos vasos
De plata y oro, de valor inmenso,
Que en el templo sirvieron de Solima;
Aquí también recibirán incienso,
Y en nuestras manos superior estima.»—
El sacrílego rey los vasos toma
Llenos del vino hirviente de Judea,
Haciéndoles girar entre las gentes,
Y en los semblantes la impiedad asoma
En medio de risadas insolentes
Tocan los vasos manos desdeñosas,
Manos impuras, para el mal resueltas.
Bocas de concubinas desenvueltas,
Bocas falaces y á la par hermosas.
Alzóse Baltasar, y sus magnates
Alzáronse también y sus esposas,
Y elevando las copas venerandas,
Hicieron libaciones execrandas
A los dioses asirios y á las diosas.

Densas nubes cubrieron entre tanto
El espacioso cielo, y ya traspuesta
La luna en Occidente, negra noche
Cubrió la tierra con su obscuro manto.
Tres veces el relámpago te alumbra,
Orgullosa ciudad de los impuros,
Y estalla el rayo fúlgido tres veces;
Y tras el estallido te estremeces

Con palacios, con torres y con muros.
A esta sazón los dedos de una mano
Escriben misteriosos caracteres
En la pared de aquel salón profano
¡Ay del rey, de los grandes y mujeres!
Como el viajero en bárbaro desierto
Cuando ya va á pisar una serpiente,
Al ver sus ojos como llama ardiente,
Grita, da un paso atrás y queda yerto:
El rey así, con femenil quebranto
Al mirar la estupenda maravilla,
Temblaba todo atónito de espanto
Y se daba rodilla con rodilla.
Horrible palidez cubre su rostro,
Cubre el sudor su delicado cuello,
El manto de los hombros abandona,
Con el terror se eriza su cabello,
Y rueda por el suelo su corona.
Los aúlicos y grandes espantados
Van y vienen y vagan aturdidos
En el vasto salón dan alaridos,
Y arrastran en la alfombra los brocados.
Cual las tímidas aves en bandadas
Huyen á refugiarse en la arboleda
Cuando del huracán van azotadas,
Asi las concubinas angustiadas
Descuidando sus túnicas de seda,
Huyen despavoridas y llorosas,
Y abrazan á los dioses y á las diosas.
Ya alzan las manos lánguidas al cielo,
Ya trémulas se postran sollozando,
O bien estampan con afecto blando
Sus delicados labios en el suelo.

Al mandato del rey entra en la sala

El anciano Daniel, grave profeta,
De blanca barba y de cabello blanco,
Y con un cinto su sayal sujeta.
—«Tú que eres un varón prudente y sabio
Y el hondo abismo ves de lo futuro;
Por los dioses, explíqueme tu labio
Los caracteres que presenta el muro.
Saldrás de la humildad de tu retiro,
Y libre quedarás del cautiverio;
Yo te daré un collar de oro luciente,
Te vestiré de púrpura de Tiro,
Y príncipe serás en el imperio.»—
Echando entonces fuego de sus ojos,
El severo Daniel, de enojo lleno,
Responde á Baltasar con voz de trueno:
—«Delante de tus dioses impotentes
Doblas ¡ay! la sacrílega rodilla:
La sangre de tus víctimas humea
En los altares donde el oro brilla
Y en los templos de Bel tu incienso ondea.
Y para colmo de impiedad y orgullo,
Con esta corte sin pudor y obscena
Has profanado los sagrados vasos
En esta horrible y execranda cena.
Mas oye ¡oh! Baltasar! las profecías
Que oculta esa escritura formidable:
De tu reino Jehová contó los días,
Y término le puso inevitable.
Pesó tu corazón en su balanza
Y al encontrarlo de virtud vacío.
Tronó su indignación, como en estío
Truena la nube cuando el rayo lanza.
Babilonia y tu imperio floreciente
Serán presa de manos extranjeras,
Y *mañana* entre sangre y entre hogueras

Dando alaridos vagará tu gente:
¡Ay ciudad infeliz de las rameras!
Derrotadas tus bárbaras legiones
En medio del furor de los combates,
Se llevarán las olas del Eufrates
Hombres, caballos, armas y morriones.
Espada contra el pueblo y los tiranos,
Espada contra magos y hechiceras,
Fuego voraz contra tus dioses vanos,
Contra templos y torres y trincheras.
¡Ay ciudad infeliz de las rameras!
Luto se vestirán tus concubinas
Luto también tus sápatras cautivos,
Y llorarán tus príncipes altivos
De Babilonia en las soberbias ruinas.
De esta sala y palacio tan brillantes
Quedarán los escombros y cimientos,
Y en sus despedazados pavimentos
Se arrastrarán las víboras errantes.
Aquí, entre espinas y entre musgos pardos,
Cantará triste el pájaro nocturno,
Y rugirán los tigres y leopardos;
Y crecerán los solitarios cardos
Donde apoyas tu espléndido coturno.»—

Dijo Daniel, y el príncipe altanero
Le cumplió la magnífica promesa;
Mas esa misma noche le atraviesa
El regio pecho vengador acero.
Acabaron del rey las alegrías;
En sangre está su túnica empapada,
Túnica rica que su madre amada
Bordó contenta en venturosos días.
Cayó el monarca, y levantarse quiere
Buscando ansioso al hijo más querido,

Y al verlo prisionero, da un gemido,
Se le saltan las lágrimas, y muere.

BONAPARTE

—

Sentado Bonaparte en una altura
En la orilla del mar de Santa Elena,
Al triste rayo de la luna llena
Meditaba en su inmensa desventura.

Recordaba entre sí con amargura
Las turbulencias del sangriento Sena,
El Tabor, las Pirámides y Jena,
Y de César-Augusto la bravura.

—«Ved, exclamó, las palmas de Marengo,
»Los campos de Austerlitz de sangre rojos
»Donde las rusas águilas contengo.

»De la Europa me siento en los despojos;
»Mas de tanto triunfar ¿qué premio tengo?
»Las lágrimas que ruedan de mis ojos.»

Caballero (Manuel)

LA PLEGARIA DE UNA VIRGEN

I

Ayer en el silencio de la noche
Solemne, majestuoso,
Al pálido fulgor de la alta luna
Enfrente á tu ventana estuve solo.

¡Qué tropel de fantasmas sonrosados
Mi cerebro ardoroso
Volar sentía en dirección del cielo
De mis suspiros impelido al soplo!

Del cristal de tu alcoba, desprendido
Un rayo tembloroso,
Que estabas allí tú, me revelaba...
¿Pensando en que te quiero?... yo lo ignoro!

¡Qué tristes confidencias, vida mía,
Hice con mis sollozos
De la luz de tu alcoba al mensajero
Que compasivo me besaba el rostro!...

¿Te condujo mis quejas?... no lo supe,
Pero escuché de pronto,
Rasgando de la atmósfera el silencio,
Que tu piano gemía melancólico.

Plegaria de una virgen, elevaba
Sollozante, medroso,
Su rezo de harmonías, levantando
Del mismo Dios el invisible sólio.

Plegaria virginal... ¿Qué suspiraban
Tus acordes harmónicos?
¿Qué contabas al cielo con tus notas?
¿Qué hablaba tu lenguaje de sollozos?

¿Por quién rogaba á Dios aquella virgen
De su alcoba en el fondo?
¿Qué sufrimientos revelaba al cielo?
¿Qué historia de pesares misteriosos?...

. . . . . .

II

Cuando el piano calló, sentí nublados
Por el llanto mis ojos;
Estaba enajenado y hacia el cielo
Vueltos tenía el corazón y el rostro.

De mi éxtasis al fin, ecos divinos
De un canto misterioso
Allá por los espacios se perdían
Del abismo azulado en lo más hondo.

Era tal vez de alados serafines
Un grupo esplendoroso,
Que por el éter hasta Dios llevaba
Tu harmónica plegaria de sollozos!..

. . . . . .

¡MIEDO!

—

Mil veces he intentado
Decirte que te quiero,
Mas la ardorosa confesión, mi vida,
Se ha vuelto de los labios á mi pecho.

¿Por qué, niña? lo ignoro,
¿Por qué? yo no lo entiendo;
Son blandas tu sonrisa y tu mirada,
Dulce es tu voz, y al escucharla tiemblo.

Ni al verte estoy tranquilo,
Ni al hablarte sereno,

Busco frases de amor y no las hallo,
No sé si he de ofenderte y tengo miedo.

Callando, pues, me vivo
Y amándote en silencio,
Sin que jamás en tus dormidos ojos
Sorprenda de pasión algún destello.

Dime si me comprendes,
Si amarte no merezco,
Dí si una imagen en el alma llevas...
¡Más no... no me lo digas... tengo miedo!

Pero si el labio calla,
Con frases de los cielos
Deja, mi vida, que tus ojos digan
A mis húmedos ojos... *ya os entiendo.*

Deja escapar del alma
Los rítmicos acentos
De esa vaga harmonía, cuyas notas
Tienen tan sólo el corazón por eco.

Deja al que va cruzando
Por áspero sendero,
Que si no halla la luz de la ventura,
Tenga la luz de la esperanza al menos.

Callemos en buen hora
Pues que al hablarte tiemblo,
Mas deja que las almas, uno á uno,
Se cuenten con los ojos sus secretos.

Dejemos que se digan
En ráfagas de fuego

Confidencias que escuche el infinito,
Frases mudas de encanto y de misterio.

Dejemos si lo quieren,
Que estallen en un beso,
Beso puro que engendren las miradas
Y suba sin rumor hasta los cielos.

Dime así, que me entiendes,
Que sientes lo que siento,
Que es el porvenir de luz y flores
Y que tan bello porvenir es nuestro.

Dí que verme á tus plantas
Es de tu vida el sueño,
Dime así cuanto quieras... cuanto quieras...
De que me hables así... no tengo miedo.

Diaz Mirón (Salvador)

VICTOR HUGO

¿Qué palabra mejor que la que canta?
¿Qué timbres de más prez que los que encierra
Ese rey triunfador á cuya planta
Es un mezquino pedestal la tierra?
¿Qué fuerza más divina
Que la de ese Titán que escala el cielo,
Desafiando al rayo, que fulmina
Todo lo que se empina
Sobre este bajo y miserable suelo:
Espíritu y volcán, torre y encina?
¡El condor gigantesco de los Andes,

El buitre colosal de orlado cuello.
No ha batido jamás alas tan grandes,
Ni ha visto de tan cerca un sol tan bello!
El poeta es el antro en que la obscura
Sibila del progreso se revuelve;
El vaso en que la vida se depura,
Y, libre de la escoria, se resuelve
En verdad, en virtud y en hermosura!
¡No hay gloria de más claros arreboles
Que la de ser, en la penumbra inmensa,
Uno de esos crisoles
En que la luz del alma se condensa,
Como el fuego del éter en los soles!

***

El vidente está allí, noble y sereno:
Si los hombres lo afligen porque es bueno
Y en su yerma heredad siembran la ortiga,
El los consuela, y del terruño ajeno
Recoge el cardo, como Ruth la espiga!
¡Arbol que el viento del otoño hiere
En la hoja, en la flor, en el retoño!
¡Arbol que al viento del otoño muere
Y que perfuma el viento del otoño!
Todo el vapor que del pantano sube,
Miasmático y sombrío,
Se cuaja arriba en tormentosa nube,
¡Pero desciende en bienhechor rocío!
¿Qué importa que el sublime Prometeo,
Bajo el chispazo que su frente atrae,
Muerda el polvo en la lid, si, como Anteo,
Se endereza mayor siempre que cae?
La ráfaga que zumba
No ha de apagar la estrella.
¡Dejad que al fin el trovador sucumba!
¡*La luz de* su estro, como nunca bella,

Brotará por las grietas de su tumba!

*
* *

¡Oh soñador excelso!—Yo te he visto
Tocar el cielo, en el batido estuario,
Ara de tu ideal!—Tú, como Cristo,
Completaste el Tabor con el Calvario!
Misionero de luz propicio al ciego,
Tu genio, semejante á un meteoro,
Llovió desde el zenit lenguas de fuego
Y abrió en la inmensidad surcos de oro!
—No es cierto que tu espíritu esté falto
De esa unidad espléndida y bruñida
Que constituye el mérito más alto
De un libro, de un diamante y de una vida;
Pero pagaste el natural tributo!
Primero, el huevo, y en seguida el ave!
Es fuerza que la flor preceda al fruto
Y el hombre empiece donde el niño acabe!
Roja y azul, la sangre que te anima
Hizo de tí la aurora que refleja
La púrpura del sol que se aproxima
Y el zafir de la noche que se aleja.
Tu frente audaz, que el pensamiento arruga,
Puede alzarse sin mancha! Dios te impele.
Nadie reprocha á la rastrera oruga
Que se convierta en mariposa y vuele!—
Envueltos en su túnica inconsútil,
Tus veinte años de destierro gimen...
El crimen te absolvió... ¡Pero fué inútil!
¡Tú no absolviste al crimen!
Y allí, de pie sobre tu peña sola,
Nueva Pathmos, ceñida por la ola,
Allí, vuelto á los réprobos distantes,
Y en tu lengua de hipérboles y elípsis,
Lanzaste, nuevo Juan, los fulgurantes

Relámpagos de un nuevo Apocalípsis!
—Y tú no fuiste el único en el duelo,
En la pena, en el Gólgota, en la injuria...
Cuando era cumbre ó remontaba vuelo
Sufrió el embate de la misma furia.
Mas, ¿cómo pudo ser? ¿qué fuerza extraña,
Qué ingente cataclismo
Decapitó de un golpe la montaña,
Aventando sus crestas al abismo?
¿Qué tempestad de tenebrosos rastros,
Qué estallido de horno
Rompió el volcán, bajo su nimbo de astros,
Arrojando sus águilas en torno?
¡Profanado el augusto tabernáculo
Y erguidos y triunfantes los protervos!
¡Apagada la zarza en el pináculo
Y allí agrupados en festín los cuervos!
¡El pueblo subyugado por la tropa;
El pueblo audaz que con ardor fecundo,
Dando su sangre en holocausto á Europa,
Reivindicó la libertad del mundo!
¡Radiante y vencedor el culto falso!
¡La virtud perseguida con encono!
¡El deber espirando en el cadalso
Y la infamia sentándose en el trono!
¡Obscurecido el sol! ¡La Francia esclava!
—¿En dónde estaba Dios, que no veía,
Puesto que así dejaba
Prevalecer la noche sobre el día? —

***

¡Oh poeta! Tu espíritu enamora:
Es cual la estatua que el egipcio estulto
Honraba por sonora:
Tiene el supremo pedestal: el culto,
Y la suprema inspiración: la aurora!

Sin rival cuando canta y cuando gime,
Tu voz reina en el duelo y en la fiesta.
Tus versos son la música sublime,
No de una lira, sino de una orquesta!
No hay nota por tu acento no emitida:
Tan grande en la inquietud como en la calma,
Tocas todo el registro de la vida,
Recorres todo el diapasón del a'ma,
Siempre con igual éxito; tu numen
Brota en odas, idilios y elegías;
Y es que en tí se completan y resumen
Píndaro, Anacréonte y Jeremías!
Tu genio no es el bólido infecundo
Que en vano estalla en el celaje incierto:
Es la columna que dirige al mundo,
Camino del Edén, por el desierto!
El ideal que el porvenir reserva
Y que hace ahora su primer ensayo,
Saldría de tu frente, cual Minerva
Surgió de la cerviz del dios del rayo!
Angeles que combaten con vestiglos
Y que alcanzan victoria tras victoria,—
¡Tus himnos brillan como el sol!—La historia
No ha producido en los mayores siglos
Gloria que puede superar tu gloria!

*
* *

. . . . . .

¡Contemplad al coloso!
Ved cómo lucha y lucha y no desmaya;
Cómo pisa, radiante y majestuoso,
El más alto crestón del Himalaya:
Cómo allí,—puesto en Dios el pensamiento,—
Revela un nuevo mundo en cada grito...
¡Atlas en que se apoya el firmamento!
Atalaya que explora el infinito!

SURSUM

—

A J. S.

¡Cuán grata es la ilusión á cuyos lampos
tienen perenne vida los amores,
inmarcesible juventud los campos
y embriagadora eternidad las flores!
¡Cuán vívido es el iris que colora,
magia oriental, la suspirada orilla,
y á cuyo hermoso resplandor de aurora
radia hasta el fango que después mancilla!
La verdad, si engrandece la conciencia,
devora el corazón, nunca sumiso:
es el fruto del árbol de la ciencia,
y siempre hace perder el paraíso.
Mas aunque el bardo mate la quimera,
y desvíe y aparte de sus ojos
el prisma encantador, y por doquiera,
mire sombras y vórtices y abrojos,
ha de cantar la redentora utopia,
como otra estatua de Memnón que suena,
y ser, perdida la esperanza propia,
el paladión de la esperanza ajena!
Cuando el mundo, ese Tántalo que aspira
en vano al ideal, se dobla al peso
de la roca del Sísifo, y espira
quemado por la túnica de Neso;
cuando al par tenebroso y centellante
imita á Barrabás y adora al Justo,
y pigmeo con ansias de gigante
se retuerce en el lecho de Procusto;
cuando gime entre horribles convulsiones,
para expíar sus criminales yerros,
mordido por sus ávidas pasiones,

como Acteón por sus voraces perros;
cuando sujeto á su fatal cadena
arrastra sus desdichas por los lodos,
y cada cual, en su egoista pena,
vuelve la espalda á la aflicción de todos,
el vate, con palabras de consuelo,
debe elevar su acento soberano,
y consagrar, con la canción del cielo,
no su dolor, sino el dolor humano!
Sacro baldón que en la capilla austera
arde sin tregua, como ofrenda clara,
y consume su pábilo y su cera
por disipar la lobreguez del ara;
vaso glorioso en donde Dios resume
cuanto es amor, y que para alto ejemplo
gasta y pierde su llama y su perfume
por incensar en derredor el templo;
sublime Don Quijote que ambiciona
caer al fin entre el fragor del rayo,
torcida y despuntada la tizona
y abierto y rojo por delante el sayo;
ave fénix que en fúlgidas empresas
aviva el fuego de su hoguera dura,
y muere convirtiéndose en pavesas
de que renace victoriosa y pura...
¡Eso es el bardo en su fatal destierro!
Cantar á Filis por su dulce nombre,
cuando grita el clarín: ¡despierta hierro!
¡Eso no es ser poeta, ni ser hombre!
Mientras la musa de oropel y armiño
execra el polvo por amar la nube,
y hace sus plumas con la fe de un niño
y hacia un azul imaginario sube;
mientras Ofelia, con el pecho herido
por Hamlet y sus trágicos empeños,

marcha á las ondas del eterno olvido,
cogiendo flores y cantando sueños;
el numen varonil entra en la arena,
prefiriendo al delirio y al celaje
la ciudad con sus ruídos de colmena
y el pueblo con sus furias de oleaje;
y contempla la tierra purpurada,
y toma y alza, con piedad sencilla,
un montón de esa arcilla ensangrentada...
y ese montón de ensangrentada arcilla
adquiere vida entre su mano estóica,
vida inmortal y fulgurantes alas,
y en él respira una belleza heróica,
como en la estatua de la antigua Palas!
Guardar silencio y poseer la trompa,
la recia trompa á cuya voz no exigua
vendría á tierra, con su estéril pompa,
el muro hostil de la ciudad antigua;
ser un Aquiles que á la lid prefiera
recordar á Briseida en el retiro,
aunque Patroclo batallando muera...
¡Eso es mentir á Dios! Pero ¡qué miro!
Cual la crin de un raudal que de alto arranca
tus cabellos se agitan .. ¡Oh maestro!
¿Por qué sacudes la cabeza blanca,
cual si quisieras arrojar el estro?
¿Por qué no te alzas á la faz de Harmodio,
y no repeles, cuando Atenas grita,
esa montaña de calumnia y odio
que sobre tu hombro de titán gravita?
Tu Etna será para tu fuerza flojo;
confía en tí y á tu misión no faltes,
que al hado cruel que lapidó tu arrojo
irá el volcán cuando debajo saltes!
¡*Rompe en un* himno que parezca un trueno!

El mal impera de la choza al solio;
todo es dolor ó iniquidad ó cieno:
pueblo, tropa, senado y capitolio.
¡Canta la historia al porvenir que asoma,
como Suetonio y Tácito la escriben!
¡Cántala así, mientras en esta Roma
Tiberios reinen y Sayanos priven!
¡Abre la puerta al entusiasmo ausente;
mueve de un grito el desusado gonce;
y como á chorros de fusión ardiente,
vierte en los mimbres el vigor del bronce!
¡Derrama el verbo cuyos soplos crean
la fe que anima y el valor que salva,
y que á tu acento nuestras almas sean
como tinieblas que atraviesa el alba!
Para el poeta de divina lengua
nada es estéril, ni la misma escoria.
Si cuanto bulle en derredor es mengua,
sobre la mengua esparcirás la gloria!

A GLORIA

—

FRAGMENTOS DE UN LIBRO

No intentes convencerme de torpeza
Con los delirios de tu mente loca!
Mi razón es al par luz y firmeza,
Firmeza y luz como el cristal de roca!

Semejante al nocturno peregrino,
Mi esperanza inmortal no mira al suelo:
No viendo más que sombra en el camino,
Solo contempla el esplendor del cielo.

Vanas son las imágenes que entraña
Tu espíritu infantil, santuario obscuro!
Tu numen, como el oro en la montaña,
Es virginal, y por lo mismo, impuro!

A través de este vórtice que crispa,
Y ávido de brillar, vuelo ó me arrastro,
Oruga enamorada de una chispa,
O águila seducida por un astro!

Inútil es que con tenaz murmullo
Exageres el lance en que me enredo:
Yo soy altivo, y el que alienta orgullo
Lleva un broquel impenetrable al miedo!

Fiado en el instinto que me empuja,
Desprecio los peligros que señalas.
«El ave canta aunque la rama cruja:
Como que sabe lo que son sus alas!»

Erguido bajo el golpe en la porfía,
Me siento superior á la victoria.
Tengo fe en mí: la adversidad podría
Quitarme el triunfo, pero no la gloria!

¡Deja que me persigan los abyectos!
¡Quiero atraer la envidia, aunque me abrume!
la flor en que se posan los insectos
Es rica de matiz y de perfume!

El mal es el teatro en cuyo foro
La virtud, esa trágica, descuella;
Es la sibila de palabra de oro;
La sombra que hace resaltar la estrella!

¡Alumbrar es arder!—¡Estro encendido
Será el fuego voraz que me consuma!
La perla brota del molusco herido
Y Venus nace de la amarga espuma!

Los claros timbres de que estoy ufano
Han de salir de la calumnia ilesos.
Hay plumajes que cruzan el pantano
Y no se manchan... ¡Mi plumaje es de esos!

¡Fuerza es que sufra mi pasión!—La palma
Crece en la orilla que el oleaje azota.
El mérito es el náufrago del alma:
Vivo, se hunde; pero muerto, flota!

Depón el ceño y que tu voz me arrulle!
Consuela el corazón del que te ama!
Dios dijo al agua del torrente: bulle!
Y al lirio de la margen: embalsama!

¡Confórmate, mujer!—Hemos venido
A este valle de lágrimas que abate,
Tú, como la paloma, para el nido,
Y yo, como el león, para el combate!

A BERTA

—

Ya que eres grata como el cariño,
Ya que eres bella como el querub,
Ya que eres blanca como el armiño,
Sé siempre ingenua, sé siempre tú!
El torpe engaño que el vicio fragua
Nunca se aviene con la virtud.
Sé transparente como es el agua,

Como es el aire, como es la luz!
Que tu palabra—dulce harmonía
Que tu alma exhala como un laúd,
Como una alondra que anuncia el día,
Presa en la sombra que flota aún,—
Sea un arroyo sereno y puro
Do, al inclinarme como un saúz,
Mire las guijas del fondo obscuro
Y las estrellas del cielo azul!

ASONANCIAS

—

Sabedlo, soberanos y vasallos,
Próceres y mendigos:
Nadie tendrá derecho á lo supérfluo,
Mientras alguien carezca de lo estricto.
Lo que llamamos «Caridad,» y ahora
Es solo un móvil íntimo,
Será en un porvenir lejano ó próximo
El resultado del deber escrito.
Y la Equidad se sentará en el trono
De que huya el Egoismo,
Y á la ley del embudo, que hoy impera,
Sucederá la ley del equilibrio.

EN UN ALBUM

—

Dicen que el nauta que frecuenta el hielo
Del yermo boreal, venciendo el frío,
Recibe á veces de ignorado cielo
Una olorosa ráfaga de estío.
¡Qué beso el de tal hálito de paso!
¡Qué fruición! ¡Qué delicia! ¡Qué embeleso!

¡Sólo un beso de amor produce acaso
Mayor placer que semejante beso!
Pues bien; yo experimento á tus miradas
Lo que en el polo el peregrino siente,
Cuando una de esas brisas perfumadas
Va de otro clima á acariciar su frente.
En mi noche invernal, Dios ha querido
Que el resplandor de tus pupilas fuera
Un efluvio de rosas difundido
En un rayo de sol de primavera.

RITMOS

*
* *

Cuando vienen á mí esos recuerdos,
Cadentes efluvios de Abril y de aurora;
Al sentir ese fresco rocío
De gotas de cielo, yo sufro en mi sombra
Lo que acaso padece en la suya
El tétrico sauce, guirnalda mortuoria,
Cuando un grupo de vívidos pájaros
Festivo y cantante se esparce en su copa!

*
* *

Como la ola, al romper en la orilla,
Corona de espuma la peña en que choca;
Como el sol abrillanta la nube
Con un arco iris de tintas radiosas;
Como el árbol fragante perfume
El viento de otoño que arranca sus hojas,
El poeta, ese mártir del genio,
Consagra su angustia con himnos de gloria.
Inmortal pensamiento de pena
Que llevo en la frente como una aureola,
Sal del labio en corrientes de música

Y alienta y cautiva las ansias que lloran...
¡Así el hielo que ciñe la cumbre,
Do nunca se mecen matices ni aromas,
Baja en crespos raudales de plata
Y cubre de flores los campos que borda!
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
Pero no! Permanece en tu cima!
Oh escarcha! oh tristeza! no brotes! no es hora!
No desciendas! No quiero que seas,—
En vez de la linfa que esmalta y abona,—
La bola de nieve que crece en su curso
Y es luego avalancha que aplasta y arrolla!

COPO DE NIEVE

—

Para endulzar un poco tus desvíos,
Fijas en mí tu angelical mirada,
Y hundes tus dedos pálidos y fríos
En mi obscura melena alborotada.
Pero en vano, mujer! No me consuelas!
Estamos separados por un mundo!
¿Por qué, si eres la nieve, no me hielas?
¿Por qué, si soy el fuego, no te fundo?
Tu mano espiritual y transparente,
Cuando acaricia mi cabeza esclava,
Es el copo glacial sobre el ardiente
Volcán cubierto de ceniza y lava!

JUSTICIA

FRAGMENTOS DE UN LIBRO

Fuerza es convenir en ello:
Todo hombre es un pecador:
No hay nadie que en su interior
No esté con la soga al cuello.
Anónimo.

Ceñudo y calenturiento,
Sacudo la frente fiera,
Como si así consiguiera
Arrojar el pensamiento!
Pero, altivo en mi tormento,
Miro el tiempo que pasó...
Que las faltas en que yo—
Frágil como hombre—incurrí,
Podrán afligirme, sí;
Pero avergonzarme... no!
Dicen que todo mortal,
Hasta el que lleva una palma,
Es, por el fallo de su alma;
Un condenado al dogal!
¡Mas no tienen suerte igual
La púrpura y el andrajo:
Cuando el culpable no es *bajo*,
Es menos vil su sentencia...
Por eso yo en mi conciencia
Reclamo el hacha y el tajo!

VOCES INTERIORES

(Á. F. D.)

Bruto partiendo el corazón de César;
Espartaco asolando la Campania;

Tell rechazando con el pie el esquife;
Cromwell ante el suplicio de un monarca;
Mirabeau en el Tabor de las naciones;
Bolívar con tres pueblos á la espalda;
Hidalgo predicando el exterminio
Y Grant blandiendo su invencible espada,
Fueron volcanes que estallaron; fueron
Llagas contra cilicios sublevadas;
Fueron rayos forjados en las nubes
Formadas lentamente por las lágrimas
Que, convertidas en vapor, habían
Subido al cielo á demandar venganza!
De tierras que han sufrido convulsiones
De cráteres y vómitos de lavas,
Surgieron siempre á deleitar los ojos
Las flores de hermosura más gallarda.
Sobre odios y desastres y congojas,
Sobre estragos y cóleras y ansias,
Sobre aras y temblores y tinieblas,
Dios puso el ideal y la esperanza.
El Nilo desbordado y tormentoso
Inunda con violencia la comarca,
Y es invasión de fangos por doquiera;
Pero en esas arenas calcinadas
Esa invasión de fangos es la vida,
¡Y esa invasión de fangos es sagrada!
¡Oh rayos que os forjáis entre las nubes
Formadas lentamente por las lágrimas!
¿Cuándo fulminaréis á los sayones
Que oprimen y envilecen el Anáhuac?
¡Oh Nilo desbordado y tormentoso
Que inundas con violencia la comarca!
¿Qué primavera enflorará el desierto,
Cuando retires tus impuras aguas?
¿Qué incubación de próceres palpita

Entre tanta abyección y tanta infamia?
¿Qué paladines purgarán la tierra
En donde sólo en los escudos de armas
Hay águilas que triunfen de serpientes
Y no serpientes que extrangulen águilas?
¡Silencio! ¿Quién responde á mis acentos?
¿Es la voz de los muertos por la patria?
No: la voz de los muertos fuera triste
Y no causara sensación tan grata.
Oigo un coro celeste cuyos tonos
Ensordece y confunde la distancia,
Y me parece cual canción de alondra
Que anuncia el claro amanecer del alma.
Ese dulce murmullo que me alegra,
Ese vago rumor que me entusiasma,
Brota quizá de los fecundos senos
De las mujeres que á lo lejos pasan...
¡Cada una lleva un nimbo en la cabeza
Y acaso un redentor en las entrañas!
¡Oh hermano de adopción, que eres mi orgullo!
¡Tú, cuya vida sin doblez ni tacha
Puede ostentar la cohesión suprema
De los diamantes de esplendor sin mancha!
¡Tú, que firme y erguido en la tribuna,
Como el peñón en donde el faro radia,
Sabes cumplir con tu deber de antorcha
Sobre este mar en que el honor naufraga!
¡Tú, que has ungido tu conciencia indúctil
Con la lustral é imperceptible grasa
Que revelan las plumas de los cisnes,
Cuando del cieno de la inmunda charca,
Cuando de la onda corrompida y turbia
Emergen secas y resultan blancas!
¡Tú, que sin arte ni dolor prefieres
Al vil favor la inmerecida saña,

Al oro espurio la miseria altiva
Y al vicio enhiesto la virtud hollada!
Si no es una ilusión de mis deseos
Este concierto que á mi oído canta;
Si entre los claustros maternales bulle
El porvenir que nuestro afán aguarda,
¡Dichosos si vivimos para entonces!
Ambos iremos á la lucha santa,
Y unidos moriremos combatiendo,
Cual los saldunas de la antigua Galia.
¡De la honda de David saldremos juntos
Yo que soy guija y tú que eres montaña!

VERSOS DE UN CLERIGO

(DE UN POEMA INÉDITO)

I

Religiosa peregrina
que rezando vas y vienes,
y que por el traje tienes
aspecto de golondrina!
mientras mi cuerpo se inclina,
mi pensamiento te abarca;
Dios para él sólo te marca,
y mi amor, en su heroismo,
se cierne sobre el abismo,
cual la paloma del arca!

Harto sé que te importuna
mi sacrílego cariño:
tu candor, como el armiño,
no soporta mancha alguna,
Infeliz desde la cuna,

haces que el triste te adore...
¡Es fuerza que el cielo llore
para que el íris fulgure
y el ambiente se depure
y la pradera se enflore!

Blanca, limpia, incorruptible,
diamantina y sublimada,
como la nieve inhollada
sobre el monte inaccesible,
vestiste el sayal horrible
que doma las tentaciones...
¡Del orco de las pasiones
saliste incólume y fiel,
como el profeta Daniel
del antro de los leones!

Nadie más casta que tú:
ni la Virgen que te hospeda
y de cuya alba de seda
besas la orla de tisú.
El miedo de Belcebú
te inspira piedad tan rara;
que nunca vuelves la cara,
aunque Jesús es tu escudo,
al Cristo casi desnudo
que veneras ante el ara!

De noche sueles soñar,
cautiva de un estro ardiente,
y despertar de repente
y acongojarte y llorar...
Y si entonces, par azar,
rompe una nube cargada,
piensas, convulsa y turbada,

que el relámpago bermejo
es el sangriento reflejo
de una flamíjera espada!

Todo en tí parece muerto,
menos la fe: ni un instante
muestras al sol el semblante
que llevas medio encubierto.
Jamás visitas el huerto
en tus momentos perdidos.
Recelas de los sentidos
y el huerto te causa sustos,
porque en el huerto hay arbustos
y en los arbustos hay nidos!

Sufro tormentas extrañas;
y á ratos, fuera de mí,
dejo escapar ante tí
el grito de mis entrañas...
Y digo que son patrañas
las leyes que te condenan;
y mis palabras atruenan
celda, nave, coro, altar...
¡y no alcanzo á quebrantar
los votos que te encadenan!

El mar ondea en tropel
en su cárcel de granito:
contemplando el infinito,
pugna por subir á él;
pero—¡desengaño cruel!—
se siente á la postre falto
de aliento para ir tan alto,
y á pesar de su ansia suma,
cae, deshecho en espuma,

cada vez que emprende un salto!

II

El alma tiene en verdad,
como el mundo que la asombra,
un hemisferio en la sombra
y el otro en la claridad.
En mi amarga soledad,
mi propia ciencia me daña:
dudas henchidas de saña
hostigan mi pensamiento...
Las nubes que arrastra el viento
se agrupan en la montaña.

La naturaleza vela
y clama dentro de mí,
y en este Getsemaní
la piedad no me consuela...
La carne se me rebela;
la razón mina el sostén
de cuanto en aras del bien
he venido consagrando...
¡El Cedrón bate bramando
el pie de Jerusalén!

Leo, y las letras se estiran,
se agitan y se desbandan,
y son hormigas que andan
y escarabajos que giran...
Oro, y las preces me inspiran
una repugnancia atroz...
Duermo, y ardiente y veloz,
mi fantasía se enciende...
¡y Ruth desnuda se extiende
en el lecho de Booz!

Hay en cada creación,
en cada forma que alienta,
un futuro que fermenta,
queriendo hacer explosión;
un trabajo de expansión
ordenado ó inconexo;
un afán simple ó complexo
que con sus sordas porfías
engendra las simpatías
que empujan el sexo al sexo.

Esta avidez, que resume
el deleite y el dolor,
y da á la planta el color
que desparrama el perfume;
este impulso, que consume
y glorifica en secreto;
este Mesías inquieto
es, en la noche en que está,
un sonámbulo que va
firme y seguro á su objeto!

El feto siente llegar
la hora del parto, y se mueve,
y á su ciego esfuerzo debe,
más que al materno, el brotar.
Arrojada al germinar,
la simiente del saúz
revienta bajo el capuz
en que el vegetal se fragua,
¡y la raíz halla el agua
y el tallo encuentra la luz!

La oruga, exenta de galas;
forja el Tabor de su anhelo,

y al cabo levanta el vuelo
con dos pétalos por alas.
Así, por varias escalas,
y entre horizontes en fuga
que un mismo arcano subyuga,
cumplen los fines distintos
de sus diversos instintos
¡feto, simiente y oruga!

¡Virtualidades de vida
que tempestuosas y obscuras
llenáis de fiebres impuras
mi existencia infanticida!
¡Sangre de Isaac, vertida
en el fondo de mi sér!
¡Propensiones al placer!
¡Impetus de un porvenir
que, condenado á morir,
anhela siempre nacer!

¡Oh potencias! Los abismos
guardan vuestros hondos rastros.
Sois atracción en los astros
y amor en los organismos.
Estalláis en cataclismos,
removéis el duro suelo,
fundís montañas de hielo,
sacáis del hoy el mañana...
¡y os oprime una sotana
y os estrelláis en un velo!

ASONANCIAS

Sé de un reptil que persigue
la sombra rauda y aérea

que un ave del paraíso
proyecta sobre la tierra,
desde el azul en que flota
iris vivo de orlas negras!

Conozco un voraz gusano
que, perdido en una ciénaga,
acecha una mariposa
que, flor matizada y suelta,
ostenta en un aire de oro
dos pétalos que aletean!

¡Odio que la obscura escama
profesa á la pluma espléndida!
¡Inmundo rencor de oruga!
¡Eterna y mezquina guerra
de todo lo que se arrastra
contra todo lo que vuela!

TOQUE

(INÉDITA)

¿Do está la enredadera, que no tiende
como un penacho su verdor obscuro
sobre la tapia gris? La yedra prende
su triste harapo al ulcerado muro.

¿Do está el césped gentil, que no tapiza
la tierra en torno del desierto albergue?
Cual ralo vello que el vapor eriza,
salvaje esparto en derredor se yergue.

¿Do está el árbol simbólico y risueño

que un tiempo fué para el lacerto jira,
para el ave palacio, para el sueño
canción de arrullo y para el viento lira?

Tronco desnudo, bajo el doble azote
de la lluvia y del ábrego, se eleva:
aguarda aún que de su costra brote
arrollada y derecha la hoja nueva.

Y abierto en cruz como señal de duelo,
semeja en medio de la hierba lacia
un esqueleto que levanta al cielo
sus secos brazos, implorando gracia.

¡Oh linfas gratas al saúz doliente!
¡Cuán lentas, cuán mermadas, cuán distintas,
cuán lánguidas os miro al sol poniente
de cuyas luces reflejáis las tintas!

¡Cuál se arrastra en el fondo del barranco
vuestra corriente por las piedras rota,
bajo el vapor que, como el humo blanco
del perfumero en el santuario, flota!

¡Oh infausta soledad, que eres ejemplo
de mudanza y dolor! ¡Con qué sombrío,
con qué punzante júbilo contemplo
¡Ay! que tu cambio corresponde al mío!

A M...

¿Detenerme? ¿Cejar? ¡Vana congoja!
La cabeza no manda al corazón.
Prohibe al aquilón que alce la hoja,
no á la hoja que ceda al alquilón!

Cuando el torrente por los campos halla
de pronto un dique que le dice: atrás,
podrá saltar ó desquiciar la valla,
pero pararse ó recular... ¡jamás!

¿Por qué te adoro y á tus pies me arrastro?
¿Por qué se obstinan en volverse así
la aguja al norte, el heliotropo al astro,
la llama al cielo y mi esperanza á tí?

BOE DROMION

—

(A Ignacio M. Luchichí)

¿Gemís?—¿No hallaron entre rojas piras,
á pesar de las bárbaras saetas,
claros laureles vuestras justas iras?
Coronados de adelfas, los poetas
cantan fausto loor, digno de liras
hechas á celebrar triunfos de atletas!

La griega sangre que purpura el suelo,
por la lucha convulso y escarbado,
es propicia á la patria y grata al cielo.
¡Gloria eterna al que ardiente y arrojado
se adelanta en la lid con noble anhelo
y en la primera fila es inmolado!

Por el que torna invicto y satisfecho
al dulce hogar, la admiración curiosa
sale á la puerta y se encarama al techo;
y bajo el casto peplo de la hermosa
vírgen, el puro y culminante pecho

hincha y erige su botón de rosa!

Cejar, descolorida la mejilla,
turbia la vista y erizado el vello,
en la pugna viril, es gran mancilla.
¡Indeleble baldón pone vil sello
al que, cual manso buey, tiende y humilla
al tiránico yugo el dócil cuello!

El que al abrigo de cerrado muro
se quede atrás cuando la hueste fiera
parta en bélico alarde al trance duro;
el que sensual ó tímido prefiera
al riesgo heróico el bienestar seguro,
¡viva de oprobio y de vergüenza muera!

¡No os lamentéis!—La combatida nave
«echa al airado mar todo un tesoro,»
para salvarse en la tormenta grave.
¡Corred al templo en jubiloso coro,
y dejad sobre el délfiro arquitrabe,
en honra al dios, las égidas de oro.

A PIEDAD

(INÉDITA)

Llegas á mí, con garbo presumido,
tierna y gentil.—¡Cuán vario es el orgullo!
Ostenta en el león crin y rugido
y en la paloma tornasol y arrullo.

Brillas y triunfas, y á carnal deseo
cierras la veste con seguro alarde;
y en el fulgor de tu mirada veo

sonreir el lucero de la tarde.

Hay minutos de gracia, que suspenden
el dolor, con alivio soberano;
que de la paz divina se desprenden
para cruzar el infortunio humano.

Virtud celeste á la miseria mía
viene contigo, y en el antro asoma
y entra y cunde como una melodía,
como una claridad, como un aroma.

Al triste impartes, como buena maga,
tregua feliz; y en dulce desconcierto,
bendigo por el bálsamo la llaga
y amo por el oasis el desierto.

Y me vuelvo á mi cítara y la enfloro
y la pulso, y el son que arranco á ella
se vá, tinto en la púrpura y el oro
del puesto sol, á la primera estrella.

DONES FATIDICOS

(INÉDITA)

Palma, no te enorgullezcas
de superar en altura
á los laureles y almendros
sobre cuyas copas triunfas.
La tempestad se avecina;
y cuando el rayo fulgura,
las frentes menos enhiestas
son las que están más seguras.

No te ensoberbezcas, rosa,
porque brillas y perfumas
y en el jardín y en el prado
reinas, excedes y ofuscas.
Esmalte y aroma en flores
en signos de desventura...
Manos vendrán que te arranquen
ó insectos que te destruyan.
Dulce flauta de la selva,
cantor que esponjas la pluma
y abres el pico y exhalas
¡chorros de perlas de música!
No te envanezca el gorjeo;
calla: los hombres lo escuchan,
y trinos aprestan redes
al ave que los modula.
Tierra, no envidies al astro
que te calienta y fecunda
y que surgente ú occiduo
prodiga el oro y la púrpura.
Tamaña magnificencia
nace de inmensa tortura...
¡El resplandor de un incendio
te vivifica y alumbra!
¡Cuán caro pagas, espíritu,
el nimbo que te circunda!
Tener ingenio y renombre
es tu verdadera culpa.
De rencores á tu gloria
es cómplice la Fortuna,
y pereces lapidado
con montañas de imposturas.

LA CONMEMORACION

—

(ESPECTROS ÉPICOS)

—

¿A dónde, con los griegos melenudos,
va por el golfo insigne tanta nave?
Al compás de la tibia, que en agudos
tonos imita la canción del ave,
himno de acentos bélicos y rudos
suena, confuso y grave.

¿Es el Peán?—Guerreros espolones
amagan en las proas esculpidas;
y la flota triunfal lleva festones
de rosas y relámpagos de egidas,
y argenta de espumosos borbotones
las olas divididas.

El sol entre arreboles resplandece,
como broquel de oro que á indistinto
dios vestido de púrpura guarece;
y el húmedo cristal, á trechos pinto
de reflejos de múrice, parece
en sangre persa aún tinto.

EL DESERTOR

—

¡Allí... junto al viejo muro
entre la hierba escondido!
¡Y el campo alegre y florido!
¡Y el cielo impasible y puro!

¡Cuadro que tuve delante

y que hoy como entonces veo!
Ante el pelotón, el reo;
en un flanco, el comandante.

—¡Cesen tus ruegos prolijos!
¿Por qué huíste á la montaña?
—Señor, porque en mi cabaña
estaban sin pan mis hijos.

—¿Por qué trocaste el arado
por el fusil? Fué imprudencia.
—Señor, ha sido violencia:
la leva me hizo soldado.

—¡Basta! ¡Arrodíllate luego!
La disciplina es un yugo...
Yo no soy más que el verdugo...
¡Preparen! ¡Apunten! ¡Fuego!

¡Allí... junto al viejo muro
entre la hierba escondido!
¡Y el campo alegre y florido!
¡Y el cielo impasible y puro!

Cuellar (José T. de)

A CERVANTES

Nació al labor de la primer mañana
De una región de luz desconocida,
De do la vida de los mundos mana,

Espíritu inmortal, del mundo egida,
Nuncio de gloria de la estirpe humana.

Angel, tendiendo las potentes alas
Se lanza en los espacios insondables;
Surca mares de gasas transparentes
Y piélagos de sombras impalpables,
Do ruedan en miriadas los nacientes
Globos, que al *fiat* fecundo
Del Hacedor, brotando de la nada,
Ser y vida reciben, y ya pueblan
Vasta extensión, un mundo y otro mundo.

Las alas bate aún; y donde quiera
Que la mirada fúlgida dirige,
Polvo de estrellas en el éter cunde,
Que un lampo sólo de la luz eterna
Dora y matiza, y su camino rige
Y la vida á torrentes
En las etéreas bóvedas difunde,
Así el genio bajó sobre la tierra
A cumplir su misión de paz y gloria,
Y su trono erigió sobre las raudas
Edades que pasando,
Van á sus pies en deleznable escoria
Su fasto y triunfos, míseras, tornando.

Vió los pueblos nacer, vió las naciones
En formidable lucha ensangrentando
Sus nítidos blasones,
Miró la vanidad alzar los templos
De fugitivas glorias,
A la ambición palacios esplendentes
De fausto y pompa ejemplos,
Y vió después el viento del olvido

Barrer tan sólo escorias,
Y á solitario capitel de piedra
Muda abrazarse trepadora yedra.

Todo rodó á sus pies cual polvo vano:
Razas, pueblos y edades,
Y templos, monumentos y ciudades;
Todo el tiempo lo trunca
Mas los triunfos legítimos del genio,
Por mandato de Dios, no mueren nunca.

No mueren, no; regístralos la historia
Mostrando sin cesar á la memoria
Un más allá esplendente,
Una vida mejor á la que aspira
El alma entre el engaño y la mentira
De esta rápida vida transitoria.

Mas ¡ay! no siempre el mundo
Al genio poderoso
Justo homenaje rinde;
Torpe la envidia arrójale profundo
Sarcasmo venenoso;
Viles pasiones á sus pies se arrastran,
Copa de hiel le ofrecen,
Y en vez de comprenderle le escarnecen.

Así, más tarde, la justicia muestra
Inexorable al mundo,
En su pasmo profundo,
Sobre su rico pedestal, el llanto
Del mutilado ilustre de Lepanto.

Así, más tarde, la conciencia humana
Convoca al borde de dorada tumba

A pósteros que lloren,
Y en desagravio del pasado imploren
De otras generaciones la asistencia,
Al grito llamador de la conciencia.
Así nosotros hoy, tras dos centurias
Y más, venimos á llorar á un hombre
De esclarecido y de eternal renombre;
Y en medio á la intuición de lo infinito,
Conocemos que alivia
El peso abrumador que nos oprime
Algo consolador, grande y sublime;
Algo que nos eleva
Del lodazal de míseras pasiones,
Y á contemplar nos lleva
Del mundo en la remota lontananza
Una vida de gloria y de esperanza,
Porque el genio redime
Al que del mundo para siempre es ido,
Del peso de la muerte y del olvido.

No acabar, extinguiendo
Con un soplo fugaz le que el espíritu
Está en la vida sin cesar buscando:
No vivir vegetando
Para yacer después siempre muriendo,
Es el triunfo mayor de nuestro anhelo,
Es conquistar desde la tierra el cielo...

¡Cervantes inmortal, mártir sublime!
De España los dolores,
Y de émulos bastardos los rencores
Despertaron en tu alma la amargura:
Pediste pan dentro el hogar vacío,
Y sólo el hambre ¡ay Dios, llamó á tu puerta,
Cuando el alma tenías,

Para dar gloria á España
De par en par abierta...

No hubiste pan, y altares merecías,
Lloraste y hoy te llora el mundo entero;
La risa con que tú te estremecías
Resuena en nuestros días
Como un eco de gloria placentero.
Hondos fueron tus males
Viviendo en el olvido,
Y al escribir con lágrimas de sangre
Tu Quijote inmortal, legaste al mundo
En tu dolor profundo,
Tu época retratada
En tu tremenda y ronca carcajada.
Es que el genio inmortal que al mundo vino
Tocado tu alma había,
Y en medio á los vaivenes del destino,
Tú, soldado, ya pobre, ya doliente,
Brillaba ya sobre tu noble frente
Lauro eternal que el mundo envidiaría.

Tu tránsito acabó; y en tu postrera
Terrible noche, de vivir cansado,
Y solo y triste, *¡adiós!* dijiste al mundo
En brazos de tu pobre compañera,
Transida el alma de dolor profundo.

Y acaso ya sabías,
Cuando llegar sentías
Brisa de eternidad, que á los oídos
Del moribundo zumba,
Que aunque la indiferencia y el olvido
Perdieran hasta el rastro de tu tumba.
El admirable libro que escribías

Iba á robar sus sombras á la muerte,
Iba á rasgar los velos del olvido,
Y leyéndolo el mundo en nuestros días
De muy distinta suerte,
De su loco entusiasmo en los excesos
Iba á entonar sentidas gemonías
Por no tener ni el polvo de tus huesos.
Tu tránsito pasó sobre la tierra,
Pasó del tiempo la doliente saña,
El dolo, el llanto y el dolor que aterra,
Para luego nacer gloria de España,
Para luego vivir con las edades
La vida de los siglos en la historia,
La vida de los genios en la altura,
Para sentir honrada tu memoria
Cuando fué desdeñada tu amargura.
El triunfo es tuyo, á tu mansión de gloria
Llegue el himno elevado en tus altares;
Y en tu descanso augusto,
De la prosperidad que te comprende
Oigas el fallo justo,
Pues supiste ¡oh ingenio sin segundo!
Con sólo un libro cautivar al mundo.

Covarruvias (Juan Díaz) [1]

FRAGMENTOS

. . . . . .
. . . . . .

¡Ay del triste que vió desvanecerse
La ilusión que soñaba su esperanza,

(1) Cuando Juan Díaz Covarruvias iba á recibir el título de Doctor en Medicina, fué fusilado con otros jóvenes liberales el 11 de Abril de 1859 en la villa de Yacubaya (Méjico) por haber prestado sus auxilios á *los defensores de sus ideas*. Por tan triste muerte, se le da el nombre de *Poeta Mártir*.

Quiso tocarla y la miró perdeire
En las brumas de obscura lontananza!

Triste de aquel que su brillante gloria
Juguete vió del fugitivo viento,
Y contempla un martirio en su memoria
Y un torcedor su mismo pensamiento.

Triste de aquel que vive en el pasado
Mirando en su pesar desvanecida
La ilusión del amor, manto gastado
Que engalana la momia de la vida.

Triste de aquel que en su marchito seno
Sintió llevar el cáncer de la duda,
Bebiendo gota á gota ese veneno
Que le dejó la realidad desnuda.

Era su vida flor que se mecía
Al suave arrullo de la brisa ufana;
De esa que fuera tan brillante un día
Ni hojas siquiera quedarán mañana...

Mas oye corazón, basta de llanto,
Guarda la hiel de tu dolor profundo,
Que la queja letal de tu quebranto,
Ni la comprende ni la escucha el mundo.

¿No sabes que las quejas que se lanzan
En medio de la noche silenciosa,
Nunca otro seno á conmover alcanzan
Y se pierden en la aura vagarosa?

Lo sabes, corazón; forja otra historia
Sin las gratas venturas que he sentido.

Yo no quiero esperanzas, ni memoria,
Yo no quiero recuerdos, ¡quiero olvido!

Domínguez (Ricardo)

CAMBIOS

Todo cambia en el mundo, ayer estaba
Ese lirio en botón,
Esas nubes que vagan en ocaso
En la cuna del sol.
Esas tiernas, inquietas golondrinas,
En las olas del mar,
Tu pensamiento en el recuerdo mío,
(Porque al fin nos supimos adorar.)

Y ahora, niña, ahora, el blanco lirio
Deshojándose está;
Las nubes del oriente en el ocaso,
Las golondrinas en mi desierto hogar.
Tu pensamiento en la brillante idea
De otra nueva pasión:
Tú alegre satisfecha y venturosa,
¡Y aislado y triste, y sin consuelo yo!

A ELLA

Por más que sueñes que soy felice,
Por más que tu alma pura y hermosa
Se afane en verme bajo ese prisma,
Tengo unas penas que me devoran,

Lloro si canto, lloro si río,
Y vivo triste, como la tórtola,
Porque es mi vida negra y sombría,
Negra, muy negra, triste y odiosa,
Como los tedios
Que me acongojan
Como la tumba,
Como la sombra.

Tú en cambio, niña, vives contenta,
Siempre tranquila, siempre dichosa,
Como en la cuna jugando el niño,
Como en los campos las mariposas,
Como en el cielo la blanca estrella,
Como en las nubes la inquieta alondra,
¿Por qué tu vida no es cual la mía?
¿Por qué es alegre, rica y hermosa,
Como la dicha,
Como la aurora,
Como el aplauso,
Como la gloria?

Echaiz (Jesús)

GALILEO

En un rincón de su prisión obscura,
Callado el genio, de dolor suspira,
Ante un fantasma que delante mira,
De torva faz y negra vestidura.

Es el inquisidor que grita:—¡Abjura!
Renuncia de tu herética mentira,

Dí que la tierra está...—La tierra gira,
Le contestaba el sabio con dulzura.

Airada planta hiere el pavimento,
Y por obscuro callejón torcido
Asoman el verdugo y el tormento.

Al punto triunfa la ignorancia aleve
Y exclama el sabio triste y abatido:
—Y sin embargo, siento que se mueve.

Espino (Rosa) [1]

EL ALBA

(EN LA SIERRA)

Ya amanece, el horizonte
Dibuja tendida faja,
Orla del manto nocturno,
Diadema de la alborada.
En Oriente las estrellas
Palidecen y se apagan,
Y sopla el viento más frío
Anunciando la mañana.
Entre la sombra que cubre
Las espesas enramadas,
Trinan los *madrugadores*,
Y sus aromas exhalan
El *oyamel* y el *ocote*,

(1) Este nombre es el pseudónimo de un distinguidísimo literato mexicano, que figura también en otro lugar de este libro.

Dicho escritor ha conquistado inmarcesibles lauros como poeta, *militar, jurisconsulto* y periodista festivo.

Los cedros y las lianas.
En los *ranchos* silenciosos
Alegres los gallos cantan,
Que ya ilumina el paisaje
Incierta la luz del alba.
Ya sube desde los prados
El tañer de la campana,
Y el balido de la oveja
Y el mugido de las vacas.
Cruzan de tordos parleros
Negras revueltas parvadas,
Que descienden de los bosques
Sobre la fresca labranza.
Divísanse los senderos
Que suben por la montaña
Relucientes y sembrados
De pura y brillante escarcha
De azul se tiñen los cielos,
Las nubecillas de grana,
Ostentando la llanura
Sus alfombras de esmeralda
Los vapores de la noche
Huyen como nube blanca,
Hasta posarse en las crestas
O morir entre las ramas.
Despiden los *jacalitos*
Columnas de humo azuladas,
Y el canto de los *rancheros*
Que al trabajo se preparan,
Se mezcla confusamente
Con ese rumor que se alza
Cuando después de la aurora
Vivífico el sol derrama
Sobre el mundo que despierta
Su luz esplendente y clara.

EL MEDIO DIA

(EN LA COSTA)

Radiante el sol meridiano
Lanza torrentes de fuego,
Y sus ondas luminosas,
Aduermen el manso viento.
De aquella calma profunda
Sólo interrumpe el silencio
El ronco mar que sus aguas
Azota estruendoso y fiero,
De los apartados morros
Contra los peñascos negros
Que ya se cubren de espuma
Y ya aparecen enhiestos.
Ni un barco sobre las olas,
Ni una nube sobre el cielo:
Parece el cielo un abismo,
Parece el mar un desierto.
Lánguidas cuelgan las hojas
Del altivo cocotero,
Lánguidas flotan las palmas
Del *cayaco* gigantesco;
Fuego circula en el aire
Y el azul del firmamento,
Como de flotantes llamas
Envuelve rojizo velo;
Sobre las ondas del río
Se inclina el mangle soberbio,
Y buscando grata sombra
Calla el *zanate* parlero.
Al abrigo de la yerba
Los esmaltados insectos
*Enm*udecen, respetando

El silencioso misterio.
Duerme la verdosa iguana
Sobre un tronco de arbol seco,
Duerme el caimán perezoso
A la orilla del estero.
Los loros y guacamayas
Se agrupan bajo los cedros,
Inmóviles mientras sopla
El terral húmedo y fresco.
Huye el *guaco* á la cañada
Y el tigre con paso incierto
Sigue el rumor del arroyo
Que sale á buscar sediento.

. . . . . .

Terrible es aquella calma,
Pavoroso aquel silencio,
Que sólo el mar interrumpe
Con su monótono estruendo.

LA TARDE

—

(EN EL VALLE DE MÉXICO)

Está moribundo el día
Y el sol poniente colora
Las nives del *Ixtasihualt*
Con los tintes de la rosa.
En un cielo de turquesa
Ligeros crespones flotan,
Nubes de púrpura y grana
Que oro mienten con sus orlas.
Sobre los tendidos lagos
Las brisas murmuradoras
Van recogiendo el perfume

De las frescas amapolas.
Del mirto y del *cempazochil*,
De las clavellinas rojas,
Del *cacomite* atigrada,
De la azucena olorosa.
En grato vaivén se agitan
Los *tulares*, si les toca
El aliento de la tarde
Que va impregnado de aromas.
Las flores en las *chinampas*
Inclinan ya sus corolas
Y el girasol languidece
De la tarde con la sombra.
Forman alegre concierto
Los gorriones, en las hojas
De fresnos y *capulines*
En cuyas ramas se posan.
El vuelo tienden las garzas
Buscando la selva umbrosa,
Y al abrigo de los trojes
Retíranse las palomas.
Se oye el rumor á lo lejos
De las reses mugidoras
Que llegan á los establos
O á los potreros retornan.
Por el lago transparente
Cruzan pesadas canoas
O *chalupas*, que ligeras
Mueven apenas las olas.
Sembrado se mira el valle
De haciendas, pueblos y chozas,
Y en medio de ese conjunto,
México, que se corona
Con cien torres que reflejan
Esa luz que, seductora,

Las nieblas del *Ixtasihuatl*
Tiñen de carmín y rosa.

LA NOCHE

—

(EN LA MONTAÑA)

La noche envuelve la tierra
Con sus negros pabellones,
Y en el espacio infinito
Brillan miriadas de soles.
Espléndida se levanta
La luña en el horizonte,
Y vaporosos celajes
Sus blancas luces recogen.
No es la imagen de la muerte
Dentro las selvas la noche,
Que se alzan por todas partes
Dulces y extraños rumores.
El eco de los torrentes
Viene de lejano bosque.
Mientras al brillar la luna
Cantan, sin saberse en dónde,
Pájaros desconocidos,
Desconocidas canciones.
Se oye crugir la maleza
Y luego el pesado roce
De los tigres que en la loma
Cruzan *pujando* feroces.
Aullan en las cabañas
Los lobos y los *coyotes*
Y brillan entre la yerba
Mil insectos zumbadores,
Que como estrellas perdidas,

Fosforescentes, veloces,
Tan pronto surcan la tierra
Como en las hojas se esconden
De los árboles soberbios
En que cantan sus amores
Los jilgueros en las tardes
Y en la aurora los *sinsontes.*
Una ráfaga de viento
Llega rápida y se oye
Crugir el añoso tronco,
Y sordo luego, recorre
Aquel rumor misterioso
La vírgen selva, y entonces
Se interrumpen de repente
Todos los otros rumores,
Porque el ángel de las sombras
Cruzando va por el bosque.

UN RECUERDO

Es un recuerdo dulce pero triste
De mi temprana edad;
Mi madre me llevaba de la mano
Por la orilla del mar.

Alzábanse las sombras de la tarde
Como pardo cendal,
Y á gritar comenzaba en la cañada
El huaco pertinaz.

Cantaban las tropiales en el bosque
Con dulce suavidad,
Los penachos del mangle caballero
Agitaba el terral,

Y de la balsa entre los verdes musgos
Se adormecía el caimán,
Y bajaban los peces á sus nidos
De concha y de coral.

Zumbaban los insectos en el bosque
En su continuo afán,
Y en medio á los rumores, dominando
Los tumbos de la mar.

Mas de improviso atravesando el viento
Escuchóse fugaz
De las campanas de la aldea vecina
Tañido funeral.

Detúvose mi madre y en silencio
La contemplé rezar,
Y de llanto llenáronse sus ojos
Y se inmutó su faz.

—¿Por qué lloras, mi madre? la decía
Con dulce ingenuidad,
Y ella me contestó dándome un beso:
—Es preciso llorar.

Que con lúgubre toque las campanas
Anunciándome están
Que un hombre, como todos, de esta vida
Pasó á la eternidad.

—¿Y tú te has de morir? la dije entonces,
¿Tu amor me faltará?
Y ella sin contestar no más lloraba
Y yo lloraba más.

Sobre su seno recliné mi rostro
Y ella con dulce afán
Enjugando mis lágrimas decía:
—Vamos, ya está, ya está.

Pocos años después perdí á mi madre:
No ceso de llorar
Y en sueños la contemplo cada día;
Del cielo viene ya.

Llega y se acerca hasta tocar mi frente
Su rostro celestial,
Y con acento tierno me repite
—Vamos, ya está, ya está.

LOS DOS ESPIRITUS

—

—Adiós, adiós—al espirar decía
Un amante infeliz; y ella en su duelo,
—Jamás te olvidaré, le repetía,
Pronto nos uniremos en el cielo.—

Murió el amante, y luego cariñoso
Su espíritu volvió.... más con tristura
Mirando roto el vínculo amoroso
Lanzó un suspiro y se tornó á la altura.

Murió también la ingrata, y desolado
Su espíritu buscaba al de su amante...
No le encontró jamás, y atormentado
Su espíritu viajó solo y errante.

¡Ay de aquella alma que al amante muerto
Sepulta entre el olvido más profundo!

Más allá de la vida hay un desierto,
Castigo del olvido en este mundo.

HIDALGO

(FRAGMENTO DE UN CANTO)

. . . . . .
. . . . . .
¡Oh! cuántas veces
Cuando la luz del moribundo día
Bañando el horizonte
Los pálidos celajes encendía,
Y la sombra ligera
Del apartado monte
Iba triste ganando la pradera,
Y el rumor de la tarde se apagaba,
Y sólo entre la yerba se escuchaba
Del insecto perdido
El tenue y melancólico zumbido,
La soledad y la quietud buscando,
Triste y absorto en su pesar profundo,
Atravesando el rústico sendero
Sin recordar al mundo,
Guiaba sus pasos al tranquilo otero.
Ni bastaba á sacarle
Del éxtasis que entonces le embargaba
El saludo de humilde peregrino,
Ni el canto de los rudos labradores,
Ni el respetuoso adiós que en su camino
Le daban los pastores,
Ni las última notas que suaves
Al despedir al sol lanzan las aves,

Sentado en una peña, ó sobre el tronco
Del árbol derribado,
Apoyada la barba sobre el pecho
Y en piélago insondable de confusos
Y grandes pensamientos, abismado,
Cavando, sin sentirlo,
Con el bastón la removida tierra,
Se agrupaban en su alma generosa
Las imágenes fieles de la guerra.
Parecíale oir entre las sombras
El eco de los bélicos clarines,
Y alzarse ante su vista
Por mágicos conjuros evocada,
La sangrienta batalla encarnizada;
Y escuchaba el cargar de los pesados
Y fieros escuadrones,
Y los fuegos cerrados,
Y los gritos de indómitos soldados,
Y fuertes batallones
Cruzando la extensión de la llanura
Entre la nube obscura
De humo y polvo que se alza del combate;
El terror infundiendo los cañones
Entre torrentes de rojiza llama
Vomitar con estruendo
Un huracán de bronce, que bramando,
Va el exterminio por doquier sembrando,
Y la confusa y ronca gritería,
Y ayes, maldiciones y gemidos,
Y pesada rodar la artillería,
Y confusos ruídos
En rumor espantoso confundidos.

Más el combate dura y más se empeña;
Abre HIDALGO los ojos con espanto,

Y es que duda si sueña
O si es la realidad; mas el encanto
Disipa de repente
Desde la aldea cercana
El pausado tañir de una campana.
Se deshacen ligeras
Las imágenes todas del combate,
E incierta entre el dolor y la alegría
Aquella alma, por fin, vuelve á la tierra
Meditando si en esa profecía
Que muestra el porvenir en lontananza,
Se encierra el desengaño ó la esperanza.

. . . . . .

. . . . . .

Fernández (José)

—

EN LA MUERTE DEL GENERAL ZARAGOZA

Pálida está la frente
Que con divino rayo
De luz brillante circundó la gloria,
Al alumbrar su espléndida victoria
El quinto sol del memorando Mayo;
Apagada la ardiente
Eléctrica mirada,
Que al enemigo de terror cubriera,
Que cual vivo relámpago luciera
Para anunciar el rayo de su espada.
Está ya el labio mudo
Que, apenas se movía,
Agitaba terribles batallones,
Jinetes y corceles y cañones,

Y mandaba vencer, y se vencía;
Yerto el brazo nervudo,
Nunca al afán rendido,
Asolación del galo aventurero,
Y, al envainar el victorioso acero,
Noble sostén y amparo del vencido.
Inmóvil yace, inerte,
Dentro del pecho frío,
El corazón en el valor templado,
De capitán y de último soldado,
Noble modelo de constancia y brío.
¡Duerme ya el hombre fuerte
En eterno letargo,
El hijo que á su patria dar debía
Con su victoria el más glorioso día,
Con su temprana muerte el más amargo!
Hoy el galo se goza,
De vergüenza desnudo,
Viendo que el rostro nos volvió la suerte,
Viendo que aleve derribó la muerte
Al que vencer su ejército no pudo.
«No existe Zaragoza,
Inerme está la diestra
Que en ócio vergonzoso nos mantiene.
Ya murió el vencedor, ¿quién nos detiene?
¡A combatir, que la victoria es nuestra!»
«Las águilas augustas,
Que ya han tendido el vuelo,
Victoriosas do quiera en la pelea,
En Africa, y en Asia y en Crimea,
En Magenta, Pallestro y Montebello,
«Agitarán robustas
Sus alas majestuosas,
Y, atravesando raudas el espacio,
Irán á reposar en el palacio

En que tú, bella México, reposas.»
«Allí, en cercano día,
De Luis soldados fieles,
De oro, de gloria y de placeres llenos,
Reclinaremos en hermosos senos
Nuestras frentes cubiertas de laureles.»
Así con burla impía
Los invasores claman;
Y, al escuchar su risa mofadora,
Olvido este pesar que me devora,
Y la venganza y el valor me inflaman.
Lloremos, mexicanos,
Más breve el llanto sea,
Y dejemos el llanto por la espada,
¡Ay! para que de Francia la mirada
Estas acerbas lágrimas no vea.
Juntemos nuestras manos
En la tumba que encierra
Los venerandos restos del guerrero,
Y pronunciando nuestro adiós postrero,
Solo se oigan después gritos de guerra.
¡Guerra, sí, patria mía!
¡Guerra por tus montañas,
Guerra por tus inmensas soledades,
Guerra por tus caminos y ciudades,
Guerra en los templos, guerra en las cabañas!
Tiempo sobrará un día
De llorar al que muera;
El soldado inmortal que tú perdiste
Y con su grande espíritu te asiste,
No quiere llanto ya: triunfos espera.

Flores (Manuel M.)

—

PASIÓN

¡Háblame!... que tu voz, eco del cielo,
Sobre la tierra por doquier me siga...
Con tal de oir tu voz nada me importa
Que el desdén en tu labio me maldiga.
Mírame... Tus miradas me quemaron
Y tengo sed de ese mirar eterno;
Por ver tus ojos, que se abrase mi alma
De esa mirada en el celeste infierno.
¡Amame! .. Nada soy; pero tu diestra
Sobre mi frente pálida un instante,
Puede hacer del esclavo arrodillado
El hombre rey de corazón gigante.

Tú pasas... y la tierra voluptuosa
Se estremece de amor bajo tus huellas,
Se entibia el aire, se perfuma el prado
Y se inclinan á verte las estrellas.
Quisiera ser la sombra de la noche
Para verte dormir sola y tranquila,
Y luego ser la aurora, y despertarte
Con un beso de luz en la pupila.
Soy tuyo, me posees; un solo átomo
No hay en mi sér que para tí no sea;
Dentro mi corazón eres latido
Y dentro mi cerebro eres idea.

¡Oh! por mirar tu frente pensativa
Y pálido de amores tu semblante,
Por sentir el aliento de tu boca
Mi árido labio acariciar jadeante;

Por estrechar tus manos virginales
Sobre mi corazón, yo de rodillas;
Y devorar con mis tremantes besos
Lágrimas de pasión en tus mejillas;
Yo te diera... no sé... no tengo nada;
(El poeta es mendigo de la tierra)
¡Toda la sangre que en mis venas arde!
¡Todo lo grande que mi mente encierra!

Mas no soy para tí. Si entre tus brazos
La suerte loca me arrojara un día,
Al terrible contacto de tus labios,
Tal vez mi corazón se rompería!
Nunca será... Para mi negra vida
La inmensa dicha del amor no existe...
Solo nací para llevar en mi alma
Todo lo que hay de tempestuoso y triste.
Y quisiera morir... ¡Pero en tus brazos,
Con la embriaguez de la pasión más loca,
Y la luz de mi vida se apagara
Al soplo de los besos de tu boca.

AUSENCIA

—

¡Quién me diera tomar tus manos blancas
Para apretarme el corazón con ellas,
Y beber con tus lágrimas preciosas
La casta luz de tus pupilas bellas!

¡Quién me diera sentir sobre mi pecho
Reclinada tu espléndida cabeza,
Recogiendo en el alma tus suspiros,
Tus suspiros de amor y de tristeza!
¡Quién me diera posar un solo instante

Mi cariñoso labio en tus cabellos,
Y así pudiera mi alma enamorada
Besar tu frente resbalando en ellos!

¡Quién me diera robar un solo rayo
De aquella luz de tu mirar en calma,
Para tener al separarnos luego
Con qué alumbrar la soledad del alma!

¡Oh! quién me diera ser tu misma sombra,
El mismo ambiente que tu rostro baña,
Y por besar tus ojos celestiales
La lágrima que tiembla en tu pestaña!

Y ser un corazón todo alegría,
Nido de luz y de divinas flores
En que durmiese tu alma de paloma
El sueño virginal de sus amores!

Mas nada soy... Y sólo, en mi tristeza,
Tengo ceñido el corazón de abrojos...
¿Cuándo esta noche de la negra ausencia...
Disipará la aurora de tus ojos?

UN BESO NADA MAS

Bésame con el beso de tu boca,
Cariñosa mitad del alma mía;
Un solo beso el corazón invoca,
Que la dicha de dos.. me mataría.

¡Un beso nada más!... Ya su perfume
En mi alma derramándose, la embriaga,

Y mi alma por tu beso se consume
Y por mis labios impaciente vaga.

¡Júntese con la tuya!... Ya no puedo
Lejos tenerla de tus labios rojos...
¡Pronto!... ¡dame tus labios!... ¡tengo miedo
De ver tan cerca tus divinos ojos!

Hay un cielo, mujer, en tus abrazos;
Siento de dicha el corazón opreso...
¡Oh! sostenme en la vida de tus brazos
Para que no me mates con tu beso!

ADORACION

—

Como al ara de Dios llega el creyente,
Trémulo el labio al exhalar el ruego,
Turbado el corazón, baja la frente,
Así mujer á tu presencia llego.

¡No de mí apartes tus divinos ojos!
Pálida está mi frente de dolores;
¿Para qué castigar con tus enojos
Al que es tan infeliz con tus amores?

Soy un esclavo que á tus pies se humilla
Y suplicante tu piedad reclama,
Que con las manos juntas se arrodilla
Para decir con miedo... que te ama!

¡Te ama! Y el alma que el amor bendice,
Tiembla al sentirle como débil hoja.
¡Te ama! y el corazón cuando lo dice
En yo no sé qué lágrimas se moja.

¡Perdóname este amor! A mí ha venido
Como la luz á la pupila abierta,
Como viene la música al oído,
Como la vida á la esperanza muerta.

Fué una chispa de tu alma desprendida
En el beso de luz de tu mirada,
Que al abrasar mi corazón en vida
Dejó mi alma á la tuya desposada.

Y este amor es el aire que respiro,
Ilusión imposible que atesoro,
Inefable palabra que suspiro
Y dulcísima lágrima que lloro.

Es el ángel espléndido y risueño
Que con sus alas en mi frente toca,
Y que deja—¡perdóname, es un sueño!
El beso de los cielos en mi boca.

Mujer, mujer... mi corazón de fuego
De amor no sabe la palabra santa,
Pero palpita en el supremo ruego
Que vengo á sollozar ante tu planta.

¿No sabes que por solo las delicias
De oir el canto que tu voz encierra,
Cambiara yo, dichoso, las caricias
De todas las mujeres de la tierra?

¿Qué por seguir tu sombra, mi María,
Sellando el labio á la importuna queja,
De lágrimas y besos cubriría
La leve huella que tu planta deja?

¿Qué por oir en cariñoso acento
Mi pobre nombre entre tus labios rojos,
Para escucharte detendré mi aliento
Para mirarte me pondré de hinojos?

¿Qué por sentir en mi dichosa frente
Tu dulce labio con pasión impreso,
Te diera yo, con mi vivir presente,
Toda mi eternidad... por solo un beso?

. . . . . .

Pero si tanto amor, delirio tanto,
Tanta ternura ante mis pies traída,
Empapada con gotas de mi llanto,
Formada con la esencia de mi vida;

Si este grito de amor, íntimo, ardiente,
No llega á tí... si mi pasión es loca,
Perdona los delirios de mi mente,
Perdona las palabras de mi boca.

Y ya no más mi ruego sollozante
Irá á turbar tu indiferente calma...
Pero mi amor hasta el postrer instante
Te daré con las lágrimas del alma.

MI SUEÑO

—

Anoche tuve un sueño. Al pie de negra palma
Estaba yo sentado. La sombra me envolvía
La soledad inmensa entristecía mi alma
Un ruiseñor cantaba... Mi corazón oía:

—«Yo canto cuando abren,

Jazmines de la noche,
Las pálidas estrellas
Su luminoso broche:
A la hora en que se llaman
Los séres que se aman.
Yo soy entre la sombra
Heraldo del amor.»—

Después meció el follaje de la siniestra palma
Del viento de la selva la ráfaga sombría;
Algo como un suspiro tristísimo del alma
Alzóse sollozante... Mi corazón oía:

—«Yo soy el alma errante
Que en las tinieblas giro,
Por recoger del hombre
El tétrico suspiro.
Yo bebo en las corolas
Las lágrimas que á solas
En hondo desamparo
Derrama el corazón.»—

La noche era muy negra. Las hojas de la palma
De súbito temblaron... Y ví que descendía
Algo como la sombra del ángel de mi alma;
Hablaba en las tinieblas... mi corazón oía:

—«Hombre de los dolores,
Yo traigo desde el cielo
Palabras inefables
De paz y de consuelo.
Herido de tristeza
Inclinas la cabeza,
¿Acaso no conoces
La vida del amor?...»—

—¿Qué tú eres la esperanza?
—«Yo doy las ilusiones.»
—¿Eres amor acaso? ¿La dicha ya perdida?
—«Soy luz en la que encienden su fe los corazones,
»Y rosa que perfuma la copa de la vida.
»Quizá del cielo traje la voz de los amores,
»Y me enseñó la dicha los himnos del placer.
»Encantó la existencia, ahuyentó los dolores
»Y soy alma del alma... me llamo la Mujer.»—

Y de la obscura noche iluminóse el velo,
Gimió de amor el bosque, la palma retembló,
Y la visión divina perdiéndose en el cielo
Con sus ardientes besos mi frente acarició.

A MEDIA NOCHE

Ne frappe-t-on pas á ma porte?
. . . . . .
Dieu puissant! tant mon corps frissonne.
Qui vient? qui m' apelle—Personne.
A. de Musset.

Era la noche; y en mi estancia lóbrega
Crecía la obscuridad,
Chisporroteaba pálida mi lámpara
Agonizando ya,
Y derramaban sus reflejos lívidos
Siniestra claridad.
Afuera el viento mis ventanas, áspero,
Hacía rechinar;
Azotaba cayendo con estrépito
La lluvia mi cristal,
Y al rasgar con su espada de relámpago
El caos la tempestad,

Inmenso grito de dolor y cólera
Del cielo herido ya,
Ronco rodaba por el ancha bóveda
El trueno funeral,
Y temblaba la tierra y más horrísono
Bramaba el huracán.

Yo estaba solo y en mi estancia lóbrega
Crecía la obscuridad.
Al fulgor instantáneo del relámpago
En rápido zig-zag,
Figuras mil en los obscuros ángulos
Parecían asomar,
Y por el muro en escuadrón fantástico,
En enjambre fugaz,
Sombras, bosquejos y perfiles rápidos
De contorno infernal,
Caras terribles y á la par ridículas
Miraba yo pasar.

Sonaron doce campanadas lúgubres
Y la última al vibrar,
En silencio y de súbito mi lámpara
Apagóse....
—¿Quién va?...
¿Quién á estas horas á mi puerta, tímido,
Así puede llamar?
Nadie. . Es el viento que empujó colérico
Las puertas al pasar.
Mas ¿quién se queja?... ¿Qué lamento tétrico
Es ese, funeral?
Parece que del seno de algún féretro
Ha venido ese ay...
Nadie... Es el viento que en sus alas rápidas
Trajo un eco... No más.

No llueve ya. Desenfrenada y prófuga
La tormenta allá va.
Y entre los rotos nubarrones lóbregos
La luna al asomar,
Tiene yo no sé qué de cadavérico,
De torvo y espectral;
Como de un muerto la pupila hórrida
Su disco... Mas ¿quién va?
He visto la cortina de aquel ángulo
A alguno levantar...
Oigo un paso ligero, suave, rápido...
¿Quién es?... ¿quién llega?... ¡Ah!...

Inmóvil, negro, pavoroso, fúnebre,
Sentado en un sitial,
Un bulto informe, junto á mí, fatídico,
Está en la obscuridad.
Quiero gritar... mas mi garganta anúdase
Y no puedo gritar,
Tiembla mi carne, y llénase mi espíritu
De pánico mortal...

La sombra, negra en la tiniebla, fúnebre
En el sitial está;
Nada de humano, sin figura, tétrica,
Sin contorno ni faz,
Sin ojos .. pero yo siento fatídica
Su mirada espectral
Helada y pavorosa hasta la médula
De mis huesos entrar...
¿Quién eres?—digo con la lengua trémula—
¿Quién eres, por piedad?...

Y se cambia la sombra en una lívida

Y vaga claridad.
Es una forma de mujer angélica
Pero difunta ya
Y veo un rostro de virgen... ya muy pálido
Tras un velo nupcial;
Y la conozco... y mis miradas ávidas
Devorándola están;
Cuando los muertos y cerrados párpados
Comenzó á levantar...
Un soplo helado pasó por mi espíritu
Y ya no supe más...

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

El blanco rayo de la aurora fúlgido
Me encontró al despertar
Arrodillado, y con la frente pálida
Caída en el sitial.
Y murmurando con los labios trémulos
El nombre celestial
De aquella mártir de mi amor, dulcísima,
Que ha tanto tiempo ¡ay!
A la sombra del sauce melancólica
Durmiendo en sueño de la muerte está.

Gallardo (Aurelio Luis)

TEXCOCO

Junto de un lago que su nombre lleva,
De márgenes de esbeltos carrizales,
Esa ciudad se eleva
Cual dormida paloma entre rosales.

¡Oh ciudad! de tu gloria y poderío,
De tu grandeza y esplendor sagrado,
Sólo eres turbio río,
Fábula ó tradición de lo pasado!

Tus caciques conservan tus anales,
Grandes tesoros guardas en tu seno,
Y riegan tus canales
Las sementeras de tu valle ameno.

Las ondas de tu lago arrulladoras
Del bello mar, hermano del Chapala,
Rizadas y sonoras
Alzan plumajes de luciente gala.

Tus jardines esmaltan sus orillas,
Las verdes alamedas de tus valles.
¡Gentil Señora, brillas,
Con tus templos, tus plazas y tus calles!

Favorita del Sol, bañarte puedes
Cuando la luna salga entre las ondas,
Y si á su amor accedes,
¡Quizá entre flores tu belleza escondas!

Algunos de tus grandes monumentos
Desmoronados por el polvo ruedan,
Y sólo cual portentos
Los panteones de tus reyes quedan.

Ya no tremola altiva en los espacios
La púrpura imperial de tus pendones,
Cayeron tus palacios...
Medra el musgo en sus viejos torreones,

De un pueblo heróico vasto mausoleo,
Estás en pie magnífica Texcoco,
Espléndido museo
De corta fama y de valer no poco.

El rey Nezahualcoyolt ensayaba
En tu verjel sus cantos de poeta,
Y su lira sonaba
Como el harpa inmortal del rey profeta.

Magnánimo y valiente como sabio,
Rey poderoso como fuerte y bueno,
Cantó su noble labio
Al dios del iris, como al dios del trueno.

Que él en medio de infanda idolatría
Con fe de mártir y razón pagana,
A un ser reconocía
Luz, alma y gloria de la estirpe humana.

Así en la Grecia, Sócrates severo
Al contemplar altísimas verdades,
Ante el Dios verdadero
Posternó á las olímpicas deidades...

¡Bella ciudad! paloma que tus alas
Extiendes sobre aljófares y espumas,
En tu belleza igualas
Al cielo en esplendor, al cisne en plumas.

Si el sol con luces de oro te salpica
Tu magnífico lago al recogerlas,
Pareces concha rica
Ostentando el Oriente de tus perlas.

¡Mientras que el sol septentrional te alumbra
Reverberando espléndido en tus linfas,
Mi cántico te encumbra
¡Tumba de reyes y mansión de ninfas!

Garza (Juan B.)

CITA

De este pensil al abrigo
Solos estamos los dos,
Nó tenemos más testigo
Que las estrellas y Dios.

Si de la noche la calma
Te ha negado su beleño,
Amor es sueño del alma,
Ven, niña, y tendrás un sueño.

Ven; mi pasión necesita
Para calmar sus desvelos,
Tener contigo una cita
Bajo el azul de los cielos.

Abandona el blanco lecho,
Y verás qué dulce suena,
Cuánto habla de amor el pecho
En una noche serena.

Cada sollozo que brota
Del alma el laúd bendito,
Será para tí una nota
Vibrando en el infinito.

Si quieres quede secreto
El amor de nuestras almas,
No será, niña, indiscreto
El trono de estas dos palmas.

Ven; aquí de mi tristeza
Te hablaré, y de mis delirios,
Mientras posas tu cabeza
Entre violetas y lirios.

Así tendré la fortuna,
El goce nunca sentido,
De ver un rayo de luna
Sobre tu frente dormido.

No vaya á causarte agravios,
Ni mucho menos enojos,
El escuchar de mis labios
Lo que te han dicho mis ojos.

Ya es justo que el corazón
De hablar de su amor acabe,
Pues tan inmensa pasión
Dentro del pecho no cabe.

A platicar te convido
Bajo esta verde enramada,
Lo que platica en su nido
La tórtola enamorada.

Y el arrullo de tu acento
Me estremecerá de amor,
Como un suspiro del viento
Hace temblar á la flor.

Se pierden en lontananza
Poco á poco las estrellas,
Y siento que mí esperanza
Se va alejando con ellas,

. . . . . .

Sobre la montaña, el día
Esparce ya su fulgor...
¡Oh! ¡qué lenta es la agonía
Del que se muere de amor!

Gómez Vergara (Joaquín)

— —

MIS MONTAÑAS

—

Lejos estoy de mi patria,
De mi patria tan querida,
Y de mi abatida frente
La palidez enfermiza,
No vienen á refrescar
Sus embalsamadas brisas.
Montañas americanas,
¡Hermosas montañas mías!
En donde canta el zentzontle
Y do el huitlacoche anida;
En cuyas ágrias pendientes,
De eterno verdor ceñidas,
El indio cuelga su choza
Cual nido de golondrinas;
En donde el hogar del pobre
Con alegre fuego brilla,
Qué alimenta el liquidámbar
Con su aromosa resina,

Y del cedro y linaloe
Las maderas exquisitas.
¿Dónde están vuestros rumores
Y aquella dulce harmonía
De las frondas apiñadas
Que el süave viento agita?
¿Dónde el salvaje mugido
Que los ecos repetían
Del espumoso torrente,
Que por gargantas sombrías,
Rodando de roca en roca,
Airado se precipita?
¡Ah! Si yo viera aquel valle
De espléndida perspectiva,
Con sus lagos transparentes
En que los cielos se miran;
Con sus azules canales,
Con sus chinampas floridas,
Y su cerco de montañas
Que los pinares erizan;
Si yo viera un solo instante
Las siempre nevadas cimas
Del alto Popocatepetl
Y del gigante Ixtacihuatl
¡Ay, cómo gozara mi alma!
¡Ay, cuánta fuera mi dicha!
Pero estoy lejos, muy lejos,
De aquella tierra bendita
Donde las flores no mueren
Ni el helado cierzo silba;
Do el árbol no se despoja,
Y entre sus frondas abriga
Enjambres de colibríes
Que al volar rápidos brillan
Cual primorosa cascada

De luciente pedrería.
  Allá es más azul el cielo,
Allá más hermosa brilla
La luna, y el sol ardiente
Benigno calor envía;
Allí al cansado viajero
Frescura y descanso brindan
El platanar rumoroso
Y las fuentes cristalinas;
Allí se meció mi cuna,
Allí mi madre querida
Me alimentaba á su seno
Y en sus brazos me adormía;
Allí pasé de mi infancia
Aquellas horas benditas
En que el alma no conoce
Los pesares de la vida;
Y allí de mis tiernos padres
Las veneradas cenizas
Duermen, bajo los rosales
Que sus rosas no marchitan.
  ¡Oásis del Nuevo Mundo!
¡Adorada patria mía!
Quiera Dios que vuelva á verte,
Y que al acabar mi vida,
Exhale mi último aliento
Entre tus fragantes brisas,
Bajo tu estrellado cielo,
Y escuchando la harmonía
De tus pájaros cantores
Que en tus arboledas trinan.
¡Montañas americanas!...
¡Hermosas montañas mías!...

Gutierrez Nájera (Manuel)

—

ACUERDATE DE MI

—

Pronto voy á perderte;
La hora del martirio se aproxima;
Ya se acerca mi muerte
Y del sepulcro mírase la sima.

Cortados están ya los azahares
Que deben coronar tu cabellera;
¡Ya preludia la iglesia sus cantares,
Y el tálamo te espera!

El velo de la virgen desposada
Ceñirá presto tu gentil cabeza...
Hay en tu pecho luces de alborada
Y en mi espíritu sombras de tristeza.

Allí el hogar te llama,
Allí te espera el anhelante esposo;
Los cirios centellean;
Del órgano el acento majestuoso
Ya retiembla en la cúpula sagrada,
Y del cielo en la bóveda azulada
Los astros del hogar relampaguean.

Traspasa esos umbrales, vida mía,
Ciñe á tu frente la gentil corona,
Que aunque causas de mi alma la agonía
Es mi espíritu grande y... ¡te perdona!
El transparente velo
Que por tus hombros sonrosados baja,
Será muralla que me oculte el cielo

Y será de mi espíritu mortaja;
Mas ¿qué importa mi espíritu y mi vida?
¿Qué importa mi afanar y mi delirio?
¡Dame el puñal sangriento del suicida
Y prepara la hoguera del martirio!
Traspasa, sí, las puertas del santuario
Para tu amor abierto;
No te asombre ese toque funerario,
Que lloran las campanas por un muerto.

Mas oye: si mi frente no se abate
Del rayo del dolor al golpe rudo,
Si mi alma sólo muere en el combate
Y al llamamiento del deber acudo;
Si el puñal acerado del suicida
De mi mano convulsa la fe arranca,
Si aún para sufrir me queda vida
Y el llanto en mis pupilas aún se estanca,
Escúchame, mi bien: cuando á tu frente
Ciñas triunfante la nupcial corona,
Recuerda al triste trovador doliente
Que sufre, que te adora, ¡y te perdona!
Y piensa, si del templo traspasaste
El umbral, de la cruz en la presencia,
Que al entrar á ese templo destrozaste
Mi esperanza, mi amor y mi creencia!

Y si escuchas del órgano sonoro
La vibración solemne y majestosa,
Que retumba en las bóvedas del coro
Y rueda por la nave misteriosa;
Piensa que allí solloza la elegía
De un corazón por el dolor transido;
Piensa que cada nota es un gemido
Que mi espíritu exhala en su agonía.

Cuando postrado al pie de los altares,
Y de rubor cubierto tu semblante,
Estreches en tu mano torneada
La sacrílega mano de tu amante;
Convierte, sí, tu célica mirada
Al ángulo de lóbrega capilla,
Y si ves como imagen evocada
Una sombra en el muro reclinada
Al fulgor de la lámpara amarilla;
Y si escuchas el rápido latido
De un corazón que de amargura estalla,
Y si llevan los vientos á tu oído
El sofocado y lúgubre alarido
De un sér que lucha en infernal batalla;
Piensa que tú engendraste su tormento,
Que conocer le hiciste la venganza,
Y apagando la luz del sentimiento,
Marchitando su noble pensamiento
En sepulcro trocaste su esperanza.
Recuerda que mi vida envenenaste,
Que en el abismo del dolor me hundiste
Y á perpetuo llorar me condenaste,
Y á maldecir del cielo me enseñaste,
Y mi alma en los infiernos sumergiste!

Hijar y Haro (Juan B.) [1]

—

EN LA PLAYA DEL MAR

—

Á MI DISTINGUIDO AMIGO RAMÓN MIRAVETE

—

¡Junto á la negra tempestad del alma
Qué son las tempestades de ese mar!
Aurelio L. Gallardo.

¡Silencio y soledad!... ¡No hay un testigo
De mi acerbo sufrir!... ¡Proscrito voy!
¡Oh, ven á consolarme, cielo amigo,
Que el bardo ausente de la patria soy!

En el misterio de la noche bella
Que convida en su sombra á meditar
Vengo á decirte adiós, pálida estrella,
Ahora que duerme sosegado el mar.

En su inmenso cristal, límpido y terso
Miro á tu luz dormir la creación:
Un templo es de tristeza el universo
Y el silencio del mundo una oración.

El ala de la brisa pasajera
Del cielo corta el estrellado tul,
Y las ondas que bañan la ribera
Conchas arrojan de su seno azul.

De vez en cuando la marina foca
Presagia con su aullar la tempestad:

(1) El doctor don Juan B. Hijar y Haro, residió en Madrid muchos años, desempeñando el cargo de primer secretario de la Legación de México en España.

Abre el abismo su tremenda boca
Y en su seno se ve la eternidad.

No corta el horizonte ni una vela
Ni un faro en la extensión se ve lucir:
Es la noche callada que revela
El misterio sin luz del porvenir.

Ni un ave, ni una sombra, ni un celaje,
Colores dan al mágico pincel,
Ni miente en su espejismo el oleaje
De la vida el fantástico bajel.

Del piélago profundo en las arenas
Se agita el mar con lenta convulsión:
Le pesan de su sueño las cadenas;
Le falta el arrullar del aquilón.

Tendido y solitario, en lo infinito,
Es del mundo la losa sepulcral:
Su destino de muerte lleva escrito
En la frente el gigante universal.

Poco á poco las olas se levantan
Y rasgan de las sombras el capuz...
¡Las sirenas del mar, por qué no cantan
De la borrasca á la siniestra luz!

A sus grutas de conchas y corales
Huyen, tal vez, transidas de pavor,
Mientras que yo entre rocas y arenales
Vago con mis recuerdos de dolor.

La costa se estremece, el viento brama:
El abismo retumba por doquier,

Y con penachos de verdosa llama
Los peñascos del mar se ven arder.

Desde el turbado fondo las corrientes
Se levantan luchando con fragor,
Como crinadas y ásperas serpientes
Que engendra, en las tinieblas, el pavor.

El cielo se obscurece y quedo á solas
Viendo las trombas en el ponto hervir,
Y levantarse cordilleras de olas
Del huracán al bárbaro rugir.

Zumba el austro, y en ráfagas violentas
Entre las nubes y el abismo va...
¡Debajo de esa losa de tormentas
Cuántas tumbas, oh Dios, cuántas habrá!

Hiende el rayo la atmósfera sombría
Y en piélago sin fin se va á perder...
Envuelto estoy del orbe en la agonía
Y voy con cuanto existe á perecer.

¡Mas nada importa! Cumpliré mi suerte
En medio del naufragio universal:
Aquí tranquilo me hallará la muerte...
¡Hoy ó mañana para mí es igual!

Luchad, luchad furiosos elementos,
Que hermoso el mundo me perece así:
Tinieblas y relámpagos violentos,
Siempre al proscrito encontraréis aquí.

Cuando inflame en la rápida centella
Sus alas, tempestuoso, el aquilón,

Rompe las nubes, tú, cándida estrella,
Y escucha, allá en los cielos, mi oración,

Mas... todo torna á recobrar la calma,
Torna la blanda brisa á suspirar...
¡Junto á la negra tempestad del alma
Qué son las tempestades de ese mar!

RECUERDOS DEL HOGAR

—

Sobre mi hogar la muerte
Bate sus negras alas,
Y las lechuzas con siniestro augurio
En el vecino campanario graznan.
Antonio Luis Carrión.

Pues lo queréis amiga, y el recuerdo
Es una flor que el corazón perfuma,
Escuchad una historia, aunque se pierda
De las viajeras olas en la espuma.

Tal vez así con mis suspiros vaya
Mecida en los escollos de los mares,
Feliz buscando la remota playa
Donde canté, con harpa entristecida,
Eterno adiós á mis benditos lares.

. . . . . .

Yo era feliz; más bárbara la suerte,
Con descarnada faz, llamó á mi puerta:
—¿Quién sois? le pregunté:—«Yo soy la muerte;»
Respondióme al oido;
Y al volver hacia atrás la vista incierta,
Dejó en mis brazos á mi madre muerta.

Las flores se secaron en el huerto;

Los árboles perdieron su verdura;
De las pintadas aves
Enmudeció el concierto;
Y entre las ondas de la fuente pura
Corriendo ví, con lágrimas de sangre,
Gota á gota la hiel de mi amargura...

La ermita, el cocotero, el lago, el soto,
El árbol de la siesta, en el verano,
La roca del pastor, el puente roto,
La paloma que cruza por el llano,
Con profunda y mortal melancolía,
Todo «adiós» me decía.

¡Qué horrible soledad la de ese mundo
de inanimados séres!...
¡Qué silencio tan hondo!
Al marcar el reloj cada segundo
Se hunde un siglo de llanto y de placeres
Allá en la eternidad sin luz ni fondo.

¡Cuán triste estaba el valle!
¡Cuán triste la alameda!
La solitaria calle
De palmas y cipreses... la sauceda
¡Cuán triste, oh Dios, cuán triste
Para el que solo queda!

Bajé de una colina:
Visité su aposento
A la luz mortecina
De lámpara medrosa;
Me arrodillé un momento;
Besé su crucifijo,

Y dije con dolor:—Madre amorosa,
¿Quién regará de lágrimas tu losa
Si te deja en la tumba
Para siempre ¡gran Dios! tu propio hijo?—

De mi mansión querida
Cerré la puerta, que al Oriente daba,
Y llorando besé la cerradura,
¡Ay! porque allí dejaba
De cuanto amé en la vida
La piadosa y bendita sepultura...
Aquí apuré la copa del tormento
Y me alejé vagando á la ventura
En mi tordo ligero como el viento.

De innúmeras montañas
Dejé detrás las cumbres peñascosas
Al son del viento, que en flexibles cañas,
Añosas ceibas, y gigantes cedros
Desgarraba sus alas tempestuosas.
Llegué á la playa de los hondos mares
Y dije á Dios á mis paternos lares!
Un soberbio vapor, *El Siglo de Oro*,
Alzado sobre el mar como un palacio,
En el tranquilo puerto me esperaba,
Y haciendo rumbo en el marino espacio
A hender la inmensidad me convidaba.

Miré la costa, la empinada sierra,
Y el patrio suelo, en lágrimas fecundo,
Porque los restos de mi madre encierra,
Porque dejaba, con dolor profundo,
Bajo el yerto sudario de la tierra
Su corazón tan grande como el mundo.

¡Hijo del infortunio y los pesares
Al son de flautas de oro,
Adiós, en triste y concertado coro,
Canté en el harpa á mis benditos lares!

El mar me recibió; sobre su espalda
De montañas hirvientes,
Tendió mi nave su vistosa falda
De ondas, espumas, conchas y corrientes.

En su lecho de abismos y de rocas
El gigante Pacífico dormía;
En las tinieblas de sus negras bocas
La eternidad tremenda se veía,
Y de su seno sin medida ni horas
Una tabla no más me dividía.

Allí pasé mis solitarias noches
Mecido en brazos de la instable suerte;
Y bogando y bogando, en mi abandono
Ni amé la vida ni llamé á la muerte...
¡Y atravesé los mares
Cantando adiós á mis ausentes lares!

Era una madrugada;
La bruma entre oro y púrpura lucía
Como ilusión en sueño acariciada,
Y en el marina espejo,
Que en perlas y diamantes se partía,
La luz multiplicada
En cada ola retrataba un día.

De gaviotas blanquísimas el cielo
Brillante se pobló como se puebla
La memoria de almas,

Que en cariñoso vuelo
Nos siguen en la sombra de la niebla.

—«¡Tierra!» gritaron todos, y al instante
Tronó el cañón que saludaba el puerto;
Y el espléndido sol, en el Levante,
Alumbró de concierto,
La ciudad, las montañas y el desierto.

Tremoló el pabellón de las estrellas, (1)
Entre cien banderolas,
Que empavesaron con belleza suma
Al gigante vapor entre las olas,
Sobre los campos de nevada espuma...
¡Allá dejé los procelosos mares,
Y dije adiós á mis ausentes lares!

¡DESCANSA EN PAZ!

—

Una tumba, un recuerdo, algunas flores
Y un nombre... ¡el más querido!
Es lo que resta al huérfano en la tierra
Mientras baja á la tierra del olvido.
El mundo, la grandeza, la alegría...
¡Palabras sin sentido,
Borradas ya de la memoria mía:
Borradas para siempre,
Porque la flor de un sueño de esperanza
Que la muerte nos trunca
Dicen que no retoña nunca... nunca!

Yo lo sé por mi mal; hubo una hora
En que la luz en que encendí mi vida

(1) *El pabellón americano.*

Quise mirar, como se vé la aurora,
Y estaba ya extinguida.

Quise volverle su amorosa llama,
Con el beso arrancado á mi martirio,
Y el herido corazón, partido en trizas,
Aprendí en mi delirio
Que el soplo de la vida no se vuelve
A un montón de cenizas...
¡Mi padre ya no existe:
Es la única verdad... verdad muy triste!

Mi dicha, mi consuelo,
El bien que más amaba
Me dijo amante, al remontarse al cielo,
Que tranquilo en el cielo me esperaba.

Yo recuerdo aquel rostro, aquella frente
Que en áticos perfiles de alabastro
Reflejaba la luz indeficiente
Del sol del pensamiento como un astro.

Y aquel aire sereno
Que en las amargas pruebas del destino
Ostentaba ¡tan bueno!
Aunque fuera de espinas su camino;
¡Ay, siento el corazón al recordarlo
De amor y orgullo y bendiciones lleno!

El alto ejemplo de mi padre doma
La obscura inmensidad de mi tormento,
Cuando recuerdo que era
En el tranquilo hogar una paloma
Y en el peligro un águila en el viento.
Nunca llamó á su puerta el desgraciado

Sin que hallara en su mesa el pan bendito
Que siempre dió su techo al desterrado
La paz, la libertad y la esperanza
Que busca en todas partes el proscrito.

Por eso al emprender su eterno vuelo
Ni una sombra anubló su frente pura:
Al abrirse á sus pies la sepultura
Abrió á sus ojos la esperanza el cielo:
¡Miró á sus hijos, se entregó á la suerte
Y se durmió en los brazos de la muerte!

Desde entonces, ¡Dios mío,
Cuánto lloro por él, cuánto he llorado;
Si tuviera de lágrimas un río
Ya se hubiera agotado:
Como el mundo sin él sigue vacío
Sigo hasta el fin en lágrimas bañado!

Quiero olvidarle á veces ¡qué demencia,
Cuando siento, en mi sér, su sér impreso!
Si esta que arrastro lánguida existencia
Nació de entre sus brazos en un beso!

Si pudiera olvidarle ¿qué sería
De la dicha que siento al recordarle?
Luchando entre recuerdos moriría
Sin poder olvidarle!

¡Ay! el pesar que el corazón embarga
Es saber, por mi mal, que ya no existe.
¡Dolorosa verdad, verdad amarga,
Más triste que la muerte, sí, más triste!

Yo ví espirar en angustioso día
A mi amorosa madre,
Después á la hija mía:
No le bastó á la suerte... ¡suerte impía!
¡Y me robó á mi padre!...

Desde entonces, errante y sin consuelo,
Exclamo, á solas, con dolor profundo:
¿Qué resta al corazón en tanto duelo?
¡Tres tumbas en el mundo!
¡Tres almas en el cielo!

A UN LUCERO

—

Á MI INSPIRADO AMIGO MANUEL M. FLORES

¡Atrás, atrás magníficos salones,
Música, baile, cantos del festín;
Irritado huracán de las pasiones,
Dejadme solo delirar sin fin!

Dejadme delirar: busco el misterio,
El bosque, el templo, el solitario mar,
La calma del sepulcro, el cementerio,
La lámpara que alumbra en el altar.

¡Allá lejos de mí... quedad aparte
Sueños de amor y mundanal placer!
Genios del siglo espléndido en el arte
¿Dónde la dicha está de nuestro sér?

¿Dónde el secreto encanto del deseo
Que hace la gloria humana presentir?

¿Es un mundo que engendra el devaneo
Y que transforma en humo el porvenir?

Vuelvan á mí los cándidos hechizos
De mis hermosas noches de ilusión,
Cuando de Laura en los sedosos rizos
Volaba enamorado el corazón.

Volvedme; pero... ¡qué!... ¡Bastardo empeño!
¿Quién vuelve la inocencia y la virtud?...
¡Sueño es la dicha, la esperanza sueño,
Sólo es verdad eterna el ataúd!

Allí los aires con aplauso atruenan
Tal vez soñando la ventura hallar;
Allá las harpas de la fiesta suenan,
Aquí bramando se revuelca el mar.

Suenan las harpas ¡ay! mientras rebosa
En mi sediento labio amarga hiel:
¡Música de tristeza dolorosa...
Para pintar tristezas no hay pincel!

Allí entre palmas, flores y banderas
Ostentan cien fanales su esplendor:
Allá en el campo azul de las esferas
Rueda en silencio el astro de mi amor.

¡Cuántas noches de Laura entre los brazos
Su luz tranquila resbalando ví,
Entre los dulces inocentes lazos
Que para siempre, por mi mal, rompí...

¡Oh, tú, blanco lucero de la aurora,
Tú que miras mi amargo padecer,

Ven y con sombras pálidas colora
El recuerdo infeliz de esa mujer!

Es verdad que la amaba: en desvarío,
La dí como un pagano adoración;
Siempre para ella tuvo el labio mío
Palabras de ternura y bendición;

Mas vino á mí la realidad traidora
Y al viento dí, sin compasión, la fe...
¡Cuánto la dicha, oh Dios, cuánto se llora,
Cuánto se llora cuando ya se fué!

Si he de vivir así, muriendo sólo,
Si á Laura dije para siempre adios,
¡Por qué insensato la existencia inmolo
De un quimérico bien corriendo en pos!

En profundo abandono y desencanto
Siento mi vida lánguida correr:
El alma triste sumergida en llanto
Deja sus alas con dolor caer.

Pero hasta aquí: no quiero ya memorias
Que alegre el pecho torne á palpitar
El mundo es un serrallo y nuevas glorias
En cada seno volveré á encontrar.

Venid las que sabéis mentir amores,
Ceñid mi frente mustia de laurel;
Fácil así resbalará entre flores
De la existencia el rápido bajel.

Dejad que hiera al viento conmovido
El eco ardiente de viril canción:

Yo busco en vuestros brazos el olvido
De mi mortal verdugo, el corazón.

¡Qué importa el fallo del destino adverso,
Ni qué del mundo hipócrita el desdén!
Al través de una copa, el universo
Es un templo de gloria, es un edén.

Dejadme, por piedad, en dulces lazos,
En vuestro seno férvido morir:
Quiero espirar rendido en vuestros brazos...
¡Dios es amor... la muerte el porvenir!

. . . . . .

Vino, caricias, cantos y placeres
Hasta agotar la última ilusión:
Música, baile, angélicas mujeres,
¡Adios quedad... murió mi corazón!

Si la tierra es un mar, triste lucero,
Donde navega el alma combatida,
Al resbalar la barca de mi vida
Tú alumbrarás mi rumbo en ese mar;
Tú alumbrarás en mi camino incierto
Los fúnebres rompientes del bajío
Y al tragarse las olas mi navío
Tú mi postrera luz también serás.

Venid recuerdos de mi edad primera,
De infantiles delirios y alegrías;
Aire de aquellos venturosos días
Ultimo beso del materno adios...
Pero ¡qué son, qué son esos recuerdos!
¡Humo fugaz de la extinguida gloria!
El presente es la tumba de una historia

Que creímos eterna en la ilusión.

Blando concierto de sentidas flautas
Regios salones, mágicos espejos,
Quedad del alma para siempre lejos,
Que á mí me lleva á la ventura el mar.
Primaveral mañana de mi vida;
Aurora de mi sér, siempre risueña...
¡Cuán triste es despertar cuando se sueña
Del Paraíso en el feliz umbral.

Soñé un momento y me sentí dichoso,
Abrí los ojos y lloré despierto...
¡Por qué si llevo el corazón ya muerto
Despierto en el erial de la razón!
Partióse la visión de los encantos,
Y emblanqueció su sombra mi cabeza...
¡Ay, en mis horas de mortal tristeza
A tí me vuelvo, Omnipotente Dios!

Ituarte (Ricardo)

MUERTE DEL SEÑOR DON CLEMENTE SANZ

De mi olvidada cítara
¿Por qué se exhala un canto,
Y entre cipreses fúnebres
La voz triste levanto,
Y siento ardientes lágrimas
Mi faz mustia surcar?

Mi vista en vano túrbida
Te busca en hondo anhelo
Cual busca el puerto el náufrago

En sofocante duelo,
Entre las olas móviles
Del encrespado mar.

Cuando entre gualda y púrpura
El sol muere tranquilo,
Vengo con paso trémulo
A tu postrer asilo,
Y dá rienda mi espíritu
A su íntimo pesar.

Sí, vengo al asilo nuevo
Do el sueño no es un sueño,
Y en ademán terrífico
Con torvo adusto ceño,
Mira el dolor impávido
A la virtud llorar.

Entonces ¡ay! paréceme
Cuando mi voz te nombra,
Que tu huesa, súbito
Levántase tu sombra;
Y tu palabra mágica
Pienso en torno escuchar.

Mi pecho entonces férvido
Suspira, goza, gime,
Por contemplarte, ávido;
Mas siento que se oprime
Al ver que es sueño efímero
Tan dulce delirar.

Si á esfera más vivífica
De Dios la mano augusta
Alzó tu inmortal ánima,

¿Por qué á mi pecho asusta
Tu ausencia, si benéfica
La muerte es al mortal?

Sí, que á su saña indómita
Se cambia el sér, no muere
Que el Dios eterno y máximo
Que nos ama y nos hiere,
Principio dá y no término,
A cuanto existe ya.

Al contemplar el piélago
Inmenso del vacío
Poblado de astros fúlgidos,
El pensamiento mío
Te cree y en otra próspera
Región de bienestar.

Tal vez allí la acérrima
Envidia vil no existe,
Ni son plantas estériles,
De que el orbe se viste,
La hermosa virtud célica
Y la santa amistad.

Tal vez allí el fatídico
Clamor de la amargura,
Sarcasmo no es que, pérfido,
Jamás el mundo cura,
Ni el bueno será víctima
De la negra maldad.

Sin duda allá en la incógnita
Mansión que feliz huellas,
Tu frente se alza cándida

Ornada con estrellas,
Como la noche lóbrega
Del seno de la mar.

¡Ay! cual las flores tímidas
Que nacen con la aurora,
En cuyos frescos cálices
Sus blancas perlas llora,
Y esencia esparcen lánguidas
Del céfiro al rumor.

Así tus tiernos vástagos,
Amor de tus amores,
Al contemplarte exánime,
Como las bellas flores,
Te dieron en sus lágrimas
La esencia de su amor.

¡Oh, Dios, tu esposa lívida,
Clamando, á tí se lanza,
Cual si quisiera ¡mísera!
Asir de la esperanza
El ángel que, purísimo,
Tus pasos siempre guió.

¡Más, ay! en vuelo alígero
Remóntase hasta el cielo,
Y á tu consorte trémula
Deja, presa de duelo
Entre las garras bárbaras
De tétrico dolor.

¿Do estás? ¿en qué magnífica
Región excelsa moras?
Ya de otra vida plácida,

¿Acaso las auroras
En cielos más espléndidos
Surgir, dichoso, ves?

Y cuando á mi alma el cúmulo
Viene de amarga pena,
Y en llanto acerbo, insólito,
Mustia mi faz se llena,
¿Desciende tu almo espíritu
En torno de mi sér?...

Yo pienso entre los nítidos
Destellos de los astros
Que brillan melancólicos,
De tu alma ver los rastros
Que surca allá en los piélagos
De la alta inmensidad.

Y pienso entre los pálidos
Rayos de la callada
Luna, ver que á mí rápido
Desciendes, y tu amada
Voz, como una aura harmónica
Paréceme escuchar.

. . . . . .
. . . . . .

De jaspe, y oro, y pórfido,
Levanta el hombre insano
Magníficos alcázares;
Mas ¡ay! en polvo vano
Los torna el tiempo indómito,
Sus alas al mover.

No así su ala terrífica

Destruye la memoria
Del hombre que, magnánimo,
Fundó su eterna gloria,
En derramar solícito
De caridad el bien.

Sí, que á tu yermo túmulo
De sauces coronado,
Vertiendo dulces lágrimas,
El pobre abandonado,
Llega, por tí, al Dios próvido
De hinojos á implorar.

El pobre, sí, á quien pródiga
Pan le tendió tu mano,
Y el desvalido huérfano,
La virgen y el anciano,
Que en esta tierra mísera
Hubieron tu piedad.

Levántate: oye plácido
Las santas bendiciones
Que envueltas en mis cánticos
Te dan sus corazones;
Después... cierre tus párpados
El ángel de la paz.

Sí, duerme: no los mármoles
Te dan renombre y gloria;
Tus hechos, de los posteros
Serán en la memoria
Cual tu recuerdo, férvida
Bendice mi amistad.

Lerdo (Francisco de A.)

MI CULTO

Cuál es mi Dios, me preguntas,
Y cuál la fe que me alienta,
Cuál es el culto de mi alma,
Y cuáles son mis creencias.

¡Mi Dios! substancia sublime
Que nuestro sér alimenta,
Ocúltase en el sagrario
Del fondo de mi conciencia:
Allí existe, allí tan sólo
Su realidad se presenta
En la realidad que agitan
Su vida, su luz, su esencia:
Allí la fe que nos rige,
Fe que lo cierto demuestra,
Se dilata al santo impulso
De su voluntad excelsa.

Por culto del alma, tengo
La memoria siempre nueva
De la mujer más amada,
De mi madre, que ya es muerta.
¡Mi madre! Cuán amorosa
Voz que formó al hijo un cielo
Y al hombre legó una idea.
¡Perdóname! Era mi madre
Tan cariñosa, tan buena,
Que cuando de Dios te hablo,
Tengo que hablarte de ella.
Hay en mi sér algo triste
Que guardo como creencia,

Y esta es la verdad que nace
Cuando terminan las penas.

A LUZ

—

¿Por qué tan temprano llegan
Las aves á mi ventana,
Y con su canto pretenden
Quitar el luto á mi estancia?
¿No saben que en esta fecha,
Que es tanto para mí grata,
Estoy solo con mi duelo,
Y solo con mi desgracia?
No advierten que de tinieblas
Circuida tengo el alma,
Pues dí la luz de mis ojos
Por el sol de una mirada?
¿No ven que vivo muriendo?
¿No están palpando mis ansias?
No saben que ausente de ella
Mi corazón se acobarda?
Entonces, ¿por qué dejaron
El nido que amores guarda,
Y vienen á ver al triste
Que llora cuando ellos cantan?

. . . . . .

Dirijan pronto su vuelo,
Hacia la tierra lejana,
Donde quedó la que adoro,
Donde está la que me ama.
Y si quieren las caricias
De la que es mi soberana,
Díganla que las envío
Con el recuerdo de mi alma.

Lizarriturri (Manuel)

A JUAN DIAZ COVARRUBIAS (1)

Cuando por tu saber brillabas tanto
Y te daba sus lauros Poesía,
En negra noche, horrenda tiranía
Secó tus flores y apagó tu canto.

Tu verdugo, mirando con espanto
Tu cuerpo yerto en la tiniebla fría,
Proscrito esconde su crueldad sombría
Mientras aquí te damos culto y llanto.

Cayó sobre tu fosa el cuerpo inerte
Y el nombre augusto recogió la historia
Y el pueblo fué á vengarse de tu muerte.

México rinde culto á tu memoria,
Y eres hoy por tu vida y por tu muerte
Idolo de la patria y de la gloria.

Monrog (José)

A MI AMIGA AURORA REVILLA DE ESCOTO
EN LA MUERTE DE SU PADRE

Si cabe algún consuelo en tu amargura,
Si te deja el quebranto

(1) Sacrificado por una facción política el 11 de Abril de 1859.

Oir la voz amiga
Que trata de endulzar tu desventura
Y de enjugar tu llanto,
Permite que te diga,
Con la fe, con la luz de mis creencias,
Lo que es de los que mueren la partida,
Lo que es la eterna suerte,
Y como los que gozan de la muerte
Se salvan de la muerte de la vida.

Quizá pretendo en vano
Calmar tu desconsuelo
Y llevar al hogar de tus dolores
De la esperanza las queridas flores
Y la resignación, hija del cielo.

Quizá para tu pena
Mi bálsamo de paz será impotente
Y tu alma noble y buena,
De amargo duelo, de pesares llena,
Mire todo consuelo indiferente.

Pero es mi ternura,
A mi santo deber es necesario
Llevar la luz de mi creencia pura
A el alma sin ventura,
Al huérfano que llora solitario.

Oyeme, dulce amiga,
No en el silencio tu dolor aumentes,
Pues te ha dejado el cielo bondadoso
La vida y el cariño de tu esposo
Y el amor de tus hijos inocentes.

Ya no tu padre anciano

Irá cual otro día,
Al apacible hogar de tus amores
A recoger tus besos y tus flores
Y á llevarte caricias y alegría;

Ya no tendrás, Aurora,
El dulce apoyo de su experto brazo,
Ni verás su sonrisa sosegada,
Ni irás, cual otras veces, angustiada,
A buscar el consuelo en su regazo.

Pero te deja el cielo
Una grata esperanza de reposo,
Un piadoso consuelo
Que á tus hogares volverá la calma
Y á tu ventura volverá la vida;
Su recuerdo en el alma,
Su apoyo en la ternura de tu esposo
Y en tus hijos su imagen bendecida.

No es tan cruel tu destino,
Tu padre esta mansión ha abandonado
Sin darte la postrera despedida,
Y á la luz de otro mundo ha despertado.
No temas por su suerte,
No llores su partida,
Que volverás á verle en otra vida,
Sin temor de perderle por la muerte.

ESPERANZA

—

¡Qué triste es mi destino!
Soñar, siempre soñar con esperanza,
Sin encontrar jamás, en mi camino,

Más que zarzas que barre el torbellino
Y el porvenir que se hunde en lontananza.

Si encuentro por mi senda
A otro errante viajero de la vida,
En vano espero que mi mal comprenda
Y que una mano fraternal me tienda...
Pasa sin escuchar mi despedida.

Si el alma con dulzura
Lágrimas tristes apenada vierte
De mis recuerdos en la tumba obscura,
El olvido rechaza mi ternura
Y desprecia mis lágrimas la muerte.

Cuando levanta al cielo
Mi espíritu la vista y á Dios nombra
En medio del amargo desconsuelo
Miro que se alza del obscuro suelo
Entre Dios y mi espíritu la sombra.

A veces, fatigado
De tanto combatir, bajo la frente
Porque débil me siento y humillado;
Pero ¡ay! al recordar cuanto he luchado
Me levanto más grande y más creyente.

¿Me vencerá el tormento?
¿Podrá más qué mi fe la dura suerte?
Mi esperanza, mi Dios, prestadme aliento
Y que luchando hasta el postrer momento
Sólo me venza el golpe de la muerte.

Mateos (Juan A.)

AL GENERAL DON SANTOS DEGOLLADO (1)

Ave, César, morituri te salutant.

Revienta el huracán, y el mar quebranta
Sus poderosas aguas en la roca,
Y á los cielos soberbio se levanta;
Y en su rugir profundo,
Estremece las márgenes del mundo
Y su gemido al marinero espanta.

La marina extensión cruza una vela
En la tormenta por el mar batida;
Audaz piloto que salvarla anhela
Empuñando el timón, surge sereno
En el hirviente mar, su frente erguida,
Halla impasible el resplandor del trueno.

Salva la nave, y ve sobre cubierta,
En su agitado anhelo,
El purísimo azul de claro cielo,
Brillante toldo á la extensión desierta.

En el último choque turbulento
El ronco mar que la tormenta ensaya,
Le arrebata violento
Y le arroja cadáver en la playa
Entre las ondas que encrespara el viento.

(1) Esta composición fué leída en el panteón de San Fernando, en la nhumación de los restos de tan ilustre general, muerto en campaña conra los enemigos de la Constitución.

Tal es, ¡oh mártir! la sublime historia
Que tu existencia de heroismo encierra:
Si te negó en la tierra
Sus fugitivas luces la victoria,
En tu lecho de muerte
Perenne brilla el astro de la gloria.

Tu estrella infiel, en el postrer momento
Se mostró compasiva, y por cadalso
Te consagró el soberbio monumento
¡De mártires sin nombre!
¡Apoteosis brillante en ese osario!
¡Cristo de la Reforma!
¡El monte de las Cruces por calvario!

En sus arcanos, el Señor no quiso
Dar una muerte á tu ambición obscura,
Y de tu gloria en el feliz delirio,
Puso en tu erguida frente
La sublime aurela del martirio.

¡Valiente capitán! tú no moriste
De la muerte del vulgo; esa sí aterra
El corazón valiente;
Que al escuchar los ecos de la guerra
Un noble arranque en sus latidos siente.

Tú invocabas al rayo de exterminio
Cuando en su choque la fatal metralla,
Sin compasión, hería
La noble juventud que en la batalla
Tus estandartes trágicos seguía.

De libertad la planta bienhechora
Con sangre se regó; de tu destino,

En el revuelto mar, nunca á deshora
En el confin te dibujó una playa;
Sólo con la memoria:
Un patíbulo horrible en Tizayuca,
Un cadalso sangriento en Tacubaya.

¡Silenciosa en la lira
Trémula va mi mano; los crespones
No separéis; el alma se estremece,
El recuerdo velad, que desfallece
La monótona voz de mis canciones.

Venid en derredor de esta tribuna,
Aquí en la intimidad de nuestra pena
Su historia recordemos,
Y delante del cuerpo ensangrentado
En el silencio del dolor lloremos.
¿Dónde la loca vanidad que sueña
Interpretar las páginas obscuras
De ese libro cerrado del destino?
El Hacedor del cielo
Puso entre el porvenir y sus criaturas
Los anchos pliegues de su eterno velo.

Ante el juicio severo de la historia
¿Puede culpable aparecer? ¡mentira!
Esa tormenta que hasta el sol envuelve,
Disiparán las brisas de mañana:
¡Cadáver! hoy te absuelve
El tribunal de la conciencia humana!

Restos ensangrentados, pobre herencia
De tus soldados fieles
Que á tu lado jugaron la existencia
Y partieron contigo sus laureles;

Guardamos tu memoria
Del corazón en la hostia sacrosanta,
Porque tu sombra en medio de nosotros
En las horas de duda se levanta.

¿Dónde esa fe que luce y reverbera
Como el fuego del sol sobre el desierto,
Que conservó en tus manos la bandera
Hasta llegar tranquilo
¡Ay! á la márgen del sepulcro abierto?

La aspiramos nosotros en las auras
Con que Mayo meció nuestro estandarte,
Entre los roncos truenos
Que fueron á la tumba á despertarte.

Deja el sangriento asilo, alza la frente;
¿No ves los timbres de tu gloria ilesos?
¡Eterno Dios, el soplo omnipotente
De la resurrección, mande á tus huesos!

No dejes, no, tu funeral sudario,
Ni sacudas el polvo de la tumba;
En tu sueño profundo
Se proyecta tu sombra sobre un siglo,
En esa historia espléndida del mundo.

El astro que alumbró tu altiva frente
Refleja un mar de sangre;
Tú no escuchas las voces extranjeras
Que estremecen el monte, la llanura,
Y repiten las altas cordilleras;
A sus ecos de muerte
Se mecen con desdén nuestras banderas.

En la lucha sangrienta, de exterminio,
Ante tus restos clamarán los libres,
Con acento terrible, sobrehumano,
Cuando al llamado de la patria acudan,
Como en el circo el gladiador romano:
Los que van á morir, hoy te saludan.

Ortiz (Francisco de P.)

PÁGINAS SIN NOMBRE

I

Hay entrambos un abismo
Imposible de salvar,
Tú eres la luz de la aurora
Y yo soy la obscuridad.

Tú eres la caliente brisa
Que dá la vida al pasar,
Y yo soy el viento helado
Que arrastra á la eternidad.

Tú eres la flor más hermosa
Del ameno florestal,
Y yo el sauz cuyas ramas
Despedazó el huracán:
Tú eres el alma que llega
Y yo el alma que se va.

II

¿Por qué me lo dijeron, no sabían
Que me iban á matar?
¡Fué esa mujer la vida de mi vida!
¡Cuánto doblez, qué negra falsedad!

¡Inmóvil me quedé cuando lo supe
Y no pude llorar!...
¡Mientras estaba mi semblante en calma
Bramaba en mi interior la tempestad!

Ortiz (Luís G.)

¡LLORAR!

¡Llorar! siempre llorar, lenta agonía
De la vida en el mar, mar proceloso,
Donde apenas cintila temeroso
Rayo de luz en la tiniebla fría.

Siempre llorar, desde que nace el día,
Sin paz, sin sueño y sin hallar reposo;
Mas todo lo que llora es muy hermoso,
Porque amar es llorar ¡oh vida mía!

Tú amabas ¿no es verdad? por eso lloras;
Porque al que ama, llorar es un consuelo
De su martirio en las eternas horas.

Ven, la vida es muy triste en este suelo;
Mas la dicha vendrá, porque no ignoras
Que el amor y el dolor tienen su cielo.

PETRARCA (1)

Triste y vagando por región extraña,
De un amor infeliz con los dolores,
Tíber oyó tus cantos seductores,
También el Sena y la potente España.

En tanto, inseparable te acompaña
La imagen de tus púdicos amores;
Laura, dice la brisa entre las flores;
Laura, el arroyo que las vegas baña.

Roma te admira, mientras tú orgulloso
Ciñes el lauro que tu genio alcanza,
Y la muerte te marca el fin dichoso.

El mundo un ¡ay! de sentimiento lanza;
Y tú hallando el lugar de tu reposo,
Das un adios á glorias y esperanza.

Olaquibel (Manuel)

JESÚS

I

Ojos dulces, adormidos,
Rubia cabellera larga,
Y una angélica sonrisa
Que penetraba hasta el alma.

(1) Se atribuye á Petrarca el siguiente epitafio, grabado sobre su sepulcro:

Inveni requiem: spes et fortuna valete;
Nil mihi vobis cum est: ludite nunc alios.

«Llegué al lugar de mi reposo; adios fortuna y esperanza, nada tengo ya que ver con vosotras; id ahora á lucir para otros.»

Irradiaba en sus pupilas
No sé que luz tan extraña,
Como el rayo de la luna
Sobre la onda arrebatada
Rubia y rizada, en el cuello
Caía partida la barba;
Y cual nardo de Gennésar
Eran sus mejillas blancas.
Era Jesús, era el Cristo
Poeta de la montaña,
El que vestía humildemente
Con una túnica parda.

II

Los niños escuchaban sus mágicas palabras,
Querían tocar las manos divinas del Rabí
La turba los aleja y entonces Cristo exclama:
«Dejadlos que se acerquen, que lleguen hasta mí.»

«Así como estos niños, así serán los buenos
Y gozarán por siempre de la eternal mansión.»
Las frentes infantiles conservan desde entonces
La marca sacrosanta del beso del Señor.

III

Cruzábanse en las nubes, relámpagos continuos,
Zumbaba entre las rocas terrible el vendaval,
Torcía el nudoso tronco la corpulenta encina;
Y yo no sé que voces oíanse sollozar.
En lo alto de los cielos, temblaban las estrellas
A la hora en que debiera el sol mandar su luz;
El Padre de los séres abrió sus brazos tiernos...
Y amando y bendiciendo así murió Jesús.

BIEN SUPREMO

Madre ¿por qué á mis ojos
El mundo entero
Era un campo sin flores,
Triste y desierto.
Y ahora suspiro
Sin envidiar los goces
Del paraíso?

Las paisajes que un tiempo
Me entristecían,
Hoy forman el encanto
Del alma mía;
Mi sueño es dulce
Dulce como la gloria
De los querubes.

—Oh madre ¿por qué cambia
La faz del mundo?
—¡Ay! no delires niña,
Tu afán es humo,
Tan sólo el alma
Se transforma al impulso
De la esperanza.

—¿A través de qué prisma
Veré la tierra,
Que un edén delicioso
Mi vista encuentra?
—Lo sé, mi vida:
A través de otros ojos
La tierra miras.

¡Ay! benditos los sueños

Que forma el alma,
Al recibir los besos
De la esperanza.
Y el bien supremo
Que en los amores puros
Nos manda el cielo.

LA VUELTA DE LAS GOLONDRINAS

—

ELLA

Las dichas del amor son pasajeras,
Vosotras á los prados dais la vida,
Devolvedme mi amor, aves viajeras,
Devolvedme mi *fe*, mi fe perdida.

LAS AVES

Dejamos la aridez y los abrojos
En las regiones de perpetuo hielo.

ELLA

Me extraviaron á mí los dulces ojos
De un sér á quien llamaba *ángel del cielo.*

LAS AVES

Volvemos á habitar nuestra pradera,
Venimos presagiando la alegría.

ELLA

¡Oh! ¡quién me volverá la primavera,
Las flores y la fe del alma mía!...

PERVINCAS

—

I

Pervinca, dulce pervinca,
Cuyos pétalos son tiernos,
Y azules como los ojos
De la que idolatro ciego.
Yo ví tu flexible tallo
De aljófar brillante lleno,
Cual pugnaba por besarle
La punta de sus cabellos.
Al fin se inclinó la niña;
Y sale entonces del suelo
Una voz entre suspiros,
Como de virgíneo pecho.

II

Nosotras queríamos, dicen
Las flores, en tu albo seno
Descansar, y estremecidas
Perfumarnos con tu aliento.
Tú sabes que nuestras hojas
Son azules como el cielo,
Y que en la tierra nos llaman
Emblema de los *recuerdos.*
Porque pasa nuestra vida,
En Abril como en invierno,
Sin temer los golpes rudos
De tempestad ó de viento.
Mas ya vemos que tus ojos
Tienen un azul más tierno;
Dicen, inclinan los tallos
Melancólicas al suelo,
Y las auras que afanosas

Volaron lejos, muy lejos,
Exclamaban: las pervincas
Están muriendo de celos.

Peza (Juan de Dios)

—

A MI PADRE (1)

Yo tengo en el hogar un soberano,
Unico á quien venera el alma mía;
Es su corona de cabello cano,
La honra su ley y la virtud su guía.

En lentas horas de miseria y duelo,
Lleno de firme y varonil constancia,
Guarda la fe con que me habló del cielo
En las horas primeras de mi infancia.

La amarga proscripción y la tristeza
En su alma abrieron incurable herida;
Es un anciano, y lleva en su cabeza
El polvo del camino de la vida.

Ve del mundo las fieras tempestades,
De la suerte las horas desgraciadas,
Y pasa, como Cristo el Tiberiades,
De pie sobre las ondas encrespadas.

Seca su llanto, calla sus dolores,

(1) Aunque esta composición ya se ha publicado en Madrid, no he querido omitirla esta vez porque debiendo yo todo cuanto soy á los afanes y á la constancia de mi virtuoso padre, no quedaría satisfecho mi corazón si su nombre no figurara en una obra arreglada por mí.

J. de D. P.

Y solo en el deber sus ojos fijos,
Recoge espinas y derrama flores
Sobre la senda que trazó á sus hijos.

Me ha dicho: «á quien es bueno, la amargura
Jamás en llanto sus mejillas moja,
En el mundo la flor de la ventura
Al más ligero soplo se deshoja.

»Haz el bien sin temer el sacrificio,
El hombre ha de luchar sereno y fuerte,
Y halla quien odia la maldad y el vicio
Un tálamo de rosas en la muerte.

»Si eres pobre, confórmate y sé bueno;
Si eres rico, protege al desgraciado,
Y lo mismo en tu hogar que en el ajeno
Guarda tu honor para vivir honrado.

»Ama la libertad, libre es el hombre
Y su juez más severo es la conciencia;
Tanto como tu honor guarda tu nombre,
Pues mi nombre y mi honor forman tu herencia.»

Este código augusto, en mi alma pudo,
Desde que lo escuché, quedar grabado;
En todas las tormentas fué mi escudo,
De todas las borrascas me ha salvado.

Mi padre tiene en su mirar sereno
Reflejo fiel de su conciencia honrada,
¡Cuánto consejo cariñoso y bueno
Sorprendo en el fulgor de su mirada!

La nobleza del alma es su nobleza;

La gloria del deber forma su gloria;
Es pobre, pero encierra su pobreza
La página más grande de su historia.

Siendo el culto de mi alma su cariño,
La suerte quiso que al honrar su nombre,
Fuera el amor que me inspiró de niño
La más sagrada inspiración del hombre.

Quiera el cielo que el canto que me inspira
Siempre sus ojos con amor lo vean,
Y de todos los versos de mi lira
Estos los dignos de su nombre sean.

NIEVE DE ESTÍO

—

Como la historia del amor me aparta
De las sombras que empañan mi fortuna,
Yo de esa historia recogí esta carta
Que he leído á los rayos de la luna.

Yo soy una mujer muy caprichosa
Y que me juzgue á tu conciencia dejo,
Para poder saber si estoy hermosa
Recurro á la franqueza de mi espejo.

Hoy, después que te ví por la mañana,
Al consultar mi espejo alegremente,
Como un hilo de plata ví una cana
Perdida entre los rizos de mi frente.

Abrí para arrancarla mis cabellos
Sientiendo en mi alma dolorosas luchas,
Y cual fué mi sorpresa, al ver en ellos
Esa cana crecer con otras muchas.

¿Por qué se pone mi cabello cano?
¿Por qué está mi cabeza envejecida?
¿Por qué cubro mis flores tan temprano
Con las primeras nieves de la vida?

No lo sé. Yo soy tuya, yo te adoro,
Con fe sagrada, con el alma entera;
Pero sin esperanza sufro y lloro;
¿Tiene también el llanto primavera?

Cada noche soñando un nuevo encanto
Vuelvo á la realidad desesperada;
Soy joven, es verdad, mas sufro tanto
Que siento ya mi juventud cansada.

Cuando pienso en lo mucho que te quiero
Y llego á imaginar que no me quieres,
Tiemblo de celos y de orgullo muero;
(Perdóname, así somos las mujeres,)

He cortado con mano cuidadosa
Esos cabellos blancos que te envío;
Son las primeras nieves de una rosa
Que imaginabas llena de rocío.

Tú me has dicho: «De todos tus hechizos,
Lo que más me cautiva y enajena,
Es la negra cascada de tus rizos
Cayendo en torno de tu faz morena.»

Y yo, que aprendo todo lo que dices,
Puesto que me haces tan feliz con ello,
He pasado mis horas más felices
Mirando cuán rizado es mi cabello,

Mas hoy, no elevo dolorosa queja,
Porque de tí no temo desengaños;
Mis canas te dirás que ya está vieja
Un mujer que cuenta veintiún años.

¿Serán para tu amor mis canas nieve?
Ni á suponerlo en mis delirios llego.
¿Quién á negarme sin piedad se atreve
Que es una nieve que brotó del fuego?

¿Lo niegan los principios de la ciencia
Y una antítesis loca te parece?
Pues es una verdad de la experiencia:
Cabeza que se quema se emblanquece.

Amor con fuego y existir sin calma;
Soñar sin esperanza de ventura,
Dar todo el corazón, dar toda el alma
En un amor que es germen de amargura.

Buscar la dicha llena de tristeza
Sin dejar que sea tuya el hado impío,
Llena de blancas hebras mi cabeza
Y traer una vejez: la del hastío.

Enemiga de necias presunciones
Cada cana que brota me la arranco,
Y aunque empañe tus gratas ilusiones
Te mando, ya lo ves, un rizo blanco.

¿Lo guardarás? Es prenda de alta estima
Y es volcán este amor á que me entrego;
Tiene el volcán sus nieves en la cima,
Pero circula en sus entrañas fuego.

TRAS DE LOS MARES

—

AL INSPIRADO POÉTA Y SABIO DOCTOR JUAN B. HIJAR Y HARO

¡Ah! si mi ensueño realizar pudiera,
¡Cuán dichoso sería!
Soñar amor al pie de una palmera
Allá en los bosques de la patria mía.
Sentir la brisa ardiente y perfumada
De aquel sol tropical á los destellos,
Como inquieta mujer enamorada
Perezosa jugar con mis cabellos.
Reposar sobre el musgo humedecido,
La sociedad burlando y la fortuna,
Y así, con el espíritu adormido,
Pasar las tardes y esperar la luna.
Ver el lejano monte
Y escuchar del distante campanario
El eco que recoje solitario
La obscura inmensidad del horizonte.
Ver los purpúreos lánguidos reflejos
Del sol cuando desmaya,
Y mirar como enciende, allá á lo lejos,
Su lumbre el pescador, sobre la playa.
Seguir el rumbo á la gentil barquilla
Que ostenta en fondo azul su blanca vela,
Veloz abriendo con endeble quilla
Orlas de espuma y luminosa estela.
Ver que en su cuna de celajes, brota
Maga de amores, de la noche el astro,
Brillando hermosa tras la nube rota
Como encendido globo de alabastro.
Oir los tumbos de la mar, que fiera
En sus muros de arena aprisionada,

Sus ondas rompe audaz en la ribera
Rugiendo alborotada.
Ver de las aves de la noche el vuelo,
Los cantos escuchar de los pastores,
Y mirar en el suelo
Los cucuyos brillar entre las flores,
Como brillan los astros en el cielo,
Sentir como se arrulla la paloma
Que en platanar sonante se ha hospedado,
Y ver que el floripóndio abre callado
Urnas de nieve rebosando aroma.
Del liquidámbar, árbol pebetero,
Reposar á la sombra dulcemente,
Y refrescar con gozo el labio ardiente
En los frutos del alto cocotero.
Escuchar en la noche susurrando,
Entre blancos nelumbios y juncales,
El arroyo que pasa refrescando
Los verdes y floridos cafetales.
Ver las pomas de oro
Que esmaltan el manglar, y en la callada
Selva, escuchar el ritmo tan sonoro
Del *sinsonte* que sueña en la enramada.
Oir del picoflor el aleteo,
Seguir á la pintada mariposa,
Y cual ella, en las alas del deseo,
Volar libando miel de rosa en rosa.
Admirar los sabinos majestuosos
Que vieron de otra edad las pompas vanas,
Como entregan á vientos rumorosos
Sus guedejas de canas.
Vivir en el modesto caserío,
En la gruta, en el llano,
Cruzar el lago, visitar el río,
Ver desde el bosque umbrío

La helada cima del volcán lejano.
Abismarse en los astros y en las flores
Contemplando el espacio y la pradera,
Y en la hamaca ligera
Pasar las horas y soñar amores;
Esto sólo quisiera
Ver y soñar mi ardiente fantasía,
Al pie de una palmera
Allá en los bosques de la patria mía.

POST-UMBRA

Á MIS QUERIDOS AMIGOS JUAN G. WILSON
Y MANUEL CABALLERO

Con letras ya borradas por los años
En un papel que el tiempo ha carcomido,
Símbolo de pasados desengaños,
Guardo una carta que selló el olvido.

La escribió una mujer joven y bella,
¿Descubriré su nombre? ¡no! ¡no quiero!
Pues siempre he sido por mi buena estrella
Para todas las damas caballero.

¿Qué sér, alguna vez no esperó en vano
Algo que si se frustra, mortifica?
Misterios que al papel lleva la mano
El tiempo los descubre y los publica.

Aquellos que juzgáronme felice
En amores que halagan mi amor propio,
Aprendan de memoria lo que dice
La triste carta que á la letra copio:

Dicen que las mujeres sólo lloran
Cuando quieren fingir hondos pesares,
Los que tan falsa máxima atesoran
Muy torpes deben ser ó muy vulgares.

Si cayera mi llanto hasta las hojas
Donde temblando está la mano mía,
Para poder decirte mis congojas,
Con lágrimas mi carta escribiría.

Mas si el llanto es tan claro que no pinta
Y hay que usar de otra tinta más obscura,
La negra escogeré porque es la tinta
Donde más se refleja mi amargura.

Aunque no soy para soñar esquiva,
Sé que para soñar nací despierta;
Me he sentido morir y aún estoy viva,
Tengo ansias de vivir y ya estoy muerta.

Me acosan del dolor fieros vestiglos.
¡Qué amargas son las lágrimas primeras!
Pesan sobre mi vida veinte siglos
Y apenas cumplo veinte primaveras.

En esta horrible lucha en que batallo,
Aún cuando débil tu consuelo imploro,
Quiero decir que lloro y me lo callo,
Y más risueña estoy cuanto más lloro.

¿Por qué te conocí? Cuando temblando
De pasión, sólo entonces no mentida,
Me llegaste á decir «te estoy amando
Con un amor que es vida de mi vida.»

¿Qué te respondí yo? Bajé la frente,
Triste y convulsa te estreché la mano,
Porque un amor que nace tan vehemente
Es natural que muera muy temprano.

Tus versos, para mí conmovedores
Los juzgué flores puras y divinas,
Olvidando insensata que las flores
Todo lo pierden menos las espinas.

Yo, que como mujer, soy vanidosa,
Me ví feliz creyéndome adorada,
Sin ver que la ilusión es una rosa
Que vive solamente una alborada.

¡Cuántos de los crepúsculos que admiras
Pasamos entre dulces vaguedades;
Las verdades juzgándolas mentiras,
Las mentiras creyéndolas verdades!

Me hablabas de tu amor, y absorta y loca,
Me imaginaba estar dentro de un cielo,
Y al contemplar mis ojos y mi boca
Tu misma sombra me causaba celo.

Al verme embelesada al escucharte,
Clamaste aprovechando mi embeleso,
«Déjame arrodillar para adorarte.»
Al verte de rodillas te dí un beso.

Te besé con arrojo, no se asombre
Un alma escrupulosa ó timorata;
La insensatez no es culpa, besé á un hombre
Porque toda pasión es insensata.

Debo aquí confesar que un beso ardiente
Aunque robe la dicha y el sosiego,
Es el placer más grande que se siente
Cuando se tiene un corazón de fuego.

Cuando toqué tus labios fué preciso
Soñar que aquel placer se hiciera eterno;
Mujeres: es el beso un paraíso
Por donde entramos muchas al infierno.

Después de aquella vez, en otras muchas
Apasionado tú, yo enternecida,
Quedaste vencedor en esas luchas
Tan dulces en la aurora de la vida.

¡Cuántas promesas, cuántos devaneos!
El grande amor con el desdén se paga;
Toda llama que avivan los deseos
Pronto encuentra la nieve que la apaga.

Te quisiera culpar y no me atrevo,
Es después de gozar justo el hastío;
Yo, que soy un cadáver que me muevo,
Del amor de mi madre desconfío.

Me mataste y no te hago ni un reproche,
Era tu voluntad y fué mi anhelo;
Reza, dice mi madre, en cada noche.
¿A quién he de rezar, si eras mi cielo?

Pronto voy á morir; esa es mi suerte.
¿Quién se opone á las leyes del destino?
Aunque es camino obscuro el de la muerte,
¿Quién no llega á cruzar ese camino?

En él te encontraré; todo derrumba
El tiempo, y tú caerás bajo su peso;
Tengo que devolverte en ultra tumba
Todo el mal que me diste con un beso.

Mostrar á Dios podremos nuestra historia
En aquella región quizá sombría
¿Mañana he de vivir? en tu memoria...
Adios... adios... hasta el terrible día.

Leí estas líneas y en eterna ausencia
Esa cita fatal vivo esperando...
Y sintiendo la noche en mi conciencia,
Guardé la carta y me quedé llorando.

Prieto (Guillermo)

Á..... (1)

Recinto de azucenas, pensil de amores,
La de excelsos volcanes y limpios lagos;
México, á la que brinda la tierra flores
Y el aura halagos.

Bella eres si coronas á tus guerreros,
Eres bella premiando los que te adoran;
Pero son tus encantos más hechiceros
Con los que lloran.

Tienen tus dignos hijos noble bravura;
El honor en las lides sigue sus huellas,

(1) Poesía leída por una distinguida actriz en la función á beneficio de las víctimas de los terremotos de Jalisco.

Y dejas los tesoros de su ternura
Para sus bellas.

Hay una hermosa tierra que sus entrañas
Sintió las devoraba fuego tremendo;
Y miró vacilante, de sus montañas
La frente ardiendo.

Hay una hermosa tierra que se arrullaba
Al rumor de las ondas de sus trigales,
Donde el límpido arroyo, sus pies bañaba
Con sus cristales.

Bajo las frescas sombras, los labradores
Animaban el juego de tiernos niños;
Los pájaros cruzaban cantando amores
A sus cariños.

¡Ay! que la tierra cruje como los mares,
Y ruedan en el suelo como deshechos,
Las torres del santuario, los dulces techos
De los hogares.

Hoy, eres ciudad bella, yermo desierto,
Hoy, son lúgubre tumba, tus tristes ruínas,
Hoy, sol de San Cristóbal... cadáver yerto,
Triste iluminas.

¿Dónde está la morada, del gozo abrigo?
¿En dónde, sus claveles y enredaderas?...
¡No vuelvas tus miradas, pobre mendigo
Para tus eras!

Y llevaron los aires tristes lamentos,
Que en ecos dolorosos, ¡piedad! decían;

Y al llevarlos, las almas se estremecían
De hondos tormentos.

Y la piedad sublime, sintió sus ojos
Divinos, inundados de tierno llanto,..
¡Piedad! ¡piedad! reclaman tantos despojos
Tanto quebranto!

¿Quién en su hogar no tiene madre adorada?
¿Quién un hijo no mima con su ternura?...
Ellos piden que ampare la desventura,
Piedad sagrada!

Porque esta noble patria de limpio cielo
Tiene hechizos que encantan y que enamoran,
Pero es grande y sublime... como consuelo
De los que lloran!

Á JUAN CORDERO (1)

¿Quién fué? ¿quién dijo en su rugir blasfemo
Dios es el mal? ¿y en la tiniebla umbría
La humanidad desesperada gime;
La vista alzando al Hacedor Supremo;
Cuando espirante entre la sombra el día
Siente el mortal el hierro que le oprime
Y es su himno el extertor de su agonía?...

Dios es el mal... clamaba la ignorancia,
Y al cruzar el cometa vagabundo

(1) Esta poesía fué leída al descubrirse uno de los magníficos frescos pintados por Juan Cordero en la Escuela Nacional Preparatoria en México, año de 1877.

El desierto infinito del vacío,
Se señalaba de la peste el vuelo,
Amenazando rencorosa al mundo!...

Dios es el mal... Si en clámide de grana
La boreal aurora majestuosa,
En la espalda del polo aparecía,
La sien orlando de la eterna noche
Con la aureola que ciñe la mañana;
En gemidos el hombre prorrumpía
Y de Dios el enojo
Esperaba temblando arrodillado
Mientras agitaba su penacho rojo
El cielo de esplendores circundado!

Dios es el mal, gritaba la barbarie
Al retumbar el trueno en lontananza,
Y la voz de las roncas tempestades
Eran gritos de un Dios enfurecido,
Y más y más sediento de venganza.

No más profanación, gritó la ciencia,
Y al mirar la luz pura
Hizo sentir al hombre la ternura
Del Supremo Hacedor de la existencia.

Dios es la luz... escribirá su nombre,
Con ráfagas el sol en el espacio,
Encontráralo el hombre
En los miles de estrellas y luceros
Que tachonan su espléndido palacio.

Dios es el bien, el tacto de su dedo
Dará vida al imán, sitio á los mares,
Y en vez de sombra, decepción y miedo,

Repetirán las nubes tempestuosas
Del querubín alegre los cantares!

Dios es amor... el beso de dos nubes
Pompa nupcial del ámbito infinito,
Le dará sér al rayo refulgente
Que hará la ciencia ufana
Su esclavo diligente,
A la sumisa de la voz humana!

¡Oh inteligencia augusta
Que reflejas á Dios! Tendió sus hilos
Morse inmortal en lo hondo del Océano:
Sus manos estrecharon las naciones,
Y en infinito, en deleitoso beso,
Aspiraron el bien sus corazones;
Se estremeció el rencor, gimió la guerra,
La paz brindó con sus delicias puras...
¡*Gloria, gloria al Señor en las alturas,*
Paz al hombre en la tierra!
¡Tal dijo el mar! al grito omnipotente
La augusta libertad alzó la frente,
Vióse en los cielos desplegar su manto...
Lloró la humanidad. Mas fué de gozo,
De intenso gozo, tan sublime llanto!

La ciencia á Dios levanta sus altares,
Con Dios se llena su grandioso templo:
Sus genios tutelares
Serán de la virtud gloria y ejemplo.

Sigue mi patria sus fulgentes huellas
Y á tí, artista, confiando sus ensueños,
Te dijo, dales vida,
La *juventud* querida

Que los palpe, oh pintor. Tú te inspiraste,
Y el recuerdo de tu éxtasis divino
En tu cuadro elocuente nos dejaste.

¿Dónde ocultan, artista tus pinceles
Tan mágicos encantos?

¿Luz, cielo, amor, espléndida belleza,
Y transparente el libre pensamiento,
En el contorno fiel de una cabeza?
¿Qué viste soñador?—Ví al vapor preso
Fugarse del cristal ligera nube,
Esparcirse, esparcirse... y poderoso
Gritarle el hombre... ven á mi servicio,
Suprime á mi mandato la distancia:
Haz familias de pueblos y naciones...
Y fué el vapor... Miradle, la montaña
A su estridor, espérale vencida...
Se levanta el abismo poderoso
Y allana su camino...
Y en concierto estruendoso,
La campana sonora,
Y el silbato de acento penetrante.
Y el respirar jadeante
Del monstruo entre las nubes y la llama:
La gran victoria de la ciencia aclama
En la marcha del hombre vencedora!

¿Dime qué viste?—Que el talento humano
Levantando á los cielos la mirada
Encontró mundos mil... focos de vida
Sembrando las alturas,
Y en palacios de pórfido y diamante
Excelsas criaturas.

Entonces en el astro que cintila
Y en el átomo errante del vacío,
Entonces en la gota de rocío
Que cual lágrima trémula vacila,
Sobre la flor que con el aura oscila,
Y en la mar tempestuosa,
Y en las entrañas del abismo umbrío,
Halló el hombre tu huella luminosa
Y te adoró, Dios mío!

En las negras entrañas de la roca
Halló el saber, del fuego el alimento:
Mientra á la luz Daguerre roba la imagen,
De Franklin el discípulo ferviente
La horrible destrucción al rayo veda
Y á sus pies lo sujeta diligente,
Con un yugo de seda.

Sagaz el sabio, al hombre redimiendo,
Constituye á la máquina su esclava
Y al ser de hierro encarga su fatiga,
Entre tanto que en noble señorío,
Subplanta al ángel en bajel ligero
Y navega atrevido en el vacío.

¡Gloria á la ciencia, á sus encantos gloria,
Sus tesoros en letras de diamante
Reserva fiel al porvenir la historia!

Al apoteósis de la ciencia pura,
A su hechizo, á su amor, huye iracunda
De rabia henchida la ignorancia impía;
Las víboras del odio, los rencores,
Van destrozando su impotente pecho:
Van *extinguiendo* su furor de guerra:

Y la razón triunfante en el derecho
Su cántico de paz alza la tierra!

¿Ves tu obra, artista? ¿ves las emociones
Que nos haces sentir? Tu pincel diestro
Tocó creador el insensible muro,
Y la vida brotó; fueron naciendo
Con formas tus ensueños de delicias,
Y las facciones dulces sonriendo
De la beldad sensible á tus caricias...

La ciencia fué mujer, porque le debe
La mente luz, como á la madre amante;
Es como ella fecunda y seductora,
Se nos anuncia como dulce aurora,
Nos ilumina como sol brillante!

La ciencia fué mujer, porque en la dicha,
Tiene cantos de mágicos festines,
Tiene flores de espléndidos verjeles,
Y ensueños que nos fingen querubines
Bajo toldos de mirtos y laureles!
La ciencia fué mujer, porque al ornarse
Ante nosotros con sus ricas joyas,
Le pide á la verdad sus atractivos,
Al cáliz de las flores sus aromas,
Al arco-iris sus tintes hechiceros,
A la noche sus lluvias de luceros
Y al éter sus arrullos de palomas.

La ciencia fué mujer, porque como ella,
En el ocaso vespertina estrella,
Al espirar el día,
Infunde confianza;
En la tierra le llaman poesía,

En el cielo esperanza!

Goza artista, en tu obra, los tesoros
Nos diste de tu mágico talento;
Aquí se guardarán. Cuando recuerden
Tu obra, oh Cordero, los que aquí la admiran,
Será la realidad de sus ensueños
El cuadro que á tus ojos les recrea;
Tu nombre ensalzarán reconocidos,
Y este tu lauro inmarcesible sea!

COPLAS SENTIDAS

Á Justo Sierra

Blando rumor de consuelo
Que á hechizar el alma llega,
Cuando sin rumbo navega
Bajo tormentoso cielo.

De jazmín dulce perfume,
Que atraviesa la prisión
En que herido el corazón,
De tormento se consume.

Claro destello de aurora
Que piadoso el cielo envía,
Al que por la luz ansía,
Y en honda tiniebla llora.

Cielo azul que en lontananza
Nuestras miradas alienta,
Porque es nada la tormenta.

Si luce al fin la Esperanza.

Dime, encanto seductor,
Que el alma y la mente inflamas,
Dime; dí,—¿cómo te llamas?
—¿Cómo me llaman?—Amor.

Hánme dicho que en la cuna.
Vierte su divino halago,
Como sobre manso lago
Blanco reflejo de luna.

Dicen que en la juventud
Sus alas desplega al viento,
Y es embriagador su acento,
Aunque nos cause inquietud.

Dicen que airado ó risueño
Nos presenta á la beldad,
Huyendo á la realidad,
En los verjeles del sueño.

Dicen que genio se llama
Para el que pulsa la lira,
Y tiernos cantos inspira,
Y almas ardientes inflama.

Dicen que aunque transitoria
Su ala ardiente toque al hombre;
Le abrasa en sed de renombre
Y entonces se llama gloria.

Y que el alma conmovida;
No distingue en su fervor,
A eso que llaman amor,

De lo que llamamos vida.

Que no tenga el campo flor,
Ni raudal puro la fuente,
Ni el cielo sol refulgente...
Como tenga el alma amor.

La vejez sin él ¡Dios mío!
Es rambla de triste arena...
Es una dura cadena
Clavada al sepulcro frío

Es sentirse el hombre muerto
Y hallar en su corazón
Las ruínas de un panteón
Regadas en un desierto...

Es palpar la realidad
De que en el mundo traidor
Todo es farsa y vanidad,
Y sólo es cierto el dolor.

Caminante fatigado...
Cuán feliz será tu suerte
Si te sorprende la muerte,
Soñando que eres amado.

Peón Contreras (José)

AL CONQUISTADOR DE ANAHUAC

Sin que después haya visto
El absorto mundo un hombre
Que de Hernán Cortés al lado
La historia imparcial coloque.
El Duque de Rivas.

¡Paso!... A través de la tiniebla umbría
De los remotos tiempos,
Tienda su vuelo audaz la fantasía
Sobre las verdes cumbres,
Del opulento Anáhuac atalaya;
Y en las alas atónitas del viento,
Deténgase un momento
Del golfo azteca en la arenosa playa.

Unas naves allí... sobre los puentes
La roja llama del incendio humea,
De las olas hirvientes
En el cristal obscuro centellea;
Por todos lados pavorosa brilla,
Vuela en pavesas ígneas el velamen,
Del aire maravilla,
Y al crugir el robusto maderamen
Se hunde en las aguas la cortante quilla.

—«¡Sus! ¡A las armas!»—grita en la ribera
Mancebo audaz, alzando la cimera
Del pavonado casco...—«¡Por Castilla!»
Y un viva resonó, tal como suele
El retumbar siniestro
Del trueno pavoroso
Que en la revuelta esfera se dilata.

Lo mismo que bramando se desata
El aquilón sañudo,
El altivo escuadrón partió ligero,
Embrazados la lanza y el escudo,
Al redoblar del atambor guerrero.

No sin tornar al golfo la mirada,
Allí donde orgullosa se mecía
En las primeras horas de aquel día,
A la risueña luz de la alborada,
Del ave alegre á la primera nota,
Del ágil marinero á los cantares,
Juguete de los vientos tutelares,
Hija del mar, la castellana flota...
. . . . . .
. . . . . .
Corred, valientes, á la lucha fiera;
Detrás, la madre patria; á vuestra vista,
El pomposo laurel de la conquista:
Los campos ignorados
Donde tejió, riendo placentera,
La cuna de sus glorias Primavera
Con las eternas flores de sus prados.

Y era Cortés el que llevado solo
De su marcial instinto,
Cuando brillaba ya de polo á polo
El sol de Carlos quinto,
Iba al fuerte clamor de la victoria,
Con su espada no más y su fiereza,
Sin corona y sin cetro,
A igualar en los fastos de la historia
La majestad de César con su gloria,
La grandeza de un Rey con su grandeza.

¡Y era Cortés!... marchando valeroso
Lo imposible á sus pies avasallaba,
Luchaba con los suyos y triunfaba
Contra el poder inmenso del coloso.

Si pudo á Moctezuma
Con su ingenio vencer, aún le esperaba.
Tranquilo el corazón, fuertes las manos,
El héroe de los héroes mexicanos...

. . . . . .

. . . . . .

Préstame, Inspiración, tu sacro numen,
Enciende mi alma en ardorosa llama,
Y la vibrante trompa de la fama
En las ondas del rápido elemento
Deje suelta la voz... el aire atruene,
Y en épico cantar mi pensamiento
Con enérgica rima el mundo llene.
Firme se apresta la imperial señora
Del poderoso Anáhuoc, á la lucha;
El caudal de sus armas atesora,
Y el son guerrero del clarín escucha!
Tiende sobre ella el pavoroso manto
La lóbrega tiniebla; no se abate
Su sien altiva á la inconstante suerte,
Y resuelta á lidiar hasta la muerte
Lanza sus bravos hijos al combate!
Y el batallar comienza pavoroso,
Corre la sangre en río caudaloso,
Arde en las plazas la siniestra hoguera,
Se ve á su luz desierta la trinchera
Y henchido de cadáveres el foso.

¡*Todo es* gemidos y ayes el espacio,

Juntos crujen la choza y el palacio,
Y se alza el sol de Oriente,
Y se hunde en Occidente,
Y pasa un día, y otro, y otro día
Se oculta, y todavía
Sangre refleja en su nublada frente!
¡Y sangre se refleja
En la pálida faz de la alta luna,
Si es que el humo á su luz el paso deja
Para quebrar su rayo en la laguna!

¡Niños, mujeres, débiles ancianos
Atraviesan las calles solitarias,
Alzan hambrientos temblorosas manos,
En el cielo se pierden sus plegarias,
Y mueren entre escombros
Al fulgor de cien teas funerarias!
Mas Guatimoc no cede: airado empuña
La sangrienta macana, que se embota
Del castellano en la acerada cota.
¡Inútil resistir!... La muerte trueca
Cadáver por cadáver, y tirana
La sangre generosa del azteca
Mezcla en los surcos con la sangre hispana.
¡Inútil resistir!... Fuerte y altivo,
Digno de su rival, á quien esquivo
El hado la faz vuelve, está el guerrero,
El castellano fiero
Que á Marte hurtó la poderosa lanza
Y el invencible acero,
Rayo fulgente que encendió la gloria,
Y entre el rudo fragor de la matanza
Arranca el verde lauro á la victoria!

¡Oh, patria que ensalzó mi idolatría!

No tengas por agravio
Que al vencedor de Anáhuac cante el labio
Que tus victorias pregonar solía.
Los héroes no tuvieron
Nunca patria ni hogar; nunca el profundo
Rencor herirles puede, nunca el dolo.
¡La patria de los héroes es el mundo!
¡La gloria de Cortés no es gloria sólo
De la noble Castilla! ¡El cielo quiera
Que al resonar mi canto,
Y su vuelo al tender sobre las olas
Que abrieron paso al pabellón ibero,
Desde las verdes playas españolas
Su nombre extienda al Universo entero!

Y tú, gigante sombra, que apareces
Girando en torno mío,
El galardón recibe que mereces.
Harto en momento impío
Te hirió la ingratitud cuando apuraste
El cáliz de la envidia hasta las heces;
Pues fué tan grande el mundo
Que legaste á tu patria con tu empeño,
Que te miró pequeño
Ante grandeza tanta...
¡Hoy la posteridad tu nombre canta,
La vil calumnia desarruga el ceño,
Y pedestal eterno te levanta!

EN EL APOTEOSIS DEL SABIO QUÍMICO MEXICANO

DR. D. LEOPOLDO RIO DE LA LOZA

—

¿No basta, patria mía,
Que en pavorosa lucha
Truene el cañón de la discordia impía,
Que aún en los aires resonar se escucha?
¿No basta que sangriento
Marte descubra la altanera frente,
Del Norte al Sur, del Este al Occidente,
Y fatigado el viento.
Del funeral lamento
Fl eco gemebundo
Lleve en sus alas por el ancho mundo?
No basta... ¡no!... La guerra
Huye y el arma fratricida oculta,
E insaciable á sus víctimas la tierra
En sus entrañas lóbregas sepulta...
¡Mas devorar aún quiere!
Hambrienta gira su tenaz mirada
La adusta Parca airada,
Y asesta el golpe, y hiere...
¡Y en el hogar tranquilo,
De su feroz guadaña el corvo filo
Brilla implacable con tremendo encono...
Allí donde Minerva alzó su trono!
¡Allí donde al estudio doblegado
Vimos el hombre al hombre consagrado!
¡En donde su carrera,
Perdida para el bien pasó ligera,
Tal como suele, en el verano ardiente,
De la dorada mies en la simiente
La benéfica lluvia pasajera!

¡Y él era orgullo del Anáhuac; era
Rayo de sol que el bosque fecundiza,
Arroyo cristalino
Que lento se desliza
Regando las malezas del camino!
¡Arbol frondoso cuyas verdes ramas
Al delicado arbusto
Defiende del injusto
Y ardiente azote de estivales llamas!
¡Montaña gigantea,
Que el virginal tesoro
Descubre al cabo, de la luz febea,
En oculto filón, al rayo de oro!...
Mas ¡oh traidora suerte!
Nada contuvo de la horrible muerte
La irresistible saña...
Se allanó la montaña;
Velóse el rayo de la luz divina;
Perdió su cauce el agua cristalina;
Y de la tempestad al eco ronco,
A tierra vino el formidable tronco.
Así al cielo le plugo.
¡Era mortal!... ¡Y al poderoso yugo,
Mísera humanidad, estás sujeta!
Como el débil infante, el fuerte atleta
Al rudo golpe sucumbir debía.
Y por eso lloráis... los que algún día
Pendientes de su labio,
Escuchásteis su acento;
Los que en torno del sabio,
Cultivábais las flores del talento.
Todos juntos aquí... si el pecho late,
Late por él acongojado y triste;
Que es triste ver al sol cuando desmaya,
Cuando crespones funerales viste,

Y hunde la frente en la remota playa.
Breves horas no más... De noche augusta
El carro rueda en la tiniebla fría...
Pronto la densa obscuridad sombría
Se rompe, se deshace, se colora...
Plácida luz los horizontes dora...
Se enciende en refulgente llamarada
La atmósfera apagada,
Asoma en el oriente
Del astro-rey la majestuosa frente;
Tiembla al vivo fulgor la Parca herida,
Y huye del templo de la eterna vida;
Girando se revuelve,
Deja al pasar su cinérea huella,
Y en ese bronce helado
¡Sus negras alas para siempre estrella!
¡Yérguete altiva, de las ciencias Diosa!
Ora venimos á rasgar el velo
Que ayer cubrió tu frente victoriosa:
Ayer cruzando la encumbrada ruta,
Que de ciprés marchito
Y funeral crespón la patria enluta...
Florezca el lauro que tu sien corona,
Emprende altiva el prodigioso vuelo,
Y el eslabón que al mundo te aprisiona,
Caiga en pedazos destrozado al suelo.
Caiga... y tus alas remontando al cielo,
Coronada de luz, el claro nombre
Del varón inmortal, Minerva aclama;
¡Tu voz el hielo de los tiempos rompa!
¡Y eternice la fama
El eco augusto en la sonora trompa!

Peredo (Manuel)

EL CANCAN (1)

EPÍSTOLA Á IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO

No más, no más, Ignacio, con sermones,
Ni con textos latinos,
Intentes de moral darnos lecciones:
Sepulta ya tus doctos desatinos
En un rincón de la memoria, y sufre
El sensato desdén y la rechifla
De emancipada gente,
Que ya ni ayo ni mentor consiente.
Dígote, por mi fe, que me arrepiento
De haber seguido la torcida senda
Por donde tú caminas;
En achaque de teatros, desatinas,
Si crees que al decoro
Hasta en la escena ha de rendirse culto;
Eso fué bueno para el siglo de oro,
En que el oro mostrábase doquiera,
No como hoy, que va escurriendo el bulto,
Del *gas* y del *vapor* el siglo es este,
Y cueste lo que cueste,
A tí, y á mí, y á todos, nos precisa
Andar á toda luz, y á toda prisa.
¿No es siglo de las luces? pues que vea

(1) Esta composición se escribió en Agosto de 1869 y alude á los artículos que á la sazón publicaba D. Ignacio M. Altamirano contra el *cancán* en *El Renacimiento*, notabilísimos como suyos: los latines de que se hace mención, eran unos versos del gran Juvenal, citados por Altamirano, en que el inmortal satírico flagela las obscenas danzas teatrales *de su época.*

Todo cuanto hay que ver quien tenga ojos;
Ni á la inocencia permitido sea
El tiránico abuso
Que ante sus ojos una venda puso.
¡Niños mirad! que si la luz sin tasa
Os ofende, es dolor que pronto pasa,
Hoy la cuestión vital, la interesante,
Es marchar adelante,
Sin que nos dé cuidado
El cómo, ni por dónde, ni á qué punto,
Cual suele hacer el potro desbocado;
Que al fin, entre correr y desbocarse
La diferencia es poca:
Un freno más ó menos en la boca,
¿Ni quién frenos tolera
En esta que alcanzamos feliz era
Del adulterio libre y del suicidio,
En que á San Pablo substituye Ovidio?
¡No más obscuridad! rásguese el velo
Con que el pudor gazmoño se cubría,
Porque al fin, en el día,
No hace falta el pudor, hijo del cielo:
Ya su rojo matiz París nos manda
En tarrillos de clase superfina;
Un duro el *rubor* vale,
Y dura mucho, y más barato sale,
¿El siglo de los libres pensadores
No es éste? pues pensemos
Con amplia libertad, y averigüemos
Cuanto escondido entre las sombras yace;
A esta generación no satisface
El misterio prudente
Con que la añeja gente
Tales y cuales cosas encubría:
¡Fuera la hipocresía!

¡Fuera la virtud vana!
Que es mejor que vivamos desde niños
A la pata la llana!
En clase de misterios, no se admitan
Sino los que algo valen,
Los que ofrecen ganancia
A pescadores en el río revuelto,
Los misterios ciprinos,
Que ora la amable Francia
Para ilustrar á imberbes libertinos
Renueva sin tapujos en la escena.
Por eso á boca llena
El *cancán* se celebre como es justo,
Y huye el pudor adusto
Cuyos principios son no enseñar nada.
¡Fuera el poder tirano!
¡Caiga al fin de su mano
El cetro con que siglos há regía
(Y por desgracia rige todavía)
Al corazón humano,
Y en especial al pueblo mexicano!
¡Fuerza es que el oprimido se levante
Y que de la victoria el himno cante!
¡Es preciso que venza
Alguna vez la pobre desvergüenza!
¡Y vencerá! preludio de su historia
Es el dulce *cancán*, que nos inflama
Con su *canicular* brillante llama,
¡Honor al nuevo rey, al *cancán* gloria!
Todo eso y mucho más, díjome ha poco
Cierto señor muy respetable y tieso,
Tan respetable que hasta peina canas,
Y es decidido amante del progreso,
Cuánto enemigo acérrimo de vanas
Necias preocupaciones;

Convenciéronme al punto sus razones,
Cuya clara verdad salta á la vista,
Y héteme convertido en *cancanista.*
Neófito soy, pero verás que ardiente;
Ya te me pongo enfrente,
Mi exmaestro y amigo;
Prepárate á escuchar las que te digo
Cuatro verdades frescas;
Primera, que no sabes lo que pescas;
Segunda, que los fines
Del *cancán* no se tuercen con latines;
Tercera, que no muestras grande acierto
Predicando en desierto;
Y cuarta, que ya es mengua
En contra del *cancán* soltar la lengua.
Abjura como yo, abjura, Ignacio;
No te vean mis ojos tan reacio
En aplaudir, cual todos, ese baile
Capaz de hacer saltar á un santo fraile.
Tienes con lo que se hacen los sermones,
¿Y así al *cancán* te pones?
¡Te abandono, infeliz! quédate haciendo
Pucheros en la insípida tragedia;
Mientras yo, sacudiendo
Mi estupidez de antes,
Clamo á grito pelado:—¡el *cancán* viva!
¡Luz para todos, luz, no haya ignorantes!—
¿Qué digo? no los hay en la edad nuestra:
Solo tú te quedaste para muestra.

Plaza (Antonio)

F

¿Por qué si presa de iracunda suerte
Entre las garras del dolor me agito,
Con ilusiones de ángel forjo el mito
Que luz de sol en mi horizonte vierte?

¿Con mi fe la esperanza se divierte?
¡No! que á otro mundo volaré, bendito,
Cuando el veneno de mi sér maldito
Se quede en el regazo de la muerte.

Mi alma infeliz á quien el hombre aplica
Duro tormento que le arranca llanto,
Irá de gloria y de virtudes rica.

A la mansión del eternal encanto:
Si es verdad que el martirio santifica,
Yo voy á ser en ultratumba un santo.

GOTAS DE HIEL

FRAGMENTOS

Entre las sombras vegetando vivo
Sin que una luz ante mis ojos radie,
E indiferente mi existir maldigo,
Sin creer en nada, sin amar á nadie.

Para mí la esperanza está perdida;
Nada me importa mi futura suerte,
Ni tiene objeto para mí la vida,

Que al corazón se anticipó la muerte.

A nadie importa mi dolor eterno,
Y vago triste, descreído, aislado,
Como vaga en los antros del infierno
El ¡ay! desgarrador del condenado.

Mis horas de sufrir son infinitas,
Horas que el alma de ponzoña llenan,
Horas de mi expiación, horas malditas,
Que en el reloj de los infiernos suenan.

¡Ilusiones! ¡Amor! fué necesario
Que os marchaseis al fin, pero no os siento;
¡Lentejuelas pegadas al sudario!
¡Pedazos de oropel que barre el viento!

Ya sin amor, y con la fe extinguida,
Me burlo de las iras de mi suerte;
¡Qué carnaval tan necio el de la vida!
¡Qué consuelo tan dulce el de la muerte!

Ramírez (Ignacio)

FRAGMENTOS

¿Qué es nuestra vida sino tosco vaso
Cuyo precio es el precio del deseo
Que en él guardan Natura y el Acaso?

Cuando agotado por la edad le veo,
Sólo en las manos de la sabia tierra,
Recibirá otra forma y otro empleo.

¡Cárcel es y no vida, la que encierra
Sufrimientos, pesares y dolores,
Ido el placer! ¿La muerte á quién aterra?

Madre Naturaleza, ya no hay flores
Por do mi paso vacilante avanza;
Nací sin esperanza ni temores,
Vuelvo á tí sin temores ni esperanza.

*
* *

Anciano Anacreon, dedicó un día
Un himno breve á Venus orgullosa,
Solitaria bañábase la diosa
En ondas que la hiedra protegía.
Las palomas jugaban sobre el carro,
Y una sonrisa remedó la fuente,
Y la Fama contó, que ha visto preso
Al viejo vate por abrazo ardiente,
Y las aves murmuran de algún beso.

A...

Cuando en brazos de Abril sale la aurora
El *ahuehuet* canoso reverdece,
La yerbezuela tímida florece
Y su partida Lucifer demora.

Y al contemplarte joven, seductora,
La sonrisa en los labios aparece,
El amor en los ojos resplandece
¿Qué corazón temblando no te adora?

Dichosa juventud, que puede osada
Sorprenderte, bajarte de tu altura,
Y con rosas llevarte encadenada.

Acepta esta efusión ardiente y pura;
Me detengo á las puertas de la nada
Por celebrar, amiga, tu hermosura.

AL AMOR

¿Por qué, Amor, cuando espiro desarmado,
De mí te burlas? Llévate esa hermosa
Doncella, tan ardiente y tan graciosa,
Que por mi obscuro asilo has asomado.

En tiempo más feliz, yo supe osado
Extender mi palabra artificiosa
Como una red, y en ella, temblorosa,
Más de una de tus aves he cazado.

Hoy de mí mis rivales hacen juego,
Cobardes atacándome en gavilla;
Y libre yo, mi presa al aire entrego.

Al inerme león el asno humilla:
Vuélveme, Amor, mi juventud, y luego
Tú mismo á mis rivales acaudilla.

Roa Bárcena (José María)

FUNDACION DE MEXICO

Á MI AMIGO EL SEÑOR D. ÁNGEL NÚÑEZ

I

Después que el extraño yugo
Que en sanguinaria la trueca
Rompióse, á la tribu azteca
Dejar á Ixtacalco plugo.

Hacia el Norte se adelanta
Como por instinto vago,
Y en una roca del lago,
Descubre indígena planta.

Y en rama y hojas, tupidas
De espina que le resguarda,
Posaba un águila parda,
Las grandes alas tendidas.

Ante el nopal y la peña,
La onda y el águila grave
Y áspid inquieto que el ave
Con pico y garras domeña.

Ve coronado su intento,
Que son la señal, en suma,
De que pondrá en esta espuma
De una ciudad el cimiento.

En insólita alegría

Trocados ya sus pesares,
Fama es que en rudos cantares
El pueblo azteca decía:

II

CORO

Cumplióse del Numen
La oferta sagrada,
Y á nuestra jornada
Aquí damos fin.

Del lago tranquilo
Serán los espacios
Ciudad de palacios,
Eterno jardín.

UNA VOZ

¡Qué bien que retrata
La clara laguna
La luz de la luna
Y el fuego del sol!

UN SACERDOTE

Se erija á Mexitli
Altar en la roca:
Si el pueblo le invoca
Darános favor.

OTRA VOZ

Merced á la industria
Que doma elementos,
En la agua cimientos
Pondremos al fin.

CORO

Del lago tranquilo
Serán los espacios
Ciudad de palacios,
Eterno jardín.

III

La tribu alzó santuario
De verdes flexibles cañas,
Y también pobres cabañas
Junto al peñón solitario.

Y tal fué la humilde cuna
De México, que en su historia
Retrata en desdicha y gloria
Las vueltas de la fortuna.

De Itzcohuatl engrandecida,
Bajo Tizoc respetada,
Con Moctezuma aherrojada
Y con Guatimoc vencida.

Vió elevarse en su recinto
Sobre sus aras profanas
Las basílicas cristianas
Y el pendón de Carlos quinto.

De indígenas y extranjeros
Surgir una raza mixta
Que á la colonia conquista
De libre nación los fueros.

Después, en odio profundo
Y en fraterna lid menguada,
Cruzar sus hijos la espada
Con escándalo del mundo.

¡Cuánto ha sufrido, sí, cuánto
La reina de este hemisferio!
Desmembrado está su imperio

Y hecho girones su manto.

Sentada en frondosa vega
Lágrimas vierte hilo á hilo,
Y acrece el lago tranquilo
Y así en su llanto se anega.

Y medita en sus dolores,
Presa de rudos afanes,
A la luz de sus volcanes
Y al vaivén de sus temblores.

Rodríguez y Cos (José María)

MUERTE DE ABEL

¡Cuán hermoso es Abel! Su cabellera,
En mil bucles de oro derramada,
Presta al íris azul de su mirada
La majestad que en ésta reverbera.

Un cándido cordero condujera,
En cuya nívea frente coronada,
Se columpia una rosa perfumada
Que en primicias le dió la primavera.

Sobre un peñasco luego deposita
La hermosa ofrenda que el Señor recibe
Del que en cumplir su voluntad se afana;

¡Ay! sobre Abel, Caín se precipita
Le dá la muerte y con su envidia escribe
El primer crímen de la historia humana.

EL CADÁVER DE ABEL

Miradle: Hundido en almohadón de grama,
Empapado en su sangre purpurina,
Yace Abel, con la rosa matutina
Que aún su esencia en derredor derrama.

Eva le encuentra, é *hijo mío* clama,
Y hacia su rostro con amor se inclina,
Y besa aquella frente peregrina,
Y una vez y otra aún *¡hijo!* le llama.

¡Silencio! La infeliz... no... aún no entiende
Que son de Abel no más que los despojos...
Y le levanta tímida... le extiende.

En su regazo. Con sus labios rojos
Abre sus labios; todo lo comprende,
Y las lágrimas saltan de sus ojos.

Rodríguez Rivera (Ramón)

TROPICAL

I

Truena la tempestad, obscuro cielo
En lluvia y rayos se deshace airado
Y alumbran los relámpagos el suelo,
Y ruge el huracán desenfrenado.
Se amontonan las nubes, se enfurecen,
Y arrojan sin piedad hora tras hora
La muerte y destrucción con que se mecen

En la eléctrica chispa destructora.
Y se chocan, y luchan á millares,
Amenazando con furor la sierra,
Y embravecidas se unen con los mares,
Haciendo el trueno estremecer la tierra.
Airado el viento con tenaz bravura
Llega en su furia á arrebatar las rocas,
Y se arrastra en indómita locura
Lanzando aullidos sus enormes bocas.
Todo lo arrastra, los destruye todo,
Y con ruído infernal, por las pendientes
De la barranca, hasta el revuelto lodo
Descienden á mezclarse los torrentes.
Y las fieras se acojen á las grutas,
Y en las grietas se ocultan los jilgueros,
Y caen al par de sazonadas frutas
Los peñascos rodando á los senderos.
Y á la siniestra luz que centellea,
Despeñarse se vé de las montañas,
Como al fulgor de cineraria tea,
Las plantas y ganados y cabañas.
En suicidio eternal las aguas bajan
Buscando tumba en el profundo abismo,
Y cedros y palmeras se desgajan,
Y en ayes rompen su eternal mutismo;
Las olas encrespadas y espumosas
Se estrellan sin piedad contra la playa,
Y se rasgan temibles y rabiosas,
Y á su eterno rugir el mundo calla.
Negro, muy negro el cielo, amenazante,
Lanza sólo su rayo tremebundo,
Y el terrible huracán, negro gigante,
Ronco amenaza desquiciar al mundo.
De destrucción el genio vuela, en tanto
Que su mirada audaz relampaguea,

Y de nieblas y rayos con su manto
Al mundo entero con furor flamea.
Sobre el bridón del austro cabalgando
El ígneo polvo en su correr levanta,
Y negras nubes á sus pies rodando
Sienten el peso de su férrea planta.
Contrae su labio la infernal sonrisa
Al ver que la materia se destruye,
Más llega el ángel de la luz, y aprisa
Tiende sus alas con espanto y huye.

II

Cesó la tempestad, blanquizcas nubes
Que calman los ardores del estío,
Flotan como bandadas de querubes
Y copos de algodón en el vacío.
La blanca luna entre celajes brota,
Y brotan las estrellas y luceros
Que hacen brillar la cristalina gota
Suspendida en los altos cocoteros.
Los bosques de sonantes platanares
Sacuden con rumor las anchas hojas
De donde caen las gotas á millares
Sobre silvestres florecillas rojas.
Fresca la brisa á acariciar empieza
Los mangos y cafetos y cañales,
Y murmura al rozar la alta maleza
O al perderse en revueltos carrizales
Se abren de los naranjos blancas flores
Exhalando perfumes que adormecen,
Y de canoras aves de colores
Los blancos nidos con amor se mecen:
Las luciérnagas pasan brilladoras,
Y los cucuyos lanzan sus destellos,
Y *el grillo* y la cigarra vibradoras

Lanzan sus cantos, por salvajes bellos.
Y el arroyuelo manso culebrea
Por entre el césped murmurando amores,
Y sobre el margen que el saüz sombrea
Salpica y hace renacer las flores.
Brota la yerba, los planteles crecen,
Germina el grano, se madura el fruto,
Y las espigas de oro se estremecen
Bajo el peso estival de su tributo.
Todo se mueve y la deidad del campo
Al regar las semillas, á su espalda
Deja de su alma á la campiña un lampo
Cuando la roza su flotante falda.

EL LABRADOR

—

El gallo canta, el labrador despierta,
Y alegre el tibio lecho abandonando,
Mira perderse el matinal lucero,
Y al incansable buey unce el arado
Que abre los surcos de fecunda tierra.
Gustoso apura el líquido regalo
De blanca leche tibia y espumosa,
Que le ofrece en su fuente derramando,
La humilde madre del soberbio bruto.
Su luz difunde por los aires claros
La blanca aurora que en Oriente asoma,
Y al colorar los montes y los prados,
Despierta á bulliciosas avecillas,
Que alegres cantan al mirar de blanco
Y de fuego teñido el horizonte,
Cual lluvia de oro suspendida en lo alto
Por la carrera que en su curso sigue

El que la luz eclipsa de los astros.
Tras la yunta que al célico rocío
Va en riachuelos tornando el lento paso,
Sigue el labriego que el hogar dejara,
Su esperanza en la fe depositando;
Que el premio encuentra el que en la madre tierra
Deposita su amor y su trabajo.

Sin dar ya sombras, por el éter puro
Flota bañando de candentes rayos
El refulgente luminar del día,
El astro rey de los millares de astros.
La frente humedecida por las gotas
Que fertilizan el inculto llano,
El labrador el grano deposita
Entre los surcos que trazó el arado:
De allí verá brotar plantas y flores
Con los frutos que dulces, sazonados,
Serán el aliento de sus hijos
Y llenarán la choza y el cercado;
Por eso, alegre el labrador, no siente
La lluvia estiva ni el fugaz verano.
Llega la madre de sus tiernos hijos
Llevando el refrigerio á su trabajo,
Y el sencillo manjar, dulce y sabroso;
Recibe con placer de entre sus manos;
Luego á la sombra, respirando al fresco,
Al pie de un árbol quedan reclinados
Sobre la alfombra de mullido césped
En su dicha y su amor siempre soñando.
Con más firmeza á levantarse vuelve,
Y de nuevo comienza su trabajo,
Contento el corazón, tranquila el alma,
Y la conciencia exenta de cuidados,
Que el ángel bueno sin cesar le guía,

Que huye á sus ojos el arcángel malo.

Ya el sol declina, resplandecen tibios
Sobre el Citlaltepétl pálidos rayos;
Y vuelve el labrador á la cabaña
En busca de su sueño y su descanso;
Besa á sus hijos y á su esposa besa,
Que á recibirle salen á su paso,
Y al guarda fiel de su cabaña toca
Acariciando con callosa mano,
Y sin temor, tranquilos saborean
El blanco queso y el cabrito asado.
Entre tanto, las aves se recogen,
Trinando alegres en los verdes ramos
Del cedro embalsamado, donde cuelgan
Sus nidos de bejuco entrelazado,
Y el buey dormita entre la paja seca
O está rumiando en el cubierto establo.
De gracias la oración en coro entonan
Al Hacedor de todo lo creado,
Y el ángel de los sueños se desprende
Del alto cielo hasta llegar al campo,
Cubriendo con sus alas la cabaña
Para impedir la entrada á los cuidados.

Manto de sombras la callada noche
Tendió en silencio por el monte y prado,
Y el genio de los campos con sus alas,
De húmedas gotas y perfumes raros,
De brisas vagarosas do la luna
Difunde melancólica sus rayos,
Al rozar mansamente las colinas,
Hace brotar el germinante grano,
Y crecer los retoños y planteles,
Y cubrirse de fruto los sembrados,

Mientras que duerme de inocencia el sueño
El laborioso labrador cansado.
¡Bendita esta existencia encantadora!
¡Dichosa vida la que dan los campos!

Rosas (José)

¡QUIEN PUDIERA VIVIR SIEMPRE SOÑANDO!

Es la existencia un cielo,
Cuando el alma soñando embelesada,
Con amoroso anhelo,
En los ángeles fija su mirada.
¡Feliz el alma que á la tierra olvida
Para vivir gozando!
¡Quién pudiera olvidarse de la vida!
¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

En esta estrecha y mísera morada
Es un sueño engañoso la alegría;
La gloria es humo y nada
Y el más ardiente amor gloria de un día.
Afán eterno el corazón destroza
Cuando los sueños ¡ay! nos van dejando.
Sólo el que sueña goza.
¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

De su misión se olvidan las mujeres,
Los hombres viven en perpetua guerra;
No hay amistad, ni dicha, ni placeres;
Todo es mentira ya sobre la tierra.
Suspira el corazón inútilmente...
La existencia que voy atravesando

Es hermosa entre sueños solamente.
¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

Sin mirar el semblante á la tristeza
Pasé de la niñez la dulce aurora,
Contemplando entre sueños la belleza
De ardiente juventud fascinadora.
Pero ¡ay! se disipó mi sueño hermoso,
Y desde entonces siempre estoy llorando
Porque sólo el que sueña es venturoso.
¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

LA JUVENTUD

—

Juventud, juventud, bajo tus alas
Busqué en mi único amor sombra y abrigo,
Me negaste tus goces y tus galas...
Ingrata juventud, yo te maldigo.
Francisco González Bocanegra.

¡Cuán rápidos pasaron
Los dulces años de la infancia mía,
Esos años de paz y de alegría
Que tanto acariciaron
Al corazón que sin afán dormía!
Pasaron como el viento,
Cual pasa siempre la ilusión querida,
Como pasan la dicha y el contento.
Tendió sus alas la tormenta obscura,
La calma se alejó despavorida
Y vinieron las horas de amargura:
¡Ay, cuán presto se acaba la ventura!
¡Cómo pasan los años de la vida!

Quién me diera el encanto misterioso

De aquellas ilusiones seductoras
Tan sentidas después y tan lloradas.
¡Quién pudiera volverme aquellas horas,
Aquellas horas por mí mal pasadas!
¡Ay! entonces cruzaba la existencia,
Tranquilo y descuidado,
En medio de la paz y la inocencia.
Sin esta indecisión que me acobarda,
Encantado por dulces embelesos,
De mi ángel bueno en los amantes brazos
Y al blando son de los maternos besos.
Pero ha pasado la niñez hermosa,
Y hoy devoro tormentos á millares;
Hoy el capricho del falaz destino
Me aparta á mi pesar de mis hogares,
Y al impulso del raudo torbellino,
Entre los mares del dolor me pierdo;
Pues del placer pasado y la alegría
Le queda al corazón sólo el recuerdo,
¡Ultimo aroma de la flor de un día!

Pasó la edad de la inocencia pura,
Y tú viniste, juventud galana,
Radiante de placer y de hermosura
Como una flor en su primer mañana.
Tú viniste, cual sueño de ventura,
Ansiando amor y derramando amores,
Húmedos de pasión los labios rojos,
La sien ceñida de fragantes flores,
Y el fulgor del relámpago en los ojos.

Yo miré tu belleza, cariñoso
Te fuí á buscar en mi delirio ciego,
Y entre tus brazos me arrojé gozoso,
Cual inocente niño

Que corre á asir el devorante fuego.
Entre tus flores ¡ay! tú me trajiste
La ilusión que la calma me arrebata,
La hermosa virgen por quien vivo triste,
La virgen ¡ay! que por mi mal existe,
Por mi tal, tan hermosa y tan ingrata.

Al contemplar su espléndida belleza,
Paraíso de amor y de ventura
Me pareció la vida,
Y en mi amoroso anhelo,
Sin recordar que al fin todo se olvida,
Juzgué que en el amor se hallaba el cielo.
Corriendo en pos de la ilusión funesta
Deslumbrado busqué la bienandanza,
Y he sabido las lágrimas que cuesta
El delirio de amar sin esperanza.

¿Por qué viniste á desgarrar mi pecho
Y con tus llamas á abrasar mi frente,
Aciaga juventud? ¿Por qué viniste
Si en vez de la ilusión que me ofreciste,
De los goces y dulces alegrías
Que me brindaste con falaz halago,
Me diste sólo, de mi amor en pago,
Noches amargas y funestos días?

Huye de mí con tus encantos pérfidos;
Ya no pretendas fascinar el alma
Con la luz de tus mágicos colores;
Vuelve á mi pecho la perdida calma,
No quiero ya tus engañosas flores.

No quiero ya tu torbellino eterno,
Porque hoy su horrible agitación me mata;

Sólo anhelo la dicha de la muerte;
No quiero verte, juventud ingrata,
Ya más no quiero en mi presencia verte.

En otro tiempo ambicioné tu abrigo,
Te fuí á buscar y te tendí la mano:
Hoy que ya con tu fiebre me fatigo,
Que busco paz y que la busco en vano,
Ingrata juventud, yo te maldigo.

EL ZENTZONTLE

¡Cuán dulce es la harmonía
De tus cantos de amor! ¡Cuánta ternura,
Cuánta melancolía,
Qué extraño sentimiento,
Hay en tu triste acento,
Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
Morador de sus bosques silenciosos,
Trovador de sus lagos rumorosos!

Cuando su luz brillante
Vierte la primavera en los jardines,
Tiendes al viento tú las pardas alas,
Cruzas el valle umbrío,
Y alegres himnos amorosos exhalas,
Entre los sauces del tranquilo río.

En el ardiente Estío,
Cuando el sol en el cielo apenas arde,
El himno de la tarde
Cantas en las praderas,
Al rumor de las brisas lisonjeras.

Y en la noche callada,
Cuando la luna pálida fulgura,
Como virgen que vela enamorada,
Y la naturaleza desmayada
En grata, inmóvil languidez reposa,
Y la nocturna diosa
Vierte doquier su plácido beleño
En el sereno ambiente,
Suspiras tiernamente
La tímida canción de un dulce sueño.

En esas tristes horas
Tu cadenciosa voz llega al oído,
El silencio turbando,
Como el eco fugaz de un bien perdido;
Como el vago gemido
De un alma ardiente que en ardiente anhelo
La tierra va cruzando,
Solitaria y doliente suspirando,
Sin cesar suspirando por el cielo.

Al levantarse un día
Entre las olas de la mar hirvientes
La adorada y hermosa patria mía,
Quiso amoroso Dios que independientes
Los *sinsontes* su atmósfera cruzaran
A la luz de sus astros refulgentes;
Que allí su dulce amor tiernos buscaran,
Y orgullosos volando en las alturas,
Su juventud espléndida cantaran
En la selva, en el monte, en las llanuras.

Tus hermanos, de entónce en raudo vuelo
Cruzan su hermoso suelo,
Sus soberbias montañas, sus verjeles,

Sus floridos y extensos limonares,
Sus magníficos bosques de laureles;
Y suspiran dulcísimos cantares
Impregnados de amor y sentimiento,
Y el ambiente respiran de sus mares,
Y orgullosos se mecen en el viento
Que sacude sus anchos platanares.

Cuando altiva otro tiempo y vencedora
La reina de Occidente,
Ornada en jaspes de vistosas plumas
Alzaba al cielo la serena frente,
Y Axayacatl valiente,
Humillando á sus pies á las naciones
Sus gloriosas conquistas extendía,
Y doquier la victoria sonreía
A la sombra feliz de sus pendones,
En la risueña margen de los lagos,
Los *sinsontes*, con notas celestiales,
Del guerrero imitaban la querella,
El discorde vibrar de los timbales,
La enamorada voz de la doncella,
Y el clamor de los himnos nacionales.
Otras veces, volando en la espesura,
De la fuente imitaban los rumores,
El lamento del mirlo entre las flores,
La querellosa voz de la paloma,
De hondos suspiros llena,
Del tardo buey el trémulo bramido,
Y el hórrido silbido
Del reptil que se arrastra entre la arena.

Así cual del Anáhuac contemplando
La majestad divina
Que un sol de fuego espléndido ilumina

Mustia y triste la Europa nos parece,
Y su antigua hermosura palidece;
Así cuando el *sinsonte* enamorado,
Feliz se oculta en el risueño prado
Y canta entre las palmas y las flores,
Deben enmudecer los ruiseñores.

Tú, inimitable artista,
En mil revueltos giros
Volando caprichoso,
Imitas cadencioso
Ecos, cantos, murmullos y suspiros.
Siempre hallas una voz y una harmonía
Para expresar tu duelo,
Y traduces en tierna melodía
Del amor el dulcísimo consuelo
Y el ardiente placer de la alegría.
Tienes siempre al mecerte por el viento,
Para todos los goces un acento;
A todo prestas inefable encanto,
Y ora el dolor te agite, ora el contento,
No hay dicha, no hay afán, no hay sentimiento
Que tú no expreses con tu tierno canto.
¡Cuál conmueve tu voz el alma mía!
¡Bendita la harmonía
De tu suspiro amante,
Bardo alado de Anáhuac, bardo errante,
Morador de sus bosques silenciosos,
Trovador de sus lagos rumorosos.
¡Plegue al piadoso cielo
Que en estrecha prisión nunca suspires
Triste canción de duelo,
Que en orgulloso vuelo
Cruzando las inmensas cordilleras,
A nuestra patria mires

Bendita por la historia;
Y que repitas siempre en tus cantares
El himno de su gloria,
Al gemir de sus anchos platanares
Y al rumor de las olas de sus mares.

LA VUELTA A LA ALDEA

—

Ya el sol oculta su radiosa frente;
Melancólico brilla en Occidente
Su tímido esplendor;
Ya en las selvas la noche inquieta vaga
Y entre las brisas, lánguido se apaga
El último cantar del ruiseñor.

¡Cuánto gozo escuchando embelesado
Ese tímido acento apasionado
Que en mi niñez oí!
Al ver de lejos la arboleda umbrosa,
¡Cuál recuerdo, en la tarde silenciosa,
La dicha que perdí!

Aquí al son de las aguas bullidoras,
De mi dulce niñez las dulces horas
Dichoso ví pasar,
Y aquí mil veces al morir el día,
Vine amante después en mi alegría
Dulces sueños de amor á recordar.

Ese sauce, esa fuente, esa enramada,
De una efímera gloria ya eclipsada
Mudos testigos son:
Cada árbol, cada flor, guarda una historia

De amores y placer, cuya memoria
Entristece y halaga el corazón.

Aquí está la montaña, allí está el río;
A mi vista se extiende el bosque umbrío
Donde mi dicha fué.
¡Cuántas veces aquí con mis pesares
Vine á exhalar de amor tristes cantares!
¡Cuánto de amor lloré!

Acá la calle solitaria: en ella
De mi paso en los céspedes la huella
El tiempo ya borró.
Allá la casa donde entrar solía
De mi padre en la dulce compañía...
¡Y hoy entro en su recinto sólo yo!

Desde esa fuente, por la vez primera,
Una hermosa mañana, la ribera
A Laura ví cruzar;
Y de aquella arboleda en la espesura,
Una tarde de Mayo, con ternura
Una pálida flor me dió al pasar.

Todo era entonces para mí risueño;
Mas la dicha en la vida es sólo un sueño,
Y un sueño fué mi amor.
Cual eclipsa una nube al rey del día,
La desgracia eclipsó la dicha mía
En su primer fulgor.

Desatóse estruendoso el torbellino
Y al fin airado me arrojó el destino
De mi natal ciudad.
Así cuando es feliz entre sus flores,

¡Ay! del nido en que canta sus amores
Arroja al ruiseñor la tempestad.

Errante y sin amor siempre he vivido;
Siempre errante en las sombras del olvido...
¡Cuán desgraciado soy!
Mas la suerte conmigo es hoy piadosa;
Ha escuchado mi queja, cariñosa,
Y aquí otra vez estoy.

No sé, ni espero, ni ambiciono nada;
Triste suspira el alma destrozada,
Sus ilusiones ya;
Mañana alumbrará la selva umbría
La luz del nuevo sol, y la alegría
¡Jamás al corazón alumbrará!

Cual hoy, la tarde en que partí doliente,
Triste el sol derramaba en Occidente
Su moribunda luz:
Suspiraba la brisa en la laguna,
Y alumbraban los rayos de la luna
La solitaria cruz.

Tranquilo el río reflejaba el cielo,
Y una nube pasaba en blando vuelo,
Cual pasa la ilusión;
Cantaba el labrador en su cabaña,
Y el eco repetía en la montaña
La misteriosa voz de la oración.

Aquí está la montaña, allí está el río...
¿Más dónde está mi fe, dónde, Dios mío,
Dónde mi amor está?
Volvieron al verjel brisas y flores,

Volvieron otra vez los ruiseñores...
Mi amor no volverá.

¿De qué me sirven, en mi amargo duelo,
De los bosques los lirios, y del cielo
El mágico arrebol,
El rumor de los céfiros suaves,
Y el harmonioso canto de las aves,
Si ha muerto ya de mi esperanza el sol?

Del arroyo en las márgenes umbrías,
No miro ahora como en otros días
A Laura sonreir.
¡Ay! En vano la busco, en vano lloro,
Ardiente en vano su piedad imploro;
¡Jamás ha de venir!...

RECUERDOS DE LA INFANCIA

—

FRAGMENTOS

Junto á las puertas del cielo
Vive el hombre soñador
Llorando en perpetuo anhelo,
Que la historia del amor
Es historia de dolor
Junto á las puertas del cielo.

Bendita por el amor
Miro una humilde casita
Entre naranjos en flor,
Y una pobreza bendita,
Bendita por el amor.

Es la palabra del cielo
Necesaria, no os asombre,
Para expresar este anhelo;
¡Madre! ¡madre! Este es el nombre,
Es la palabra del cielo.

La corriente de la vida
Va por el viento impelida
Como las rápidas olas,
Me dijo mi madre á solas
Con inefable cariño,
Porque yo, cándido niño,
En lucha no interrumpida
Quise el agua contener...
¡Quién pudiera detener
La corriente de la vida!

Van volando todavía
En mi memoria las flores
Que yo deshojara un día,
Y las hojas de colores
De la flor de mis amores
Van volando todavía.

Es el pájaro que canta,
Dije una vez, madre mía,
Un tesoro de harmonía;
Y fué mi ventura tanta
Que mucho hablaba y reía
Y exclamó mi madre inquieta:
«Tú pareces un poeta.»
—¿Y qué es eso madre santa?—
Ella besóme llorando
Y me dijo suspirando:
—Es el pájaro que canta.

Las estrellitas del cielo
Miraba con dulce anhelo,
Y mi madre sonreía:
En el plácido arroyuelo
Retratadas las veía,
Y mi madre me decía:
También ¡oh niño! en el suelo,
Como el agua transparente,
Refleja el alma inocente
Las estrellitas del cielo.

¡Cuán amarga es esta vida!
Triunfa doquiera el rencor
Y todo pasa y se olvida.
Es breve sueño el amor
Y sólo es cierto el dolor.
¡Cuán amarga es esta vida!

Rincòn (Manuel E.)

EN EL BAÑO

Del escondido bosque en la espesura
Que cubre á trechos el azul del cielo,
Do canta el ave con amante anhelo,
Y el aura tibia de placer murmura;

Blanca, gentil, radiante de hermosura,
Cubierta apenas con ligero velo,
El pie desnudo, destrenzado el pelo,
A Leida ví junto á la fuente pura.

Yo ví copiados en la linfa clara
Aquellos sus contornos soberanos,

Que de Milo la Venus envidiara;

Yo ví de su belleza los arcanos,
Y un suspiro lancé; volvió la cara,
Y al blanco seno se llevó las manos.

Riva Palacio (Vicente) (1)

—

EN EL ESCORIAL

—

Resuena el marmóreo pavimento
Del medroso viajero la pisada,
Y repite la bóveda elevada
El gemido tristísimo del viento.

En la historia se lanza el pensamiento,
Vive la vida de la edad pasada,
Y se agita en el alma conturbada
Supersticioso y vago sentimiento.

Palpita allí el recuerdo, que allí en vano
Contra su propia hiel buscó un abrigo,
Esclavo de sí mismo, un soberano
Que la vida cruzó sin un amigo;
Aguila que vivió como un gusano,
Monarca que murió como un mendigo.

(1) La mayor parte de las poesías del general Riva Palacio, están publicadas con pseudónimo. Algunas figuran en esta colección.

Segura (José Sebastián)

N LA MUERTE DE DOÑA GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

El llanto reprimid, gallardas Musas,
De la virgen América decoro;
Trocad las negras túnicas profusas
Por las ropas de fiesta, y lauros de oro
Adornen vuestra frente.
Y por la espalda los hundosos rizos
Al perfumado soplo del ambiente,
Entrelazados con vistosas plumas
Realcen los hechizos
De vuestras gracias sumas,
Y del público duelo el vano alarde
Quédese para el necio descreído
En cuyo muerto corazón nunca arde
La llama celestial que las tinieblas
Del sepulcral olvido
Deshace, cual las nieblas
El luminar del día
Que inunda el suelo en plácida alegría.

Allá en la ardiente zona
De un cielo azul, templada por los mares
De la Antilla gentil que se corona
De magníficas palmas,
La que á Píndaro vence en sus cantares
Con la lira en la mano,
Se halla al nacer para hechizar las almas
Por su gracia y talento soberano,
La ilustre Avellaneda, honra y delicia
Del bélico cubano,
Que en regaladas trovas la acaricia,

Allí á la par de Heredia,
A quien patria le ofrece el mexicano,
De Sófocles ostenta en la tragedia
La excelsa majestad y rasgos bellos
Que entre el aplauso universal sonoro
Al corazón arranca amargo lloro,
Y en la frente se erizan los cabellos

En la nave cargada de riquezas,
Que por los vientos puros
Ligera avanza á los hercúleos muros,
No hay riqueza mayor, mayor tesoro,
Que el libro de los triunfos y tristezas
De la insigne cantora
A quien abre sus aulas y liceos
La tierra del valiente Garcilaso,
En letras vencedora;
Y la docta Academia
La rinde por trofeos,
Cuando su numen premia,
Los laureles divinos del Parnaso.

Aquellos vates de la patria mía
Que dichosos bebieron en la cuna
El fuego de la sacra poesía,
Y hoy causan nuestro encanto,
De la nueva Corina una por una
Las palmas que le cede la Fortuna
Celebrarán en harmonioso canto.

Yo ¡mísero! nacido
Para agotar el cáliz de amargura,
No me fué concedido
Alzar el vuelo á la celeste altura.
Oculto, cual la tímida violeta,

Joven dormí una tarde entre las flores;
Ví en sueños la deidad de mis amores
Y desperté poeta;
Y la adoré como á la madre el niño.
¡Ay! que en cambio me deja sinsabores
Y burla mi cariño.
No más su luz me inspira;
Huye y rompe las cuerdas de mi lira.

Mas si en mi pecho extinto
Está el astro sagrado que la fama
Del vate inmortaliza,
Aquí en este recinto
Ostentando en la sien la verde rama
Del lauro de Alarcón y Gorostiza,
Lucen cual las estrellas
Ingenios mexicanos,
Y en torno de ellos poetisas bellas
Que en metros soberanos,
Envidia de los pájaros cantores,
Tributarán loores
A la noble cubana
Gloria de la región americana.

Santa María (Javier)

LAS BRISAS

Brisas del valle nativo
Impregnadas de perfume;
Aquí donde me consume
La soledad en que vivo;
Aquí donde pensativo,

Siempre al dolor entregado,
Recuerdo un dulce pasado
De ensueños y de delicias,
Dad, brisas, al desterrado
Vuestras amantes caricias.

Dejad que en mi pecho guarde
Vuestro aroma con anhelo,
Cuando venís á este suelo
Al extinguirse la tarde.
Ya no arde en mi sér, ya no arde
El fuego de la esperanza;
Y cual muere en lontananza
El sol de fulgor escaso,
Así mi existencia avanza
Para llegar á su ocaso.

Murieron todas mis flores,
Mis estrellas se apagaron,
Y ni siquiera dejaron
Sus últimos resplandores.
Herido por los dolores,
Desesperado me quejo
Y toda mi dicha dejo
Del pasado en el abismo:
Soy joven... ¡y estoy tan viejo!
No me conozco á mí mismo.

Brisas del nativo valle,
Volad sobre mi cabeza,
Y así tal vez mi tristeza
Sus hondas quejas acalle.
No dejéis que me avasalle
Tanto la mala fortuna;

Y si hay esperanza alguna
De olvidar las penas mías,
Suspirad como en los días
En que aromábais mi cuna.

Traed para mi consuelo
Algo de esa melodía
Que sólo cantar sabía
Mi madre que está en el cielo.
Se suspendió vuestro vuelo
Al vibrar la voz aquella:
¡Era tan dulce y tan bella!
Brisas, la habéis escuchado,
Y yo os pido arrodillado
Que murmuréis como ella.

Calmad, calmad este empeño
Que aumenta mi desventura
Y al venir la noche obscura
Será tranquilo mi sueño.
Entonces, del alma dueño
Ese canto bendecido,
Evitará que afligido
Con mis angustias batalle,
Y tornaréis á mi valle,
Y me dejaréis dormido.

Sierra (Justo)

EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DE LA EXPOSICIÓN

Has triunfado por fin, oh patría mía,
El destino sonríe á tu alma fuerte
Y te corona de esplendor el día,
¡Sublime desposada de la suerte!
Has triunfado; del luctuoso lecho
Reina te alzaste y á tu trono subes
Irguiendo la cabeza soberana
En un cielo sin sombras y sin nubes.
Ese rumor eterno que se une
Al rugido del mar en tu ribera,
Es el grito de la hélice batiendo
Las olas por doquiera,
De la hélice que empuja los bajeles
A las costas del suelo mexicano,
Ceñido en torno de turgentes velas
Que en la clámide azul del Océano
Tienden la blanca red de sus estelas.
Si el soplo frío del invierno baja
De las urnas de hielo de los montes,
Y se extiende la fúnebre mortaja
A los ayer calientes horizontes;
Vendrá la primavera y cuando tiemble
De amor la madre tierra en sus entrañas,
Las mieses bordarán de flores de oro
Los pliegues de tu manto en las montañas;
Tú que en aras magníficas enciendes
Puro incienso á la industria, á la ciencia,
Y en el regio festín de tu opulencia
Tu inmensa copa á las naciones tiendes.

Tú, la gran redimida del trabajo,
Mereces tal destino: de tus venas,
Tu sangre, tu oro en ríos brotó al mundo,
Que desde entonces se lanzó sediento
A tu pecho fecundo.
Como un arco triunfal fuiste elevada
En mitad de la tierra, y tu camino
Llegó á ser ¡oh mi patria! la jornada
De todo peregrino.
Fuiste la patria universal, la ingente
Locomotiva que escaló tus montes,
De un mar al otro mar surcó la tierra;
Sus guirnaldas de humo, los gigantes
Arboles de tus selvas coronaron;
Las rocas á su voz se separaron,
Y en sus grietas profundas, palpitantes,
Del Génesis los ecos despertaron.
Ser feliz mereciste
Tú que sólo dejaste el hacha, altiva,
Cuando ya grande y libre
Amar la libertad pudiste en calma,
Y empapada mostrar la santa oliva
Con tu sangre y las lágrimas de tu alma.
Por eso hoy bajo tu techo augusto
Convocas á los nobles lidiadores
Del trabajo, y en prueba de victoria
Les muestras ese sol, el fulgurante
Broche de luz de tu laurel de gloria.
Sé bendita entre todas las naciones,
Porque supiste consagrar tu vida
A tan heróico empeño.

. . . . . .

¡Oh! pobre patria mártir, ¿será nunca
Realidad este sueño?

¡Prefieres, patria mía, á este futuro
A merced de otro pueblo comprenderte;
Prefieres ir por tu sendero obscuro,
Pálida desposada de la muerte!
¿Por qué fuera de aquí tus hijos cambian
Su alegría en amargo desconsuelo?
¿Será ésta acaso la postrer sonrisa
Que te reserva el cielo?
Quizá. Porque coronan
En lugar del vapor, tus altos montes
Nubes impuras que presagian duelo
El trabajo y la paz huyen tu suelo,
Se enlutan tus calientes horizontes.
Vas á gastar la savia de tu vida
En pos de una quimera
¡Pobre nación suicida!
¿Qué no es la libertad un sueño impío
Que pone miedo en el honrado pecho,
Cuando sólo se pide al poderío
De la fuerza brutal sobre el derecho?
Yo, ante tí me arrodillo, patria mía,
En esta hora de recuerdos, santa,
No quiero oir tu grito de agonía,
A estos tus hijos hasta tí levanta.
El trabajo y la paz son su bandera.
En pueblos que trabajan con fe austera
Ni esclavos hay, ni nunca habrá tiranos.
Haz que salude el mundo reverente
La corona de espigas en tu frente
Y el timón del arado entre tus manos.
Oye mi voz, no es sólo el triste canto
Del poeta que siempre te bendijo;
En el fondo del himno se halla el llanto
Que vierte ¡oh patria! el corazón del hijo.

EN LA INAUGURACION
DE LOS CURSOS ORALES DEL COLEGIO DE ABOGADOS

¿A qué Dios levantáis estos altares?
¿Y por qué con fragmentos seculares
Hacéis un nuevo templo entre ruinas?
¿El derecho? Es un nombre del pasado;
Esqueleto grandioso sepultado
En el polvo imperial de las Colinas.

¿Por acaso, vosotros
Vivís de espaldas á la luz? ¿Ignora
La nueva ciencia vuestra antigua calma?
¿No visteis disiparse en una hora
Esas sombras que huyeron de la aurora,
Dios, el deber, la libertad y el alma?

No nos habléis ya más del triste día
En que por esas voces sin sentido
El hombre en el patíbulo moría;
No evoquéis esas épocas distantes
En que sobre los siglos descollaban
Las cabezas de algunos delirantes.
El sabio ha sorprendido,
Recordando aquel tiempo funerario,
El nervio que vibrando ha producido
Los momentos supremos del Calvario.
Y también encontró la ciencia austera
La enfermedad que iluminó la historia
De Juana D'Arc, con la inmortal hoguera;
Hoy brilla el día de la humana gloria;
Los espectros pasaron para siempre;
Los sueños de Platon, los que por coro
Del mar tuvieron el perenne grito,

Son un celaje de oro
Perdido en el azul del infinito.

¿Por qué habláis de derecho? Alzad la frente:
¿Veis esa espuma blanca en el espacio?
Cada átomo es un sol incandescente,
Un mundo es cada chispa de topacio...
Bajad la vista... A vuestros pies reposa
En las húmedas hierbas palpitante
La flor que al cielo muestra ruborosa
Su tocado de trémulos diamantes.

Ese sol y esa gota de rocío
Dos moléculas son del universo,
Sujetas ambas á la ley suprema
Que el movimiento de los séres fragua,
Y que engasta en su espléndida diadema
Al sol de fuego y á la gota de agua.
Esa ley es la *fuerza*. ¿Por qué el hombre,
De la escala eternal grada mezquina,
Una excepción sería? Fuerza eterna,
Inmutable, inconsciente, dí, ¿qué nombre
Te ha dado el sér humano que adivina
Tu acción en su cerebro? Te ha llamado
L bertad. ¿Libertad? Mirad en torno.

Del calor, de la luz que el sol derrama
Nacen las fuerzas que la piedra encierra,
Bebe en ellas la vida intensa llama,
Una faz de la vida de la tierra
Es el hombre. La luz que del sol toma
El planeta al cruzar el firmamento,
En el lirio gentil se llama aroma,
Y en el hombre se llama pensamiento.

La luz, he ahí el creador, su fulgurante
Movimiento produce el genio, nada
Huye de su mirada centellante;
Llora en el drama, ríe en el idilio;
Ese destello lúgubre es el Dante,
Ese rayo purísimo es Virgilio.

Todo es fatal y necesario. El templo
Cerrad, pues; no hay un dios para estas aras.
¿Qué fe, qué fuerza interna aquí os retiene?
¿Qué verdad superior su sello imprime
En vuestra estéril ciencia?
¿No veis que todo en la creación oprime?

¡No! Sentimos alzarse en lo profundo
De nuestro sér un dios que no se nombra,
Pero que eternamente alumbra al mundo
Con la luz que jamás produce sombra.
Es el testigo austero del misterio
De nuestra vida, el que á la ciencia humana
Arrancó de su inmenso cautiverio.
El hizo del derecho un creencia;
Sol del mundo moral de quien emana
Una protesta eterna: la conciencia.

Hé ahí el divino origen de la idea
A cuyo noble estudio hacéis propicio
Este modesto templo,
Do se llega á saber que el sacrificio
Es algo más que un hecho, es un ejemplo.
Por eso aquí se rinde
A la persona humana un culto santo,
Al hombre, al sér que á su conciencia debe
En la escala inmortal ir ascendiendo,
Y haber tenido en su penosa vía

La sonrisa de Sócrates muriendo,
Y el sollozo de Cristo en la agonía.

Al hombre que no sólo ha descubierto
La vida entre los soles derramada,
Y que en su corazón el eco siente
De la creación entera que palpita
Al par del ritmo de su sangre ardiente;
Sino que supo con supremo aliento
Acallar los embates furibundos
De la pasión, y hallar, con noble calma,
A Dios, en la conciencia de los mundos,
Y en su conciencia el alma.

Comenzad vuestra obra;
El libro del derecho abrid serenos,
En sus páginas puras, fuente inmensa
De razón y verdad tendrán los buenos;
Comenzad vuestra obra, en ella impere
Esta fórmula augusta que condensa
El trabajo inmortal que el mundo inicia,
¡Oh, libertad! bajo tu santo nombre:
—Ni hay otra religión que la justicia,
Ni hay otro rey que el hombre.

A ADELAIDA RISTORI

—

Ante un rey nada más dobla la frente
El pueblo que hoy vuestra partida llora;
Ese rey es el *Genio*,
Es el *Genio*, sois vos, ¡noble señora!
El *Genio*, el Dios que con su soplo crea,
Y en el molde de mármol esquiliano
Arroja, hirviente aún, la humana idea,

Sois vos. Lo dice la incansable fama;
Avasallado el corazón lo dice;
El himno de la tierra la proclama;
Y el poeta que atónito os admira,
Hace con sólo vuestro nombre augusto,
Un poema de amores en su lira.
Miguel-Angel del drama, vuestro acento
Es la forma escultórica que toma
En el templo del arte el pensamiento;
El verbo del poeta
Que en la región de lo impalpable anida
Se encarna en vos; vuestro divino aliento
Arranca de los limbos de la vida,
Un mundo de pasión y sentimiento.

Decidme las palabras del conjuro
Con que evocáis las almas:
¿En qué cielo, señora, en qué antro obscuro
Habéis vuestros secretos aprendido?
Al abordar la noche de la tumba,
Ante el misterio horrible,
¿No os sentís vacilante?
¿No escucháis moribunda, como el Dante,
El grito de dolor de lo invisible?
¿Por qué os oyen despiertos,
Los que en la eternidad dormir parecen?
Porque si vuestra voz llama á los muertos,
Los muertos, ¡ob terror! os obedecen ..

Habéis sido la maga que ha logrado,
En escenas triunfales,
Fascinar nuestra mente en el proscenio
Con un grupo de sombras inmortales.
¿De sombras? ¡No! De realidades vivas,
Que de la historia arranca vuestro genio

¿No era verdad el lúgubre delirio
De la loca sublime? El hondo duelo
De la infeliz mujer, que, como madre,
No como reina, coronara el cielo?
¿No era verdad el bíblico entusiasmo
De la heróica Judith? ¿La pasión fría
De Isabel? ¿El amor bañado en lágrimas
De Sor Teresa? ¿El odio de María,
Su pasión y su muerte? ¿No era cierto
De Tisbe el fuego? ¿el llanto sobrehumano
De Lucrecia? ¿Vosotros no mirasteis
De Lady Macbeth la sangrienta mano?
Y al mirar esa mano, ¿no temblasteis?

Mas la gótica flecha no limita
Vuestro arrogante vuelo,
Y os detenéis, ceñida de fulgores,
En el país que iluminó sus flores
Con la eterna sonrisa de su cielo;
En la divina Grecia, en aquel suelo
Do el arte humano obtuvo tal victoria,
Que con sus restos solos, el nuevo arte
Un templo inmenso levantó á la gloria.
Flor de ese clima sois; el tibio alicio,
Que riza la ola de la mar Egea
Las estatuas de Fidias recordando,
Besa el trágico *peplum* de Medea;
Y la rosa, magnífico tesoro,
Que guarda Himeto en búcaros de piedra,
Trémula tiende su corola de oro
Bajo la augusta *Cnémide* de Fedra.
¡Ah! sí; nos revelasteis la amorosa
Tierra de luz, de encanto y de alegría...
Urna sois de alabastro, que rebosa
En inefable miel de poesía.

En la historia del arte
No tenéis ascendientes;
El sol de amor que os da su lumbre clara,
Nunca dió al teatro su inmortal prestigio;
La última diosa sois; es vuestra ara
Del tiempo griego el postrimer vestigio.
Quien quiera conocer vuestros abuelos,
Que busque en el pasado,
El olímpico polvo de los cielos
En los campos helénicos regado.
¿Mas quien encontrará la que os iguale,
En el arte divino
De expresar las angustias de la vida,
Ante el problema obscuro del destino?
¿Quién expresar podrá de las pasiones
El sagrado furor? ¿Quién de la madre
La exclamación suprema,
Que deja al que oye de temores yerto,
Y es como el grito de leona herida
Que se escucha en las noches del desierto?
El bien y el mal interpretáis, señora,
Cruzáis el cielo por ignota senda
Con arreos de muerte ó regias galas,
Como el querube de la inmortal leyenda
Que suspendiendo el vuelo en Occidente,
Baña en la sombra las inmensas alas,
Y en el fulgor de Dios yergue la frente.

Fulgores, triunfos, lauros y emociones,
Todo parte con ella; nuestra escena
Semejará la noche en el vacío;
Sin Dios el ara, al templo queda solo,
¡Ay! el silencio del sepulcro frío.
Habéis hecho de Anáhuac la conquista;
De hoy en más, seguirán los corazones

La triunfal odisea de la artista;
México un himno á la inmortal entona:
—«Los votos de mi amor contigo tienes,»—
Dice así el pueblo con palabras santas;
Y mientras él corona vuestras sienes,
Queda mi humilde lira á vuestras plantas.

Sierra (Santiago)

—

FRAGMENTO DE UN CANTO A MEXICO

—

. . . . . .

Tú, México adorada, casta diosa,
Del porvenir brillante desposada,
Asciende al solio de la paz, que en ella
Espejo encuentre tu mirar de estrella,
Madre amorosa, tu alma contristada;
Florezcan bajo el trono de tu altura
La labor que en dorada miés se espiga
Y *Agave* (á) nectarífero procura;
Formen á tu esplendor régia corona
Cuántas del campo pródigo ornamento
Riquezas dá tu predilecta zona;
Tienda el penacho al viento
El enhiesto maíz; no se encarcelen
Los varios tintes que tu brisa orea,
Y en púrpura y azul, la luz febea
Recogida en sus témpanos revelen;
Pueble el desierto el cáctus, que se erige
En duras pencas que al Agosto libra,

(1) *Agave:* planta conocida con el nombre de *maguey*. Produce el *pulque*, especie de licor que tiene gran consumo en México.

Y ni amor ni vigilia al maya exige
Ni rinde parco la flexible fibra;
Blanqueen como sábanas de nieve
Tus bosques de algodón; los cafetales
Tiemblen del sol al beso; audaz se eleve
Del lago entre los diáfanos cristales
El prolífico arroz; y de tu manto,
Que en sombra de cariño al suelo dure,
Crezca al amparo santo
La oliva bienhechora
Que el laurel á tus plantas transfigure;
Barrera no halle quien tu seno explora
Del metal que entre rocas se guarece
Por hallar el filón que avaro adora;
Del Océano que á tu linde crece
Y en su caricia mórbida te estrecha,
Sin miedo al turbión eco del cáos,
Corten la espuma en resonante brecha
Tus alígeras naos;
Abra sus templos la fabril industria
Y torne al ocio en incansable obrero,
La atmósfera se empañe
Al soplo del vapor que ruge fiero,
Convierte al rayo en fácil mensajero,
Y el alma tierna bañe
Tu juventud de ciencia en el venero;
Sobre del ancho foro
Iérgase altivo el Parthenon; el arte
Con pincel y buril te inmortalice,
Brille el sol en tu mágico estandarte
Y la gloria en tu cielo se eternice.

Silva (Agapito)

—

Á LA MEMORIA DEL MALOGRADO POETA MANUEL ACUÑA

¡Y eras tú nuestro amigo! Tú el hermano
En cuyo pensamiento se abrigaba
La inspiración del genio americano;

¡Y eras tú el pensador! Tú el que soñaba
La luz y los perfumes de otra vida,
Porque esta ingrata vida te cansaba;

Tú el que llorando por la fe perdida
De un corazón para la dicha muerto,
Pensó en darnos la eterna despedida;

Tú el que mirando un porvenir incierto,
Buscaste triste, en tu dolor profundo,
La hermosa luz de suspirado puerto.

¿Qué fué de tí? ¿La sociedad y el mundo
Qué hicieron de tus sueños seductores
Al contemplarte solo y moribundo?

La sociedad despedazar tus flores,
El mundo presentarte un imposible,
Sin tener compasión de tus dolores...

Y en medio de ese afán fiero y terrible
En que sucumbe el sér que no ha gozado
La calma de un destino bonancible.

Dirigiste la vista á tu pasado
Y no encontraste entre sus sombras, una

Que te hablara del nido abandonado.

Del nido aquel do quiso la fortuna
Concederte la dicha soberana
De abrir los ojos para ver tu cuna;

Del nido aquel donde tu madre ufana
Esperaba tus besos y tus flores
En la primera luz de la mañana.

Y luego combatiendo los rigores
Del contrario destino, proseguiste
Buscando de otro cielo los fulgores;

Mas solo engaños y perfidias viste,
Pues fueron para tí, mártir querido,
Triste el pasado y el presente triste.

Entonces, ¡ay! á tu dolor rendido,
Víctima de la mísera impotencia
Y en el infierno de la duda hundido.

Sucumbiste, por fin, y la existencia,
Luz que al impulso de los sueños arde,
Te negó sus fulgores y su esencia.

Y sin hacer de tu infortunio alarde
Nos dejaste la eterna despedida
En el postrer suspiro de la tarde...

Cruel fué tu pesar... honda la herida
Que abrieron en tu alma los dolores
Que nos ofrece la implacable vida.

¡Qué amarga la ilusión de tus amores!

¡Esa ilusión que el pensamiento alcanza
En un mundo de estrellas y de flores!

Caiste del verjel de la esperanza,
Y al bajar á la tumba, indiferente,
Apareció brillante en lontananza.

El astro de la gloria refulgente;
Astros cuyos fulgores se encendieron
Para alumbrar los lauros de tu frente.

Tus blancas ilusiones se perdieron
Del desengaño en la región obscura;
Pero aquellos que tanto te quisieron,

Guardan llenos de amor y de ternura,
Del pensamiento en el altar sagrado,
La historia de tu amarga desventura;

Y elevan con acento entusiasmado,
De su intenso pesar rasgando el velo,
Un himno á tu recuerdo venerado.

Himno que con la voz de nuestro duelo
Te lleva de otros mártires la historia,
Ya que la gloria te arrulló en su cielo
Y habitas hoy el cielo de tu gloria!

A OCAMPO (1)

Si la mano homicida
De un déspota inhumano,
Despedazó las flores de tu vida
Por eclipsar tu genio soberano,
Y envolver en la noche del olvido
La sublime memoria
De tu nombre querido,
Esa mano maldita,
Nunca pudo borrar de nuestra historia
La página bendita
Que guarda los destellos de tu gloria.

En alas del renombre,
Tu nombre conocí desde muy niño,
Y desde entonces coloqué tu nombre
En el mágico altar de mi cariño;
Y desde entonces aprendí á quererte,
Y aprendí desde entonces en la historia,
Que del calvario en que te dieron muerte
Surgió brillante el astro de tu gloria.

Filósofo profundo
Y apóstol incansable del progreso,
Con tu palabra conmoviste al mundo
Y con ella venciste al retroceso,
Cuando luchando por la patria mía,
Patria cuyo adelanto fué tu norma,
Sentiste ¡oh mártir! que en tu pecho ardía
La inquebrantable fe de la Reforma.

(1) Ocampo, *defensor* y propagador de las leyes de Reforma, murió á *manos de los enemigos* de la Constitución.

Filántropo sincero,
Pura brilla la luz de tu conciencia,
Porque fuiste el primero
En tender una mano á la indigencia;
Y patriota constante,
Patriota á cuya voz el fanatismo
Escondió la mirada repugnante,
Recibes, como premio á tus virtudes,
Un cadalso terrible en que perdonas
A esa turba inmoral, que en su delirio,
Te dió, con la corona del martirio,
La corona mejor de las coronas.

Y sucumbes... y el déspota inhumano
Que dictó tu sentencia
Hollando los deberes del hermano,
Se goza en la dolencia
Del pueblo mexicano;
Pero, entonces, la historia
Al recibir los rayos de tu gloria,
Te consagra una página de bronce
Para hacer duradera tu memoria;
Y cada corazón te eleva un templo,
Y cada lira te consagra un canto,
Mientras siguen tu ejemplo
Otros genios que luchan á porfía
Por derrocar á la traición impía,
Y que logran ornar de frescos lauros
La noble frente de la patria mía.

. . . . . .

Estás vengado ya, mártir querido,
Porque la patria que encendió tu anhelo
Mira hoy brillar en su tranquilo cielo
El iris de la paz apetecido;

Estás vengado, porque aquella turba
Funesta y corrompida,
Que en su demencia pretendió perderte,
Hundiéndote en la noche de la muerte
Te abrió las puertas de la nueva vida.

Mártir, adios, como único tributo
De la suprema gratitud que inspira
Tu recuerdo bendito,
Vine á ofrecerte en alas de mi anhelo
Un canto que se eleva hasta tu cielo
Raudo cruzando el ámbito infinito.

Mártir, adios, no temas que en la noche
Tan negra del olvido,
Se pierda tu memoria,
Ni que empañe los timbres de tu gloria
El torpe retroceso,
Pues mientras viva el genio de la historia
En tu sepulcro llorará el Progreso!

Sosa (Francisco)

ROMANCE

No temas, hermosa mía;
Se troncha la débil planta
A los primeros embates
Del viento de la montaña;
Mas el roble corpulento
Que dá sombra con sus ramas,
En donde cuelgan sus nidos
Las aves enamoradas,

Desafía las tormentas,
Y con su verdor encanta
Aún en medio del invierno,
Y nunca sus hojas cambía.

No temas, hermosa mía,
Si ves nubes agrupadas
De nuestro amor en el cielo,
Nuncios de tormenta insana.
Rudo combate es la vida
Del hombre en la tierra ingrata;
Pero sale vencedora,
Si sabe luchar, el alma.
Hay corazones que nunca
Olvidan, si una vez aman,
Y que en la lucha son fuertes
Como el roble en la montaña.

A MI MADRE, EN EL ULTIMO DIA DEL AÑO

Bajo el techo de ese hogar
Cuya pureza has guardado,
Te estoy mirando contar
Los instantes, va á sonar
Una hora que has esperado.

El año muere; mañana
Cuando la aurora galana
Derrame luz y harmonía,
Dorará tu frente cana
Bello el sol del nuevo día.

En ella no sentirás
El beso del hijo ausente,

E ingrato le juzgarás,
Y en su pensamiento estás,
Y tú estás, para él, presente.

Tal vez piensas, madre mía,
Que en medio de la alegría
De una fiesta encantadora,
El hijo que tu alma adora
Hoy ni un recuerdo te envía.

Pero no; cual tú contando
Está los instantes, triste;
Porque el año está acabando
Y no oyó tu acento blando
En él, ni un beso le diste.

Siempre fiel mi corazón
A sus recuerdos mejores.
Imploró tu bendición
En sus horas de ilusión
Y en medio de sus dolores.

Hoy con desdén sin segundo
Miro los goces del mundo,
Porque todos son mentira,
Menos tu afecto profundo
Por quien mi pecho suspira.

Los desengaños traidores
Acabaron con mi fe,
Y marchitaron mis flores,
Mas al morir mis amores
Intacto el tuyo guardé.

Bien sé que ofrenda mejor

Jamás pudiera ofrecerte,
Que la virtud y el honor
Guardados hasta la muerte;
Te lo juro por tu amor.

Ya no llores, madre mía,
La ausencia del hijo amado
Que hoy un recuerdo te envía;
Lleva él tu virtud por guía,
Lleva tu honor por dechado.

Téllez (Joaquín)

EN PRESENCIA DEL MAR DE VERACRUZ

¡El mar, el mar! Sus ondas encrespadas
Estréllanse á mis pies con ronco estruendo:
La gaviota gentil, se está meciendo
Encima de las olas agitadas.

Allí se alzan las playas dilatadas,
El Atlántico airado conteniendo,
Y el *Norte* su melena sacudiendo,
Silba en montes y selvas y cañadas.

Ante este cuadro espléndido, sublime,
El pensamiento permanece mudo...
Dios á los mares su grandeza imprime.

Sírvele, mar, á México de escudo
Contra todo poder que al pueblo oprime,
Y en terrible vaivén ruge sañudo.

AL NIGROMANTE (1)

—

Todo mal tiene por origen algún error
Todo bien emana de una verdad.
(Bernardino de Saint-Pierre.)

Como en medio del mar, bravo marino,
Al retumbar sobre su frente el trueno,
La planta firme, el ánimo sereno,
Combate contra el fiero torbellino;

Y de la ciencia al resplandor divino
Del conturbado piélago en el seno,
La nave rige de confianza lleno
Y al puerto llega con feliz destino.

Así tú, Nigromante, cuando truena
De las pasiones el volcán hirviente,
Impertérrito saltas á la arena,

Historiador, filósofo elocuente;
Y del mal quebrantando la cadena
Propagas la verdad de gente en gente.

Trejo (Joaquín)

DEL LIBRO DE MARÍA

—

La luna, la mensajera
De los ecos del cariño,
La que colora el armiño
De la nube pasajera.

(1) Pseudónimo de Ignacio Ramirez, eminente literato y filósofo.

La estrella que tímida arde
Con dulce melancolía,
Entre el duelo y la alegría,
Entre la noche y la tarde.

El eterno suspirar
Del arroyo manso y puro,
Que corre besando el muro
Del que ayer fuera su hogar.

Bandadas de golondrinas
Que cantan en los balcones,
De donde penden festones
De yedras y clavellinas.

Las aves enamoradas
Que tienden juntas el vuelo,
O que conversan del cielo
Bajo alegres enramadas.

Todo ese cuadro risueño
De sombras y de colores,
De arrullos, auras y flores,
Es como imagen de un sueño.

Porque es el cuadro que ví
Muchas veces á tu lado,
Porque es el edén soñado
Que siempre me habla de tí.

Valle (Juan) [1]

EL CREPÚSCULO EN LA PRESA

Á LUCINDA

Silencio, soledad, melancolía
Reinan doquier: tan sólo la campana
La oración dando en la ciudad lejana,
Anuncia de la tarde la agonía.

Se extienden en redor fajas de montes
Que se van elevando allá á lo lejos,
Y del día espirante á los reflejos,
Limitan los distantes horizontes.

Rústicas chozas en su falda humean,
Y sube el humo en blancas espirales,
Y á través de sus ondas desiguales,
Los fuegos de la luz entreclarean.

Abajo el ancha Presa está tendida
Y el azul de los cielos reproduce,
Inmensa concha que se ostenta y luce
En su marco de peñas embutida.

Con nubes que lo cercan sonrosadas
Parte su última luz el sol poniente,
Cual padre que, al morir, lánguidamente
Entre sus hijas parte sus miradas.

(1) El poeta Juan Valle nació en Guanajuato el 4 de Julio de 1838 y falleció en Guadalajara (Estado de Jalisco) en 1864. A los cinco años de edad quedó ciego, y á los doce años huérfano. Hemos escogido esta composición por el contraste que hace su género, melancólicamente descriptivo, con la ceguera de su autor.

La luna, en tanto, tras la opuesta loma
Melancólica y dulce va saliendo,
Como cuando el placer se va escondiendo,
Por lado opuesto la esperanza asoma.

Y de la Presa en el espejo blando,
Sus rayos luna y sol al par retratan,
Y en el agua se mezclan y dilatan,
Su reflejo en cada ola transformando.

De mil luceros el zenit se puebla,
Chispas de plata sobre azul alfombra:
Ya el sol se ve de ocaso entre la sombra,
De polvo de oro como leve niebla.

Vencedora la luna al contemplarse,
Tendiendo en el paisaje su mirada,
Hermosa, negligente y descuidada,
Del lago en el cristal viene á mirarse.

Las luciérnagas pasan á millares,
Como estrellas errantes y viajeras,
Y se esparcen en notas pasajeras
De la noche los ruídos familiares.

El céfiro nocturno, suspirando,
Forma en el agua músicos acordes,
Y las pequeñas olas en los bordes
Se vienen á estrellar de cuando en cuando.

¡Qué muelle laxitud! ¡qué dulce calma!
A fuerza de quedar muda y tranquila,
Lánguida la existencia se aniquila
En una sensación toda del alma.

¡Qué plácido es estar pensando á solas,
De noche, en este sitio retirado,
Y, viviendo en recuerdos del pasado,
Llorar y suspirar con estas olas!

¡Qué triste y bella está naturaleza
Con esa agua, esa luna, ese vacío!...
La tristeza que reina en torno mío,
Se armoniza muy bien con mi tristeza.

¡Albergue melancólico, tú existes
De los amantes para edén dichoso!
Que siempre, por instinto misterioso,
Va buscando el amor los sitios tristes.

Para grabar en tí nombres y fechas,
Tienes peñascos, árboles y losas,
Y románticas grutas silenciosas,
Para el amor por los amores hechas.

Tienes flores de senos reservados,
Para dejar entre sus hojas presos
Hondos suspiros y secretos besos
Por el amor tan sólo adivinados.

Más fiera á mí me condenó la suerte
A vagar sin amor y sin ventura,
Y el ósculo primero de ternura
Me lo darán los labios de la muerte,

Y, si la fecha de mis días bellos
En tus troncos dejar quiero grabada,
Suspira y gime el alma contristada,
¡Ay! yo no tengo qué grabar en ellos,

Y por eso tan sólo yo querría
Morir aquí por única fortuna;
Y que la luz querida de esa luna
Fuera la aurora de mi eterno día.

Vigil (José María)

—

FRAGMENTOS

¡Salve, ciencia divina,
Faro de la razón, vida del alma,
Que á la horda peregrina
Que el desierto atraviesa
Sin oasis y sin palma,
Tras de la nube espesa
Que el huracán levanta,
A la vista afligida
Señalas ya la tierra prometida
A la que alborozada se adelanta!
La libertad al cabo
Rompe el férreo dogal que la garganta
Oprime del esclavo;
Sus hogueras el negro fanatismo
Extingue, y destronado
Huye desesperado
A ocultarse en el fondo del abismo.
Limpia la luz de la conciencia brilla...
Bajo la extensa bóveda del cielo,
Cada uno la rodilla
Puede doblar en su ferviente anhelo,
De su alma soberano,
Sin sufrir el azote de un tirano.
Hé aquí la obra de Dios... lenta, muy lenta
Mas cual su autor, segura,

A mi agitado espíritu prenenta
En época futura,
Y por dicha del hombre, no lejana,
La región feracísima do mana
En copioso raudal la fuente pura.
¡Ah! puedo ya morir; mis ojos vieron
Tu gloria ¡oh Dios! en su esplendor sublime.
Si mis sienes hirieron
Del dolor las espinas; si me oprime
De un déspota la mano,
Gozo al pensar que tu poder redime
De sus cadenas á mi pobre hermano.

Villalón (Juan)

EL CANTO DE NETZAHUALCOYOTL (1)

Caducas son las pompas de este mundo
Como los verdes sauces de la fuente
Que en este suelo sin rival fecundo
Sombra y frescura dan, mas de repente
El fuego los devora furibundo,
O del hacha el poder rinden la frente,
O bien cuando ya añosos languidecen
Barridos por el cierzo desparecen.

La púrpura del trono es cual la rosa
Que luce su hermosura por un día,
Mientras guarda la savia substanciosa
El avaro botón, más luego impía

(1) Poesía recitada por el emperador de Texcoco en el último banquete que dió para celebrar sus bodas. Traducida del idioma *nahuatl*.

De Tonatiuh (1) la llama rigorosa
Agosta su belleza y lozanía,
Y cual doliente virgen engañada
Pierde el color marchita y desolada.

Es muy breve el reinado de las flores
Como el reinado del humano mismo:
La que hoy al alba muestra sus primores
Yace á la tarde en débil paroxismo:
Todo tiene su fin: gloria y honores
Ruedan con el mortal hasta el abismo;
Es un inmenso panteón la tierra
Que cuanto alimentó piadosa encierra.

Los ríos, los arroyos y las fuentes
Corriendo van, pero jamás alcanzan
Volver á do nacieron sus corrientes;
Y corren más, y mientras más se avanzan
Más ahondan sus tumbas, y dolientes
Al mar se arrojan y por fin descansan...
Tal es el curso de la vida humana,
Ayer no es hoy, ni hoy será mañana.

Llena la fosa está de tristes restos
Que ayer de vida y de salud gozando,
Fueron guerreros, jóvenes apuestos,
Sabios y nobles con riqueza y mando;
Mas poder y riqueza y altos puestos
Al soplo fiero del destino infando
Pasaron como el humo pestilente
Que el Popocatepec vomita hirviente.

Rasgad las sombras de la cripta hueca

(1) *Tonatiuh*, Sol en idioma nahuatl.

Y registrad los senos del olvido...
¿Do está Chalchiutlanet el chichimeca?
Mitl, el cultor de dioses, ¿do se ha ido?
De Tolpiltzin el último Tolteca
Y la hermosa Xiuhtzal, decid, ¿qué ha sido?
¿Dónde Xolotl está, rey fortunado?
¿Do Ixtlilxochitl, mi padre desdichado?

¡Ah! necio afán, inútil diligencia:
¿Quién más sabrá que El, que sabe todo?
Del lodo les sacó su omnipotencia,
Y yacen confundidos con el lodo.
Tal suerte correrá nuestra existencia,
Y nuestros nietos ¡ay! no de otro modo,
Después de haber rendido la jornada,
Serán también el polvo de la nada.

Aspiremos ¡oh! nobles texcucanos,
A la vida inmortal del alta cielo:
La materia perece entre gusanos;
Pero el alma hacia Dios levanta el vuelo:
Del eterno en los campos soberanos
Todo es gloria y amor, paz y consuelo,
Y esos astros que tanto nos deslumbran
Lámparas son que su palacio alumbran.

Zárate (Eduardo E.)

AUSENCIA

I

¡Qué tristes brillan los astros,
Qué tristes corren las aguas,

Qué tristes aves y flores,
Qué triste siento mi alma!
En el cáliz de mi llanto
Está mi pluma empapada,
No es raro, pues, si al correr
Sobre este papel, derrama
Suspiros en vez de letras
Y ayes en vez de palabras...
Hay unos ojos muy bellos
(Mi dicha ahí se retrata)
Mas no han de alumbrarme ahora
Con la luz de su mirada;
Hay una boca muy linda
(Muriera yo por besarla)
Mas no veré hoy la sonrisa
De que hacen sus labios gala;
Hay una virgen muy pura
(¡Cuánto el corazón la ama!)
Mas hoy ya no podré verla,
Que está lejos mi adorada.

Existe en mi pecho ardiente
Un amor santo y sin mancha,
Como un girón de los rielos
Guardado dentro del alma;
Pero así como el espacio,
Si en nubes de rosa y gualda
Hunde el sol su roja frente
Y su postrer rayo lanza,
Se viste de negras sombras,
Símbolo de las desgracias,
Así la fulgente estrella
Que mi vida iluminaba,
Se alejó, y en torno mío
Densas brumas se levantan.

II

Ora tal vez entre risas
Gozarás de mí olvidada,
Mientras el mal de la ausencia
Mi corazón despedaza.
A veces pienso, angel mío,
Que tiendes tus níveas alas
Y elevas tu raudo vuelo
A tu azul, celeste patria;
Por eso lloro tu ausencia;
Por eso odio la distancia,
Pues temo, al dejar de verte,
Que para siempre te vayas,
Y temo al no verte hoy
Por siempre, exclamar mañana:
¡Adiós, mi dulce paloma!
¡Adiós, mi niña adorada!

III

Limitando el horizonte
El Océano se dilata,
Y sus resonantes olas
Dejan al besar la playa
Tendida sobre la arena
De espuma una alfombra blanca;
Otro mar es mi existencia
Mas no hay en él linfa clara,
Sus ondas son de tristeza
Y es su espuma bien amarga...
Entre suspiros y quejas
Bien dicen los que proclaman
Que á corazones amantes
Los males de ausencia matan;
Que á ser muy larga la nuestra
El mío á ver no llegara

La vuelta de sus delicias
Y el término de sus ansias;
Es para el que ama, la ausencia,
Lo que el invierno á las plantas:
La nieve de los pesares
Todas las flores acaba,
Y el cierzo del infortunio
Todas las hojas arranca.

. . . . . .

. . . . . .

¡Qué triste alumbra la luna,
Qué triste del sol la llama,
Qué tristes cielos y tierra,
Qué triste, qué triste el alma!

MI PRIMERA CANA

—

A MARIA

Entre el negro cabello de mi frente
Ha brotado una cana, te la envío;
Piensa al guardarla tú, que ese presente
Símbolo es del pensamiento mío.

Dicen que siempre que las canas brotan,
Cuando no es al influjo de los años,
Es porque al hombre con su soplo azotan
Cual recia tempestad los desengaños.

Y dícese también que á la manera
Con que el alto volcán que haciendo alarde
De la nieve que muéstranos por fuera
La lumbre esconde que en su seno arde.

Siempre que enciende en abrasante llama
Con inmenso tesón el pensamiento,
Cual hojas secas en la verde rama,
En las sienes que forman el asiento.

De juvenil guirnalda y olorosa
Los plateados cabellos van brotando,
El lirio azul y la purpúrea rosa
Con sus nevadas hebras esmaltando.

Así, aunque es raro que una cana venga
En mis floridos años, no te asombre,
Que algo de la vejez el joven tenga,
Si el niño tuvo ya mucho del hombre.

Mas lo que ignoro yo, es que ha venido
A demostrar ese cabello cano:
Si la vida del alma, tarde ha sido,
Si la vida del cuerpo, fué temprano.

E ignoro la pasión que lo engendrara,
Pues no puedo pensar sin extrañeza,
Que si el amor con canas se mostrara
Ya debiera estar blanca mi cabeza...

Yo solo sé que al ver ante mis ojos
Ese hilo de plata suspendido,
Pensé que acaso con tus labios rojos
Lo pudiera sentir humedecido.

Y temblando, temblando cual la palma
Mecida por la brisa dulcemente,
Sentí que se elevaba de mi alma
El ansia de tus besos en mi frente.

Y te quise mandar ese cabello
Por si el capricho de besarle tienes,
Que si á grabar llegaras igual sello
En los que en esa vez cubran mis sienes.

Alumbrados por luz color de aurora,
Aunque los muestre blancos el espejo,
Yo los creeré tan negros como ahora
Que comienzo á pensar que he de ser viejo.

Zaragoza (Antonio)

HARMONIAS

Cuando en la triste pradera
Las flores mustias están,
Y muere la primavera,
Las golondrinas se van.

Otra vez el campo adornan
De primavera las galas,
Y las golondrinas tornan
Dichas trayendo en sus alas.

Cuando dejan las pasiones
En el pecho solo espinas,
Del alma las ilusiones
Se van cual las golondrinas.

Y en vano la antigua calma
Anhelamos con afán;
Las golondrinas del alma
Nunca, nunca volverán.

*
* *

¡Cuál nos encantan las ilusiones
De amor y gloria que abriga el alma,
Que son tan puras como el rocío,
Y cual perfume son regaladas,
Y son fugaces como la espuma,
Y tan suaves como las auras!
Mas si cual ellos tienen encantos,
Pronto como ellos también acaban,
Que esos encantos sólo un momento
Duran, y luego por siempre pasan,
Como el rocío, como el perfume,
Como la espuma, como las auras.

Zayas Enrique (Rafael)

PRIMAVERALES

¿Sabes tú qué es el amor,
El amor puro ideal?
Es ala que dió al mortal
En su clemencia el Señor;
Es el placer del dolor,
Es el dolor del placer,
Es el hombre y la mujer
Que, uniendo sus corazones,
Tienen mutuas sensaciones
De gozo y de padecer.

Dos almas que están unidas
Como la flor con las ramas,
Es su símbolo dos llamas

En una sola fundidas;
Vibraciones confundidas
En un acorde sonido,
Rayo puro desprendido
De la áurea frente febea.
En dos mentes una idea,
En dos pechos un latido.

*
* *

Lirio que entreabre su broche,
Luz pura al amanecer,
Arpa que entona un preludio,
Fuiste ayer.

Lirio cuyo aroma embriaga,
Rayo brillante de sol,
Arpa que sublime vibra,
Eres hoy.

Flor que agostada se inclina,
Lámpara apagada ya,
Arpa sin cuerdas, mañana
Tú serás.

Ayer tuviste una madre,
Hoy amantes tienes mil,
Mañana tendrás, señora,
Sólo á mí.

*
* *

Ver el sol de la tarde en el crepúsculo
Hundiéndose en el mar,
Mientras las brisas en eólica arpa

Se escuchan susurrar;

Sintiendo ya vacío mi cerebro
Y seco el corazón;
Sintiendo la embriaguez de lo infinito
Que ofusca la razón;

Viendo al sueño sus alas agitando,
Y á la noche surgir,
Sin recuerdos, sin ansias ni pesares,
Así quiero morir.

***

Cae una estrella del cielo
Y en el espacio se apaga;
Así ya cayeron todas
Las del cielo de mi alma.

Mas cada estrella de lo alto
Trae al mundo una esperanza,
Y las del alma, si caen,
Una ilusión nos arrancan.

***

Hallé triste el aposento,
Reinaba una luz sombría;
A la habitual alegría
La sombra del sufrimiento
Allí reemplazado había.

El abuelo silencioso
A la cuna me llevó
Con ademán doloroso;

Y en el fúnebre reposo
A la nieta me mostró.

Al mirarle acongojado,
Alcé una plegaria á Dios,
Y el amigo desdichado
Me abrazó, desesperado,
Y así lloramos los dos.

Largo tiempo así estuvimos
Llorando el perdido bien,
Y aun nada nos dijimos,
Nuestras penas comprendimos...
¡Yo tengo un hijo también!

SIEBEL

—

A Manuèl Gutiérrez Nájera

—

Siebel coloca su haz de flores
Que el aire fresco del alba agita,
Mientras irradian los resplandores
En los cristales de mil colores
De la ventana de Margarita.

Sobre las tapias la enredadera
Cruje y ondula cual verde falda,
Y así al muro corre ligera
Hasta que en torno de la vidriera
Prende festones como esmeralda.

Ya en los jardines que se embellecen
Bajo las frondas las aves trinan,

Y un misterioso contraste ofrecen
Con las estrellas que palidecen
Los horizontes que se iluminan.

Cae el rocío sobre la grama,
Sobre los pájaros que aletean,
Sobre las hojas de la retama,
Y va cayendo, de rama en rama,
Entre los pinos que cabecean.

*
* *

Y mientras Fausto, con sus dolores,
Vela, suspira, llora y medita,
Se inunda el cielo de resplandores,
Y Siebel deja su haz de flores
En la ventana de Margarita!

LA ULTIMA SERENATA

A Juan de Dios Peza

CANTO PRIMERO

I

Vaga, confusa, incierta,
Como un girón de niebla en el Invierno,
Aún se agita y despierta
Mi memoria rendida,
Con el triste recuerdo de mi vida
Amargo á veces, pero siempre tierno.
No es la historia completa; son escenas
Aisladas, en que el drama
Se desarolla más, en que las penas

Luchan con el placer que las fascina,
Y en que á través de la confusa trama
La catástrofe triste se adivina.
Empero más vivaz, más culminante,
Más clara, hay una escena,
Infeliz episodio de mi historia,
Que se presenta sola en mi memoria
Como el suelto eslabón de una cadena.
Allá... mi dócil pensamiento vuela
En horas de quietud, y por mi frente
Vuelve á cruzar el caso infortunado,
Única nave que dejó su estela
Indeleble, luciente,
Sobre el obscuro mar de mi pasado.

II

Cuando cierro los ojos ahuyentando
Pensamientos é imágenes sombrías,
Y, urna de mis recuerdos, abro el alma
Para que se perfume mi existencia
Con la divina esencia
Que exhalan hoy mis juveniles días,
Miro á través de la dorada gasa
Del sueño, los diversos,
Pobres lugares do mi infancia pasa:
Aquel rincón del patio de mi casa
Donde compuse mis primeros versos;
Aquella biblioteca obscura y fría
Tapizada de viejos pergaminos,
En donde yo leía
Los libros peregrinos
Que exaltaron mi loca fantasía;
La ventana ruinosa
Do mi primera novia me besaba,
La iglesia de mi barrio, silenciosa,

Triste, churrigueresca,
Con su nave elevada y gigantesca,
Su pórtico de toscas esculturas,
Y sus torres hermosas
Recortando, pesadas y angulosas,
El transparente azul de las alturas!

III

Después... la mente mía
Cual corcel hostigado en su carrera,
Se exalta, se aligera,
Y me conduce á sitios encantados
Donde pasó mi juventud primera.
Aulas llenas de luz: allí los rayos
De un espléndido sol, limpio y sereno,
Brillaban indecisos,
Ora sobre los rizos
De cabezas alegres, soñadoras,
Atentas á la altura
En que el maestro reposado y grave
Hablaba con mesura;
Ora por los rincones
Iluminando solitarios bancos,
O ya sobre los negros pizarrones
Llenos de líneas y guarismos blancos.
¡Patios extensos, ámplios corredores
De mi querida escuela,
Cuál se refresca la memoria mía
Cuando á vosotros anhelante vuela!
Y cual mi fantasía
Rompiendo el triste, tenebroso seno,
Que ocultaba sus galas,
En vuesto ambiente, lleno
De luz y poesía
Alegre empapa las inquietas alas!

IV

Por fin, ya estás aquí, calle tortuosa,
Estrecha, solitaria;
Ni un detalle he perdido; la medrosa
Larga fachada de color obscuro,
Frente á la tapia donde cada piedra
Desmoronada, decoraba el muro
Con un penacho de frondosa hiedra:
La forma caprichosa
De dos columnas de labrado rudo,
En cuya base jónica, reposa
El tosco cuadro del antiguo escudo;
Y luego, aquella reja
De hierro ennegrecido
En la que alguien parece que se queja
De mi culpable olvido!
¡Ah! qué mucho que siempre que os recuerde
Fachada, tapia, reja, hiedra verde,
Llore por mi abandono y por mi ausencia,
Si en vuestra calle, lóbrega y sombría,
La más pura ilusión de mi existencia
Se ha quedado llorando todavía!

CANTO SEGUNDO

I

Yo estaba enamorado: ¿quién no siente
Arder á los quince años esa llama:
La edad, en que se piensa en ser valiente,
En que se sueñan lauros en la frente,
Y del sainete vil, se forja un drama?
La edad en que queremos como sabios
Penetrar los arcanos de la ciencia,
Que alcen un himno á la virtud los labios,
Ser de los vicios el eterno azote,

E ir por el mundo desfaciendo agravios
Con las débiles armas del Quijote!

II

Así nació mi amor: en una tarde
Pasaba con mi libro bajo el brazo
Por esa calle, y en la reja aquella
Ví por primera vez, gentil y pura,
La niña de mis sueños de ventura,
Pálida, triste, pudorosa, bella.
Sobre el ancho sillón, las amarillas
Manos cruzadas en el blando pecho,
Allí tendida, inerte,
Sintiendo resbalar por sus mejillas
Las sombras de la muerte;
Allí, como en un lecho,
La cabeza inclinada
Como una flor tronchada;
Con los ojos cerrados, el cabello
Desordenado en su revuelto giro,
Y en el delgado y transparente cuello
Contenido un sollozo ó un suspiro.
Como un nimbo de luz, un fino encaje,
Movido á veces por su aliento flébil,
Ornando su cabeza,
Y envuelto en blanco y vaporoso traje
El cuerpecito enflaquecido y débil.

III

Pasé, volví á pasar, y me detuve
Frente á aquella visión; sentí que el alma
Se postraba de hinojos,
Cuando ví que sus párpados se abrían
Y abrasadores rayos desprendían
Los profundos abismos de sus ojos.

IV

Y el sol, que se escondía
Entre las nubes de color sangriento;
La luna, sin fulgor, que aparecía
Sobre el obscuro azul del firmamento;
Una estrella que erraba
Brillando en los lejanos horizontes,
En el espeso velo
En que ya la silueta de los montes
Va cortando los términos del cielo:
La nieve del volcán, resplandeciente,
Enrojecida por el sol poniente,
Y hasta un granado que en la tapia asoma
Su rama más florida,
Hablaron de calor, de luz, de aroma,
De juventud, de porvenir, de vida.

V

¡Qué contraste, Dios mío!
¡Qué mirada tan honda de tristeza
Te dirigió la niña moribunda,
Madre Naturaleza!
Yo ante dolor tan vivo,
Viéndote hacer de tu hermosura alarde,
Me retiré callado y pensativo...
Y así nació mi amor, aquella tarde!...

VI

...Después de mis faenas
Estudiantiles, iba apresurado
Sintiendo con vigor inusitado
Correr la sangre ardiente por mis venas:
Pasaba, como siempre, cabizbajo,
Tímido, palpitante,
Siquiera fuese por mirar su sombra,

El divino perfil de su semblante,
O escuchar en un éxtasis amante
El rumor de sus pasos por la alfombra.

VII

¡Cuántas veces la ví, como en un sueño,
Fijar en mí sus ojos,
Y aparecer en su mejilla pálida
Misteriosos y púdicos sonrojos!
Creí que nuestras almas se mandaban
Algo como un saludo,
Y en tristes confidencias entablaban
Algún diálogo mudo.
¿Fué cierto?... No lo sé; nunca he podido
Descifrar el misterio,
Ni al descansar cual hoy, yo en el olvido,
Y ella... en el cementerio!
En mi ánimo abatido
Yo sólo sé que duerme desde entonces
La fe con que una vez osaba amarla,
Cual la chispa en el seno de los bronces
Mientras no viene el golpe á despertarla.

VIII

Una noche, mi cuarto de estudiante
No pudo contener, porque era estrecho,
Todas las ilusiones que brotaron
Del solitario fondo de mi pecho.
Al canto de mi amor, como gemidos
De la suprema angustia,
Respondieron los últimos crujidos
De mi lámpara mustia;
El Invierno, otra vez, á los cristales
De mi ventana en que se mira un cielo
Pavoroso y sombrío,

Fué á llamar con sus lágrimas de hielo
Como cuajadas gotas de rocío.
De mi alcoba sali, dejando el sueño;
Crucé las calles tristes y desiertas,
Llegué á la casa de mi adorado dueño,
Y allí detuve el paso
Frente á esa línea de fulgor escaso
Que lanzan las maderas entreabiertas.
Mi romántico ensueño,
¿Dónde vagaba en tan solemne hora?
Tal vez me parecía
Que yo era el Trovador de esa Leonora.
Ignoraba su nombre, y no os asombre
Que así tuviera la razón perdida,
Pues todos los delirios de mi vida
Nunca han tenido nombre.
Me oculté en un rincón de la fachada;
¡Ni una luz, ni un rumor!... Todo dormía,
Sólo mi alegre corazón latía...
Entre las rotas nubes
Un astro nada más resplandecía;
¡De qué grata ternura
Se llenó aquella noche
Mi alma, en el centro de su fe, segura!

Entretanto, mi pálida... ¿dormía?
¿En mí soñaba acaso? ó reclinada
En el borde del lecho,
Sintiendo estaba lo que yo sentía
Allá... en el fondo de mi cuarto estrecho?
¡Ah! si estaba despierta,
Vago presentimiento
De que yo estaba ahí, frente á su puerta,
¿No la haría temblar por un momento?...

Trémulo me acerqué, y en el exceso
De mi cariño puro,
Imprimí largo beso
En el pesado y carcomido muro;
En voz baja le hablé de mis amores,
En voz baja también canté mis penas,
Cual cantaban antiguos trovadores
En dulce mandolín sus cantilenas.
Mi arpa era el viento, cuya voz eólica
En la frondosa rama del granado
Vibraba melancólica;
Con dulce acento entre la verde hiedra,
O grave y triste como voz lejana
Entre los rotos ángulos de piedra
O el hierro sin color de la ventana.
Cuando alcé la mirada al firmamento
Y ví la estrella huérfana y tranquila,
Lanzándome el reflejo macilento
De su inmóvil pupila,
Me pareció que acompañaba al viento
Y que en aquella noche, breve y grata
Entonaba también mi serenata.

CANTO TERCERO

I

Nueve tardes sin verla; nueve días
Sin sol, sin luz, sin galas;
Todas mis alegrías
Sin fuerzas ya para tender las alas!
Mi espíritu cansado
Y el horizonte de mi amor velado.
¡Largas horas, que envueltas
En el manto de sombras del crepúsculo
Visteis mi angustia horrible,

Sin que mi labio prorrumpiera un grito,
Y me visteis inmóvil, pareciendo
Quizá tan insensible
Como aquellas columnas de granito;
Si cruzasteis el mundo,
Horas que el aura de la noche besa,
En vuestro tardo paso
No encontraréis, acaso,
Un dolor más profundo,
Más inquietud, más pena, más tristeza!.

II

Aquella noche, llena
De reflejos purísimos, traía
Ese silencio sepulcral que asombra;
Recortaba con bordes luminosos
Los obscuros contornos de la sombra;
Dibujaba en el muro
Fantásticas siluetas,
Y hacía arder su resplandor más puro
Entre las verdes grietas!
Yo la miré en la calle
Tender sobre el quebrado pavimento
Su luz, como blanquísimo sudario,
Prendiendo, aterradora cual ninguna,
El amarillo disco de la luna
En la elevada cruz del campanario.

III

Y corrieron las horas, y me hallaron
En la misma actitud, mudo y sombrío;
El alma estremeciéndose de pena,
Y el cuerpo estremeciéndose de frío...
¡Qué batalla tan ruda
Libraron en mí mismo

La esperanza, el temor, la fe y la duda!
¡Como bíblicos ángeles
Lucharon sobre el puente del abismo!
Me decidí por fin; hoy que me acuerdo
Mi decisión me pasma;
Crucé á lo largo de la tapia vieja,
Y, ebrio por el dolor, como un fantasma
Me detuve en la reja...
En tan triste momento
Quiso también acompañarme el viento;
Gimió en los hierros, empujó la puerta,
Iluminóse la ventana abierta
Y por aquella parte luminosa
El confuso rumor de una plegaria
Fué rodando, rodando, hasta perderse
Por la calle torcida, tenebrosa,
Estrecha, interminable, solitaria...

IV

¡Cómo llegué hasta allí! Sólo recuerdo
Impresiones primeras;
El crujir de las ceras,
De multitud de flores la fragancia,
Y algunos rostros lívidos
Llorando en los rincones de la estancia.
Y blanca, entre las ceras y las flores,
Por un velo cubierta,
Allí estaba el amor de mis amores!
Allí estaba la muerta!
Me acerqué paso á paso
Con la alma estremecida,
Pues que aquel era el delicado vaso
Que contuvo la esencia de mi vida.
Y levanté ese velo,
Y á la rojiza llama de los cirios

Ví aquella faz serena,
De luz, de gloria y de ternura llena!
Vi aquellas amarillas
Manos, cruzadas sobre el blando pecho;
Allí tendida, inerte,
Ya marchitas del todo sus mejillas,
Ya envuelta por las sombras de la muerte.
Tomé una de esas manos, seca y fría,
Y la estreché, temblando, con la mía;
Y aquel diálogo mudo
Que interrumpió el dolor y el alma hospeda
Como á rayo de luz seco follaje,
Concluyó con el último saludo
De un espíritu triste que se queda
Y otro que emprende el misterioso viaje.
No gemí, no lloré; yo era la nube
que en tempestuoso cielo se pasea,
Bañada en agua por el éter sube
Y al no poder llover relampagueal

V

¡Oh casta imagen de mis sueños, pasa;
¡Pobre rincón del patio de mi casa,
Corredores extensos de mi escuela,
Pasad; con recordaros, todavía
Mi espíritu cansado se consuela!
No he vuelto á ver ni la reja ni la calle,
Mas vivirán en la memoria mía
Mientras mi débil corazón batalle.
Alguna noche grata
Que recuerda mis horas de ventura,
La estrella que cantó mi serenata
Llena de paz, fulgura,
Callada y triste, como yo en mi duelo,
Sobre la muda soledad del cielo
Que semeja en lo inmenso mi amargura.

DE UN POEMA

—

Hay un papel entre mis versos, mudo
cómplice del recuerdo que me exalta;
lo abro temblando, á la memoria ayudo,
y en el silencio de mi hogar desnudo
me pongo á meditar sobre tu falta.

***

Mi espíritu despierto emprende el viaje,
y libre del afán que lo consume,
vuela al pasado para ver tu traje
besar su falda de crujiente encaje
y embriagarse otra vez con su perfume.

***

El labio tiembla entonces y te nombra,
y vuelvo á verme en la risueña estancia;
Las cortinas de tul, la roja alfombra,
y derramando entre la grata sombra,
mi regalo de flores su fragancia.

***

El piano abierto; en el atril alguna
romanza que cantaste en la mañana;
el tibio ambiente que á la luz se aduna,
y el tembloroso rayo de la luna
prendido en el cristal de la ventana.

***

¡Qué viento de harmonías celestiales,
de músicas y besos, suena en torno!
De mi lámpara, en grupos desiguales,
asciende el humo en blancas espirales
y dibuja en la sombra tu contorno.

***

¡Allí estás, sueño mío! No te escondas
que ya mis ilusiones vuelan francas,
del pecho surgen en lumíneas ondas
tal como surgen de las verdes frondas
ebrias de miel las mariposas blancas!...

***

No te escondas, que ya mis alegrías
son flores que abren el marchito broche;
derrama luz sobre las sombras mías,
y déjame decir como Tobías:
¡hay un ángel en medio de mi noche!

PERLAS

Á IGNACIO M. LUCHICHÍ

Como al fondo del mar baja
el buzo en busca de perlas;
la inspiración baja á veces
al fondo de mis tristezas
para recoger estrofas
empapadas en mis penas.
Y en cada uno de mis versos

viven, con vida siniestra,
mis deseos, mis temores,
mis dudas y mis creencias.
¡Qué mucho que yo los ame!
¡Qué mucho que yo los lea,
si son hojas arrancadas
al libro de mi existencia!
Cuando en mi obscura memoria
la frase brillando queda,
como en un girón de nube
el reflejo de una estrella,
es porque bajó tan hondo
la inspiración á cogerla,
que en esa frase palpita
el corazón del poeta.
Siempre que á soñar me pongo
encantadoras quimeras,
imposibles ideales,
seres de extraña belleza
que habitan en luminosas
arquitecturas aéreas;
formas que flotan aisladas,
y diáfanas, y serenas,
como los ángeles blancos
de la Divina Comedia,
la realidad de la vida,
inflexible, me despierta,
y quedo confuso y triste
sintiendo angustias supremas,
como esas aves que huyen
en busca de primavera
y en alta mar las sorprende
el furor de la tormenta.
Entonces escribo, escribo
con una ternura inmensa,

que sólo cuando hago versos
el alma llora y se queja,
y la inspiración se hunde
en el mar de mis tristezas
para recojer estrofas
empapadas en mis penas.
Y, sin embargo, en el fondo,
cuántos dolores se quedan
sin expresión, tan intensos
que no caben en la idea,
porque son, deseos vagos,
aspiraciones inmensas,
alas que exploran espacios,
sueños de cosas eternas,
nostalgias de extraños mundos,
citas de lo que no llega...
¡La inspiracion es un buzo
que no ha pescado esas perlas!

EL CREPÚSCULO EN LA CELDA

Á RAFAEL CARPIO

I

El sol que muere á lo lejos
En los brazos de la tarde,
El horizonte que arde
Con purpurinos reflejos;
Cantando en los robles viejos
El ave que al nido llega,
El mar que risueño juega,
Y alguna nave que flota

Como una blanca gaviota
Cuando las alas despliega;

II

Las brumas crepusculares
Envolviendo nuestra aldea,
Y la torre que blanquea
Entre verdes limonares;
Cual corona de azahares
La luna llena, á la espalda
Del horizonte de gualda,
Y en el manto de la noche,
Desprendiendo el primer broche
Su resplandor de esmeralda.

III

Este hermoso cuadro mira
Con hondísima amargura
Dentro de su celda obscura,
Una monja que suspira.
La triste lámpara espira
Con resplandor tibio y puro,
Allá... sobre el fondo obscuro,
Y al agonizar alumbra,
A un Cristo que en la penumbra
Se destaca de aquel muro.

IV

¡Cómo revela su pena!...
¡Cuánta compasión provoca
Dentro de la negra toca
Su nívea faz de azucena!
Oid la oración, ya suena
En la vibrante campana
De torrecilla lejana,

Y llega como un gemido
Al aposento escondido
De aquella mártir cristiana.

V

Tristes suspiros exhala,
Y á través de su pupila
Radiante, pura, tranquila,
Una lágrima resbala:
La tarde, en tanto, su gala
Enciende, y la monja aquella
Mira la fúlgida estrella
Elevarse solitaria,
Y murmura esta plegaria
Con acentos de querella:

VI

—¡Oh! La tarde placentera
Está luciendo sus galas!
Qué leves siento las alas
De la brisa pasajera!
Manso alumbra la ribera
De la luna el rayo frío;
Mas... yo estoy triste, Dios mío,
Y mi corazón se queja
Tras la solitaria reja
De mi convento sombrío.

VII

En esta tranquila calma
En vano busco consuelo,
Que no hay nubes en el cielo,
Pero hay nubes en mi alma;
Pobre, sola, débil palma
Que en medio al desierto pones,

Es fuerza que la perdones
Si ya resistir no pudo,
Al huracán fiero y rudo
Engendro de las pasiones.

VIII

Cuán vanos mis votos son
Pues sin olvidar mi historia
Está viva en mi memoria
La imagen de una ilusión:
¡Ah, Señor! perdón, perdón,
Si cuando llego á rezar,
En vez de plegaria alzar,
Mi pecho de amor se inflama
Ante la rojiza llama
De los cirios del altar.

IX

Perdón si con entereza
Hice un santo juramento,
Y vacilo y me arrepiento
De aquella falsa promesa;
Mas tu infinita grandeza
Oirá mi angustioso grito;
En mi corazón maldito
Todos mis ensueños gimen,
Perdona Señor, mi crimen,
Si es que amar es un delito.

X

...Ayer mis horas pasar
Alegres, ví con amor,
Para el mundo era una flor
Y un ave para mi hogar;
Mas hoy... ¿por qué recordar

El reposo ya perdido?...
¿Por qué mi pecho afligido
Entre dolores se agita,
Si la flor está marchita
Y el ave lejos del nido...

XI

Nacieron mis ilusiones
Como la luz de la aurora
Que el horizonte colora;
En medio á mis emociones
Me arrullaban las canciones;
—¡Recuerdo, jamás acabes!—
Y tú, Señor, ya lo sabes,
Yo cantaba mis amores
A las brisas, á las flores,
A los cielos y á las aves.

XII

Porque amor, es la secreta
Voz de sensación ignota;
Porque amor es cada nota
De la lira del poeta:
La Naturaleza inquieta
En mar de amor se deshizo,
Y amor, amor, sólo quiso
Al levantar su santuario,
Jesucristo en el Calvario,
Adán en el Paraíso.

XIII

Mas vanas son mis razones,
Para disfrutar de calma,
Es fuerza que mate el alma
Sus últimas ilusiones;

Es fuerza que mis pasiones
Sufran también su tormento...
Y, sin embargo, yo siento
Encenderse mi alma entera,
Como se enciende una hoguera
A los impulsos del viento.

XIV

Ya la noche se avecina
Con sus lánguidos rumores,
Buscan rocío las flores
Y el nido la golondrina;
La suave luna ilumina
Mi rostro pálido y frío;
¡Ay!... yo estoy triste, Dios mío,
Como paloma en las redes,
Entre las negras paredes
De mi convento sombrío.

XV

Si de lágrimas me inundo,
Es porque de gozo llena
Ríe la vida serena
Junto á mi dolor profundo;
¡Dios Eterno! ¡Alma del mundo!
Si me curas la demencia
Que arrebata mi existencia,
Si quieres darme consuelo,
Pon las sombras en el cielo
Y la luz en mi conciencia.

XVI

Calló la monja, la sombra
Extendió su pardo manto,
Envolviendo al claustro santo

Cuya negra mole asombra:
¡Señor! mi labio te nombra
Implorando tu piedad;
Ten en cuenta su humildad
Perdona su amor bendito
Y si amar es un delito
Castiga á la humanidad!

Gutierrez Nájera (Manuel)

LA DUQUESA JOB

Á MANUEL PUGA Y ACAL

En dulce charla de sobremesa,
Mientras devoro fresa tras fresa
Y abajo ronca tu perro Bob,
Te haré el retrato de la duquesa
Que adora á veces el duque Job.

No es la condesa que Villasana
Caricatura, ni la poblana
De enagua roja, que Prieto amó;
No es la criadita de pies nudosos,
Ni la que sueña con los gomosos
Y con los gallos de Micoló.

Mi duquesita, la que me adora,
No tiene humos de gran señora;
Es la griseta de Paul de Kock.
No baila *Boston*, y desconoce
De las carreras el alto goce,

Y los placeres del *five ó'clock.*

Pero ni el sueño de algún poeta,
Ni los querubes que vió Jacob,
Fueron tan bellos cual la coqueta
De ojitos verdes, rubia griseta
Que adora á veces el duque Job.

Si pisa alfombras, no es en su casa;
Si por Plateros alegre pasa
Y la saluda Madam Marnat,
No es, sin disputa, porque la vista,
Sí porque á casa de otra modista
Desde temprano rápida va.

No tiene alhajas mi duquesita,
Pero es tan guapa y es tan bonita,
Y tiene un cuerpo tan *v'lan* tan *pschutt,*
De tal manera trasciende á Francia
Que no la igualan en elegancia
Ni las clientes de Hélene Kossut.

Desde las puertas de la Sorpresa
Hasta la esquina del Jockey Club,
No hay española, yankee ó francesa,
Ni más bonita, ni más traviesa
Que la duquesa del duque Job.

¡Cómo resuena su taconeo
En las baldosas! ¡Con qué meneo
Luce su talle de tentación!
¡Con qué airecito de aristocracia
Mira á los hombres, y con qué gracia
Frunce los labios—¡Mimí Pinson!

Si alguien la alcanza, si la requiebra,
Ella, ligera como una cabra,
Sigue camino del almacén;
Pero ¡ay del tuno si alarga el brazo!
Nadie le salva del sombrillazo
Qne le descarga sobre la sien!

¡No hay en el mundo mujer más linda!
Pie de andaluza, boca de guinda,
Esprit rociado de Veuve Clicqot;
Talle de avispa, cutis de ala,
Ojos traviesos de colegiala
Como los ojos de Louise Theo!

Agil, nerviosa, blanca, delgada,
Media de seda bien estirada,
Gola de encaje, corsé de ¡crac!
Nariz pequeña, garbosa, cuca,
Y palpitantes sobre la nuca
Rizos tan rubios como el cognac.

Sus ojos verdes bailan el tango;
Nada hay más bello que el arremango
Provocativo de su nariz!
Por ser tan joven y tan bonita,
Cual mi sedosa, blanca gatita,
Diera sus pajes la emperatriz.

¡Ah! tú no has visto cuando se peina,
Sobre sus hombros de rosa reina
Caer los rizos en profusión!
Tú no has oído qué alegre canta,
Mientras sus brazos y su garganta
De fresca espuma cubre el jabón!

¡Y los domingos...! ¡Con qué alegría
Oye en su lecho bullir el día
Y hasta las nueve quieta se está!
¡Cuál se acurruca la perezosa,
Bajo la colcha color de rosa,
Mientras á misa la criada va!

La breve cofia de blanco encaje
Cubre sus rizos, el limpio traje
Aguarda encima del canapé;
Altas, lustrosas y pequeñitas,
Sus puntas muestran las dos botitas,
Abandonadas del catre al pie.

Después ligera, del lecho brinca,
¡Oh quién la viera cuando se hinca
Blanca y esbelta sobre el colchón!
¿Qué valen junto de tanta gracia
Las niñas ricas, la aristocracia,
Ni mis amigas de cotillón?

Toco; se viste; me abre; almorzamos;
Con apetito los dos tomamos
Un par de huevos y un buen beefsteak,
Media botella de rico vino,
Y en coche juntos, vamos camino
Del pintoresco Chapultepec.

. . . . . .

. . . . . .

Desde las puertas de la Sorpresa
Hasta la esquina del Jockey Club,
No hay española, yankee ó francesa,
Ni más bonita ni más traviesa
Que la duquesa del duque Job!

CALICOT

Á Anselmo Alfaro

—

—Abre la puerta, portero,
Que alguno tocando está.
—Es el amigo cartero.
—En su gran bolsa de cuero,
Mi buen amigo el cartero
¿Qué traerá?

—

Ha diez años vivo ausente
De casa: ¿me escribirán?
¡Abre, que estoy impaciente!
¿Qué dirán al pobre ausente
Los que tan lejos están?
¿Qué dirán?—

—

Entra á la pobre casucha;
Sube listo la escalera,
Y se quita la cachucha
Y desata la cartera.
¡Ya está aquí!
¡Ya está la carta cerrada
Que mi madre idolatrada
Habrá escrito para mí!
¡Ya está aquí!

—

Con ojos que nubla el llanto
Se pone el pobre á leer,
Pero á veces llora tanto
Que casi no puede ver.
¿Qué será
Lo que le escriben al mozo,

Cuando, lanzando un sollozo,
Grita: ¡Mamá! ¡mi mamá!
Las manos, lacias y flojas,
Abre en hondo desconsuelo,
Y de la carta las hojas
Caen arrugadas al suelo.
Ya no es posible que acabe
De leerla; ¡ya no ve!
¿Para qué, si ya lo sabe?
¿Para qué?

—

Besa el enlutado sobre
Y rompe el mozo á llorar...
¡Diez años hace que el pobre
Dejó su tierra y su hogar!
¡Diez años hace, diez años,
Salió á buscarse la vida!...
Bajó los altos castaños
¡Qué triste es la despedida!

—

La madre le dió un rosario
El padre un abrazo estrecho...
Y hoy al verse solitario,
¡Con qué ansia el pobre rosario
Oprime contra su pecho!

—

A América le mandaron,
Con ahinco trabajó,
Y meses y años pasaron
Para el pobre *calicot!*
¿A qué seguir la porfía?...
La madre que le quería
Se murió!
Vendiendo cintas y gorros
Fué su trabajo fecundo;

Pero ya sólo en el mundo
¿De qué sirven sus ahorros?

—

¿Quién los ojos de mi anciana
Buena madre cerraría?
¿Quién la humilde cruz cristiana
En las manos le pondría?
Le esperaba mi buen padre...
A mirarlo no volví...!
Hoy también mi santa madre
Duerme allí!

—

¿Por qué á América me enviaron?
¿Por qué el campo no labré
Mis amigos me olvidaron,
¡A mis padres no enterré!
Los proyectos que formaba
La experiencia destruyó,
Y una joven que yo amaba
Ya con otro se casó...!
Compañeros de montaña,
Que fortuna codiciáis,
A la triste tierra extraña
¡No vengáis!

—

Así el mozo soliloquia,
Recordando en su quebranto
El humilde camposanto
Que domina la parroquia.
Ya los últimos luceros
La mañana disipó...
Pasan ya tus compañeros...
¡Al trabajo, *calicot!*

MARIPOSAS

Á. J. M. BUSTILLOS

Ora blancas cual copos de nieve,
Ora negras, azules ó rojas,
En miriadas esmaltan al aire
Y en los pétalos frescos retozan.
Leves saltan del cáliz abierto,
Como prófugas almas de rosas,
Y con gracia gentil se columpian
En sus verdes hamacas de hojas.
Una chispa de luz les da vida
Y una gota al caer las ahoga;
Aparecen al claro del día,
Y ya muertas las halla la sombra.

¿Quién conoce sus nidos ocultos?
¿En qué sitio de noche reposan?
¡Las coquetas no tienen morada...!
¡Las volubles no tienen alcoba...!
Nacen, aman, y brillan y mueren,
En el aire, al morir se transforman,
Y se van, sin dejarnos su huella,
Cual de tenue llovizna las gotas.
Tal vez unas en flores se truecan,
Y llamadas al cielo las otras,
Con millones de alitas compactas
El arco iris espléndido forman.
Vagabundas, ¿en dónde está el nido?
Sultancita, ¿qué harem te aprisiona?
¿A qué amante prefieres, coqueta?
¿En qué tumba dormís, mariposas?

*
* *

¡Así vuelan y pasan y espiran
Las quimeras de amor y de gloria,
Esas alas brillantes del alma,
Ora blancas, azules ó rojas!
¿Quién conoce en qué sitio os perdísteis,
Ilusiones que sois mariposas?
¡Cuán ligero voló vuestro enjambre
Al caer en el alma la sombra!
Tú, la blanca, ¿por qué ya no vienes?
¿No eras fresco azahar de mi novia?
Te formé con un grumo del cirio
Que de niño llevé á la parroquia;
Eras casta, creyente, sencilla,
Y al posarte temblando en mi boca,
Murmurabas, heraldo de goces,
«¡Ya está cerca tu noche de bodas!»

¡Ya no viene la blanca, la buena!
Ya no viene tampoco la roja,
La que en sangre teñí beso vivo,
¡Al morder unos labios de rosa!
Ni la azul que me dijo: ¡poeta!
¡Ni la de oro, promesa de gloria!
¡Ha caído la tarde en el alma!
¡Es de noche... ya no hay mariposas!
Encended ese cirio amarillo...
Ya vendrán en tumulto las otras,
Las que tienen las alas muy negras
Y se acercan en fúnebre ronda!
¡Compañeras, la cera está ardiendo;
Compañeras, la pieza está sola!
¡Si por mi alma os habéis enlutado,
Venid pronto, venid, mariposas!

PARA EL CORPIÑO

Las campánulas hermosas
¿Sabes tú qué significan?
Son campanas que repican
En las nupcias de las rosas.
—¡Las campánulas hermosas
Son campanas que repican!

¿Ves qué rojas son las fresas?
¡Y más rojas si las besas!..
¿Por qué es rojo su color?
Esas fresas tan suaves,
Son la sangre de las aves
¡Que asesina el cazador!
Las violetas pudorosas,
En sus hojas escondidas
Las violeias misteriosas,
Son luciérnagas dormidas.
¿Ves mil luces cintilantes
Tan brillantes cual coquetas,
Nunca fijas, siempre errantes?
...¡Es que vuelan las violetas!
La amapola, ya es casada;
Cada mirto es un herido;
La gardenia inmaculada
Es la blanca desposada
Esperando al prometido!
Cuando flores tú me pides
Yo te mando «¡no me olvides!»
Y esas flores pequeñitas
Que mi casto amor prefiere,
A las blancas margaritas
Les preguntan: ¿no lo quiere?—

«¡No me olvides!» Frescas flores
Le prodigan sus aromas
Y en tus hombros seductores
Se detienen las palomas
¡No hay invierno! ¡No hay tristeza!
Con amor, Naturaleza
Todo agita, todo mueve...
Luz difunde, siembra vidas...
¿Ves los copos de la nieve?
¡Son palomas entumidas!
Tiene un alma cuanto es bello;
Los diamantes,
¡Son los trémulos amantes
De tu cuello!
¡La azucena que te envío
Es novicia que profesa,
Y tu boca es una fresa
Empapada de rocío!

Buenos dioses tutelares
¡Dadme ramos de azahares!

.....Si me muero, dormir quiero
Bajo flores compasivas...
¡Si me muero, si me muero,
Dadme muchas siemprevivas!

PARA UN MENU

—

Las novias pasadas son copas vacías,
En ellas pusimos un poco de amor;
El néctar tomamos... huyeron los días...
¡Traed otras copas con nuevo licor!

Champagne son las rubias de cutis de azalia;
Borgoña los labios de vivo carmín;
Los ojos obscuros son vino de Italia,
Los verdes y claros son vino del Rhin!

Las bocas de grana son húmedas fresas;
Las negras pupilas escancian café,
Son ojos azules las llamas traviesas
Que trémulas corren como almas del té!

¡La copa se apura, la dicha se agota;
De un sorbo tomamos mujer y licor...
Dejemos las copas... Si queda una gota,
Que beba el lacayo las heces de amor!

DE BLANCO

—

¿Qué cosa más blanca qué cándido lirio?
¿Qué cosa más pura qué místico cirio?
¿Qué cosa más casta que tierno azahar?
¿Qué cosa más virgen qué leve neblina?
¿Qué cosa más santa que el ara divina
De gótico altar?
De blancas palomas el aire se puebla;
Con túnica blanca, tejida de niebla,
Se envuelve á lo lejos feudal torreón,
Erguida en el huerto la trémula acacia
Al soplo del viento sacude con gracia
Su níveo pompón!
¿No ves en el monte la nieve que albea?
La torre muy blanca domina la aldea,
Las tiernas ovejas triscando se van;
De cisnes intactos el lago se llena;

Columpia su copa la enhiesta azucena
Y su ánfora inmensa levanta el volcán.

Entremos al templo: la hostia fulgura;
De nieve parecen las canas del cura,
Vestido con alba de lino sutil;
Cien niñas hermosas ocupan las bancas,
Y todas vestidas con túnicas blancas
En ramos ofrecen las flores de Abril.

Subamos al coro: la virgen propicia
Escucha los rezos de casta novicia
Y el cristo de mármol espira en la cruz;
Sin mancha se yerguen las velas de cera;
De encaje es la tenue cortina ligera
Que ya transparenta del alba la luz.

Bajemos al campo: tumulto de plumas
Parece el arroyo de blancas espumas
Que quieren, cantando, correr y saltar;
Su airosa mantilla de fresca neblina
Terció la montaña; la vela latina
De barca ligera se pierde en el mar,

Ya salta del lecho la joven hermosa
Y el agua refresca sus hombros de diosa,
Sus brazos ebúrneos, su cuello gentil,
Cantando y risueña se ciñe la enagua,
Y trémulas brillan las gotas del agua
En su árabe peine de blanco marfil.

¡Oh mármol! ¡Oh nieves! ¡Oh inmensa blancura
Que esparces doquiera tu casta hermosura!
¡Oh tímida virgen! ¡Oh casta vestal!
Tú estás en la estatua de eterna belleza;

De tu hábito blando nació la pureza,
¡Al angel das alas, sudario al mortal!

Tú cubres al niño que llega á la vida,
Coronas las sienes de fiel prometida,
Al paje revistes de rico tisú,
¡Qué blancas son, reinas, los mantos de armiño!
¡Qué blanca es, ¡oh madres! la cuna del niño!
¡Qué blanca, mi amada, que blanca eres tú!

En sueños ufanos de amores contemplo
Alzarse muy blancas las torres de un templo
Y oculto entre lirios abrirse un hogar;
Y el velo de novia prenderse á tu frente,
Cual nube de gasa que cae lentamente
Y viene en tus hombros su encaje á posar.

LA SERENATA DE SCHUBERT

¡Oh, qué dulce canción! Límpida brota
Esparciendo sus blandas harmonías,
Y parece que lleva en cada nota
¡Muchas tristezas y ternuras mías!
¡Así hablara mi alma... si pudiera!
Así dentro del seno,
Se quejan, nunca oídos, mis dolores!
¡Así, en mis luchas, de congoja lleno,
Digo á la vida:—¡Déjame ser bueno!
—¡Así sollozan todos mis amores!
¿De quién es esa voz? Parece alzarse
Junto del lago azul, en noche quieta,
Subir por el espacio, y desgranarse
Al tocar el cristal de la ventana . . . . .

Que entreabre la novia del poeta..!
¿No la oís cómo dice: «hasta mañana»?
¡Hasta mañana amor! El bosque espeso
Cruza, cantando, el venturoso amante,
Y el eco vago de su voz distante
Decir parece: «¡Hasta mañana, beso!»
¿Por qué es preciso que la dicha acabe?
¿Por que la novia queda en la ventana,
Y la nota que dice: «¡hasta mañana!»
El corazón responde: «¿quién lo sabe?»
¡Cuántos cisnes jugando en la laguna!
¡Qué azules brincan las traviesas olas!
En el sereno ambiente ¡cuánta luna!
Mas las almas ¡qué tristes y qué solas!
En las ondas de plata
De la atmósfera tibia y transparente,
Como una Ofelia náufraga y doliente,
¡Va flotando la tierna serenata!...
Hay ternura y dolor en ese canto,
Y tiene esa amorosa despedida
La transparencia nítida del llanto,
¡Y la inmensa tristeza de la vida!
¿Qué tienen esas notas? ¿Por qué lloran?
Parecen ilusiones que se alejan...
Sueños amantes que piedad imploran,
Y como niños huérfanos, ¡se quejan!
Bien sabe el trovador cuán inhumana
Para todos los buenos es la suerte...
Que la dicha es de ayer... y que «mañana»
Es el dolor, la obscuridad, ¡la muerte!
El alma se compunge y estremece
Al oir esas notas sollozadas...
¡Sentimos, recordamos, y parece
Que surgen muchas cosas olvidadas!

. . . . . .

¡Un peinador muy blanco y un piano!
Noche de luna y de silencio afuera...
Un volumen de versos en mi mano,
Y en el aire ¡y en todo, primavera!
¡Qué olor de rosas frescas! en la alfombra
¡Qué claridad de luna! ¡Qué reflejos!
...¡Cuántos besos dormidos en la sombra,
Y la muerte, la pálida, qué lejos!
En torno al velador, niños jugando...
La anciana, que en silencio nos veía.
Schubert en tu piano sollozando,
Y en mi libro, Musset con su «Lucía.»
¡Cuántos sueños en mi alma y en tu alma!
¡Cuántos hermosos versos, cuántas flores!
En tu hogar apacible, ¡cuánta calma!
Y en mi pecho ¡qué inmensa sed de amores!
¡Y todo ya muy lejos! ¡todo ido!
¿En dónde está la rubia soñadora?
...¡Hay muchas aves muertas en el nido,
Y vierte muchas lágrimas la aurora!
...Todo lo vuelvo á ver... ¡pero no existe!
Todo ha pasado ahora... ¡y no lo creo!
Todo está silencioso, todo está triste...
¡Y todo alegre, como entonces, veo!
...Esta es la casa... ¡su ventana aquella!
Ese, el sillón en que bordar solía...
La reja verde... y la apacible estrella
Que mis nocturnas pláticas oía!
Bajo el cedro robusto y arrogante,
Que allí domina la calleja obscura,
Por la primera vez y palpitante
Estreché con mis brazos, su cintura!
¡Todo presente en mi memoria queda!
La casa blanca, y el follaje espeso...

El lago azul... el huerto... la arboleda,
Donde nos dimos, sin pensarlo, un beso!
Y te busco, cual antes te buscaba,
Y me parece oirte entre las flores,
Cuando la arena del jardín rozaba
El percal de tus blancos peinadores!
¡Y nada existe ya! Calló el piano...
Cerraste, virgencita, la ventana...
Y oprimiendo mi mano con tu mano,
Me dijiste también: «¡hasta mañana!»
¡Hasta mañana!... Y el amor risueño
No pudo en tu camino detenerte!...
Y lo que tú pensaste que era el sueño,
Fué sueño, ¡pero inmenso! ¡el de la muerte!

. . . . . .

¡Ya nunca volveréis, noches de plata!
Ni unirán en mi alma su harmonía,
Schubert, con su doliente serenata
Y el pálido Musset con su «Lucía.»

MIS ENLUTADAS

—

Descienden taciturnas las tristezas
Al fondo de mi alma,
Y entumecidas, haraposas brujas,
Con uñas negras
Mi vida escarban.

—

De sangre es el color de sus pupilas
De nieve son sus lágrimas:
Hondo pavor infunden... yo las amo

Por ser las solas
Que me acompañan.

—

Aguárdolas ansioso, si el trabajo
De ellas me separa,
Y búscolas en medio del bullicio,
Y son constantes,
Y nunca tardan.

—

En las fiestas, á ratos se me pierden
O se ponen la máscara,
Pero luego las hallo, y así dicen:
—¡Ven con nosotras!
¡Vamos á casa!

—

Suelen dejarme cuando ronriendo
Mis pobres esperanzas
Como enfermitas, ya convalecientes,
Salen alegres
A la ventana.

—

Corridas huyen, pero vuelven luego
Y por la puerta falsa
Entran trayendo como nuevo huésped
Alguna triste,
Lívida hermana.

—

Abrese á recibirlas la infinita
Tiniebla de mi alma,
Y van prendiendo en ella mis recuerdos
Cual tristes cirios
De cera pálida.

—

Entre esas luces, rígido, tendido,
Mi espíritu descansa;

Y las tristezas, revolando en torno,
Lentes salmodias
Rezan y cantan.

—

Escudriñan del húmedo aposento
Rincones y covachas,
El escondrijo do guardé cuitado
Todas mis culpas,
Todas mis faltas.

—

Y urgando mudas, como hambrientas lobas,
Las encuentran, las sacan,
Y volviendo á mi lecho mortuorio
Me las enseñan
Y dicen: habla.

—

En lo profundo de mi ser bucean,
Pescadoras de lágrimas,
Y vuelven mudas con las negras conchas
En donde brillan
Gotas heladas.

—

A veces me revuelco contra ellas
Y las muerdo con rabia,
Como la niña desvalida y mártir
Muerde á la arpía
Que la maltrata.

—

Pero en seguida, viéndose impotente,
Mi cólera se aplaca,
¿Qué culpa tienen, pobres hijas mías,
Si yo las hice
Con sangre y alma?

—

Venid, tristezas de pupila turbia,

Venid, mis enlutadas,
Las que viajáis por la infinita sombra,
Donde está todo
Lo que se ama.

—

Vosotras no engañáis: venid, tristezas,
¡Oh mis criaturas blancas
Abandonadas por la madre impía,
Tan embustera,
Por la esperanza!

—

Venid y habladme de las cosas idas,
De las tumbas que callan,
De muertos buenos y de ingratos vivos...
Voy con vosotras,
Vamos á casa.

Luna y Drusina (Fernando)

MIS DESEOS

—

FRATERNAL HOMENAJE Á JUAN DE DIOS PEZA

Permita Dios, vida mía,
que como estoy llegue á verte;
secos de llorar los ojos,
mustia y pálida la frente.
Y esos encendidos labios
que el granado envidiar debe,
que los mire yo marchitos
sin sonrisa que los pliegue.
Y que no encuentres sosiego,

y que estés llorando siempre,
como llora fiel amante
al amado que está ausente,
como inconsolable madre
llora al hijo que se muere.
Sean eternos tus duelos
y tus desdichas perennes,
y tus insomnios constantes
y tus angustias crueles.
Qué te aborrezca tu amante
y que de tedio te llenes,
y si le ofreces tus besos
que hasta tus besos desprecie.
Que hasta tu acento le enoje,
que si le lloras se aleje,
y si le buscas, prodigue
para tu amor sus desdenes.
Que cuando al sueño rendida
ya tus párpados se cierren,
con la imagen de tu amado
que te olvida, sólo sueñes.
Que si á Dios, rezando, pides
que en tu aflicción te consuele,
sin que puedas evitarlo
ni sepas como sucede,
no con Dios, con él soñando
tu pensamiento se encuentre.
Que sientas, nueva Lavconte,
los celos, como serpientes
que al corazón enroscadas
te atormentan y te hieren.
Si abres al azar un libro,
que su nombre en él encuentres;
y que en bailes y paseos
y donde quiera que fueres,

siempre en él estés pensando.
siempre sus frases recuerdes,
y lo lleves en el alma
grabado profundamente.
Y que este recuerdo sea
de tal manera indeleble,
que en el aire que respires,
y en el sol que te caliente,
y en las aguas cuyas linfas
tus hombros de Juno besen;
que en todo y en todas partes
te persiga y no te deje,
como vá el remordimiento
adonde vá el delincuente.
Que de ese amor que te mata
sacudir el yugo anheles,
y vencida en esa lucha
con espanto te contemples,
pues para amarle, eres firme,
para olvidarle, impotente.

—

No de villano me tildes,
ni de cruel me motejes,
ni digas que soy cobarde
porque todo eso me ofende,
que más nobleza hay en mi alma
que en la sangre de los reyes.
Más si quiero que esto sufras,
y que el amor te atormente,
y que no vivas tranquila,
y que sientas que te mueres,
es para que así comprendas,
para que así te penetres,
de cómo me van matando
implacable y lentamente,

la inconstancia en tus amores
y el rigor de tus desdenes.

ARENILLAS

Tomé la pluma para echarte en cara
tu negra ingratitud y tu falsía,
y en lugar de escribir lo que pensara
me dictó el corazón: ¡*amada mía*!...

*
* *

¡No me vuelvas el anillo
que en prenda de amor te dí;
vuélveme la paz del alma
que por tu causa perdí!

*
* *

¿Un poema me pides
dulce bien mío?
¡Un beso es el poema
que aquí te envío!

LOS DOS ANILLOS

I

Me dió un anillo mi amada,
como prenda de su amor,
una vez que ¡infortunada!
de mí se vió separada

por el destino traidor.

Y al colocarme, temblando,
aquel anillo de oro,
la faz inundada en lloro,
—¡Que no me olvides, Fernando,—
me dijo,—porque te adoro!

Y yo, que así lo sentía,
nunca olvidarla juré;
y al ver el tren que partía
llevándose el alma mía,
quise morir y lloré!...

II

Después, cuando á su regreso,
dejar quise ardiente beso
en sus labios de coral,
—¡Por Dios!—exclamó,—¡qué es eso
No te acerques... me haces mal.

III

Qué grande fué mi amargura
Cuando supe con tristura
que me mostraba desvío,
porque gozaba, perjura,
de un amor que no era el mío!

Tan honda pena sentí,
que entonces ¡ay! comprendí
cómo un desengaño mata...
y el anillo de la ingrata
arrojé lejos de mí.

IV

Hoy, solo, con mi pasión
que en mis recuerdos encierro,
al pensar en su traición,
siento un anillo de hierro
que me oprime el corazón!

MARINAS

I

Ya dejó el puerto el navío
y en él mi amada se va;
¡ay! ¿hasta cuándo, Dios mío,
hasta cuándo volverá?

II

El puerto está engalanado,
ya la nave va á llegar;
¿por qué siento, acongojado,
mi corazón desmayar?

Al ver que no desembarca
la que espero con afán,
subo al puente de la barca
y así digo al capitán:

—¿Sabéis qué causa mi anhelo?
—Voy vuestra angustia á aumentar:
Ya su alma mora en el cielo,
su cuerpo lo guarda el mar.

Cielo azul; tarde serena;
ni un girón de leve bruma;
estela de blanca espuma
deja al andar *La Ximena*,

barco en que huyendo del mundo
vine á olvidar mis amores,
que me han dejado, traidores,
tristeza y dolor profundo.

No quiero aquí referir,
por no avivarme la herida,
cómo la ingrata me olvida,
cómo me deja morir.

Ni cómo, torpe y liviana,
á otro aprisiona en sus redes,
y hoy le otorga sus mercedes
para olvidarlo mañana.

Baste á explicar mi presencia
en estos rumbos extraños,
que á mis duelos y á mis daños
busco un remedio: la ausencia.

Estamos en alta mar;
y curioso ó diligente,
manda el patrón á su gente
el acéano sondear.

Grita:—¡Manos á la obra!—
y la empiezan con afán,
mientras grita el capitán
vigilando la maniobra.
Largan cable, y más, y más,

hallar el fondo esperando
y el cable sigue bajando
sin encontrarlo jamás.

—Mucho se alarga, en verdad,—
dice el capitán violento,—
y ya, desatado, el viento
predice la tempestad.

—Dad la obra por terminada,
que es—le dije—irrealizable;
este mar es insondable,
como el alma de mi amada.

¿QUE QUEDA?...

—

¿De mi amor ya qué queda, ni de su historia,
si hasta el recuerdo borras de tu memoria?
¿Qué de aquellas felices horas serenas
que á tu lado pasaba, de encanto llenas?
¿De aquellos que me dabas besos furtivos,
tan ardientes, tan tiernos, tan expresivos;
besos que retornaba con ansia loca,
arrodillando mi alma junto á tu boca?
¿De aquellos juramentos que tú me hiciste,
juramentos sagrados que no cumpliste;
y de tanto recuerdo como te daba
qué amoroso y rendido te dedicaba?
De aquella medallita para tu cuello,
de aquellos alfileres para el cabello;
de mis humildes flores, las marchitadas,
que vuelven á la vida con tus miradas.

Y qué de aquel pañuelo de blanca seda,
de mi pelo y mis cartas, díme: ¿qué queda?
Tu amor y tus promesas, todo se ha ido;
¡hasta mi mismo nombre das al olvido!
Para tí no soy nadie, tú eres mi todo,
que los dos no pensamos del mismo modo.
De mis tiernos amores, no haces memoria;
para mí esos amores hacen mi gloria.
Ingrata y veleidosa me has olvidado,
¡yo te amo como nunca te habrán amado!

ARENILLAS

—

Creyendo que eras pura
de tí me enamoré,
y en mi pecho á tu imagen
un altar levanté.
Tu historia y tus amores
entonces no sabía;
hoy sé que eres infame...
¡Y te amo todavía!

Mi amor es un venero
de poesía,
pues por él brotan versos
del alma mía.
Quizá no ignores
que es poeta quien sufre
de mal de amores.

PINO S. (José M.)

A TI...

Tu imagen miro, bella y pudorosa,
leve, flotando en el azul del cielo,
como nube de gasa en primavera
ó en la alta noche temblador lucero;
te miro como ondina voluptuosa
del lago en el confín lejano y terso,
y te miro, cual tímida violeta,
entre las flores del jardín ameno!
en la aurora que alegre y sonrosada
lanza en Oriente prístinos destellos,
y de la tarde al pálido crepúsculo
en que se envuelve, mudo, el universo.
Te contemplo, doquiera que la vista
de la pasión en el delirio tiendo,
en mis sueños de duelo y de tristeza
y en los de gloria embriagadores sueños;
y siento muchas veces en mi frente
el beso perfumado de tu aliento
al oprimir mis sienes abrasadas
con la corona del laurel eterno.
Y te siento en el alma, en la conciencia,
rigiendo el corazón y el pensamiento,
y por eso te canto á todas horas
y por eso palpitas en mis versos.

GLORIA VICTIS

Á JUAN DE DIOS PEZA

No me arredra la lucha gigantea
de la batalla de la vida al toque:
del duro hierro al palpitante choque
la excelsa luz del pedernal chispea.

No el embate sufrir en la pelea:
del cincel á los golpes en el bloque
surge la estatua, y al gentil retoque
del augusto pincel, brota la idea.

No importa, no, que entre la vil escoria
altivo gladiador hunda la frente,
con destellos de luz, aún, en la mente,
con ensueños de amor, aún, en el alma...
si, vencido, corónase de gloria
y de mártir conquístese la palma.

RIMA

No importa que tu labio pudoroso
que sólo brota virginal plegaria,
en su inocente y tímido recato
me diga que no amas.

Si tus ojos, tan bellos, tan hermosos,
en el lenguaje místico del alma,
han hablado á la mía muchas veces
de amor y de esperanzas.

VEN...

—

Ven á mis brazos, mi razón vacila,
me quiero convencer de mi ventura
enlazando tu mórbida cintura,
bañándome en la luz de tu pupila.

Ven, no temas, acércate tranquila,
que ante el casto rubor de tu ternura,
seré esclavo, no rey de tu hermosura,
seré... como Sansón ante Dalila.

Ven á mis brazos, mi gentil señora,
quiero un beso imprimir sobre tu frente
y al sentir en la mía abrasadora
el de tu boca púdica y ardiente,
olvidar mi tristeza matadora
y olvidarme del mundo eternamente.

MARIA

—

Te he llamado al sentir el incendio
de los rayos de un sol tropical,
y me ha dicho que sólo refleja
tu mirada su límpida faz.
Y al mirar á la casta viajera,
silenciosa, cruzar el azul,
he creído que tú te marchabas
rebujada entre gasas y tul.

Al sentir el perfume que exhalan

los naranjos en flor y el jazmín
he aspirado el ambiente, pensando,
que te hallabas muy cerca de mí.

Y al mirar que en la flor del granado
suspiraban las auras de Abril,
acerquéme afanoso á besarla
exclamando: ¡su boca es así!

EL USUMACINTA

A MI HERMANO NÈSTOR

Besando pasa la risueña falda
de mi pueblo tranquilo y venturoso,
y deslízase luego, voluptuoso,
por inmensas llanuras de esmeralda.

Sus márgenes adornan en guirnalda
flores mil que fecunda ahí el coloso,
copiando en sus cristales, majestuoso,
sus colores, azul, violeta y gualda.

El sauce que se inclina en la ribera,
préstale sombra grata en el estío,
y el *camalote* y la gentil palmera
dulces rumores á mi undoso río...
¡Quiera el cielo propicio, cuando muera,
bañen sus aguas el sepulcro mío!

Dávalos (Balbino)

—

CRISTAL MARINO

Cual copa de oro hacia la mar se inclina
El sol de fuego, y trémulo avizora
La purpurina sangre de la aurora
Que á sus sedientos labios se avecina.

Mi amor es como el astro que declina,
Cansado de irradiar en la sonora
Extensión de lo azul, y al sueño implora
Mientras la muerte á consumirle atina.

Más, ¡oh, perdido bien! de tu ternura
El recuerdo inmortal, es mar que niega
Su seno á mi creciente desventura;

Y como el sol cuando la aurora riega
Su púrpura en el mar, surge y fulgura
Nueva ansiedad dominadora y ciega.

LA BALADA DEL POETA

—

¡Cesó la lucha, la patria es libre!
Que en estos campos de horror cubiertos
No más el grito de guerra vibre
¡Llamando vivos, dejando muertos!
El himno augusto que ahora se escucha,
Celebra á un pueblo que se levanta...
La patria es libre... cesó la lucha...
Poeta, ¡canta!

Ya los hogares abren sus puertas
Y las doncellas temblando aguardan
Que hasta sus almas, también abiertas,
Entren los novios, que tanto tardan.
Sus frescos lauros por azahares
Truecan los héroes con mano inquieta...
Abren sus puertas ya los hogares:
¡Ama, poeta!

Con faz radiante la dicha asoma,
Los sueños vierten polen de oro
Y la miseria que abate y doma,
Huye ocultando rabioso lloro.
El alma virgen del tierno infante
Busca lo noble, lo vil desdeña,
La dicha asoma con faz radiante;
¡Poeta, sueña!

Con paso artero la infamia viene
Y la rodean cuantos la miran.
¡Qué solapada sonrisa tiene!
¡Cómo la acogen! ¡cómo la admiran!
Es su lenguaje tan lisonjero...
Oíd... ¡qué aplauso tan vivo estalla!
La infamia viene con paso artero:
Poeta, calla.

ENTONCES

—

Si precede mi marcha á tu partida
Para el mundo invisible del no ser,
Y hay algo que á la muerte sobreviva
Y queda una memoria del ayer;

Si después de esta efímera existencia
El espíritu flota en libertad
Y nuestra voluntad no se doblega
Al dominio de extraña voluntad;

Entonces, cuando empiece de la tarde
El crepúsculo vago á obscurecer,
Cuando el último canto de las aves
Se vaya entre las frondas á perder;

Entonces bajará mi pensamiento
Con la trémula luz crepuscular:
Si me recuerdas, sentirás un beso;
¡Si me olvidaste, escucharás llorar!

IN MEMORIAM

—

(CROQUIS SENTIMENTALES)

—

Arrasados de lágrimas los ojos,
Solíame decir:—«Cuando me muera,
No vayas presto á mi sepulcro, espera
Al claro mes de los claveles rojos.

»Entonces habrá pájaros y flores
Y brisas olorosas á tomillo,
Y esplenderán las lápidas con brillo
De lucientes cristales de colores.

»Entonces, alfombrados de verdura
Hallarás, á tu paso, los senderos,
Y la voz de uno ó dos sepultureros
Entonará canciones de ternura.

»Entonces ven á mi sepulcro; llega
Risueño el rostro, alborozada el alma,
Como el amante que en serena calma
Al dulce afán de amar feliz se entrega.

»Cuando te acerques, alzarán los lirios
Su cáliz ormesí, los nomeolvides
Serán mis valerosos adalides
Que han de cubrir tus lúgubres delirios.

»Allí leerás mi nombre entre festones
De espigas frescas y de ramas nuevas,
Y sentirás que dentro el pecho llevas
Frescas también tus viejas ilusiones.

»Te inundará la vida de mi tumba,
Y lejos de creerme entre los muertos,
Soñarás un edén tras los inciertos
Límites misteriosos de ultratumba.

»Y en tu imaginación contemplativa
Verás cruzar mi sombra fascinada
Por ensueño inmortal, que tu llegada
Espera sonriente y rediviva.»

GOTA DE LLUVIA

—

¡Todo acabó!... Sobre la fresca fosa
Que de un saúz bajo el verdor se oculta,
Pasa la brisa vagarosa, y gime
Entre las ramas de la copa hirsuta.
De rocío regadas y de lágrimas
Crecen las flores que planté en su tumba

Y sobre todas, álzase y descuella
Hermoso lirio de sin par blancura.
Ayer le ví. Del sol el primer rayo
Del alba, aún la claridad confusa
No disipaba, cuando abrió su cáliz
Al dulce beso de las auras puras.
Ayer le ví. Temblaba eu su corola
Una gota fresquísima de lluvia
Que, herida por la luz, tornasolaba
Cambiantes de colores inseguras.
Aquella gota, transparente, inquieta,
Del blanco lirio en la corola púdica,
Semejaba una lágrima vertida
Por la pálida niña, ya difunta.
Y presa el alma de emoción extraña,
Acerba mezcla de placer y angustia,
A la flor acerqué mi labio trémulo
Y la gota bebí con ansia muda.
En la región que á la mirada humana
Tras denso velo pertinaz se oculta,
¿Lloran también los seres que la pueblan,
Atormentados por la ausencia dura?
¡Loca superstición! tú sola puedes
Del corazón desvanecer las dudas,
¿Por qué la gota que apuró mi labio,
Tan dulcemente serenó mi angustia?
¿Lágrima fué que difundió en mi pecho
Cual nueva savia fecundante y pura
El dulce bienestar de los que sufren
Y juntos lloran por sus penas mutuas?
Angel errante en el inmenso cielo,
Soplo perdido en la inmortal Natura
¿Te volveré á encontrar alma del alma?
¿Me reuniré contigo en ultratumba?

LA ANTIGUA FÉ

—

«Cruzaste al fin, amiga, los inciertos
Umbrales misteriosos de lo arcano
Y puedes evocar bajo tu mano
Las almas invisibles de los muertos.

La tierra y el espacio, antes desiertos
Para tu corazón ya no cristiano,
Pobláronse de seres; más en vano;
Tu pensamiento y tu alma siguen yertos.

¿A qué buscar lo que la vida esconde
Si lo ignorado siempre te responde
Con ambiguas palabras de sibila?

Sacude ya la duda que te asalta
Y torna hacia la Cruz tu fe tranquila;
Que si te falta Dios, todo te falta!»

SONETOS Á UNA ESPÍRITA

—

EL INICIADOR

—

«¡Loca! ¡ya lo verás!... Lo que ambicionas
Jamás humano sér lo ha conseguido:
No podrás ser feliz, porque has sufrido;
No podrás tener fe, porque razonas.
La Teosofía ensancha de sus zonas
El cuarto ciclo. Entremos de corrido,
Ya que te place y yo no te lo impido,
Al Manas misterioso que mencionas.

Los seres que resurjan en tu torno,
Dibujarán su sideral contorno
Entre indecisa luz y vagas nieblas;
Oirás su voz, te rozarán sus labios,
Y volverán á hundirte en las tinieblas
En que yacen al par necios y sabios!»

LA INICIADA

«¡Tienes razón! Los viejos sufrimientos
Que en nuestra alma inconsolables velan,
Con su hálito invernal presto congelan
Los goces que se encienden á momentos.
Ya no tendrá la vida arrobamientos
De inmenso amor; los besos se nos hielan,
Y ni siquiera al corazón flagelan
Dolores implacables y sangrientos.
Ni esa fe misteriosa qne te inflama,
Es para mí consoladora llama;
Porque tengo el temor vago y sombrío
De que nuestros dolores dejen rastro
Y haya de perseguirnos el hastío,
Como sombra del alma, de astro en astro.»

AMOROSAS

LEJOS DE TÍ

Lejos de tí, mi corazón inquieto
Busca la soledad de la tristeza
Y enfermo de pesar, tímidamente,
Como paloma acobardada tiembla.

Con acrecida turbación, su vuelo
Tiende hacia tí mi espíritu y no llega,
Y sólo ve tus ojos en la noche
Como en un cielo negro dos estrellas.

Y dirigiendo hacia el abismo mudo
Su solitaria y dolorosa queja,
Llora mi corazón lleno de angustia
Y cual paloma acobardada tiembla.

CERCA DE TI

—

Cerca de tí, mi corazón inquieto
Junto del tuyo, tembloroso vela
Mientras tu voz de inesperados ritmos
Arrulladora ó palpitante suena.

Cerca de tí, mi espíritu se pierde
En tu mirada misteriosa y negra,
Y ante el abismo de tus ojos busca
Vértigos de placer ó de tristeza.

Y al descender en ese abismo mudo,
Mi corazón acobardado tiembla
A cada frase, engañadora acaso,
Que como arpegio en tu garganta suena.

Esteva (Adalberto A.)

AMOROSA

Cuando la noche llega, ensueño mío,
Miro, como visión blanca en la sombra,
Vagar, de la llanura por la alfombra,
Tu veste nívea entre el ramaje umbrío.

Del césped, de los árboles, del río,
Se alza un acento que doquier te nombra,
Y el conturbado espíritu se asombra
De tu eterno y creciente poderío.

Todo va á su destino: el ave al viento,
Al Hacedor el *Angelus* sonoro,
¡Y á tí, mi enamorado pensamiento!

Y mientras te amo en mi ferviente rito,
Enciéndense las lámparas de oro
¡En el palacio azul del infinito!

EL BRINDIS DEL BARDO

Á JUAN DE DIOS PEZA

«¡Qué brinde el trovador!—dijeron todos—
¡Qué cante la caída de las bellas!»
Y apagaron sus gritos de beodos
Al rumor de los vasos y botellas,

¡Y el poeta brindó! Con débil mano
Alzó una copa, pálido y erguido,
Y su voz como cántico lejano
Sonó lúgubremente en el oído.

«Gusto os daré, exclamó. Si es un espectro
De otra edad la figura de Julieta,
Debe el poeta transformar su plectro
Como el histrión que cambia de careta.

Si avara cubre á la postrer María
La tierra de la pampa americana
Brindemos por las flores de la orgía
Que marchita el fulgor de la mañana.

¡Ama·!... ¿y para qué? Muere la idea
Y triunfa y vive la terrena forma;
Los tiempos son de Aspasia y de Frinea,
No son los tiempos de Lucrecia y Norma.

Si todo es fango, vanidad, mentira,
Si todo es nada en el mundano suelo,
¿Por qué pedir purezas á la lira,
Amor á la mujer y Dios al cielo?

Tenéis razón. El desengaño crece
Y no hay descanso en la batalla ruda:
El ángel de la fe desaparece,
Sólo queda el demonio de la duda.

Brindo porque nos halle la mañana
Cuando asistamos á nocturna cita,
Oyendo, como Fausto, en la ventana,
Serenatas del diablo á Margarita!»

Y el poeta calló. Mientras sonaba
El frenético aplauso de la gente,
Una visión blanquísima cruzaba
El negro Tiberiades de su mente.

Y al recordar la insólita ventura
De su primer amor, dulce y sencilla,
Una lágrima llena de ternura
¡Resbaló por su pálida mejilla!

A NAPOLEON

—

¡Salve, genio inmortal! Tu nombre solo
es como toque de clarín de guerra;
aun suele enmudecer, de polo á polo,
á tu recuerdo la asombrada tierra;
aun parece escucharse con pavura
el rumor de tus bravos escuadrones,
y se destacan en la sombra obscura
las mechas de tus bélicos cañones!

¡No has muerto, no! Cuando la noche llega,
ceñido de laurel, dejas la tumba;
es tu potente voz la que congrega
la gran legión mientras el viento zumba;
eres tú quien les habla de victoria
y el néctar de los héroes les escancia,
quien á la luz del nimbo de la gloria
el cielo muestra á la afligida Francia!

¡No has muerto, no! Tu nombre es como aquellos
nombres que á Homero eternizar le plugo;

con él llenó sus cánticos más bellos
el Homero del siglo, Víctor Hugo.
Cuando amenaza coligada Europa
á la patria vencida, en Santa Elena
ve tu fantasma la francesa tropa
soñando á un tiempo en Austerlitz y en Jena!

En el silencio de la noche triste
se oye el trotar de tu corcel bravío;
todo, un aspecto funeral reviste,
de extraña luna al resplandor sombrío;
y trémulo el soldado de Sadowa,
vengador de su patria y abolengo,
mira en sueños al héroe de Moscowa
¡cruzar con los infantes de Marengo!

¡Nadie tan alto como tú! Ni el mismo
que escalara los Alpes elevados,
para quien Capua fué mortal abismo
donde se hundió el valor de sus soldados;
ni el que en el Ganges místico y distante
hizo beber á su corcel de guerra;
rayo del mismo Dios, genio gigante,
á cuyo paso se extendió la tierra!

Fué tu nombre inmortal de luz cubierto
lo mismo en las llanuras de la Prusia
que en la arena candente del Desierto
y en las estepas áridas de Rusia:
esos Alpes que á Anibal contemplaron
avanzar precedido de la gloria,
sintiéndote pasar, te saludaron
como al hijo feliz de la victoria!

Ellos te vieron descender airado

al frente de tu tropa silenciosa,
con el sublime rostro iluminado
por la luz de los genios misteriosa.
En tanto la ciudad en la llanura
de sorpresa y terror se estremecía,
como las hojas en la selva obscura
al comenzar la tempestad bravía!

¡Y luego las Pirámides! Al grito
que lanzaron tus labios de inspirado,
frente á aquellas montañas de granito,
centinelas de piedra del pasado,
luchaba la oriental caballería
con tu ejército firme como el roble,
mientras enviar el cielo parecía
todos sus rayos á tu frente noble!

La noche de Austerlitz, imperturbables
fueron los astros nimbo de tu frente;
dos coronas mellaba con sus sables
vencedores, tu ejército valiente:
te alzaste en el bridón sobre el estribo
por ver los muertos de contrarias filas,
y de la luna el resplandor más vivo
brilló con menos luz que tus pupilas!

¡Oh! si vivieras tú, ¡cuán diferente
fuera el destino de tu patria amada!
¡Cuál se agitara con tu voz potente
el alma del ejército inflamada!
¡Cómo las playas que el Mosela besa
resonaran con gritos de victoria!
¡Cuál se cerniera el águila francesa
en el cielo brillante de la Historia!

Alzando grave la soberbia frente
que sólo el genio con su peso inclina,
mandarás comenzar la lid ardiente
desde la cima azul de una colina,
é irguiéndote otra vez, siempre radiante,
entre el rudo fragor de la metralla,
proyectarás tu sombra de gigante
sobre el campo encendido de batalla!

¡Pero no! ¡Fué preciso que cayeras!
Rasgabas ya del porvenir los velos,
tus águilas volaban altaneras
en todas las regiones de los cielos,
dejando por la tienda de campaña,
del trono de los Césares la pompa,
gobernabas á Italia, á Suecia, á España,
al ronco són de tu guerrera trompa!

Evocados los tétricos vestiglos
que llenaron de sombras la Edad Media;
interrumpido el curso de los siglos
por un titán que hasta el Olimpo asedia;
trocado el Universo en incensario
de un hombre acariciado por la suerte;
desconocido Dios... fué necesario
restablecerlo todo con tu muerte!

¡No fuiste menos grande en la caída:
sólo Dios ó el acaso te vencieron!
El sublime holocausto de su vida
los héroes de tu Guardia te ofrecieron,
y al darte con su carga formidable
el laurel más hermoso de tu gloria,
á pesar del destino inexorable,
fué su hecatombe tu inmortal victoria.

Tú obscureciste el brillo de los reyes
con el claro fulgor de tu talento:
á todo el orbe le impusiste leyes
haciéndole el esclavo de tu acento.
Si no llevó hasta Roma sus legiones
Pirro, guerrero de saber profundo,
¡tú sometiste al yugo diez naciones
en tu marcha de triunfo por el mundo!

Nada opaca las grandes claridades
que de tu genio despediste un día,
y pasas á través de las edades
como los astros en la noche umbría;
si del Norte los bárbaros hulanos
tu sepulcro de mármol derribaran,
de entre el escombro, como siempre ufanos,
¡tus fulgores purísimos brotaran!

Venerando tu dicha y tus dolores,
se te admira triunfante y derrotado,
tu nombre augusto lleno de esplendores
es como un estandarte mutilado;
se miran los girones con tristeza;
pero es honor del batallón su herida,
y la tropa, al mirarlo á su cabeza,
le presenta las armas conmovida!

JUNTO AL MURO

Señora, media noche y vos en la ventana
mirando la estrellas que van en caravana
cual pálidas novicias en grave procesión;
señora, media noche y vos mirando el río,

clavada la pupila en el paisaje umbrío
y en la gigante sombra del ancho torreón.

Os prestan homenaje los valles dilatados,
os guardan murallones vetustos y almenados,
y al sucumbir la tarde en púrpura imperial,
en tanto que en las sombras envuélvese el castillo,
de la redonda luna al argentado brillo
resuena en vuestros lares la cántiga oriental.

¿Qué veis de los luceros en los fulgores rojos?
¿Qué miran las estrellas en vuestros negros ojos?
Amáis al bravo noble, vuestro gentil señor;
él es en los torneos invicto caballero,
él es, por agradaros, vuestro ágil halconero,
y en las veladas tristes él es vuestro lector.

Por vos brilla la aurora en el balcón de Oriente,
por vos el sol asoma la luminosa frente,
por vos la noche esparce su lóbrego capuz,
y cuando pura y bella dormís en vuestro lecho,
por escuchar el casto latir de vuestro pecho
desciende de los cielos un serafin de luz!

Vos sois la castellana que esmalta la Edad Media
y que vestida de oro cruzó por la tragedia,
por el romance antiguo y el canto popular:
vos sois aquella dama de gracia peregrina,
de quien habló en sus versos Gutierre de Cetina,
por quien luchó en el campo Rodrigo de Vivar.

¿Por qué la hermosa vela y al mirador se asoma?
Es que el sueño de oro, cual vivida paloma,
de su nevada frente revuela en derredor,

y al pie de la alta torre que sirve de atalaya,
los dulces trovadores discurren por la playa
cantando en sus estrofas el castellano honor.

Es que los vates pulsan en harmonioso coro,
ante la diosa bella, las cítaras de oro,
y oyéndolos gorjean las aves del jardín;
se acercan por oirlos las brisas rumorosas,
y sobre el verde tallo empínanse las rosas
mirando á la que inspira su canto al bandolín.

Yo soy de aquella raza de antiguos trovadores
que al pie de las ventanas de vidrios de colores
contaban á las niñas su pena y su aflicción;
yo soy de aquellos bardos que alzaban sus querellas
por ver á claros ojos verter lágrimas bellas
y suspirar los pechos de su laud al son.

Yo soy de aquellos hombres de inmensa desventura
que de la media noche entre la sombra obscura
vagaban por el mundo con paso desigual;
buscando fuí por eso las fuentes de la idea,
por la ciudad hirviente, por la tranquila aldea,
hasta que hallé, señora, vuestra mansión feudal.

Prendida está en sus muros la flor del jaramago;
en vano noche y día la azota el viento vago:
así en vuestra alma crece la flor de la virtud;
y si, pidiendo amparo, de noche un harpa suena,
encuentran los viajeros, en vos, un alma buena,
y hogar en vuestra casa que alegra su laud.

Arroyo es vuestra vida: los lúgubres celajes
sobre su tersa linfa conviértense en encajes
y el junco de la orilla en trémulo festón:

es justo que de todos los reinos de las flores
acudan en bandada melífluos ruiseñores
á dar al arroyuelo su plácida canción.

Voy á partir, señora, en pos de mi destino;
en medio de las sombras que invadan mi camino
será vuestro recuerdo la luz que seguiré;
que los diamantes negros que adornan vuestra frente
han sido en mis dolores el faro refulgente
que me enseñara el rumbo del puerto de la fe.

¡Oh ensueño de querube! ¡oh mi gentil señora!
yo traigo como ofrenda la flor que hay en Basora,
la flor de la ventura, la flor de la amistad;
guardadla eternamente como memoria mía,
¡oh alondra anunciadora del esperado día!
¡palmera que triunfante se alzó en mi soledad!

. . . . . .

El bardo se retira... Transpone la llanura
cuyo horizonte verde borró la noche obscura,
y viendo del castillo el claro resplandor,
poniéndose de hinojos, de nuevo el harpa agita
y canta de este modo: «bendita sé, bendita,
¡oh noble castellana! ¡oh diosa del amor!»

RECUERDO

¿Recuerdas ¡oh virgen! la tarde opalina
que tanto gozamos la dicha ideal?
Llenóse el estanque de luz vespertina
y el aire y el bosque de canto nupcial.

Pasaban las nubes arriba, en el cielo...
Gozoso aspiraba tu aliento de flor,
cifrando mi gloria, mi afán, mi desvelo,
en verme á tus plantas rendido de amor.

¡Qué cosas dijimos, de dicha extasiados!
Hablé yo de versos, de cántigas tú,
Estábamos ebrios de amor, deslumbrados,
debajo del cielo brillante y azul!

Toda eras pureza, candor, inocencia...
Toda eras aurora y arrullo de Abril,
Había en tus ojos la fiel transparencia,
del lago que copia la luz del cenit.

¡Cuánn dulces las horas de canto y gorjeo!
¡Cuán bellos transportes de amor y ebriedad!
No empaña una sombra de torpe deseo
el cielo que alumbra pasión inmortal.

Confiados y alegres los dos, nos contamos,
yo cosas de versos, tú cosas de amor;
de pronto nos vimos... á un tiempo callamos...
¡y hendiendo los aires un ave trinó!

. . . . . .

¿Qué fué de mis sueños de amor y ventura?
En dónde las dichas del vértigo están?
¿En dónde su encanto? Duró lo que dura
la flor que marchita la noche invernal.

Y quise ser tuyo, mas Dios no lo quiere;
su mano destroza los sueños en flor;
mi canto es el himno del ave que muere
mirando arrobada la estrella que amó.

¿Por qué, Dios del cielo, los goces terminan?
¿Por qué no es eterno de amor el placer?
¿Por qué tan veloces sus horas caminan?
¿Por qué se recuerdan sus glorias después...?

Nervo (Amado)

LAS MÍSTICAS

PRÓLOGO

¡Oh! las rojas iniciales
que ornáis los salmos triunfales
en breviarios y misales!

¡Oh! ¡casullas qua al reflejo
de los cirios, en cortejo
vais mostando el oro viejo!

¡Oh, vifrales policromos
fileteados de plomos,
que brilláis bajo los domos!

¡Oh, custodias rutilantes
con topacios y diamantes!
¡Oh! ¡copones rebosantes!

¡Oh! ¡*Dies iræ* tenebroso!
¡Oh! ¡*Miserere* lloroso!
¡Oh! ¡*Tedeum* glorioso!

Me perseguís cuando duermo,
me rodeáis si despierto...
Tenéis mi espíritu yermo,
muy enfermo... muy enfermo...
Casi muerto... casi muerto...

*
* *

REQUIEM

—

Oh, Señor Dios de los Ejércitos,
Eterno Padre, Eterno Rey:
Por este mundo que creaste.
Con la virtud de tu poder;
Porque dijiste: *la luz sea*
Y á tu palabra *la luz fué*;
Porque co existes con el Verbo,
Porque contigo el Verbo es
Desde los siglos de los siglos
Y sin mañana y sin ayer,
Requiem eternam dona eis, Domine,
Et lux perpetua luceat eis.

Oh, Jesucristo, por el frío
De tu pesebre de Belem;
Por tus angustias en el huerto,
Por el vinagre y por la hiel;
Por las espinas y las varas
Con que tus carnes desgarré
Y por la cruz en que borraste
Todas los culpas de Israel:»
Hijo del Hombre, desolado,
Trágico Dios, tremendo Juez,
Requiem eternam dona eis, Domine,
Et lux perpetua luceat eis...

Divino Espíritu, Parácleto,
Aspiración del gran Iaveh,
Que unes al Padre con el Hijo,
Y siendo el Uno sois los Tres:
Por la paloma de alas níveas;
Por la inviolada doncellez
De aquella Virgen que en su seno
Llevó al Mesías Emmanuel;
Por las ardientes lenguas rojas
Con que inspiraste ciencia y fe
A los discípulos amados
De Jesucristo Nuestro Bien,
Requiem eternam dona eis, Domine,
Et lux perpetua luceat eis...

***

¡No te amaré! Muriera de sonrojos
antes bien: yo que fuí cantor maldito
de blancas hostias y de nimbos rojos;
yo que sólo he alentado los antojos
de un connubio inmortal con lo infinito.
¡No te amaré! mi espíritu atesora
el perfume sutil de otras edades
de piedad, de esperanza redentora,
y ese noble perfume se evapora
al soplo de burguesas liviandades.
Mi mundo no eres tú: fueron los priores
militantes, caudillos de sus greyes;
fué la edad en que, omnímodos señores,
fulminaban los Papas triunfadores
su anatema fatal contra los reyes.
Fué la edad singular en que la musa
llevaba al talabarte la tizona,
la edad del burlador y la reclusa,

la edad en que la negra caperuza
forjaba el silogismo en la Sorbona.
Y no sé de pasión. Y me contrista
pulsar la lira del amor precario...
¡Sólo brotan mis cláusulas de artista
al beso de Daniel, el simbolista,
al ósculo de Juan, el visionario!

SAVIA ENFERMA

I

EXPONE LA ÍNDOLE DEL LIBRO

Hay savia joven: la de potentes glóbulos rica,
que las arterias del tronco púber invade y llena
y en policromo florón de pétalos se magnifica.

Tórrida savia, jugo del Cáncer, que en la serena
noche de luna, crepita y cruje de fuerza plena,
en el misterio *donde la flauta de Pan resuena...*

Hay savia enferma,—sangre doliente,—savia tardía.
que cuando brota, las ramazones del árbol cubre
con hojas mate, con hojas tenues... Tal es la mía.

¡Tal es la mía! Savia del yermo que solo encubre
gérmenes locos de la futura yema insalubre
y tiene pompa, más es la pompa solemne y triste del
(viejo Octubre!

II

NOCHE ÁRTICA

—

En el zénit, azul; blanco, en el yerto
y triste plan de la sábana escueta;
en los nítidos témpanos, violeta,
y en el confin del cielo, rosa muerto.
Despréndese la luna del incierto
Sur, amarilla, y en la noche quieta,
de un buque abandonado la silueta
medrosa, se destaca en el desierto.
Ni un rumor... el Silencio y la Blancura
celebraron, ha mucho, en la infinita
soledad sus arcanos esponsales;
y el espíritu sueña en la ventura
de un connubio inmortal con Seraphita,
al claror de las albas boreales.

III

LOS DIFUNTOS VIEJOS

—

Yo no amo á los que viven: *¡putrefacción andante!*
Yo busco á los que moran de la ciudad muy lejos,
en el panteón; y adoro la calva deslumbrante
de los bruñidos cráneos de los difuntos viejos!

¡Cadáveres seniles! ¡qué calma semejante
hallar á vuestra calma! ni contracción, ni dejos
de angustias infinitas mostráis en el *semblante*,
que alumbra en el osario la luz agonizante
del sol, dándole nimbos de cárdenos reflejos...
¡Oh, Muerte! ¡oh, Paz!... Yo adoro la calva deslumbrante
de los bruñidos cráneos de los difuntos viejos!

IV

MADRIGAL LUIS XIX

(Aliteración al gusto de Duplessis)

—

Tu blancura es reina
tu blancura reina,
¡oh nacarada! ¡oh alba como el alba que sus oros despeina

*

Tu piel, oh mi Blanca,
como el ala blanca
del níveo albatros que adora las espumas, luce franca...

**

¡Oh Blanca de Nieve!
haz que en mi alma nieve
el cándido fulgor de tu imágen casta y leve...

***

Solitaria estrella,
Mis noches estrella
con èsa pensativa luz ideal, tan bella...

DICANDA

Margarita de oro,
Altar en que oro,
la sutil rima brote como brote otoñal,
y á tu alma se prenda
y en amor la prenda
y sea la prenda
De vida inmortal!

RONDÓS VAGOS

PASAS POR EL ABISMO DE MIS TRISTEZAS

Pasas por el abismo de mis tristezas
como un rayo de luna sobre los mares
ungiendo lo infinito de mis pesares
con el nardo y la mirra de tus ternezas

Ya tramonta mi vida la tuya empiezas
mas salvando del tiempo los valladares
como un rayo de luna sobre los mares
pasas por el abismo de mis tristezas

No más en la tersura de mis cantares
dejará el desencanto sus asperezas
pues Dios que dió á los cielos sus luminares
quiso que atravesaras por mis tristezas
como un rayo de luna sobre los mares.

COMO BLANCA THEORIA POR EL DESIERTO

Como blanca theoría por el desierto
desfilan silenciosas mis ilusiones
sin árbol que les preste sus ramazones
ni gruta que les brinde refugio cierto

La luna se levanta del campo yerto
y al claror de sus rojas fulguraciones
como blanca theoría mis ilusiones
desfilan silenciosas por el desierto

En vano al cielo piden revelaciones
—Son esfinges los astros Edipo ha muerto—
y á la faz de las viejas constelaciones
desfilan silenciosas mis ilusiones
como blanca theoría por el desierto.

PARA UN MISAL

Diez mármoles icónicos de testas milenarias,
soportan en sus nucas la cripta medioeval
que guarda las yacentes estatuas funerarias
de monjes y adalides de gran cepa real.
Ahí por siempre moran las viejas canonesas:
al lado el firme báculo, al pecho el áurea cruz;
los áulicos primados, las graves doctoresas,
espectadores mudos de la perenne luz...
Ahí sus manos juntan en actitud de ruego:
Wilfredo, *el rey velludo*; Tristán, *alma de león:*
Raul, el de la roja cimera y negro escudo,
con lises en un campo de gules por blasón.
En ángulo quïeto que á la plegaria invita,
en el marmóreo tálamo donde tendida está,
inmóvil, casta y bella, düerme Margarita
(la reina de las trenzas floridas) de Valois.
Los mausoleos posan sus moles vetëadas
en míticas quimeras, bicornes y äladas,
de arborescentes colas y de ademán flemático,
que escrutan el silencio poblado de pavuras
y clavan en las hoscas y arcaicas esculturas
el dardo de su ojo tranquilo y enigmático.
En las paredes se abren profundas hornacinas,
donde á los besos tenues de occidua luz solar
que llueve polen de oro de todas las vitrinas,

exhiben los doctores su túnica talar:
San Agustín, flagelo del monstruo Maniqueo,
medita en el abismo de la honda Trinidad;
San Pablo—el fiero apóstol—escribe á Timoteo
preceptos ecuménicos de vida y de verdad;
Jerónimo, el adusto doctor, el eremita
de cuerpo esqueleteado, de gran calva senil,
en su caverna brava junto á la cruz medita,
forjando su potente dialéctica sutil.
...Y Magdalena gime, á solas con punzantes
dolores, su cabello rizado y blondo, cae
sobre sus senos, breves, agudos y distantes,
cuyos pezones fingen dos yemas rozagantes
en el trigal de oro que el viento lleva y trae...
El dombo, excelso amparo de las querellas místicas,
corona un baldaquino de sobrio y rico plan,
y ostenta entre sus gajos las armas cabalísticas
de Lucas, de Mateo, de Marcos y de Juan.
Los cuatro, en hondo éxtasis, en actitud arcana,
parece que contemplan la Esencia Soberana
del Logos, hecho carne de befa y de baldón;
y en su profundo arrobo y en su expresión de artistas,
fingen un quator lírico de bardos simbolistas,
que riman los rumores polífonos de Sión...
Cuando la noche llega, velando el hemisferio
del dombo, con sus gasas de pompa sideral,
las gárgolas, los grifos, los trasgos del misterio,
penetran á la cripta volando en espiral;
Despiertan á los santos doctores en sus frías
moradas de reposo, galvanizando van
los áridos cadáveres, y en fúnebres theorías
entonan el *Trisagio* tremendo de Isaías
al isocrono y lento compás de un ademán.

Novelo (José I.)

Á UN POETA

¿A qué gemir? La nota plañidera
del canto calle en tu dorada lira.
Es plena primavera;
fulgor de aurora en los espacios gira;
un nectario pomposo es la pradera;
el sol alegre, gigantesca pira;
y en el vasto y risueño panorama
todo alienta, se agita, bulle y ama.

Era un capullo hermoso que encerraba
la esencia virginal de los amores...
Y el cielo la tronchó... ¡Cuando aún no daba
la flor de su beldad miel á las flores!
¡La vida! ¿Qué es la vida? Nave rota
que por vientos contrarios combatida
sobre un océano sin riberas flota...
Sin tregua sacudida,
en miserable escarnio se convierte
de las revueltas olas,
y al fin zozobra en brazos de la muerte.

Mas ¿qué importa? Son nubes fugitivas
los humanos dolores.
Presto la luz en explosiones vivas
disipará los lúgubres negrores.
La flor lozana que rodó en el suelo
marchita, su perfume
purísimo dió al cielo...

Tu faz radiosa al cielo se levante,
y tu estrofa de mármol
el perfume inmortal celebre y cante.

BROCHE

(DEL ALBUM DE MI ESPOSA)

Tú el mármol has sido. Mi musa, la artista.
Si hay algo en la estrofa que vive y fulgura,
que salve el olvido, que al tiempo resista,
se debe á tu regia, pagana hermosura.

La maga que borda, que viste mis sueños
de azul y de oro
con fúlgido manto,
me dijo:
—Poeta de cantos risueños,
allí está el tesoro,
cincela tu estrofa, modula tu canto.

Si buscas la línea triunfal que sonríe
vibrando espirales azules y blondas
en lecho de mármol de nítidas ondas,
su cuerpo es estatua que en mármol se engríe.

En ella Natura su pompa resume:
su crencha es cual fúlgida veste de aurora;
su voz es el trino del ave canora;
su aliento, perfume;
alegre cascada su risa sonora.

Su alma es piélago manso en que flotan
en conchas de nácar sutiles las hadas;
ó un mar que revuelven, sacuden y azotan,
deshechas y rudas, tormentas airadas.

Igual á la tuya: con fiebres y arrullos,
nerviosos espasmos y calmas serenas;
con flores marchitas y tiernos capullos,
con célicas dichas y bárbaras penas.

. . . . . .

Tú el mármol has sido. Mi musa, la artista.
Si hay algo en la estrofa que brilla y fulgura,
que salve el olvido, que al tiempo resista,
se debe á tu regia pagana hermosura.

A MI HERMANA ROSA

I

Yo ví las leves gasas y el tenue oleaje
de tus ropas de virgen... Tu rostro bello
resaltaba entre el oro de tu cabello
con el pálido nácar en maridaje.

El azahar adornaba tu níveo traje...
Ví una línea morada manchar tu cuello...
Y, herido de los cirios por el destello,
de angustia sentí espasmos y de coraje.

¿Cómo pudo la muerte, cruel segadora,
empujar al ocaso negro la aurora,
heraldo luminoso que Dios envía?

Escultura de rosas que se derrumba,
lleva á las lobregueces que hay en la tumba
la esencia de las flores, la luz del día!

II

En tus sueños purísimos de doncella,
tal vez, mirando al cielo, te enamoraste
de lo azul y lo puro; tal vez ansiaste
mirar bajo tus plantas alguna estrella.

Se ha cumplido tu sueño: quizá destella
algún astro la lumbre con que miraste...
En pos de lo sublime te sublimaste
dejando en nuestras almas profunda huella.

Se han colmado tus ansias; ave del cielo,
de este planeta estéril alzaste el vuelo
y volviste á tu nido como antes pura.

Pero ya estás de gloriosa luz circundada
vierte luz de los cielos en tu mirada
para alumbrar siquiera tu alcoba obscura!

III

Solo ya con la mártir que nos dió abrigo
que infundió en nuestra sangre la de sus venas,
unas veces blasfemo viendo sus penas
y sumiso otras veces á Dios bendigo.

Tú de sus breves goces fuiste testigo
en los fugaces días de horas serenas...
Mas siendo aquella santa buena entre buenas
¿por qué su llanto eterno como un castigo?

Bajo el enorme peso de su honda angustia
ya se va doblegando como hoja mustia
que está el cielo á sus cuitas indiferente...

Y pues eres la causa de sus querellas,
baja, como los rayos de las estrellas,
y sus ojos enjuga; besa su frente!

Luchichí (Ignacio M.)

BLUETTES

—

I

¡Pasó el Otoño! Bajo las frondas
oculta tiembla la codorniz;
en la llanura, rizada en ondas,
amarillean espigas blondas,
huellas de oro del mes de Abril.

Caen los nidos sobre el sendero;
el viento gime, la luz se va;
está sin flores el limosnero;
no quedan aves en el alero
ni mariposas en el juncal.

Sobre la tapia del viejo muro
su cincelado penacho obscuro,
pausadamente mueve el ciprés,
y el arco iris, de tinte puro,
hecho girones flotar se vé.

La campanilla morada, enreda
su tallo débil en el sauz;
el árbol crujé, la hoja rueda,
y se marchita la flor de seda
sobre la margen del lago azul.

Cae la noche, se enluta el cielo,
es más profunda la soledad;
y ante ese cuadro de sombra y duelo,
lleno de angustia, sin un consuelo,
sueña el poeta para cantar.

II

Como la eterna pasión del Dante
surge la niña, blanca en la luz:
fuerza es que todo fulgure y cante,
que abra las alas y se levante
el verso de oro desde el laúd.

Que se columpie la verde caña;
que el ave trine sobre la mies,
que baje el río de la montaña,
y sobre el techo de la cabaña
el sol se mire resplandecer.

¡Oh, niña, todo transciende á flores,
cantan alondras y ruiseñores:
que se despierte tu corazón,
y quiera el cielo que nunca llores,
que nunca llores penas de amor!

RETOUR

(PARÁFRASIS DE COPPÉE)

Viens! Je t'aime! Rentrons.
La promenade est faite.
La claire nuit de Juin
Vient d allumer ses feux...

¡Ven! ¡Yo te amo! Deja el bosque;
ha terminado el paseo.
La clara noche de Junio
comienza á encender sus fuegos.
Ya se acerca poco á poco
el campanario del pueblo,
en cuya cuna, la luna
prende pálido reflejo.
Valvamos al caserío
lentamente y en silencio;
y, para que caminando
pueda besar tus cabellos,
reclina sobre mi hombro
tu frente, nido de sueños.
Pon un brazo, amada mía,
alrededor de mi cuello,
y crucemos enlazados
el adormecido pueblo...
Abierta la celosía
esta noche dejaremos,
para que llegue á nosotros
el aroma de los huertos;
y mañana, cuando apenas
se tiña de oro el cielo
y perfumen el ambiente

los lirios recién abiertos,
al canto del ruiseñor
felices despertaremos!

EN UN ABANICO

(PARA LA NOVIA DE UN POETA)

Me dijo el poeta: «la niña que adoro
merece una estrofa de alas de oro,
un himno de amor;
mi novia está llena de gracia y donaire,
es luz en el iris, cadencia en el aire,
perfume en la flor.»

***

La idea es el mármol, pensé; mi paleta
no tiene colores, y dije al poeta:
«cincela por mí;»
que talle su pluma de oro bruñido
el mármol rebelde que yo no he podido
labrar para tí...

VERSOS

(PARA UN ALBUM)

Tú hermosa y yo bohemio,
los dos hemos nacido
en la región ardiente de un cielo tropical;

tú eres una bella calandria de aquel nido,
en que las ondas cantan al sauce entristecido
y baten rudamente
la ceiba y el manglar.

***

Tú eres de la tierra
que arde y centellea
al beso enamorado del fecundante Abril;
tú has visto como el ave la rama balancea,
cuando la rubia espiga con ansia picotea
y arroja en el sendero
los granos del maiz.

***

Tú has visto el Papaloápam
brillar entre las flores,
como una blanca cinta de raso puesta al sol;
tú sabes como vuelven del mar los pescadores,
cuando la tarde pliega sus redes de colores
y suena en la capilla
el toque de oración.

***

Tú evocas el recuerdo
de los serenos días
en que voló cantando mi alegre juventud;
tú surges en la noche de las memorias mías,
y, como el esplendente arcángel de Tobías,
sacudes en el viento
la ráfaga de luz.

¡Bien hayas tú, la vírgen
nacida en los hogares,
adonde los naranjos semejan un dosel;
bien haya tu corona de blancos azahares,
bien hayan mis estrofas, si rompen en cantares,
y dejan este libro
para besar tus pies.

EN INVIERNO

—

¡Con qué tristeza miro
engalanarse la ciudad, el cielo
semeja un hondo lago de zafiro!
Tímida y perezosa la mañana
lentamente despierta;
á la vibrante voz de la campana
el templo abre su ferrada puerta;
ríe la nueva luz en los hogares,
y en bulliciosa confusión, el pueblo
recorre los extensos *bulevares.*

Hace frío... Diciembre
su manto arroja de sutiles brumas,
y cae de los árboles marchitos
una lluvia de hojas y de plumas.
Por el ancha avenida,
donde todo es placer y lujo y vida,
junto al pobre que cruza sin consuelo,
arrollador y altivo,
pasa el noble corcel batiendo el suelo,
Con ruido atronador el coche rueda;
cruje bajo su peso la calzada,

y ante el brillo del oro y de la seda
retrocede la inopia avergonzada.
Y todo es vida y entusiasmo, todo
resplandece y fulgura:
¡lo mismo ilisa el sol la nieve pura
que hace brillar el lodo!

***

Humanidad ¡qué triste,
qué desconsoladora es tu grandeza!...
Sólo tú eres benigna y eres justa,
madre Naturaleza!

PANTEISMO

(Paráfrasis de Arsenio Houssaye)

EL POETA

Violetas que brotabais en torno del molino
donde en felices tiempos mi cuna se meció,
¿por qué no vuelvo á veros?

LAS VIOLETAS

Bajo un corsé de lino
en palpitante seno Amor nos marchitó.

EL POETA

Arroyo que copiaste su imagen seductora,
jilguero que trinabas sobre el naranjo en flor,
¿por qué no vuelvo á oiros?....

EL JILGUERO Y EL ARROYO

Para otro amante ahora
murmura el arroyuelo y canta el ruiseñor!...

EL POETA

Arbusto que floreces junto al sereno río
adonde tantas rosas á su hermosura dí,
¿qué has hecho de tus flores?

EL ARBUSTO

Al huracán sombrío
en nebulosa tarde arrebatarlas ví.

EL POETA

Y tú, la niña hermosa á quien jamás olvido,
la que apoyó en mi hombro su palpitante sien,
¿adónde estás, Cecilia?...

CECILIA

La muerte me ha traído
al triste cementerio donde te aguardo: ¡ven!...

Olaguíbel (Francisco M. de)

PROVENZAL

Á CARLOS DÍAZ DUFOO

El viento de la tarde trémulo agita
Del plateado olivo la fronda cana,
y del mar rumoroso la voz lejana
bajo el cielo de estío canta y palpita.

Sólo turba el silencio de la infinita
soledad de esa hora, la soberana
canción que entre los tallos de mejorana,
con escalas salvajes, el viento grita.

Los himnos estridentes de las cigarras
surgen entre las anchas y verdes parras,
se oye el sordo murmullo que en los cantiles
alza, cuando se estrella, la ruda ola
y, guiada por pitos y tamboriles,
pasa, rápida y leve la farandola.

CHOPIN

Como dos mariposas sobre la nieve
vuelan tus manos blancas por el teclado,
y sollozan las notas que ha despertado
de tus ágiles dedos el soplo leve.

El ambiente está obscuro y en el nublado
cielo la luz se apaga temblando... llueve...
como dos mariposas sobre la nieve
vagan tus manos blancas por el teclado.

Cae sobre mi espíritu un llanto helado
y el pensamiento triste, que no se atreve
á volver á los días de mi pasado,
mira volar tus manos por el teclado
como dos mariposas sobre la nieve.

Tablada (José Juan)

EN OTOÑO

(INÉDITA)

La lluvia obstinada y fría
De aquella tarde brumosa
Desbarató muchos nidos
Y deshojó muchas rosas!...
Allá en la desierta sala,
Junto á la ventana gótica,
Los dos solos; él callado,
Ella pálida y tediosa
Finge desdén, y sus ojos
Están tristes y no lloran,
Y las crueles palabras
Que de su garganta brotan
Quieren herir y acarician,
Quieren vibrar y sollozan.
La falta es nube de estío
Y las nubes se evaporan
Cuando surge el sol radiante;
Pero ella piensa orgullosa:
«Cuando el corazón lastiman
Las faltas, no se perdonan»
El medita que al agravio
«Las rodillas no se doblan,»
Y ambos callan pensativos
Junto á la ventana gótica...
¿Por qué no arrojan la máscara,
Si al cabo los ojos lloran?
¿Por qué están mudos los labios
Si las almas están rotas?

¡Ay! en balde los recuerdos
Tienden el ala y remontan
Los horizontes azules
De las horas venturosas;
En vano recuerda ella
El despertar en la alcoba,
Cuando de la serenata
Se desprendían las notas
Y sobre del blanco alfeizar
Aparecía en la sombra,
Una mano que se alzaba
Con un puñado de rosas!
En vano el galán medita
En las fugaces memorias,
En el calor de los besos,
En las palabras ansiosas,
Y en la frente pensativa,
Y en los rizos de su novia!
Los recuerdos vuelven tristes.
Con las alas temblorosas
Y friolentos se acurrucan
Otra vez en la memoria.
Ella firme piensa en que
«Las faltas no se perdonan»
Y él medita silencioso:
«¡Las rodillas no se doblan!»

. . . . . .

Y estaba la noche triste,
Y se quejaban las hojas
Cuando la lluvia seguía
Cayendo en la noche umbrosa
Desbaratando los nidos
Y deshojando las rosas...

ONIX

—

Torvo fraile del templo solitario
Que al fulgor de nocturno lampadario
O á la pálida luz de las auroras
Desgranas de tus culpas el rosario...
—¡Yo quisiera llorar como tú lloras!

Porque la fe en mi pecho solitario
Se extinguió como el turbio lampadario
Entre la roja luz de las auroras,
Y mi vida en un fúnebre rosario
Más triste que las lágrimas que lloras...

Casto amador de pálida hermosura
O torpe amante de sensual impura,
Que vas novio feliz ó amante ciego—
Llena el alma de amor ó de amargura
—¡Yo quisiera abrasarme con tu fuego!

Porque no me conmueve la hermosura
Ni el casto amor, ni la pasión impura,
Porque en mi corazón dormido y ciego
Ha pasado un gran soplo de amargura
Que también pudo ser lluvia de fuego!

Oh, guerrero de lírica memoria
Que al asir el laurel de la victoria,
Caíste en tierra con el pecho abierto
Para vivir la vida de la Gloria,
—¡Yo quisiera morir como tú has muerto!

Porque al templo sin luz de mi memoria
Sus escudos triunfales la victoria

No ha llegado á colgar. Porque no ha abierto
El relámpago de oro de la Gloria
Mi corazón obscurecido y muerto...

Fraile, amante, guerrero, yo quisiera
Saber qué obscuro advenimiento espera
El amor infinito de mi alma
Pues de mi vida en la tediosa calma
No hay ni un Dios, ni un amor, ni una bandera.

SONETO WATTEAU

—

Manón la de ebúrnea frente
La de cabello empolvado
Y vestidura crujiente;
Tus ojos me han cautivado!

Eco de mi amor ardiente
El clavicordio ha cantado,
La serenata doliente,
Y el rondel enamorado...

¡Ven! El amor que aletea
Lanza su flecha dorada
Y en el mar, que azul ondea

Surge ya la empavesada
Galera flordelisada
Que conduce á Citerea!

DE ATLÁNTIDA

—

Lucen del Ocaso los pálidos cobres
Y del mar que duerme, los blancos estaños,
Y van derramando perfumes salobres
Las olas que cantan con tonos extraños.

De pronto, el mar glauco se ve cristalino,
Las sombras palpitan de luz salpicadas
Y el alba triunfante de un sol submarino
Derrama sus luces en áureas cascadas...

Cual pasa en los claros cielos estivales
La nébula errante de un claro de luna,
Pasa estremeciendo los verdes cristales
Un delfín de plata con su aleta bruna.

En el fondo tiemblan esbeltas arcadas
De ópalos brillantes y agatas obscuras...
¿Es qué, obedeciendo la voz de las hadas,
Atlántida tiende sus arquitecturas?

Silenciosa surge del regio palacio,
Como iluminada por luces astrales,
La Nereida rubia de ojos de topacio
Y frente ceñida de rojos corales.

Y tras ella nada, jadeante y bronco,
A grandes brazadas, el tritón fornido,
El que airado sopla su caracol ronco
Y en las tempestades lanza su alarido.

Aparece luego como Anadyomena,
La de voz que arrulla como dulce flauta,

La fascinadora y ardiente Sirena,
La que entre sus brazos adormece al nauta.

El alga marina su frente corona,
Su vientre escamado fulgura y radía;
Parece una heróica, gentil amazona
Que viste armadura de oro y pedrería.

Y pasa nadando silenciosa y rauda,
Tendiendo en las ondas sus brazos amantes,
Mientras que los golpes de su verde cauda
Dejan una estela de claros diamantes.

¡Mísero del nauta que surque esos mares!
La onda está quieta; la noche serena;
Los astros esplenden y dulces cantares
Modula la brisa... Pero la Sirena,

Al mirar la quilla del bajel errante
Que el espejo terso de la mar desflora,
Lanzará en la noche su canción amante
Y el arrullo dulce de su voz traidora!...

Othón (Manuel José)

NOCHE RÚSTICA DE WALPURGIS

(SINFONÍA DRAMÁTICA)

A José León y Contreras

I

INVITACIÓN AL POETA

Coje la lira de oro y abandona
el tabardo, descálzate la espuela,
deja las armas, que para esta vela
no has menester ni daga ni tizona.

Si tu voz melancólica no entona
ya sus himnos de amor, conmigo vuela
á esta región que asombra y que consuela;
pero antes ciñe la triunfal corona.

Tú, que de Pan comprendes el lenguaje,
ven de un drama admirable á ser testigo.
Ya el campo eleva su canción salvaje;

Venus se prende el luminoso broche...
Sube el agrio peñón, y oirás conmigo
lo que dicen las cosas en la noche.

II

INTEMPESTA NOX

Media noche.—Se inundan las montañas
en la luz de la luna transparente
que vaga por los valles tristemente
y cobija, á lo lejos las cabañas.

Lanzas de plata en el maizal las cañas
parecen al temblar, nieve el torrente,
y se cuaja el pavor trágicamente
del barranco en las lóbregas entrañas...

Noche profunda, noche de la selva,
de quimeras poblada y de rumores,
sumérgenos en tí; que nos envuelva

el rey de tus fantásticos imperios
en la clámide azul de sus vapores
y en el sagrado horror de tus misterios.

III

EL HARPA

Hay en medio del rústico boscaje
un trono retorcido y corpulento:
enorme roca sírvele de asiento
y frondas opulentas de ropaje.
Cuando, como á través de fino encaje,
el rayo de la luna tremulento
pasa, desde el azul del firmamento,
la verde filigrana del follaje,

desbarátase en haz de vibradores
hilos de luz que tiemblan cual tañidos
por un plectro que el céfiro menea.

¡Harpa inmensa del campo! no hay cantores
que á tus himnos respondan, no hay oídos
que comprendan tu estrofa gigantea.

IV

EL BOSQUE

Bajo las frondas trémulas é inquietas
que forman mi basílica sagrada,
ha de escucharse la oración alada,
no el canto celestial de los poetas.

Albergue fuí de druidas. Los ascetas
en mis troncos de crústula rugada
infligieron su frente macerada
y colgaron sus harpas los profetas.

Y en tremenda ocasión, el errabundo
viento espantado suspendió su vuelo,
al escuchar de mi interior profundo

brotar, con infinito desconsuelo,
la más grande oración que desde el mundo
se ha alzado hasta la cúpula del cielo.

V

EL RUISEÑOR

Oíd la campanita, cómo suena,

el toque del clarín, cómo arrebata,
las quejas en que el viento se desata
y del agua el correr sobre la arena.

Escuchad la amorosa cantilena
de Favonio rendido á Flora ingrata
y la inmensa y divina serenata
que Pan modula en la silvestre avena.

Todo eso hay en mis cantos. Me enamora
la noche; de los hombres soy delicia
y paz; y entre los árboles cubierto,

sólo yo alcé mi voz consoladora,
como una blanda y celestial caricia,
cuando mi Dios agonizó en el huerto.

VI

EL RÍO

Triscad, ¡oh linfas! con la grácil onda;
gorgoritas, alzad vuestras canciones;
y vosotros, parleros borbollones,
dialogad con el viento y con la fronda.

Chorro garrulador, sobre la honda
cóncava quiebra, rómpete en girones
y estrella contra riscos y peñones
tus diamantes y perlas de Golconda.

Soy vuestro padre el río. Mis cabellos
son de la luna pálidos destellos,
cristal mis ojos del cerúleo manto.

Es de musgo mi barba transparente,
ópalos desleídos son mi frente
y risas de las náyades mi canto.

VII

LAS ESTRELLAS

¿Quién dice que los hombres nos parecen,
desde el profundo mar del firmamento,
átomos agitados por el viento,
gusanos que se arrastran y perecen?

¡No! Sus cráneos que heróicos se estremecen
son el más grande asombrador portento
¡fraguas donde se forja el pensamiento
y que más que nosotras resplandecen!

Bajo la estrecha cavidad caliza,
las ideas en ígnea llamarada
contemplamos arder, y es, ante ellas,

toda la creación polvo y ceniza...
¡Los astros son materia inanimada
y las humanas frentes son estrellas!

VIII

EL GRILLO

¿Dónde hallar, oh mortal, las alegrías
que con mi canto acompañé en tu infancia?
¿Quién mide la enormísima distancia
que éstos separa de tan castos días?...

Luces, flores, perfumes, harmonías,
sueños de poderosa exuberancia
que llenaron de albura y de fragancia
la vida ardiente con que tú vivías.

Ya nunca volverán; pero cantando,
cabe la triste moribunda hoguera,
de tu destruída tienda bajo el toldo,

hasta morir te seguiré mostrando
la ilusión en la llama postrimera,
el recuerdo en el último rescoldo.

IX

LAS AVES NOCTURNAS

¡A infundir con el vuelo y los chirridos
más horror en la noche, más negrura
en los antros del monte y más pavura
en las ruínas de sótanos hendidos!

¡A seguir á los pájaros perdidos
de la arboleda entre la sombra obscura,
y con la garra ensangrentada y dura
á darles muerte y á asolar sus nidos!

¡Desde la cruz del viejo campanario,
á lanzar tan horrísonos acentos
que el valor más indómito se quiebre!

¡De dientes estridor, crujir de osario
á remedar, y trágicos lamentos,
y espasmódicos gritos de la fiebre!...

X

LOS MUERTOS

¡Piedad! ¡misericordia!... Fueron vanos
tanto soberbio afán y lucha tanta.
¡Ay! ¡por nosotros vuestra queja santa
levantad al Señor. ¡Orad, hermanos!

Si oyérais el roer de los gusanos
en el hondo silencio, cómo espanta,
sintiérais oprimida la garganta
por invisibles y asquerosas manos.

Mas no podéis imaginar los otros
tormentos que hay bajo la losa fría:
¡la falta, la carencia de vosotros;

la soledad, la soledad impía!...
¡Ay, que llegue, oh Señor, para nosotros
de la resurrección el claro día!

VI

EL POETA

Vamos al aquelarre.—En la sombría
cuenca de la montaña, las inertes
osamentas se animan á los fuertes
gritos que arroja la caterva impía.

Van llegando *sin Dios y sin María*,
présagos de catástrofes y muertes...
Pienso que el cielo llora... ¿no lo adviertes?
La luna es una lágrima muy fría.—

Tras nahuales y brujas, el coyote
aulla feroz y lúgubre corea
tan monstruoso concierto el tocolote;

la lechuza con silbo horripilante
se junta á la fatídica ralea,
¡y el *Vaquero Marcial* (1) llega triunfante.

XII

LAS BRUJAS

—Todas las noches me convierto en cabra;
para servir á mi señor el chivo,
pues, vieja ya, del hombre no recibo
ni una muestra de amor, ni una palabra.

—Mientras mi esposo está labra que labra
el terrón, otras artes yo cultivo.
¿Ves? traigo un niño ensangrentado y vivo
para la cena trágica y macabra.

—Sin ojos, pues así se vé en lo obscuro
como ven los murciélagos, yo vuelo
hasta escalar del camposanto el muro.

—Trae un cadáver frío como el hielo.
Yo á los hombres daré del vino impuro
que arranca la esperanza y el consuelo.

(1) Nombre con que, generalmente, es designado el demonio por la gente pobre del campo.

XIII

LOS NAHUALES

¡Sús, Vaquero Marcial! De nuestra boca
los conjuros oirás: aunque en la brega
quedaste vencedor, siempre á tí llega
de los hombres la voz que te provoca

¡Por donde quiera el mal! Tu mano toca
las campiñas también.—Ya en ronda ciega,
el coro de las brujas se despliega
de tí en redor, sobre la abrupta roca.

Hijas sois de la víbora y el sapo:
de vuestro hediondo seno sacad presto
las efigies ridículas de trapo.

¡Oh, representación de los mortales!
mostrar aquí vuestro asombrado gesto
en la danza infernal de los nahuales.

XIV

EL GALLO

Hombre, descansa. De tu hogar ahuyento
el nocturno terror y estoy en vela.
Sombras de muerte cuyo soplo hiela,
con mi agudo clarín os amedrento.

Huya la luz y te descuide el viento
por preludiar su dulce pastorela.
Contra el mal, poderoso centinela,
á su paso espectral estoy atento.

No te inquiete el horrísono alarido
que escuches en tu sueño, por la vana
pesadilla maléfica oprimido.

Ya pondrá fin á su croar la rana,
y yo con alegrísimo sonido,
entonaré la vencedora diana.

XV

LA CAMPANA

¿Qué te dice mi voz á la primera
luz auroral? «La muerte está vencida,
ya en todo se oye palpitar la vida,
ya el surco abierto la simiente espera.»

Y de la tarde en la hora postrimera:
«Descansa ya. La lumbre está encendida
en el hogar»... Y siempre te convida
mi acento, y te persigue donde quiera.

Convoco á la oración á los vivientes,
plaño á los muertos con el triste y hondo
són de sollozo en que mi duelo explayo.

Y al tremendo tronar de los torrentes
en pavorosa tempestad, respondo
con férrea voz que despedaza el rayo.

XVI

UN TIRO

Duda mortal del alma se apodera,

al oir en la noche la lejana
detonación, que turba y que profana
el silencio del bosque y la pradera.

¿Será la bala rápida y certera
que pone fin á la existencia humana,
ó el golpe salvador que en lucha insana
asesta el montañés sobre la fiera?...

Ese ruído mortífero y sonante
hace temblar el alma sorprendida,
cuando está de lo incógnito delante.

Para arrancar ó defender la vida,
lo producen lo mismo el caminante
y el guarda, el asesino y el suicida.

XVII

EL PERRO

No temas, mi señor: estoy alerta
mientras tú de la tierra te desligas
y con el sueño tu dolor mitigas,
dejando el alma á la esperanza abierta.

Vendrá la aurora y te diré: «despierta:»
huyeron ya las sombras enemigas.»
Soy compañero fiel en tus fatigas
y celoso guardián junto á tu puerta.

Te avisaré del rondador nocturno,
del amigo traidor, del lobo fiero
que siempre anhelan encontrarte inerme.

Y si llega con paso taciturno
la muerte, con mi aullido lastimero
también te avisaré... ¡Descansa y duerme!

XVIII

LA SEMENTERA

Escucha el ruído místico y profundo
con que acompaña el alma Primavera
esta labor enorme que se opera
en mi seno fructífero y fecundo.

Oye cuál se hincha el grano rubicundo
que el sol ardiente calentó en la era.
Vendrá Otoño que en mieses exubera
y en él me mostraré gala del mundo.

La madre tierra soy: vives conmigo,
á tu paso doblego mis abrojos,
te doy el alimento y el abrigo.

Y cuando estén en mi regazo opresos
de tu vencida carne los despojos,
¡con cuánto amor abrigaré tus huesos!

XIX

¡LUMEN!

Las sombras palidecen. Es la hora
en que fresca y gentil la madrugada
va á empaparse en el agua sonrosada
que ya muy pronto verterá la aurora.

El cielo débilmente se colora
de virginal blancura inmaculada,

y hace del firmamento su morada
la luz, de las tinieblas vencedora.

Sobre las níveas cumbres del oriente
en ópalos y perlas se deslíe,
que desbarata en su cristal la fuente.

Del vaho matinal se extiende el velo,
y todo juguetea y todo ríe,
en la tierra lo mismo que en el cielo.

XX

ADIOS AL POETA

¡Santa Naturaleza, madre mía!
me has cobijado en tu regazo inmenso
y disipaste con tu soplo intenso
la nube del dolor que me envolvía.

Mas ¡ay! vuelve la vida ingrata y fría;
mi sueño celestial quedó suspenso...
Ya alza la tierra su divino incienso
y en su carro triunfal asoma el día,

Poeta: es fuerza abandonar el monte,
Bajemos, pues ya al ras del horizonte
Venus agonizante parpadea;

tú al teatro, á la clínica, al Senado,
yo á vejetar tranquilo y olvidado
en el rincón obscuro de mi aldea.

FIN

INDICE

(S) = Soneto

INDICE

Páginas

A los Trovadores Americanos. 4

ALTAMIRANO (IGNACIO MANUEL)

Flor del Alba. 5
La salida del sol. 8
Los Naranjos. 10
Las Abejas. 12
Las Amapolas.. 17

ACUÑA (MANUEL)

Nocturno.—A Rosario. 21
Ante un Cadáver.. 24
Entonces y hoy. 27

BIANCHI (ALBERTO G.)

Tus ojos.. 30
El Botón de Rosa. 30

BAZ (GUSTAVO ADOLFO)

El faro. 31
Elegía. 34

CUENCA (AGUSTÍN F.)

A Pilar Belabal. 35
Carmen. 39
La Mañana.. 41
Nieve de Estío.—A Juan de Dios Peza. 44

COSMES (FRANCISCO)

El Poeta.. 47
En el Cuarto Centenario de Miguel Angel. . . . 48

CARPIO (MANUEL)

Cena de Baltasar.. 53
Bonaparte. 63

CABALLERO (MANUEL)

La Plegaria de una Virgen. 63
Miedo. 65

DÍAZ MIRÓN (SALVADOR)

Víctor Hugo. 67
Sursum. 72
A Gloria. 75
A Berta. 77
Asonancias.. 78
En un Album.. 78
Ritmos. 79
Copo de Nieve. 80
Justicia. 81
Voces Interiores. 81
Versos de un Clérigo. 84
Asonancias.. 89
Toque. 90
A M.... 91
Boe Dromión. 92
A Piedad.—(Inédita). 93
Dones Fatídicos. 94
La Conmemoración.. 96
El Desertor.. 96

CUELLAR (JOSÉ T. DE)

A Cervantes. 97

COVARRUVIAS (JUAN DÍAZ)

Fragmentos. 102

BIANCHI (ALBERTO G.)

Tus ojos.. 30
El Botón de Rosa. 30

BAZ (GUSTAVO ADOLFO)

El faro. 31
Elegía. 34

CUENCA (AGUSTÍN F.)

A Pilar Belabal. 35
Carmen. 39
La Mañana.. 41
Nieve de Estío.—A Juan de Dios Peza. 44

COSMES (FRANCISCO)

El Poeta.. 47
En el Cuarto Centenario de Miguel Angel. . . . 48

CARPIO (MANUEL)

Cena de Baltasar.. 53
Bonaparte. 63

CABALLERO (MANUEL)

La Plegaria de una Virgen. 63
Miedo. 65

DÍAZ MIRÓN (SALVADOR)

tor Hugo. 67
sum. 72
loria. 75
erta. 77
nancias.. 78
un Album.. 78
nos. 79
o de Nieve. 80
ticia. 81
es Interiores. 81
sos de un Clérigo. 84
nancias.. 89
ue. 90
.... 91
Dromión. 92
iedad.—(Inédita). 93
es Fatídicos. 94
Conmemoración.. 96
Desertor.. 96

CUELLAR (JOSÉ T. DE)

ervantes. 97

COVARRUVIAS (JUAN DÍAZ)

gmentos. 102

DOMÍNGUEZ (RICARDO)

Cambios.. 104

A Ella. 104

ECHAIZ (JESÚS)

(s) Galileo. 105

ESPINO (ROSA)

El Alba. 106
El Medio Día. 108
La Tarde. 109
La Noche. 111
Un recuerdo. 112
Los dos Espíritus. 114
Hidalgo.. 115

FERNÁNDEZ (JOSÉ)

En la muerte del general Zaragoza.. 117

FLORES (MANUEL M.)

Pasión. 120
Ausencia. 121
Un beso, nada más. 122
Adoración. 123
Mi sueño. 125
A media noche. 127

GALLARDO (AURELIO LUIS)

Texcoco. 130

GARZA (JUAN B.)

Cita. 133

GÓMEZ VERGARA (JOAQUÍN)

Mis montañas. 135

GUTIÉRREZ NAJERA (MANUEL)

Acuérdate de mí. 138

HIJAR Y HARO (JUAN B.)

En la playa del mar. 141
Recuerdos del hogar. 144
Descansa en paz. 148
A un lucero. 151

ITUARTE (RICARDO)

Muerte del señor don Clemente Sanz. 155

LERDO (FRANCISCO DE A.)

Mi culto. 161
A Luz. 162

LIZARRITURRI (MANUEL)

A Juan Díaz Covarrubias. 163

MONROG (JOSÉ)

A mi amiga Aurora Revilla de Escoto. 163
Esperanza. 165

MATEOS (JUAN A.)

Al general don Santos Degollado. 167

ORTIZ (FRANCISCO DE P.)

Páginas sin nombre.. 171

ORTIZ (LUIS G.)

Llorar. 172
Petrarca.. 173

OLAQUIBEL (MANUEL)

Jesús.. 173
Bien supremo.. 175
La vuelta de las golondrinas. 176
Pervincas. 177

PEZA (JUAN DE DIOS)

A mi padre.. 178
Nieve de Estío. 180

Tras de los mares. 183
Post-umbra.. 185

PRIETO (GUILLERMO)

A.... 189
A Juan Cordero. 191
Coplas sentidas. 197

PEÓN CONTRERAS (JOSÉ)

Al conquistador de Anáhuac.. 200
En el apoteosis del sabio químico mexicano doctor don Leopoldo Rio de la Loza.. 205

PEREDO (MANUEL)

El cancán. 208

PLAZA (ANTONIO)

Fe.. 212
Gotas de hiel. 212

RAMÍREZ (IGNACIO)

Fragmentos. 213
A.... 214
Al amor.. 215

ROA BARCENA (JOSÉ MARÍA)

Fundación de México. 216

RODRIGUEZ Y COS (JOSÉ MARÍA)

Muerte de Abel. 219
El cadáver de Abel. 220

RODRÍGUEZ RIVERA (RAMÓN)

Tropical.. 220
El labrador.. 223

ROSAS (JOSÉ)

Quién pudiera vivir siempre soñando.. 226
La juventud. 227
El zentzontle. 230
La vuelta á la Aldea. 234
Recuerdos de la infancia. 237

RINCÓN (MANUEL E.)

En el baño.. 239

RIVA PALACIO (VICENTE)

En el Escorial.. 240

SEGURA (JOSÉ SEBASTIAN)

En la muerte de doña Gertrudis Gomez de Avellaneda. 241

SANTA MARÍA (JAVIER)

Las brisas. 243

SIERRA (JUSTO)

En la distribución de premios de la Exposición. . 246
En la inauguración de los cursos Orales del Colegio de Abogados. 249
A Adelaida Ristori. 252

SIERRA (SANTIAGO)

Fragmento de un canto á México. 256

SILVA (AGAPITO)

A la memoria del malogrado poeta Manuel Acuña. 258
A Ocampo. 261

SOSA (FRANCISCO)

Romance. 263
A mi madre, en el último día del año. 264

TELLEZ (JOAQUIN)

En presencia del mar de Veracruz. 266
Al Nigromante. 267

TREJO (JOAQUÍN)

Del libro de María. 267

VALLE (JUAN)

El crepúsculo en la presa. 269

VIGIL (JOSÉ MARÍA)

Fragmentos. 272

VILLALON (JUAN)

El canto de Netzahualcoyotl. 273

ZÁRATE (EDUARDO E.)

Ausencia. 275
Mi primera cana. 278

ZARAGOZA (ANTONIO)

Harmonías. 280

ZAYAS ENRÍQUEZ (RAFAEL)

Primaverales. 281
Siebel. 284
La última serenata. 285
De un poema. 297
Perlas. 298
El crepúsculo en la celda. 300

GUTIÉRREZ NÁJERA (MANUEL)

La duquesa Job. 306

Calicot. 310
Mariposas. 313
Para el corpiño. 315
Para un menú.. 316
De Blanco. 317
La serenata de Schubert. 319
Mis enlutadas.. 322

LUNA Y DRUSINA (FERNANDO)

Mis deseos. 325
Arenillas. 328
Los dos anillos. 328
Marinas.. 328
¿Qué queda? 330
Arenillas. 333

PINO S. (JOSÉ M.)

A tí. 334
Gloria victis. 335
Rima.. 335
Ven. 336
María.. 336
El usumacinta. 337

DÁVALOS (BALBINO)

Cristal marino.. 338
La balada del Poeta.. 338
Entonces. 339

In memoriam.. 340
Gota de lluvia.. 341
La antigua fe. 343
Sonetos á una Espírita.. 343
La iniciada.. 344
Amorosas.—Lejos de tí. 344
Cerca de tí.. 345

ESTEVA (ADALBERTO A.)

Amorosa. 346
El Brindis del Bardo. 346
A Napoleón. 348
Junto al muro.. 352
Recuerdo. 355

NERVO (AMADO)

Las místicas. 357
Requiem. 358
Savia enferma.. 360
Rondós vagos. 363
Para un misal.. 364

NOVELO (JOSE I.)

A un poeta.. 366
Broche. 367
A mi hermana Rosa. 368

LUCHICHI (IGNACIO M.)

Bluettes. 370
Retour. 372
En un abanico. 373
Versos. 373
En invierno. 375
Panteismo. 376

OLAGUIBEL (FRANCISCO M. DE)

Provenzal. 377
Chopin. 378

TABLADA (JOSE JUAN)

En otoño. 379
Onix. 381
Soneto Watteau. 382
De Atlántida 383

OTHON (MANUEL JOSE)

Noche rústica de Walpurgis.-(Sinfonía dramática). 385

Indice. 399

Ruth y Dooz, p. 31
[illegible], p. [illegible]

EL PARNASO MEXICANO

Maucci Herms.

1.ª del Relox, 1

Ventas por mayor y menor

Inmenso y variado surtido de novelas de los mejores autores

En las ventas por mayor grandes descuentos

Gran Colección de Santos en raso, seda y papel vitela

OBRAS
de
AUTORES MEXICANOS

Poesías Escogidas de Juan de Dios Peza. Un tomo de 350 págs. (ilustrado)

Los Trovadores de México. Poesías líricas de autores contemporáneos. Un tomo de más de 400 págs.

Obras de Manuel Acuña. Un tomo de 350 páginas, ilustrado.

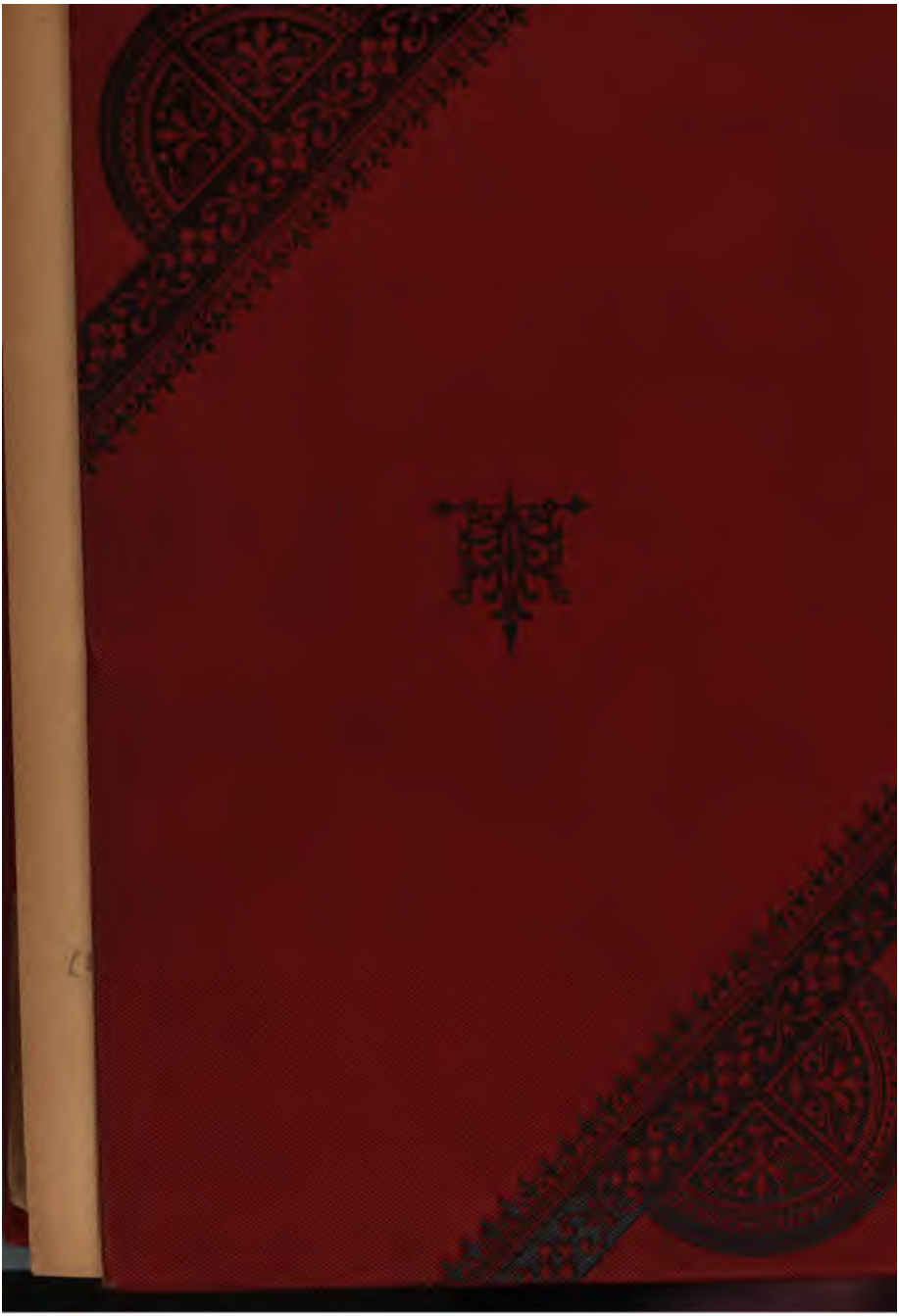
Poesías de Antonio Plaza. Un tomo de 350 páginas ilustrado.

Acaban de publicarse:

Amor Sublime.

Leyendas históricas nacionales.

Tomochic.

Amalia, páginas del primer amor.

Stanford University Libraries
3 6105 002 230 832